

De la autora del éxito internacional  
*La joven de la perla*

TRACY CHEVALIER  
Las mujeres de Winchester



NOVELA

DUOMO  
NEFELIBATA

# **LAS MUJERES DE WINCHESTER**

**TRACY CHEVALIER**



Duomo ediciones  
Barcelona, 2017

*Título de la edición original: A Single Thread*

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2019, Tracy Chevalier

© 2020, de la traducción: Catalina Ginard Féron

Love Is the Sweetest Thing, letra y música de Ray Noble

© 1932 British & Dominion Films Corp.

Derechos de autor renovados. Publicado por Range Road Music y Bienstock Publishing Company o/b/o Redwood Music Ltd., derechos administrados por: Round Hill Carlin, LLC y por Sony/ATV Music Publishing LLC, 424 Church Street, Suite 1200, Nashville, TN

Derechos de autor internacionales asegurados. Todos los derechos reservados, reimpresso con la autorización de Hal Leonard LLC

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012  
Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore  
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

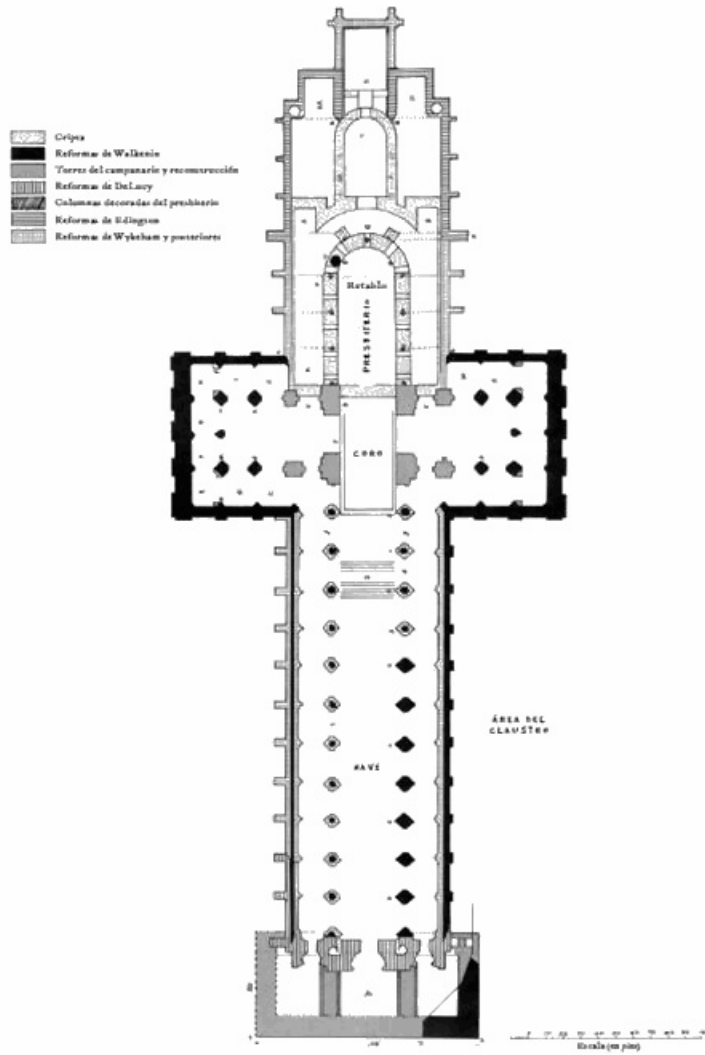
ISBN: 978-84-18128-02-8

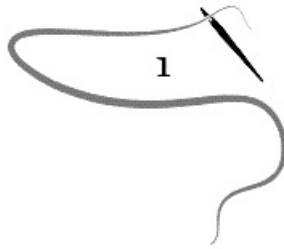
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Morag

# PLANO DE LA CATEDRAL DE WINCHESTER





Chiss!

Violet Speedwell frunció el ceño. No necesitaba que la mandaran callar, puesto que ella no había dicho nada.

La que había exigido silencio, una metomentodo de pelo gris y lacio, se había plantado en medio del pasaje abovedado que conducía al coro, la parte de la catedral de Winchester que más le gustaba a Violet. El coro se encontraba justo en el centro del edificio, encajado a lo largo entre la nave central por un lado y el presbiterio y el trascoro por otro, y a lo ancho entre los brazos cortos de los transeptos norte y sur que se abrían a cada lado para completar la cruz de toda la estructura. Las otras partes de la catedral tenían sus inconvenientes: la nave central era enorme, las naves laterales eran ventosas, los transeptos oscuros, las capillas demasiado reverenciales y el trascoro solitario. En cambio, el coro tenía un techo bajo y una sillería de madera tallada que otorgaban al espacio una escala más humana. El conjunto resultaba lujoso, sin llegar a ser excesivo.

Violet miró por encima del hombro de la acomodadora. Su intención era entrar un momentito para echar un vistazo. La sillería del coro y los asientos del presbiterio adyacente parecían estar ocupados en su mayoría por mujeres, muchas más de las que cabría esperar un jueves por la tarde. Debía de celebrarse algún servicio especial. Era el día 19 de mayo de 1932; festividad de san Dunstán, patrón de los orfebres, célebre por haberse defendido del demonio con unas tenazas. Pero era poco probable que ese fuera el motivo por el que se habían reunido aquí tantas mujeres de Winchester.

Violet escrutó a las que podía ver desde allí. Las mujeres siempre se inspeccionaban unas a otras, y lo hacían con un espíritu mucho más crítico del que los hombres podrían tener jamás. Ellos no advertían nunca la carrera que atravesaba sus medias, el carmín que les manchaba los dientes, el corte de pelo pasado de moda, la falda que remarcaba las cartucheras o los pendientes que eran un pelín demasiado llamativos. Mientras registraba cada una de las imperfecciones, Violet era consciente de todas las que otras detectaban en ella. Ella misma podía enumerarlas: el pelo sin cuerpo y sin un color definido; unos hombros inclinados que ya no estaban de moda desde la época victoriana; los ojos tan hundidos que apenas se podía apreciar que eran azules; la nariz con tendencia a enrojecer si tenía demasiado calor o si se había tomado un sorbito de jerez. No necesitaba a nadie, ni mujer ni hombre, para que le señalara sus defectos.

Al igual que la acomodadora, las mujeres que ocupaban el coro y el presbiterio eran en su mayoría más viejas que Violet. Casi todas llevaban sombrero y muchas se habían echado el abrigo sobre los hombros. Aunque hacía un día razonablemente bueno, en el interior de la catedral el ambiente era fresco, como parecía suceder siempre, incluso en verano, en las iglesias y catedrales. Tanta piedra impedía que entrase el calor y mantenía a los fieles bien despiertos y un

poco incómodos, como si no conviniera que se relajaran demasiado durante la importante tarea de venerar a Dios. «Si Dios fuera un arquitecto —se preguntó Violet—, ¿sería arquitecto del Antiguo Testamento o del Nuevo Testamento? ¿Preferiría las losas o las tapicerías?».

Ahora entonaban el cántico Todos los que buscáis el descanso celestial como si fueran un ejército, un regimiento, con un claro sentido de la importancia del grupo, pues no cabía la menor duda de que eran un grupo; Violet lo percibía. Entre las mujeres se extendía una telaraña invisible que las ataba a su causa común, fuera la que fuese. Asimismo parecía haber una línea de mando: dos de las mujeres que estaban sentadas en los asientos delanteros del coro eran claramente las cabecillas. Una sonreía, mientras la otra ponía cara larga y miraba alrededor, entre un verso del himno y el siguiente, como si estuviera pasando lista mentalmente para comprobar quién estaba presente y quién no, quién cantaba con fuerza y quién con voz débil, quién necesitaría ser amonestada después por no haber prestado suficiente atención y quién sería merecedora de elogio de una manera indirecta y condescendiente. Era como volver a encontrarse en la reunión escolar con los profesores.

—Quiénes son...

—¡Chiss! —La acomodadora frunció aún más el ceño—. Tendrá que esperar.

Su voz sonó mucho más fuerte que la suave pregunta de Violet y unas cuantas mujeres en los asientos más próximos volvieron la cabeza. Aquello indignó todavía más a la mujer.

—Es la Presentación de los Bordados —dijo entre dientes—. No se permite la entrada a los turistas.

Violet conocía a ese tipo de mujeres que vigilaban las puertas con una ferocidad que superaba con creces lo que exigía el cargo. Seguro que esta mujer sonreía a los deanes y obispos, y trataba como pordioseros a todos los demás.

Ambas dejaron su rifirrafe cuando vieron a un hombre mayor que se acercaba por la nave lateral, desde el trascoro vacío en el extremo este de la catedral. Violet se volvió para mirarlo, agradecida por la interrupción. Observó su pelo y su bigote blancos, y su paso, que, pese a ser decidido, carecía del vigor de la juventud. En aquel instante, Violet se dio cuenta de que estaba realizando el cálculo que hacía con la mayoría de los hombres. Este debía de rondar los sesenta años. Restando los dieciocho años que habían transcurrido desde 1914, seguramente tendría unos cuarenta cuando empezó la Gran Guerra. Lo más probable es que no hubiese combatido o, al menos, no hasta una fase avanzada de la contienda, cuando empezaban a escasear los reclutas jóvenes. Tal vez tuviera un hijo que había combatido en la guerra.

A medida que se acercaba, la acomodadora endurecía el gesto, lista para defender su territorio de un nuevo invasor. Sin embargo, el hombre pasó de largo sin apenas mirarlas y se fue escaleras abajo hacia el transepto sur. ¿Estaría saliendo de la catedral o se metería en la pequeña capilla de los Pescadores, donde estaba enterrado Izaak Walton? Era precisamente allí adonde se dirigía Violet antes de desviarse debido a su curiosidad por el servicio especial.

La acomodadora se apartó por un momento del pasaje abovedado para ver adónde iba el hombre. Violet aprovechó la oportunidad para colarse y sentarse en el asiento vacío más cercano, justo cuando el deán se subía al púlpito en medio del pasillo del coro a su izquierda y anunciaba:

—El Señor esté con vosotros.

—Y con tu espíritu —respondieron las mujeres que la rodeaban con la cadencia tan familiar de los oficios eclesiásticos.

—Oremos.

Mientras Violet agachaba la cabeza al igual que las otras mujeres, notó que un dedo le golpeaba en el hombro. Lo ignoró, segura de que la acomodadora no se atrevería a interrumpir una oración.

—Dios todopoderoso, que en el pasado ordenaste que Tu santuario se adornara con trabajos artesanales, bellos e ingeniosos, para santificar Tu nombre y reconfortar el alma de los hombres, acepta, Señor, te lo rogamos, estas ofrendas, y haz que podamos consagrarnos siempre a Tu servicio; por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Violet miró a su alrededor. Los asientos del presbiterio, al igual que los del coro, se encaraban unos a otros, en lugar de mirar al altar mayor. Frente a ella había hileras de mujeres en asientos opuestos y, detrás de ellas, una celosía de piedra decorada con tracería en forma de arcos y florituras. En la parte superior de la celosía se hallaban los cofres mortuorios de piedra que contenían los restos de obispos, reyes y reinas; por desgracia, los huesos acabaron mezclados durante la Guerra Civil, al parecer cuando los hombres de Cromwell abrieron los cofres y se dedicaron a jugar con ellos. Durante la visita de rigor que Violet realizó a la catedral después de mudarse a Winchester, el guía le explicó que los soldados lanzaron fémures contra la gran ventana del oeste y destruyeron los vitrales. Tras la restauración de Carlos II en el trono, en 1660, también se procedió a restaurar el vitral con las esquirlas de cristal que se habían guardado, pero se hizo sin orden ni concierto, y sin intentar recrear las escenas bíblicas representadas originalmente. A pesar de ello, el vitral ofrecía un aspecto ordenado, al igual que los cofres mortuorios, colocados en lo alto, sobre su cabeza, tan pulcros y seguros como si siempre hubiesen estado allí y siempre fueran a quedarse. Sin embargo, pese al aspecto inmutable de la catedral, algunas de sus partes se habían separado y vuelto a montar muchas veces.

Ahora costaba imaginarse que un edificio tan sólido, en el que unas mujeres recitaban obedientemente el padrenuestro, hubiese sido testigo de conductas tan reprobables. Sin embargo, en aquellos tiempos pasados, nadie habría podido imaginar tampoco que la vieja Gran Bretaña entablaría una guerra contra Alemania y enviaría a tantos hombres a la muerte. Después, el país había sido recompuesto como la gran ventana del oeste: lo habían reparado de forma atrevida y superficial, pero el daño ya estaba hecho.

—En la fe de Jesucristo dedicamos estos obsequios a la gloria de Dios.

Mientras hablaba, el deán hizo un gesto señalando el altar mayor en el extremo más alejado del presbiterio. Violet estiró el cuello para ver a qué obsequios se refería y luego contuvo la risa. Colocados en filas solemnes y uniformes sobre los peldaños delante del altar había docenas de cojines reclinatorios bordados.

Sabía que no debía reírse, pues los reclinatorios eran un asunto serio. Violet siempre había estado agradecida por los reclinatorios rectangulares de cuero del tamaño de un libro ilustrado que había en la iglesia de San Miguel, a la que iban los Speedwell en Southampton. A pesar de estar desgastados y compactados, hasta el punto de haberse convertido en unas tablas rígidas y duras después de años aguantando las rodillas de los fieles, al menos no eran tan fríos como el suelo de piedra. Pero Violet nunca hubiese imaginado que necesitaran ser bendecidos. Y, no obstante, esa parecía ser la finalidad de aquella ceremonia.

Echó un vistazo a su reloj: había salido de la oficina a fin de comprar cinta para la máquina de escribir, con el acuerdo tácito de que podía parar a tomarse un café. En vez de esto, Violet ya tenía previsto visitar la capilla de los Pescadores de la catedral. Su difunto padre era un entusiasta pescador y en su mesilla de noche tenía una copia de *El perfecto pescador de caña* de Izaak



Walton, aunque ella no lo hubiera visto nunca leyendo el libro. Pero ahora se preguntaba si merecía la pena llegar tarde por unos simples reclinatorios.

Una vez acabada la oración, volvió a sentir un golpe seco en el hombro. El servicio podía durar más que un café o una peregrinación a la capilla de Walton, pero no podía soportar que la intimidara aquella mujer.

—Me he apuntado al servicio —murmuró antes de que la acomodadora pudiera abrir la boca.

La mujer frunció el ceño.

—¿Es usted una brosladora? Nunca la he visto en las reuniones.

Violet no había oído nunca aquella palabra y no estaba del todo segura de lo que significaba.

—Soy nueva —improvisó.

—Pero este es un servicio para las que ya han contribuido. Tendrá que esperar al que se celebrará en octubre, cuando ya haya participado plenamente y haya realizado alguna labor.

Si la acomodadora no hubiese bajado la vista para mirar la mano izquierda de Violet, ella podría haber aceptado que el servicio no era asunto suyo y haberse marchado. Debería irse de todos modos, debería ir a comprar la cinta para la máquina de escribir y volver a tiempo a la oficina. Además, los servicios eran a menudo aburridos, incluso en una catedral tan hermosa como la de Winchester. Pero odiaba que aquella mujer la estuviera juzgando por no llevar alianza. No pudo evitarlo: ella también miró la mano izquierda de la otra. Por supuesto, tenía un anillo de boda.

Respiró hondo para infundirse valor.

—Me dijeron que podía venir.

El corazón le latía con fuerza, como le pasaba cuando se rebelaba contra algo, daba igual si era importante o no. Por ejemplo, seis meses antes, cuando le contó a su madre que se mudaba a Winchester, el corazón le palpitaba con tal fuerza y a tal velocidad que pensó que le perforaría el pecho. «Treinta y ocho años y sigo teniendo miedo», pensó.

La acomodadora frunció aún más el ceño.

—¿Quién le dijo eso?

Violet señaló a una de las mujeres con abrigo de piel que estaba en los asientos delanteros del coro.

—¿La señora Biggins le dijo que viniera?

Por primera vez, la mujer titubeó.

—¡Mabel, chiss!

Ahora la estaban mandando callar a ella y se puso colorada. Después de ponerle mala cara por última vez a Violet, regresó a su puesto de vigilante junto al pasaje abovedado.

El deán estaba en la mitad de su discurso.

—A lo largo de los siglos, esta magnífica catedral ha sido bendecida con muchos ornamentos —decía—, tanto de piedra como de madera, metal o vidrio. El efecto ha sido levantar el ánimo de aquellos que vienen a rezar, y recordarles la gloria de Dios aquí en la tierra como en el cielo. A esta abundancia, ahora podemos añadir los reclinatorios que veis ante el altar; se trata del inicio de un ambicioso proyecto para aportar color al templo y comodidad a los que asisten a los oficios en el coro y el presbiterio. El grupo de brosladoras de la catedral de Winchester fue creado el año pasado por la señorita Louisa Pesel a invitación mía. La palabra «brosladora» ha sido tomada de la Devota Compañía de Brosladoras, un gremio de bordadoras que se fundó en la época medieval.

Este nuevo grupo de brosladoras de la catedral refleja la noble historia de este oficio y ha sido creado por la señorita Pesel con el ánimo de unir pasado y presente. Muchas de las mujeres que lo forman han acudido a este servicio. Es evidente que habéis estado muy ocupadas con las agujas bordando estos espléndidos reclinatorios para el presbiterio, y sé que pronto empezareis a confeccionar cojines para los asientos y los bancos del coro. Los reclinatorios, con sus espléndidos colores y patrones, no solo animarán la madera y la piedra, sino que también protegerán las rodillas de los fieles mientras rezan. —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa que indicaba que estaba a punto de hacer uno de sus típicos chistes—. Y no olvidemos que los reclinatorios incluso pueden hacer más soportables mis sermones.

Se oyó una risita colectiva.

Mientras el deán proseguía, Violet observaba a la mujer sentada a su lado, que había reído de forma más abierta. Tenía un rostro delgado y angular, como si se hubiese desplegado un largo triángulo isósceles entre las sienes y la barbilla, y llevaba el cabello castaño cortado a lo garçon en otro triángulo cuyas puntas le llegaban hasta las mejillas. Se volvió hacia Violet mostrando unos ojos oscuros que denotaban impaciencia, como si su mirada fuera la invitación que había estado esperando.

—No te he visto antes —susurró—. ¿Eres del grupo de los lunes? ¿Hay alguno tuyo aquí?

—Eh... no.

—¿Todavía no lo has hecho? Yo conseguí acabar el mío la semana pasada, justo antes de que se acabara el plazo. Tuve que cruzar la ciudad corriendo para llevárselo. La señorita Pesel y la señora Biggins fueron muy estrictas al respecto. Se lo entregué directamente a la señorita Pesel.

Una mujer que ocupaba el asiento de delante volvió la cabeza como si escuchara, y la vecina de Violet se calló. Un minuto más tarde empezó a hablar de nuevo, esta vez en voz más baja.

—¿Estás haciendo un reclinatorio?

Violet negó con la cabeza.

—¿Por qué, tus puntadas no eran lo bastante buenas? —preguntó con expresión solidaria—. ¿A mí me devolvieron el mío tres veces antes de quedar satisfechas! ¿Te han puesto a hacer madejas? ¿O a ordenar los armarios? Los armarios siempre necesitan que se les ponga orden, pero es un trabajo terriblemente aburrido. O puede que les lleves la contabilidad. Apuesto a que es eso.

Miró las manos de Violet como si buscara signos reveladores de tinta en los dedos. Por supuesto, también buscaría un anillo, igual que Violet ya había advertido que ella no llevaba ninguno.

—Yo me negué enseguida a llevar la contabilidad. Bastante me ocupó ya de eso el resto de la semana.

La mujer sentada delante de ellas se volvió.

—¡Chiss!

Violet y su vecina se sonrieron. Se sentía bien teniendo una cómplice, aunque esta fuera un poco ansiosa.

Cuando el servicio empezó a llegar lentamente a su fin —el deán completaba su discurso, otro himno (Oh, santo Señor, accede a morar), y más bendiciones—, ya era muy tarde y Violet tuvo que irse corriendo. Entonces oyó que la mujer del rostro delgado le decía a gritos cómo se llamaba:

—¡Gilda Hill!

Cruzó corriendo el jardín exterior, una zona verde que rodeaba la catedral, y después enfiló la

High Street hasta la papelería Warren y desde allí se apresuró a regresar con la cinta negra a la compañía Southern Counties Insurance, donde llegó acalorada y sin aliento.

No tendría por qué haberse dado tanta prisa, puesto que la oficina que compartía con otras dos del equipo de mecanógrafas estaba vacía. En la oficina más grande que la empresa tenía en Southampton, donde Violet trabajaba antes de mudarse a Winchester, el director era mucho más estricto sobre las idas y venidas de los empleados. Y hubiera sido de esperar que en esta oficina, mucho más pequeña y más expuesta, la ausencia de Violet llamara la atención. Pero no. Aunque no quería que la reprendieran, sintió una leve decepción de que nadie se hubiese percatado de que su silla estaba vacía y de lo quietas que estaban las teclas beis de su máquina de escribir Imperial de color negro.

Echó un vistazo a las mesas vacías de sus compañeras de oficina. Olive y Maureen —que se hacían llamar O y Mo y se reían a carcajadas por sus apodos aunque nadie más lo hiciera— debían de estar tomando el té en la cocina al final del pasillo. Violet deseaba desesperadamente beberse una taza de té y tomarse una galleta para llenar el agujero que sentía en el estómago. En el almuerzo solo había comido los sándwiches de Marmite y margarina que había preparado en casa. Nunca eran suficientes: a media tarde siempre volvía a estar hambrienta y tenía que llenarse a base de más té. La señora Speedwell se escandalizaría si supiera que Violet solo tomaba un almuerzo caliente a la semana. Pero ella no podía permitirse más, aunque nunca se lo confesaría a su madre.

Por un momento consideró la posibilidad de unirse a sus colegas en la cocina. O y Mo eran dos lugareñas de unos veinte años y, si bien eran bastante amables con Violet, procedían de entornos muy distintos al suyo y la trataban como a una violeta africana o a una aspidistra: una de esas plantas de interior que tienen las solteronas. Ambas vivían con sus padres y era evidente que por ello carecían de problemas de dinero, como tampoco los tenía antes Violet. Una era sexi, la otra más bien del montón, estrenaban vestido siempre que podían y vivían para los bailes, las citas en el cine y un desfile de hombres entre los que elegir. Había muchos hombres de su edad; ellas no corrían el riesgo, como le había sucedido varias veces a Violet después de la guerra, de entrar en un salón de baile y tener que elegir entre parejas de baile lo bastante mayores como para ser su abuelo, o demasiado jóvenes, o bien hombres irremediabilmente dañados a los que Violet sabía que no podría ayudar. O encontrarse con que, simplemente, no había hombres, por lo que las mujeres tenían que bailar unas con otras para llenar la ausencia. Mientras mecanografiaban, sus compañeras de oficina charlaban y reían sobre los hombres que habían conocido, como si se diera por sentado que siempre los habría disponibles. Las dos habían tenido varios novios en los seis meses que Violet había trabajado con ellas, aunque desde hacía poco, ambas se habían vuelto más serias sobre sus actuales pretendientes. En ocasiones, su entusiasmo y sus suposiciones empujaban a Violet a irse a la cocina a hervir agua aunque no quisiera té, hasta haberse calmado lo suficiente como para volver y seguir tecleando deprisa. Era una mecanógrafa mucho más eficiente que sus compañeras, cosa que a ellas parecía hacerles gracia.

Solo una vez Mo le había preguntado si «antes» tenía chico. «Sí», se había limitado a contestar Violet, negándose a convertir a Laurence en una anécdota.

Esa semana había sido peor. Ni siquiera la perspectiva de tomar té con una galleta conseguía compensar el temor que sentía Violet al tener que observar a la pequeña y rolliza Olive estirar sus dedos por enésima vez delante de su cara para admirar su anillo de compromiso. El lunes había entrado en la oficina con un andar distinto, echando los hombros hacia atrás con orgullo y

levantando sus apretados rizos rubios. Había intercambiado una sonrisa pícaro y engreída con Mo, que ya estaba instalada delante de su máquina de escribir, y, mientras se quitaba el fular y colgaba el abrigo, anunció:

—Acabo de hablar con el señor Waterman.

Se quitó los guantes y Violet no pudo evitar buscar el destello de luz en el dedo anular de O. El diamante era diminuto, pero incluso un minúsculo resplandor es un resplandor.

Mientras O correteaba por el pasillo sobre unos tacones más altos que los escarpines que calzaba Violet, a Mo —que era más lista que su amiga, pero menos atractiva desde el punto de vista convencional, con el pelo descolorido, la cara larga y tendencia a fruncir el ceño— se le desvanecía la sonrisa. Si se hubiese sentido amable en aquel momento, Violet le habría asegurado a Mo que su actual novio —un reservado empleado de banco que había pasado una o dos veces por la oficina— sin duda no tardaría en proponerle matrimonio. Pero no le apetecía ser amable, al menos no sobre este tema; así que permaneció en silencio mientras Mo se cocía en su sufrimiento.

Desde el día en que O exhibiera triunfante su anillo, las chicas no hacían más que hablar de eso: de cómo Joe se había declarado (en un pub, ofreciéndole el anillo dentro de su copa de oporto con limón), cuánto tendrían que esperar hasta reunir suficiente dinero para pagar una ceremonia como era debido (dos años), dónde tendría lugar la fiesta (en el mismo pub), qué vestido se pondría ella (blanco mejor que marfil; Violet sabía que era un error, puesto que el blanco resultaría demasiado duro para el tono de piel de Olive), dónde vivirían (con su familia hasta que pudieran permitirse una vivienda propia). Todo resultaba tan banal y repetitivo, sin revelaciones, sueños o deseos interesantes o sorprendentes, que Violet pensó que se volvería loca si tenía que seguir escuchándolo durante dos años.

Encendió un cigarrillo para distraerse y suprimir su apetito. Luego introdujo una hoja de papel en los rodillos de la máquina de escribir y empezó a mecanografiar ininterrumpidamente una carta del señor Richard Turner de Basingstoke, que solicitaba un seguro de hogar que garantizara el pago en caso de que la vivienda y su contenido se perdieran debido a un incendio, una inundación u otra acción divina. Violet se percató de que no se incluía la «guerra». Se preguntó si el señor Turner comprendía que no todas las pérdidas podían reemplazarse.

No obstante, por lo general, Violet tecleaba sin pensar. Había mecanografiado tantas de esas solicitudes para asegurar una vida, una casa, un automóvil o un barco, que casi nunca se paraba a pensar en el significado de las palabras. Para ella, escribir a máquina era un acto repetitivo y carente de significado que se convertía en una relajante meditación que la llevaba a un estado en el que no necesitaba pensar, sino solo ser.

O y Mo no tardaron en volver, su parloteo las precedió en el pasillo interrumpiendo la paz de Violet.

—Usted primero, señora Hill —dijo Mo apartándose y mostrándole la puerta a Olive para que entrara.

Ambas llevaban vestidos veraniegos estampados de flores, O vestía uno de color melocotón y Mo uno de color marrón, lo que recordó a Violet que su sencillo vestido de lino azul con la anticuada cintura baja tenía ya tres años. Pero era complicado modificar una cintura baja.

—Bueno, no me importa hacerlo, señorita Webster, que pronto será señora Livingstone, estoy segura.

—Oh, no lo sé —contestó Mo, aunque parecía ilusionada.

Olive dejó bruscamente su taza junto a la máquina de escribir, derramando parte del té en el

plato.

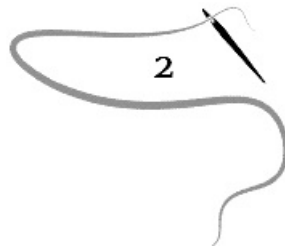
—¡Pues claro que sí! Podrías acabar casándote antes que yo. ¡Y podrías ser mi madrina de boda en lugar de mi dama de honor! —Levantó la mano una vez más para admirar su anillo.

Violet hizo una pausa. Señora Hill. Era un apellido bastante común. Aun así...

—¿Tu novio tiene una hermana? —le preguntó a Olive.

—¿Te refieres a Gilda? ¿Qué le pasa? No es más que una vieja solter...

Olive pareció recordar con quién estaba hablando y se tragó sus palabras con una risa, pero no antes de que Violet advirtiera su tono incisivo. En ese momento decidió que Gilda Hill le iba a caer bien.



Violet vivía a quince minutos de la oficina, en Soke, una zona que antiguamente era una jurisdicción independiente en la parte oriental de Winchester, al otro lado del río Itchen. Con su sueldo de mecanógrafa no podía permitirse vivir en uno de los barrios más lujosos de la parte occidental que tenía mansiones con grandes jardines, calles limpias y automóviles bien cuidados. Las casas de su barrio eran más pequeñas y estaban más pobladas. Se veían menos coches y las tiendas tenían escaparates más polvorientos y vendían artículos más baratos.

Ella compartía la vivienda con otras dos mujeres, además de la casera, que ocupaba la planta baja. Por supuesto, allí no había hombres y la señora Harvey desalentaba las visitas de varones que no fueran de la familia en la planta baja y las prohibía rotundamente en la de arriba. Y, en las escasas ocasiones en que había hombres en la sala de estar, la casera no paraba de entrar y salir: para buscar el ejemplar del Southern Daily Echo que se había olvidado o sus gafas de leer, o para dar de comer a los periquitos que tenía en una jaula o para atizar el fuego pese a que nadie se había quejado del frío, o para recordar a los varones que debían marcharse a tiempo de coger el tren. Violet no tenía visitantes masculinos aparte de su hermano Tom; sin embargo, la señora Harvey le concedió a su hermano el tratamiento reservado a los extraños hasta que Violet le mostró una foto de familia como prueba de su parentesco. Ni siquiera entonces los dejaba solos por mucho tiempo, sino que asomaba la cabeza por la puerta para recordar a Tom que las gasolineras cerraban pronto los sábados. A su hermano le hacía gracia.

—Me da la sensación de estar en una obra de teatro en la que ella va a anunciar que han encontrado un cadáver con el cráneo hundido en la recocina —observó con regocijo.

Para él era fácil divertirse con la señora Harvey como si fuera un espectáculo, puesto que no tenía que vivir con ella. A veces, Violet se preguntaba si al mudarse a Winchester no había hecho más que cambiar a su madre por otra que era igual de quisquillosa. No obstante, aquí podía subir a su cuarto y cerrarle la puerta a todo, cosa que era más difícil de hacer en casa de su madre. La señora Harvey respetaba una puerta cerrada, siempre y cuando no hubiese un hombre detrás; mientras que en Southampton, su madre se había colado algunas veces en su dormitorio como si no hubiera puerta alguna.

Cuando volvió del trabajo, Violet rechazó el té que le ofrecía su casera, pero se llevó un poco de leche arriba y puso agua a hervir en su cuarto. Pese a haber pasado parte de la tarde en la catedral, esta era la séptima taza del día. Las tazas de té eran como puntos que le servían para marcar los momentos, establecían una separación entre el antes y el después: entre dormir y despertar, entre caminar hasta la oficina y sentarse a trabajar, entre almorzar y volver a mecanografiar, entre acabar un contrato complicado y empezar otro, entre el final del trabajo y el inicio de la noche. A veces utilizaba los cigarrillos como signos de puntuación, pero la mareaban en lugar de calmarla como hacía el té. Y además eran más caros.

Sentada con su taza en un sillón junto a la chimenea apagada —no hacía suficiente frío como para justificar el gasto de carbón—, Violet miró su pequeña habitación. No se oía nada aparte del tictac de un reloj de madera que había comprado unas semanas antes en una tienda de objetos usados. El pálido sol se colaba a través de los visillos e iluminaba la alfombra de espirales rojas, amarillas y marrones. Su padre la habría llamado una «alfombra de truenos y relámpagos». Unas medias de color beis se estaban secando en una percha. En el rincón, un maltrecho ropero con una puerta que no se cerraba debidamente mostraba el escaso surtido de vestidos, blusas y faldas que se había traído con ella de Southampton.

Violet suspiró. «Esta vida en Winchester no es lo que yo me esperaba», pensó.

El traslado a Winchester el pasado mes de noviembre había sido repentino. Tras la muerte de su padre, Violet había aguantado un año y medio viviendo sola con su madre. Lo que se esperaba de las mujeres como ella —solteras y con pocas posibilidades de casarse— es que cuidaran de sus padres. Ella consideraba que había hecho todo lo que podía. Pero la señora Speedwell era insoportable; siempre lo había sido, incluso antes de perder a su primogénito George en la guerra. Procedía de una época en que las hijas eran obedientes y respetuosas con sus madres, al menos hasta que se casaban y eran entregadas a sus maridos, aunque la señora Speedwell no se había entregado mucho al suyo. De niños, Violet y sus hermanos habían evitado llamar la atención de su madre, jugando como una pandilla muy unida y dirigida con relajada autoridad por George. La señora Speedwell regañaba a menudo a su hija por no ser suficientemente femenina. «Nunca conseguirás un marido con las rodillas peladas, el pelo lacio y esa pasión por los libros que tienes», le decía. Lo que menos se imaginaba ella es que la guerra traería cosas peores que los libros y las rodillas peladas para impedir que Violet encontrara un esposo.

De adulta, Violet había aguantado mientras vivía su padre, que conseguía suavizar el ambiente y absorber los excesos de su mujer enarcando las cejas a su espalda y sonriendo a su hija, y bromeando siempre que podía. Sin embargo, cuando este murió y la señora Speedwell se quedó sin nadie más a quien controlar aparte de Violet —puesto que el menor de sus hijos, Tom, se había casado y había escapado años antes—, ella tuvo que soportar todo el peso de su atención.

Una noche, después de haber estado sentadas junto al fuego, Violet empezó a enumerar mentalmente las quejas de su madre: «La luz es demasiado tenue. La radio no está lo bastante alta. ¿Por qué se ríen si no tiene gracia? La salsa para ensaladas de la cena estaba rancia, estoy segura. Tienes el pelo espantoso, ¿has intentado ondulártelo tú sola? ¿Has engordado? No estoy del todo segura de que Tom y Evelyn deban matricular a Marjory en esa escuela. ¿Qué pensaría Geoffrey? ¡Oh, no, otra vez está lloviendo! El pasillo se está llenando de humedad».

«Ocho seguidas», pensó Violet. Lo que la deprimía aún más que las quejas en sí era haberlas contado. Exhaló un suspiro.

—Suspirar te desfigura la cara, Violet —la reprendió su madre—. No te favorece.

Al día siguiente, en el trabajo, vio en el tablón de anuncios un puesto de mecanógrafa en la oficina regional de Winchester, que prosperaba pese a la maltrecha economía. Violet agarró la taza de té y cerró los ojos. «No suspires», pensó. Cuando los abrió, fue a ver al director.

El cambio fue más sencillo de lo que esperaba, al menos al principio. El director de Southern Counties Insurance aceptó el traslado, Tom le ofreció su apoyo («¡Ya era hora!»), y a Violet no le costó demasiado encontrar una habitación en casa de la señora Harvey. En un primer momento, cuando Violet anunció con suma cautela a su madre que se mudaba a Winchester, la sorprendió la

impasibilidad con la que esta se limitó a decir:

—Deberías irte a Canadá. Allí es donde están los maridos.

Sin embargo, el lluvioso sábado de noviembre en que Tom vino con Evelyn y los niños y empezó a cargar las escasas posesiones de Violet en su Austin, la señora Speedwell no se movió de la butaca de la sala de estar. Se quedó allí, sin tocar la taza de té frío mientras alisaba con dedos temblorosos los tapetes que cubrían los brazos de la butaca. No se dignó mirar a Violet cuando esta fue a despedirse de ella.

—Cuando nos arrebataron a George no me imaginé que pasaría otra vez por el calvario de perder a un hijo —declaró, como si le hablara al salón.

Marjory y Edward estaban haciendo un rompecabezas delante del fuego de carbón; la sobrina de Violet alzó la vista hacia su abuela y observó con sus grandes ojos castaños las manos agitadas de la señora Speedwell, que no dejaban de acariciar los tapetes.

—Madre, no me estás perdiendo. ¡Me mudo a menos de veinte kilómetros de aquí!

Sin embargo, mientras lo decía, Violet sabía que en cierto sentido su madre tenía razón.

—Y pensar que ha sido mi propia hija la que ha elegido que la perdiera —siguió lamentándose la señora Speedwell como si Violet no hubiese hablado y ni siquiera estuviera en la estancia—. Imperdonable. Al menos, el pobre George no tuvo elección; fue la guerra, él lo hizo por su país. ¡Pero esto es una traición!

—Por el amor de Dios, mamá, Violet no está muerta —exclamó Tom cuando pasó por allí con una caja llena de platos, tazas y cubiertos de la cocina que Violet esperaba que su madre no echara en falta.

—Bueno, ahora está en sus manos. Si una mañana no me despierto y tardan días en descubrir que estoy muerta en la cama, ¡entonces se arrepentirá! O tal vez no. Tal vez siga como si nada.

—Mamá, ¿la abuela se va a morir? —preguntó Edward, mientras sostenía en el aire una pieza del rompecabezas.

No daba la impresión de que esa idea lo preocupara; solo parecía sentir curiosidad.

—Ya basta de hablar de eso —replicó Evelyn.

La esposa de Tom era una mujer morena y enérgica acostumbrada a la señora Speedwell, y Violet admiraba la eficacia con la que había aprendido a hacer callar a su suegra. Siempre era más fácil cuando no había relación de parentesco. También había puesto en su lugar a Tom después de la guerra. Violet apreciaba a su cuñada, pero esta la intimidaba demasiado como para que llegaran a ser verdaderas amigas.

—Venga, dale un beso de despedida a tu tía Violet. Después nos iremos a comprar mientras papá la lleva en coche a Winchester.

Marjory y Edward se pusieron en pie y, obedientes, estamparon unos besos rápidos en las mejillas de Violet que la hicieron sonreír.

—¿Por qué no podemos ir con ellos a Winchester? —preguntó Edward—. Quiero ir en el coche de papá.

—Ya te lo hemos explicado, Eddie. La tía Violet tiene que trasladar sus cosas y no queda suficiente espacio para nosotros.

En realidad, la tía Violet no tenía tantas cosas que trasladar. Estaba sorprendida de que su vida cupiera en tan pocas maletas y cajas. En el asiento trasero todavía quedaba sitio para un pasajero y a ella le hubiese gustado que Edward fuera con ellos. Era un niño lleno de energía que la ponía



de buen humor con sus incongruencias y su descarado solipsismo. Si se veía obligada a concentrarse en el mundo de su sobrino, no tendría que pensar en el suyo propio. Sin embargo, Violet sabía que no podía pedirle que los acompañara sin incluir a Marjory o a Evelyn, y por eso no dijo nada mientras empezaban a ponerse los zapatos y los abrigos antes de abrirse camino bajo la lluvia.

Cuando se hizo evidente que la señora Speedwell no iba a despedirse de ella como solía hacer, mirando desde la puerta de entrada hasta que los visitantes desaparecieran de la vista, Violet se acercó a ella y la besó en la frente.

—Adiós, madre —murmuró—. Hasta el domingo que viene.

La señora Speedwell se sorbió la nariz.

—No te molestes. Puede que ya esté muerta.

Una de las mejores cualidades de Tom era que sabía cuándo callarse. De camino a Winchester dejó que Violet llorara sin hacer comentarios. Rodeada de cristales empañados y envuelta por el olor del cuero y del petróleo caliente, ella se reclinó en su asiento y lloró. Sin embargo, cerca de Twyford, sus sollozos disminuyeron hasta apagarse por completo.

Siempre le había gustado viajar en el bonito automóvil marrón y negro de Tom, maravillándose de cómo aquel espacio la apartaba del mundo y, al mismo tiempo, la llevaba con eficacia de un lugar a otro.

—Puede que me compre un coche —declaró secándose los ojos con un pañuelo con bordado de violetas, uno de esos regalos prácticos que solía hacerle Evelyn por Navidad.

En el momento mismo de decirlo supo que no podría permitirse tal lujo: iba a ser pobre como las ratas, aunque ahora mismo aquello le pareciera un juego.

—¿Me enseñarás a conducir? —preguntó, mientras encendía un cigarrillo y abría la ventanilla.

—¡Así me gusta, hermanita! —le contestó Tom al tiempo que cambiaba de marcha para subir una colina.

Su carácter afable había ayudado a Violet a hacer frente a su madre a lo largo de los años, así como a la guerra y sus efectos. Tom había cumplido los dieciocho poco después de que les llegara la noticia de la muerte de su hermano, y se alistó en el ejército sin vacilación ni aspavientos. Nunca hablaba de sus experiencias en Francia; la muerte de su hermano las relegó a un segundo plano, tal como había sucedido con el fallecimiento del prometido de Violet. Ella sabía que no valoraba lo suficiente a Tom, como siempre hacen los mayores con sus hermanos pequeños. Ambos admiraban a George, de niños seguían su ejemplo en sus juegos. Cuando desapareció se sintieron perdidos. ¿Se suponía que Violet tendría que haber asumido el papel del primogénito, que debería haber tomado el mando y darle ejemplo a Tom? De ser así, había hecho un pésimo trabajo. Ella era mecanógrafa en una compañía de seguros; no se había casado ni había creado una familia. Tom se le había adelantado sin hacer ruido, aunque nunca presumía ni se disculpaba por ello. Ni falta que hacía: él era un hombre y se esperaba que tuviera éxito.

Cuando acabaron de descargar las cosas de Violet, bajo la atenta mirada de la señora Harvey, él se llevó a su hermana a comer pescado con patatas fritas.

—Mamá es un roble —le dijo para tranquilizarla durante la comida—. Ha superado la muerte de George, y también la de papá. Sobrevivirá a esto. Y tú también. Solo te pido que no te quedes siempre encerrada en tu cuarto. No vaya a ser que te dé una cuartitis, ¿no es así como lo llaman? Sal con gente.

Quería decir: sal con hombres. Tom era más sutil que su madre sobre este tema, pero ella sabía que también él quería que encontrara milagrosamente a un hombre con el que casarse, incluso a esa edad. Un viudo, quizá, con hijos mayores. O un hombre que necesitara ayuda con sus heridas. Aunque la guerra hubiese acabado trece años antes, las heridas eran de por vida. Cuando Violet se casara, Tom ya no tendría que cuidar de ella: una molesta carga de la que ya no debería preocuparse más. De lo contrario, llegaría un día en que, quizá, Violet tuviera que irse a vivir con su hermano, pues eso era lo que hacían a menudo las solteras.

Sin embargo, no era sencillo encontrar marido, porque había dos millones menos de hombres que de mujeres. Violet había leído muchos artículos en los periódicos sobre estas «mujeres sobrantes» —esa era la etiqueta que les habían puesto—, que se quedaban solteras debido a la guerra y que difícilmente se casarían, algo que se consideraba una tragedia, una amenaza, en una sociedad preparada para el matrimonio. Los periodistas parecían disfrutar de la etiqueta, que colgaban como quien clava un broche con un alfiler en la piel. Molestaba, sin duda; pero en ocasiones, el alfiler penetraba en las capas protectoras y hacía que sangrara. Ella había supuesto que a medida que envejeciera dolería menos y se sorprendía al descubrir que incluso con treinta y ocho años —de mediana edad— las etiquetas seguían doliendo. Sin embargo, la habían llamado cosas peores: marimacho, arpía, odia-hombres.

Violet no odiaba a los hombres y no se había pasado la vida entera sin ellos. Dos o tres veces al año, se ponía su mejor vestido —el de lamé color cobre con estampado de festones—, se iba sola al bar de un hotel de Southampton y se sentaba con un jerez y un cigarrillo en la mano hasta que alguien se interesaba por ella. Los llamaba sus jerezanos. A veces acababan en una callejuela o en un automóvil o en un parque; nunca en el cuarto de él y nunca en la casa de los padres de ella. Agradecía sentirse deseada, aunque aquellos encuentros jamás le produjeron el intenso placer que sintió en una ocasión con Laurence durante la lluvia de estrellas de las Perseidas.

Todos los meses de agosto, Violet observaba junto a su padre y sus hermanos las lágrimas de san Lorenzo. Aunque Violet nunca le había dicho nada a su padre, a ella no le gustaba demasiado mirar las estrellas durante aquellas noches en el jardín, buscando estelas en el cielo. Nunca eran suficientemente espectaculares como para superar las molestias que suponían el frío —incluso en agosto—, el rocío y la tortícolis. Hubiera sido una pésima astrónoma, puesto que prefería estar calentita.

La lluvia de estrellas que mejor recordaba era la de agosto de 1916, cuando Laurence estaba de permiso y había ido a verla. Fueron en tren hasta Romsey, cenaron en un pub, después se pasearon por el campo y se tumbaron sobre una manta. Si alguien los descubría, Laurence podría darle una miniconferencia sobre las Perseidas, sobre cómo, en su órbita, la Tierra atravesaba los restos de un cometa todos los meses de agosto creando espectaculares lluvias de meteoros. Ellos dos habían ido al campo para observarlos, solo eso. Y los observaron durante un rato, tumbados boca arriba, cogidos de la mano.

Después de ver algunos meteoros cruzar el cielo, Violet se puso de lado para mirar a Laurence —una piedra debajo de la manta se le clavaba en el hueso de la cadera— y le dijo: «Sí». A pesar de que él no había formulado la pregunta en voz alta, había un interrogante flotando entre ellos desde que se habían comprometido el año anterior.

Aunque la oscuridad le impidiera ver la cara de Laurence, ella sabía que él sonreía. Él se volvió hacia ella. Después de un rato, Violet dejó de tener frío y de preocuparse por los movimientos de las estrellas en el cielo, y solo pensaba en los movimientos del cuerpo de

Laurence contra el suyo.

Dicen que la primera vez es dolorosa y sangrienta para una mujer, una conmoción a la que hay que acostumbrarse. No fue en absoluto así en el caso de Violet. Ella explotó, más fuerte que cualquiera de las Perseidas, y Laurence estaba encantado. Se quedaron tanto rato en el campo que perdieron cualquier oportunidad de conseguir un tren de vuelta y tuvieron que caminar once kilómetros, hasta que un veterano de las guerras de los Bóeres los adelantó con su automóvil, reconoció los andares de soldado de Laurence y se detuvo para llevarlos, sonriendo al ver las brizas de hierba en el pelo de Violet y su sobresaltada cara de felicidad.

Apenas una semana más tarde recibieron un telegrama que les anunciaba la muerte de George en Delville Wood. Y un año más tarde, Laurence fallecía en Passchendaele. Él y Violet no tuvieron más ocasiones para estar a solas, en el campo o en la habitación de un hotel. Ni siquiera en una callejuela. Cada pérdida hundió a Violet en un pozo oscuro, un vacío que se abrió en su interior y ante el cual se sintió indefensa, sumida en la desesperación. Su hermano se había ido, su prometido se había ido, Dios se había ido. El agujero tardó mucho tiempo en cerrarse, si es que llegó a cerrarse realmente.

Unos años más tarde, cuando logró enfrentarse a ello, intentó volver a experimentar lo que había sentido con Laurence aquella noche, esta vez con un viejo amigo de George que había salido físicamente ileso de la guerra. Pero entonces no había Perseidas y Violet era tan consciente de cada movimiento, que no fue capaz de sentir placer y solo consiguió odiar aquellos labios gelatinosos que la besaban.

Sospechaba que nunca llegaría a sentir placer con sus jerezanos. Durante un tiempo se había reído de ellos con sus escandalizadas amigas, hasta que unas consiguieron casarse con los pocos hombres disponibles y otras se retiraron a una vida sin sexo y ya no querían que Violet les siguiera contando sus hazañas. El matrimonio en particular produjo muchos cambios en sus amigas, y uno de ellos fue darles una capa de conservadurismo que hacía que se sintieran fácilmente alarmadas y amenazadas. Al fin y al cabo, algunos de los jerezanos podían ser sus maridos. Así pues, Violet empezó a callarse las cosas que hacía durante aquellos pocos días al año. Las amigas se fueron distanciando lentamente, a medida que los maridos y los hijos ocuparon sus vidas, y se acabaron los partidos de tenis, las sesiones de cine y las visitas al salón de baile. Cuando Violet abandonó Southampton, ya no le quedaba nadie a quien echar de menos con su partida o a quien darle su dirección o invitar a un té.

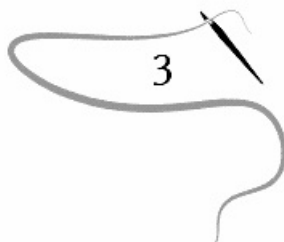
—Violet, ¿se puede saber dónde estás? —le preguntó Tom mientras la observaba sobre los restos de patatas fritas que le quedaban en el plato.

Violet sacudió la cabeza.

—Lo siento... es que, bueno, ya sabes.

Su hermano se levantó, se acercó a ella y le dio un abrazo; fue una sorpresa puesto que ellos no eran de esos hermanos que se abrazan. Volvieron caminando hasta la casa de la señora Harvey, donde él había aparcado el coche. Violet se quedó en la puerta contemplando cómo el Austin se alejaba por la calle mojada y luego subió a su cuarto. Creía que se echaría a llorar una vez que estuviera sola, en su desangelada habitación, con una puerta que podía cerrar al mundo. Pero ya había derramado todas sus lágrimas durante el trayecto desde Southampton. En lugar de llorar, contempló los escasos muebles que tenía a su alrededor, asintió con la cabeza y puso agua a hervir.





Violet no se había dado cuenta realmente de lo difícil que sería llegar a fin de mes viviendo sola con su sueldo de mecanógrafa. O quizá sí, pero estaba decidida a conseguirlo costara lo que costara: era el precio que pagaba por independizarse de su madre. Cuando vivía con sus padres, les entregaba casi dos tercios de su sueldo semanal para ayudarlos con la casa, y se guardaba cinco chelines para sus propios gastos —cenas, ropa, cigarrillos, revistas ilustradas— e ingresaba algunos más en el banco. Sus ahorros habían aumentado con el paso de los años y ella suponía que le harían falta más adelante, cuando ya no estuvieran sus padres. Sin embargo, se vio obligada a recurrir a ellos más de lo que esperaba para pagar el depósito de su alojamiento en el barrio de Soke y para comprar algunas cosas que acabaran de amueblar su habitación. En la casa de Southampton, su madre tenía enseres de sobra para darle, pero Violet sabía que era mejor no pedirle favores. Quizá si se hubiese mudado a Canadá para buscar marido, la señora Speedwell habría estado dispuesta a enviar muebles a miles de kilómetros. Pero mandar algo a veinte kilómetros de distancia era una afrenta. Dada la negativa de su madre, Violet tuvo que rastrear las tiendas de segunda mano de Winchester en busca de una mesilla de noche barata, cuando había una muy bonita de mimbre en su antiguo dormitorio, o un grueso cenicero verde que era casi idéntico al de la sala de estar de Southampton, o varios platos de mayólica descascarillados para la repisa de la chimenea, mientras que su madre tenía cajas llenas de trastos en el desván. Cuando se mudó, no se le ocurrió llevarse este tipo de cosas, puesto que nunca había tenido que convertir una habitación extraña en un hogar.

En la oficina de Winchester, Violet seguía ganando treinta y cinco chelines por semana, lo mismo que en Southampton. Se consideraba un buen sueldo para una mecanógrafa; llevaba diez años con la compañía, y mecanografiaba con rapidez y precisión. Cuando vivía en su casa paterna, su sueldo le parecía generoso; podía comer caliente la mayoría de los días y no tenía que pensárselo dos veces antes de comprar cigarrillos o una barra de labios. Pero no era un salario que permitiera a una persona sola vivir con desahogo; era más parecido a un par de zapatos demasiado pequeños, que se podían llevar, pero que apretaban y provocaban rozaduras y callos. Ahora que tenía que sobrevivir con su sueldo, Violet se dio cuenta de que, por muy orgullosa que se sintiera ella al contribuir con los gastos de la casa, sus padres debían de considerar lo que les entregaba casi como calderilla.

La misma cantidad que les daba antes a sus padres acababa en manos de la casera y solo cubría el desayuno; ella misma se pagaba y cocinaba la cena, y también tenía que pagar la lavandería y el carbón, cosas en las que antes ni pensaba. Parecía que cada vez que salía de casa gastara dinero, y aunque solo eran pequeñas cantidades aquí y allá iban sumando. Vivir suponía un gasto constante. Violet ya no podía seguir apartando dinero para ahorrar. Tenía que aprender a apañárselas sin él. Empezó a llevar siempre la misma ropa y a lavarla a mano para evitar que

subiera el gasto de lavandería, a remendar los rasgones y a esconder las zonas desgastadas detrás de broches o pañuelos, a sabiendas de que, por mucho que hiciera, no lograría devolverle la frescura. Un aspecto fresco solo se conseguía con ropa nueva.

Ya no compraba revistas ni periódicos y se contentaba con los que desechaban O y Mo, y dejó de comprarse barras de labios. Empezó a racionar sus cigarrillos a tres al día. Muchas de sus cenas consistían en sardinas con tostadas o espadines fritos en lugar de chuletas, puesto que la carne también era demasiado cara. A Violet no le gustaba el desayuno —hubiese preferido tostadas y mermelada— pero, puesto que pagaba por él, se esforzaba en comerse el huevo pasado por agua que le servía todas las mañanas la señora Harvey, para luego llegar mareada al trabajo. Todas las semanas iba al cine sola, era el único lujo que se permitía y que pagaba saltándose la comida de ese día. La primera película que vio en Winchester se llamaba Casi una luna de miel, sobre un hombre que tenía veinticuatro horas para encontrar a una mujer con la que casarse. Le resultaba tan doloroso verla que quiso salir a media función, pero en el cine hacía un calor agradable y le pareció imperdonable haber sacrificado una comida para luego acabar marchándose antes de tiempo.

Todos los domingos cogía el tren a Southampton para acompañar a su madre a la iglesia y el dinero del billete lo pagaba con sus ahorros, que menguaban poco a poco. A la señora Speedwell jamás se le hubiese pasado por la cabeza ofrecerse a pagárselo. Ella nunca le preguntaba a Violet por el dinero ni por su trabajo, así como tampoco se interesaba por Winchester o por cualquier aspecto de su nueva vida, lo cual dificultaba mucho mantener una conversación normal. De hecho, la señora Speedwell se pasaba las tardes del domingo lamentándose, como si se hubiese guardado todas sus quejas para poder soltarlas durante las pocas horas que su hija pasaba con ella. Si Tom y Evelyn y los niños no estaban allí, Violet casi siempre buscaba una excusa y volvía en el tren que salía antes, sintiéndose rebelde y culpable a partes iguales. Después, se quedaba en su cuarto leyendo una novela (se había puesto con Trollope, el autor favorito de su padre), salía a dar un paseo por los prados junto al río o escuchaba el final de las vísperas en la catedral de Winchester.

Cada vez que cruzaba la entrada principal por debajo de la gran ventana del oeste y entraba en la catedral, ante la larga nave y el amplio espacio delimitado por un impresionante techo abovedado, Violet notaba planear sobre ella todo el peso del edificio de novecientos años de antigüedad y sentía ganas de llorar. Era el único lugar construido especialmente para el sustento espiritual en el que ella se sentía de verdad alimentada espiritualmente. No necesariamente por los oficios, que aparte de las vísperas eran predecibles y rigurosos, aunque la repetición era reconfortante. Se trataba más bien de una veneración por el lugar en sí mismo, el hecho de saber que muchos miles de personas habían acudido a él a lo largo de su historia, en busca de un lugar en el que sentirse libres para estudiar las grandes cuestiones de la vida y la muerte, en vez de preocuparse por pagar el carbón en invierno o por necesitar un abrigo nuevo.

La catedral también le encantaba por cosas más concretas: por sus vidrieras de colores y los elegantes arcos y tallas, por sus baldosas antiguas, por los elaborados sepulcros de obispos, reyes y nobles, por las sorprendentes claves de bóveda pintadas que cubrían las juntas entre las nervaduras de piedra del alto techo y por toda la energía que se había puesto en construir esas cosas, por todos los creadores a lo largo de la historia.

Al igual que los servicios más pequeños, las vísperas se celebraban en el coro. Los niños cantores, con sus caras limpias y traviesas, se sentaban en una hilera de bancos y los congregantes en la otra, mientras que los que no habían ocupaban los asientos en el presbiterio adyacente.

Violet sospechaba que los feligreses consideraban que las vísperas eran frívolas en comparación con el oficio del domingo por la mañana, pero ella prefería el toque de música más ligero en lugar del estridente órgano y el sermón, que era más corto y más sencillo que el intimidante de la mañana. Ella no rezaba ni tampoco escuchaba las plegarias, pues estas habían muerto en la guerra junto con George, Laurence y una nación llena de hombres jóvenes. Pero cuando estaba sentada en la sillería del coro, le gustaba estudiar las altas bóvedas talladas en roble, decoradas con hojas, flores, animales e incluso un hombre verde cuyo mostacho se convertía en un abundante follaje. Por el rabillo del ojo podía ver la acechante enormidad de la nave, pero estando sentada allí, rodeada de las voces etéreas de los niños, se sentía protegida del vacío que en todo momento amenazaba con engullirla. En ocasiones, lloraba queda y discretamente.

Un domingo por la tarde, unas semanas después del servicio de presentación de los bordados, Violet se coló en el presbiterio mientras un deán invitado daba el sermón. Cuando fue a sentarse cogió un reclinatorio que alguien había dejado sobre el asiento, se lo puso en el regazo y lo examinó. Era un rectángulo de unos veinte por treinta centímetros con un círculo de color mostaza a modo de medallón en el centro, rodeado por un campo azul moteado. El dibujo del medallón era un atado de ramas con bellotas cuadrículadas con cáscara entre un follaje azul verdoso. Las cuatro esquinas tenían también bellotas bordadas. Los colores eran sorprendentemente vivos, el motivo era alegre y resultaba poco eclesiástico. Le recordaba a los fondos de los tapices medievales con sus intrincados arreglos de millefleurs de hojas y flores. Si bien este dibujo era más sencillo, no obstante atrapaba un eco del pasado.

Mientras colocaba el reclinatorio en el suelo y miraba los que tenía alrededor, pensó que todos le recordaban tiempos antiguos: cada uno de ellos tenía un círculo central de flores o nudos sobre un fondo azul. Aún no había suficientes reclinatorios bordados para todas las sillas, y las demás tenían los típicos bloques de fieltro rojo y negro. Los nuevos bordados realzaban el tono del presbiterio, dándole color y elegancia.

Al final del oficio, Violet cogió el reclinatorio para volver a mirarlo, sonriendo mientras seguía las bellotas cuadrículadas con el dedo. Siempre le parecía una contradicción tener que mostrarse solemne en la catedral entre la inspiradora belleza de las vidrieras de colores, las tallas de madera, las esculturas de piedra, la gloriosa arquitectura, las voces cristalinas de los niños y ahora los reclinatorios.

Una presencia cercana le hizo alzar la vista. En la nave contigua había una mujer de más o menos su misma edad que observaba el reclinatorio que sostenía Violet. Vestía un abrigo ancho de color verde bosque que le colgaba de los hombros y que tenía una doble hilera de grandes botones negros en la parte delantera. Llevaba un sombrero a juego de fieltro verde oscuro con plumas insertadas en una banda negra. A pesar de su atuendo a la moda, no tenía pinta de ser moderna, sino que más bien parecía haberse apartado de la corriente del presente. No se había ondulado el pelo y aquellos ojos de color gris pálido parecían flotarle en el rostro.

—Perdone. ¿Le importaría si...? —dijo alargando el brazo para dar la vuelta al reclinatorio y mostrar la parte inferior de tela de cáñamo azul oscuro—. Es que me gusta mirarlo cuando estoy aquí. Es mío, ¿sabe? —añadió dando un golpecito al borde.

Violet entornó los ojos: allí estaban cosidas las iniciales y el año: dj 1932. Después, observó a la mujer que contemplaba su obra.

—¿Cuánto tardó en hacerlo? —le preguntó, en parte por educación, aunque también por curiosidad.

—Dos meses. Tuve que deshacer algunos trozos varias veces. Estos reclinatorios pueden usarse durante siglos en la catedral, así que deben hacerse bien desde el principio. —Hizo una pausa antes de añadir—: *Ars longa, vita brevis*.

Violet recordó las clases de latín en la escuela.

—El arte es duradero, la vida breve —dijo citando a su antiguo profesor de latín.

—Sí.

Violet no podía imaginar que el reclinatorio fuera a permanecer allí durante cientos de años. La guerra le había enseñado a no dar por sentado que las cosas perduraban, ni siquiera algo tan sustancial como una catedral, y mucho menos un simple reclinatorio. De hecho, hacía tan solo veinticinco años, un buzo llamado William Walker había dedicado un lustro a apuntalar los cimientos de la catedral de Winchester con miles de sacos de hormigón para que el edificio no se viniera abajo. No se podía dar nada por sentado.

Se preguntó si los que habían construido la catedral novecientos años antes habrían podido imaginársela a ella, allí de pie bajo sus bóvedas, junto a los gruesos pilares, sobre sus baldosas medievales, iluminada por aquellas vidrieras: una mujer en 1932, que vivía y rezaba de forma tan diferente a ellos. Sin duda no habrían evocado a Violet Speedwell.

Alargó la mano cuando «DJ» dejó su reclinatorio en una silla e hizo ademán de marcharse.

—¿Es usted miembro de las bordadoras de la catedral?

DJ se detuvo.

—Sí.

—Si alguien quisiera ponerse en contacto con ellas, cómo...

—En el tablón de anuncios del pórtico hay una nota sobre las reuniones. —Durante un instante miró a Violet a los ojos y luego se unió a los demás congregantes.

Violet no tenía intención de buscar la nota. Creía que se había olvidado de los reclinatorios. Sin embargo, unos días más tarde, mientras paseaba cerca de la catedral, se sintió atraída por el tablón de anuncios y enseguida vio la nota sobre las bordadoras, que estaba escrita con una cuidadosa caligrafía parecida a la de su madre. Violet copió el número de la señora Humphrey Biggins y aquella noche utilizó el teléfono de su casera para llamarla.

—Compton 220 —dijo la señora Biggins al contestar al teléfono.

Violet supo de inmediato que no se trataba de una hija suya ni de una criada ni de una hermana. Su tono de voz era tan parecido al de su madre en su mejor época que la dejó sin habla, y la señora Biggins tuvo que repetir «Compton 220» con creciente irritación hasta que por fin acabó preguntando:

—¿Quién es usted? No toleraré estos silencios. Llamaré a la policía para denunciarle, ¡no le quepa la menor duda!

—Lo siento —balbució Violet—. Tal vez me haya equivocado de número —dijo aunque sabía que no era así—. La... la llamo por los reclinatorios de la catedral.

—Jovencita, sus modales por teléfono son espantosos. Está usted hecha un lío. Primero debe decir su nombre con claridad y luego preguntar por mí, y decirme qué se le ofrece. Inténtelo de nuevo.

Violet se estremeció y estuvo a punto de colgar. Al poco de que instalaran un aparato en su casa, su madre le había dado lecciones de modales por teléfono, pese a que ella misma espantaba



con su impaciencia a las personas que llamaban. Sin embargo, Violet sabía que debía insistir si quería tener su propio reclinatorio en la catedral de Winchester.

—Me llamo Violet Speedwell —empezó a decir obedientemente, sintiéndose como una niña pequeña—. Quisiera hablar con la señora Biggins en relación con el proyecto de bordados en la catedral.

—Eso está mejor. Pero llama usted muy tarde, y en el momento equivocado. Nuestras clases acaban poco antes del verano y no vuelven a empezar hasta el otoño. La señorita Pesel y la señorita Blunt necesitan tiempo en verano para elaborar los diseños del siguiente lote.

—De acuerdo, ya volveré a llamar. Siento mucho haberla molestado.

—No tan rápido, señorita Speedwell. Porque supongo que es «señorita» Speedwell, ¿verdad? Violet apretó los dientes.

—Sí.

—Bien, ustedes los jóvenes se rinden siempre con demasiada rapidez.

Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba «joven».

—Dígame, ¿sabe usted bordar? Nosotras realizamos bordados en cañamazo con punto de cruz para almohadas y cojines reclinatorios. ¿Sabe lo que es eso?

—No.

—Pues claro que no. ¿Por qué atraemos a tantas voluntarias que nunca en su vida han tenido una aguja en las manos? Eso hace que nuestro trabajo sea mucho más engorroso.

—Quizá porque me considera un lienzo en blanco sin fallos que deshacer.

El tono de la señora Biggins se suavizó.

—Ahí puede estar usted en lo cierto, señorita Speedwell. Una hoja en blanco puede ser en efecto más fácil. Pues bien, celebramos reuniones dos días a la semana, los lunes y los miércoles, de las diez y media a las doce y media, y luego desde las dos y media hasta las cuatro. Venga a la próxima y veremos qué podemos hacer. Al menos podría ayudarnos copiando dibujos o quizá limpiando los armarios.

Violet recordó lo que le había dicho Gilda sobre los armarios.

—En realidad, me temo que no estaré disponible a esas horas, señora Biggins, puesto que trabajo.

—¿Trabaja? ¿Dónde?

—En una oficina.

—Entonces, ¿por qué me ha llamado? Y encima a estas horas de la noche. Si ya está ocupada con otros quehaceres, siento decirle que no será usted útil para las bordadoras de la catedral. Exigimos un compromiso total.

—Pero...

Violet titubeó, preguntándose cómo explicarle a esta mujer prepotente que quería hacer un reclinatorio, uno que evitara que dolieran las rodillas durante las oraciones y que ella pudiera buscar especialmente en el presbiterio de la catedral. Uno que pudiera seguir existiendo mucho tiempo después de su muerte. A lo largo de los siglos, otros habían tallado cabezas en la sillería del coro, habían esculpido hermosas figuras de santos en el mármol, habían diseñado columnas y bóvedas robustas y memorables, o habían fabricado vidrio de colores para las vidrieras: todos ellos adornaban espléndidamente un edificio cuya finalidad era hacernos alzar los ojos hacia el cielo para dar las gracias a Dios. Violet quería hacer lo que otros habían hecho. Ahora ya no era

probable que tuviera hijos, así que si quería dejar una huella en el mundo, tendría que hacerlo de alguna otra forma. Un reclinatorio era un gesto diminuto e insignificante, pero era algo.

—Me gustaría hacer un reclinatorio para la catedral —afirmó por fin con un hilo de voz, y de inmediato se maldijo por ello.

La señora Biggins suspiró.

—Eso le gustaría a todo el mundo, querida. Pero lo que realmente necesitamos, no lo que usted necesita, son bordadoras experimentadas para trabajar con los reclinatorios que la señorita Pesel ha previsto para los asientos y los bancos del coro. No principiantas que intenten conquistar la catedral con un simple reclinatorio.

Violet guardaba silencio. Los años de experiencia con su madre le habían enseñado que, a menudo, el silencio era más efectivo que las palabras.

—¿Para qué empresa trabaja?

—Southern Counties Insurance.

—¿Qué me dice! ¿Para el señor Waterman?

—Sí.

—En tal caso, seguro que no habrá ningún problema. Vive en nuestro pueblo. Lo conozco de nuestra sociedad ornitológica. Dígale que la señora Humphrey Biggins le pide que le conceda un permiso de medio día para asistir a clase.

Violet no estaba del todo segura de querer renunciar a sus valiosas vacaciones anuales para asistir a clases de bordado.

—¿No hay clases fuera de las horas de trabajo? ¿Por las noches o los sábados?

La señora Biggins resopló.

—¿Acaso cree que organizamos reuniones a conveniencia? Algunas de nosotras tenemos familias a las que cuidar. Bien, pídale al señor Waterman que le conceda un tiempo libre. La espero el próximo miércoles a las diez y media, en la casa parroquial que da al jardín interior de la catedral. Buenas noches.

Colgó antes de que Violet pudiera contestar.

«¿Quién de las dos necesita aprender modales?», pensó.

Parecía que las normas de la señora Biggins sobre la hora adecuada para llamar a alguien no se aplicaban en su caso. A la mañana siguiente, cuando Violet llegó a la oficina, el señor Waterman ya le había dejado una nota en su mesa en la que le daba permiso para tomarse libre la mañana del miércoles. A pesar de lo tarde que era, la señora Biggins debió de telefonarle justo después de hablar con Violet, al no fiarse de que ella se lo fuera a pedir a su supervisor. Más tarde, Violet se lo encontró en el pasillo y le dio las gracias. Se trataba de un hombre anodino de pelo castaño, piel pálida y bigote caído que cubría en parte su vacilante sonrisa. Antes de decir nada, agachó la cabeza como si la señora Biggins estuviera rondando cerca de allí.

—No me importa cómo usa usted sus vacaciones anuales —le contestó—, y además es para una noble causa.

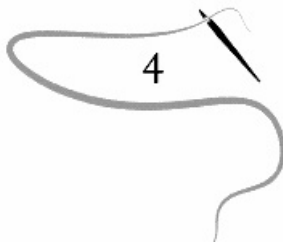
Hizo una pausa mientras se toqueteaba los puños de su camisa, que no estaban todo lo limpios que deberían.

«La señora Biggins los blanquearía hasta que resplandecieran», pensó Violet.

—Aun así, tenga cuidado, señorita Speedwell —añadió él—. ¡Cuando la señora Biggins le

echa la garra a alguien, no hay forma de librarse!

Acto seguido dio media vuelta y se fue por donde había venido, como si temiera haber dicho demasiado.



Pese a que estaba molesta por la injerencia de la señora Biggins, así como por sus mensajes contradictorios —«Venga el miércoles pero no nos será muy útil»—, Violet se encontró esperando con ilusión la reunión con las bordadoras. Su hermano la había estado incordiando desde que se había trasladado a Winchester para que se apuntara a algún grupo —excursionistas, sociedades históricas, fondos de beneficencia de la iglesia—, cualquier cosa que pudiera ponerla en contacto con posibles amigos y pretendientes. Ahora podría decirle sin mentir que lo estaba haciendo, aunque era poco probable que encontrara pretendientes en un grupo de bordados.

El miércoles por la mañana se le hizo raro levantarse tarde en un día laborable, entretenerse con el desayuno y no tener que hacer cola para lavarse. Aún con la bata marrón puesta, Violet se sentó, encendió un cigarrillo y escuchó los sonidos de la casa vacía de habitantes, pues las demás inquilinas se habían marchado a sus respectivos puestos de trabajo y su casera había salido a hacer la compra. Finalmente se vistió, consciente de que las bordadoras evaluarían su ropa, su pelo y su maquillaje. Después de pensarlo un poco, optó por un sencillo vestido de gasa verde pálido con flores amarillas y cogió su chaqueta de punto beis por si la sala de bordado era fría.

La casa parroquial formaba parte de una hilera de construcciones en el jardín interior, al sur de la catedral. Violet ya había pasado antes delante de los edificios, pero nunca se había parado a pensar lo que sucedía dentro. Mientras se acercaba a la entrada, empezó a sentirse un poco mal, era una sensación parecida a la que tuvo en su primer día de trabajo en la oficina de Winchester: en su vientre se libraba una batalla entre el deseo de lo nuevo y el aferrarse a la comodidad de lo familiar. La puerta tenía un timbre a un lado con un pequeño rótulo escrito a mano que decía: llame al timbre. Aquel impertinente letrero casi la impulsó a dar media vuelta y salir corriendo. Pero huir hacia qué, ¿una habitación vacía? ¿A mirar escaparates sin dinero en el bolso? ¿A la oficina, donde ni siquiera se habrían percatado de que ella faltaba?

Llamó al timbre. Después de un momento le abrió una joven que la miró de arriba abajo y, antes de que Violet pudiera abrir la boca, le ordenó:

—Vaya escaleras arriba, a la derecha y siga por el pasillo hasta la última habitación.

«¿Cómo lo ha adivinado?», se preguntó Violet y de pronto pensó que debería haberse puesto algo diferente, aunque no sabía exactamente qué. Encontró la habitación y se obligó a entrar con valentía, como zambulléndose en el agua fría del mar en lugar de permanecer dubitativa en la orilla. Pese a que no llegaba tarde —mientras avanzaba por el pasillo, Violet había oído que las campanas de la catedral daban la media— casi todas las sillas en torno a la larga mesa estaban ocupadas. Algunas mujeres ya estaban inclinadas sobre sus trozos de tela de cáñamo, observando los motivos y atravesando los diminutos agujeros con lana de colores. Otras susurraban mirando la labor de bordado que sostenían, seguramente hablando de una técnica o comparando los resultados.

Ninguna de ellas alzó la vista cuando entró Violet, de manera que se preguntó si se habría equivocado de hora, si habían empezado a las diez o a las nueve y media. No, estaba segura de que la señora Biggins le había dicho a las diez y media. Las que allí se encontraban debían de ser las fanáticas. La atmósfera en la sala era de tranquila actividad mezclada con cierta autocomplacencia, que por supuesto negarían si alguien las acusara de tal cosa.

Aunque no la recordaba del servicio especial para las bordadoras, Violet adivinó de inmediato quién era la señora Biggins por su comportamiento, tan similar a sus modales por teléfono. Llevaba una blusa de cuello alto y el pelo cardado, recogido en la coronilla, un estilo que había dejado de llevarse en torno a 1910. No se dedicaba a pasearse para echar un vistazo desde arriba a la labor de cada bordadora. Se limitaba a permanecer sentada en un extremo de la mesa, el que ocuparía el presidente del Consejo de Administración durante las reuniones, y dejaba que fueran las bordadoras las que vinieran a verla y colocaran su trozo de tela delante de ella como una ofrenda. Ella la examinaba y se pronunciaba. Mientras Violet la observaba, tumbó a tres bordadoras una tras otra:

«No, no, no, en esta esquina solo has utilizado dos tonos de azul. ¿Es que has olvidado la máxima que aplica la señorita Pesel a los fondos? Hay que usar siempre tres tonos para aportarles textura y tonalidad. Tendrás que deshacer tu labor y volver a hacerla».

«Mira esto, has tirado demasiado fuerte, por lo que ahora las puntadas están demasiado apretadas y la tensión es desigual. Esto no está nada bien: tendrás que deshacer esta parte».

«¿Has mezclado dos tipos de puntadas aquí? ¿Has alternado el punto de cruz con el punto de cruz alargado? ¡Oh, querida, no! La señorita Pesel nos está alentando a ser más osadas con las puntadas que usamos, pero jamás debes alternar estas dos. ¡Vuelve a empezar!».

Las tres reprendidas asintieron mientras le decían: «Sí, señora, lo volveré a hacer», o daban una respuesta parecida, y luego se retiraron como perros a los que se ha regañado por robar huesos de la mesa de la cena. Cuando llegaron a sus asientos, hicieron una mueca y mascullaron algo a sus vecinas.

—¿Dónde está su labor? —le preguntó la señora Biggins cuando Violet se le acercó.

—Todavía no tengo ninguna. Es la primera vez que vengo. Hablamos por teléfono.

—La señorita Speedwell, ¿no es así? ¿No tiene experiencia alguna con el bordado? De acuerdo, vamos a empezar. Puede trabajar con la señora Way. ¡Mabel! —exclamó—. Aquí tienes a la señorita Speedwell, que te ayudará a ordenar el armario.

Una mujer delgada con un vestido gris y cabello a juego se apartó de un gran armario situado en un rincón. Era la acomodadora que había intentado alejar a Violet del servicio en la catedral. En cuanto reconoció a la recién llegada, reanudó su trabajo.

—No está muy desordenado, señora Biggins —respondió—. No necesito ayuda.

—Bobadas. Un armario pulcro y ordenado facilita la labor y nos ayuda a trabajar mejor.

Violet respiró profundamente. No le quedaba más remedio que hacerse valer, como lo había hecho con su madre cuando se mudó a Winchester y como había hecho con Mabel Way unas semanas antes. De lo contrario no tenía sentido estar allí.

—Esperaba aprender a bordar, no a ordenar —dijo en voz baja.

Sin embargo, parecía que todas la habían oído, puesto que se hizo un silencio en la sala.

La señora Biggins se irguió en la silla, poniendo recta la espalda como un militar.

—Señorita Speedwell, sé que está impaciente por hacer su contribución personal a la catedral

con su propio reclinatorio. Pero se trata de una operación cooperativa, y en el espíritu de la cooperación, todas tenemos tareas que realizar aquí, muchas de las cuales no tienen nada que ver con el bordado y, no obstante, son esenciales para nuestros esfuerzos. Ahora, vaya al armario y ayude a Mabel a convertirlo en el más ordenado de Winchester. Solo entonces le enseñaremos a enhebrar una aguja.

Violet se puso roja durante esta reprimenda pública. Si en eso iba a consistir ser bordadora de la catedral de Winchester —ordenar armarios y condescender— tal vez debería irse y abandonar la idea de tener un reclinatorio con sus iniciales. Podía dejar a las bordadoras de la catedral en su sala de la casa parroquial y marcharse a dar un paseo por los prados junto al río y admirar las campánulas y las amapolas que crecían junto a la orilla. O ver a los niños del Winchester College jugar al críquet en su campo. O podía volver a casa y coger la botella de jerez barato a la que intentaba no recurrir demasiado a menudo. O ir al Royal Hotel y pedir un jerez allí, aunque no podía permitírselo, y esperar a que un hombre se sentara frente a ella y le pagara otro.

No tuvo que hacer nada de todo eso, pues en ese momento entró la mujer sonriente que había visto sentada en el banco delantero durante el servicio de presentación de los bordados. De inmediato, la tensión en la sala se relajó. Violet nunca había conocido a una persona que tuviera un efecto tan pronunciado en el ambiente. Era una mujer menuda de unos sesenta años, con gafas y una suave papada, el cabello canoso recogido en un moño bajo y suelto. Su gran boca se mantenía en una ligera sonrisa que tranquilizaba en lugar de juzgar.

—Señoras, estoy encantada de verlas aquí —se limitó a decir, y de alguna manera eso fue suficiente.

Como sucede a menudo, una líder que se sienta cómoda con su autoridad no necesita ser estridente, sino que puede permitirse ser generosa. Era como si viniera a visitarlas la más amable y recta de las madres.

Las mujeres que habían sido reprendidas se concentraron en deshacer su labor con renovada energía, mientras las demás se apiñaban alrededor de la recién llegada, diciéndole: «Señorita Pesel, ¿puedo decirle una cosa?». «Señorita Pesel, le estaría muy agradecida si comprobara mis ojetes, no consigo que se aplanen». «Señorita Pesel, ¿he mezclado los amarillos tal como usted quería?». «Señorita Pesel...». Eran como colegialas deseosas de agradar a su profesora preferida. Incluso la señora Biggins se suavizó.

«Al final me tocará a mí», pensó Violet. De repente, ya no le pareció tan mala idea ayudar mientras tanto a Mabel Way a ordenar el armario. No quería que la señorita Pesel la encontrara ociosa. Cuando Violet se unió a ella junto al enorme ropero adosado a la pared trasera, incluso el ceño permanente de Mabel se había relajado ligeramente, como si alguien le hubiese pasado una goma de borrar por las arrugas de la frente.

—Tal vez me ayude ver lo que hay dentro —sugirió Violet— hasta que pueda empezar a aprender a bordar.

Mabel Way asintió, sin apartar los ojos de la señorita Pesel mientras esta recorría la sala, como una novia que saluda a los invitados en el día de su boda.

—Tengo algunos trabajos que quiero mostrarte —le dijo Mabel—. ¿Por qué no sigues separando las madejas de lana azul y amontonándolas, asegurándote de que no se mezclen? Mira, he empezado de claro a oscuro.

Hizo un gesto hacia la lana que había en el ancho alféizar de la ventana, junto al ropero y luego se fue corriendo.

Violet miró las madejas. No tocaba la lana desde que, de niña, su abuela le enseñó a hacer punto y ganchillo. Le confeccionó una mañanita a su madre que la señora Speedwell ni siquiera se probó y a su padre una bufanda de color indefinido entre verde y amarillo que él llevó fielmente al trabajo durante dos semanas mientras su madre se quejaba a diario de que haría el ridículo por complacer a su hija. Cuando la bufanda desapareció misteriosamente, la señora Speedwell negó saber nada al respecto.

Mabel Way había separado los azules de los rojos y amarillos, naranjas y marrones, y a Violet le pareció que solo había dos tonos —azul claro y azul oscuro— y que ya estaban clasificados. No veía qué más podía hacer con ellos, miró en el armario para ver si había algo más que pudiera ordenar, aunque la organización no era su fuerte. La ropa, los juguetes y los libros de sus hermanos siempre estaban más recogidos que los de ella. George clasificaba sus libros por orden alfabético, Tom por color y tamaño. Los de Violet acababan siempre revueltos: los libros que le encantaban junto a los que odiaba, los libros que no había leído junto a los que ya conocía. Con su ropa pasaba algo parecido: cepillaba sus vestidos y sus faldas y los colgaba con cuidado, pero de alguna manera acababan arrugados y desordenados. El cabello no se le mantenía ondulado, sino que perdía cuerpo con demasiada facilidad. Cuando aún vivía con su madre, eso no tenía tanta importancia, pero ahora que intentaba ser independiente, se daba cuenta de esos pequeños fallos.

El armario de las bordadoras era una preciosidad para quien apreciara el orden. Estaba equipado con muchos estantes, cada uno de ellos con etiquetas pegadas y escritas a mano: reclinatorios para arrodillarse; almohadones para las sillas del coro; cojines para los bancos. Había cajas de varios tamaños que separaban las lanas de colores unas de otras, y pilas de diseños. Había varias cajas de modelos, y rollos de tela de cáñamo (tejido simple o tejido doble). Si examinaba el armario durante media hora, Violet comprendería cómo estaba organizado el proyecto de las bordadoras. Tal vez era por ello por lo que la señora Biggins se lo había asignado a ella.

El armario le recordaba a las clases sobre material de oficina en la escuela de secretarías a las que había acudido durante unos dos años después de la guerra, cuando finalmente aceptó que nunca se casaría y que necesitaba hacer algo con su tiempo que no fuera ser la acompañante de su madre. Allí, las chicas aprendían sobre todo mecanografía y taquigrafía, pero también recibían algunas clases sobre cómo organizar armarios de oficina, durante las que se les enseñaba que siempre había que poner los objetos más pesados y voluminosos en las estanterías inferiores, o que había que utilizar tapas de cajas para clasificar y guardar dentro las puntas de las plumas, las gomas elásticas y los sujetapapeles. Violet pensó entonces que aprender aquello sería rebajarse y suspendió su primer examen de Organización de Oficinas. Ahora se rio al recordarlo.

—¡Aquí estás! —Oyó de pronto—. Después del servicio en la catedral me pregunté si vendrías a alguna reunión.

Era Gilda Hill, que acababa de llegar y se acercaba a ella de prisa. Llevaba un vestido de flores rojo y blanco con cuello de pico que reflejaba su rostro triangular. Al advertir el trazo de pintalabios rojo brillante, Violet se acordó de que ella tenía los labios mordisqueados.

—Hola —le contestó Violet casi avergonzada mientras le tendía la mano—. Me llamo Violet Speedwell.

Gilda le estrechó la mano.

—Gilda Hill, ¿recuerdas? Nos lo vamos a pasar muy bien juntas. ¡Pero, bueno, no me digas que Biggins te ha puesto a ordenar el armario! Y supongo que con Mabel. ¿Te está haciendo

clasificar la lana? Lo mejor es examinarla con luz natural. Es por eso por lo que Mabel la tenía en el alféizar. ¿No te lo ha dicho? En serio, ¡no tiene remedio! ¡Y su bordado! No debería señalar a nadie, porque el mío no tiene nada de especial. Digamos que por algo le asignan tan a menudo el armario. ¿Te han explicado Mabel o la señora Biggins lo de los azules? ¿No? Lo mejor será que mires mientras lo hago yo; así lo comprenderás mejor. —De una bolsa que tenía a sus pies, sacó un bastidor rectangular en el que había una tela tensada—. Estoy haciendo un reclinatorio para el presbiterio. Nada complicado, no como los almohadones del coro.

—¿Qué más cosas estáis haciendo? —la interrumpió Violet exhausta por el cotorreo de su nueva amiga.

—¿Biggins no te lo ha dicho? Pues claro que no: nunca explica las cosas prácticas, supone que lo sabes. Primero empezamos a trabajar con los reclinatorios para las sillas cercanas al altar en el presbiterio, como este. —Gilda dio una palmadita al rectángulo bordado—. De estos hay que hacer muchos. Los dibujos son variaciones sobre un tema: una especie de nudo de estilo medieval en el centro, circular, con flores o formas geométricas, sobre un fondo con patrón azul y sombreado o en zigzag. La señorita Pesel dice que siempre debemos usar al menos tres tonos de azul para el fondo, a fin de darle textura. Estos son los tonos de azul que estás clasificando, hay cuatro, así que cuando hagas un reclinatorio elegirás tres de esos cuatro. Luego están las cenefas que se decoran con cuadrados o rectángulos de color rojo o marrón y crema o amarillo, con pequeños motivos en las esquinas. No son demasiado difíciles de hacer, y hay una sorprendente variedad de puntadas y tonos, por lo que parecen individuales pero son armoniosas cuando están juntas. La señorita Pesel es una diseñadora genial.

Violet asintió, preguntándose si llegaría a conocer a la genio.

—Luego hay dos tipos de almohadones: los de la sillería, que son los cojines más pequeños para las sillas de la parte trasera del coro; y los cojines de banco, que serán mucho más largos. Estos y algunos de los reclinatorios tendrán una serie de medallones en el centro que está diseñando la señorita Sybil Blunt. Es una amiga de la señorita Pesel. Solo hace los dibujos, por lo que no la verás mucho en estas reuniones. Los medallones serán escenas de la historia inglesa relacionada con Winchester. Por ejemplo, habrá reyes que hayan gobernado aquí, que estén enterrados aquí o que tengan vínculos con la ciudad, como Alfredo el Grande, Canuto el Grande o Ricardo Corazón de León, y uno del rey Arturo. Y también habrá obispos famosos de Winchester como Wykeham, Beaufort y Wodeloke.

—¿Hay alguna mujer?

—Esposas. Emma y María Tudor. En lo que respecta al estilo de bordado, los medallones históricos serán una mezcla de grandes puntadas y petit point utilizando lana más fina y seda, y esos requieren mucha habilidad. Solo las bordadoras más experimentadas trabajarán en ellos. Las demás nos encargaremos de decorar los fondos y los bordes. La señorita Pesel ha bordado la parte superior de uno de los reclinatorios históricos para mostrarnos lo que quiere que hagamos. ¿Te gustaría verlo?

Violet asintió.

—Supongo que Biggins lo tendrá guardado en el armario del pasillo. Vuelve con lo que estabas haciendo y yo iré a buscarlo. —Sacó dos madejas de azul del montón—. Aquí tienes el tercer y cuarto azul.

Violet se los quedó mirando.

—A mí me parecen todos iguales.



Gilda se echó a reír.

—Cuando has trabajado con ellos durante meses, acabas conociendo a fondo cada tono. —Le guiñó el ojo mientras se alejaba apresurada.

Violet examinó la lana, esforzándose por distinguir entre los distintos tonos de azul. Cerró los ojos por un instante y pensó en una clase de dibujo que había tenido hacía unos años en Southampton. Había acudido con una amiga que se casó al año siguiente y desapareció de esa vida, deseosa de que Violet no le recordara su anterior condición de mujer sobrante. Mientras los alumnos rayaban el áspero papel de dibujo con sus lápices, el profesor —un hombre genial que había perdido un brazo en la guerra («No el brazo de dibujar, gracias a Dios, porque habría podido ser peor») les dijo que fueran soldados y cerraran la mente mientras abrían los ojos.

Violet se preguntó entonces si Laurence había hecho eso: si se había limitado a seguir órdenes y había dejado de pensar en el campo de batalla. No había información sobre cómo murió, no había ningún informe de su comandante o de sus compañeros soldados, ningún pequeño detalle («Hacia sonreír a los hombres con sus imitaciones del káiser») ni adjetivos o adverbios contundentes («El teniente Furniss luchó valientemente junto a sus camaradas y desempeñó un papel importante en la defensa del territorio conquistado»). Tal vez el comandante había escrito demasiadas cartas como aquella ese día y se le habían agotado los superlativos y las frases edificantes. O tal vez nadie vio lo que le sucedió a Laurence Furniss: era uno de los cientos de soldados británicos que murieron en Passchendaele el 1 de agosto de 1917. Probablemente no había hecho nada fuera de lo común; morir aquel día no tenía nada de especial. Aunque nadie se lo había dicho, Violet se enteró del terrible barrizal que había habido allí y se preguntó si simplemente no se habría quedado atrapado en él convirtiéndose así en un blanco fácil.

Una tarde, en clase de dibujo, el profesor estaba ausente y una mujer ocupó su lugar aquel día. Tenía un estilo muy distinto: colocaba las habituales naturalezas muertas de frutas y botellas y copas, y les pedía a los alumnos que las dibujaran rápidamente; después los hacía desplazarse por la sala a otro caballete donde debían dibujarlas deprisa, y otra vez, para luego regresar a su caballete original y pasarse una hora con el dibujo. Violet no estaba segura de lo que se suponía que debía aprender. «Seguramente que todo depende del ángulo desde el que se mire», pensó. Le entraron ganas de salir a fumar un cigarrillo.

La nueva profesora merodeaba detrás de ellos, deteniéndose a menudo para mirar sus dibujos y hacer comentarios, pocos de ellos elogiosos. Violet intentaba bloquear el sonido de su voz, retrayéndose profundamente en sus propios pensamientos. A lo lejos oyó que alguien la llamaba por su nombre, pero solo lo escuchó cuando vio una mano moviéndose delante de su dibujo apenas empezado.

—Señorita Speedwell, ¿en qué está pensando?

—En mi hermano —respondió ella sorprendida por su propia franqueza.

El anuncio de la muerte de su hermano George sí estuvo acompañado de algunas palabras: «noble esfuerzo», «leal ante el fuego enemigo», «murió valientemente defendiendo los valores más sagrados de su país». Ella era capaz de repetir estas expresiones, porque su madre lo había hecho muy a menudo a lo largo de los años, succionando cada gota de consuelo hasta que quedaron secas como palos y despojadas de sentido.

—Deje de pensar en él —le ordenó la profesora—. No está aquí —dijo señalando la naturaleza muerta—. Solo debería pensar en dónde está el reflejo en la manzana o en cómo plasmar lo vítreo de la botella. Debe usted centrarse por completo en lo que está observando y

olvidarse de todo lo demás. Así conseguirá un mejor dibujo, y además será un alivio para usted concentrarse en lo que está haciendo en este momento y dejar de darle vueltas a la cabeza.

Con estas últimas palabras le dio a Violet permiso para dejar de lado a George y a Laurence durante aquella tarde. Aquella noche realizó su mejor dibujo y nunca más sintió la necesidad de volver.

Ahora que debía clasificar las lanas azules intentaba recuperar esa sensación de dejar escapar los pensamientos irrelevantes para tener una visión clara. Era llamativo cuántos sentimientos se agolpaban en su interior: curiosidad por lo que iba a mostrarle Gilda; inquietud por no ser capaz de utilizar suficientemente bien una aguja para bordar algo para la catedral; rabia contra la señora Biggins por regodearse menospreciando a las trabajadoras; timidez al intentar encontrar un lugar entre todas esas mujeres que ya sabían lo que estaban haciendo; preocupación de que nadie se percatara siquiera de que no había ido a trabajar aquella mañana; dudas sobre lo que podría cenar que no llevara sardinas, judías o espadín, puesto que estaba harta de comer eso. Seguramente tenía aún más pensamientos en la cabeza, pero Violet consiguió librarse de la mayoría, volvió a observar la lana y se dio cuenta de inmediato de que uno de los azules tenía un tono verdoso que le daba un aspecto turbio que recordaba al mar, como sus propios ojos, que a ella le hubiese gustado que fueran de un azul más claro, igual que el azul de la madeja que escogió y dejó caer en la caja. Azul claro, azul real con un toque de verde, azul verde y azul oscuro. En pocos minutos acabó de clasificarlos y cuando Gilda volvió, ya había acabado.

—Aquí lo tienes —dijo Gilda, dándole un trozo rectangular de tela bordada de unos treinta por setenta centímetros.

En el medallón central había pequeñas puntadas de petit point en sutiles tonos marrón y crema, que representaban un árbol con dos pavos reales azules y marrones en sus ramas, picoteando racimos de uvas colgantes mientras una cabra y un ciervo pastaban a sus pies. El diseño de las plumas del pavo real era intrincado, mientras que las uvas habían sido plasmadas con maestría con unos cuantos puntos de color. Alrededor del medallón había un bordado más atrevido con un complicado patrón de llamativas puntadas que formaban nudos celtas azules y flores rojas sobre un fondo amarillo.

—Es exquisito —declaró Violet, siguiendo la figura del pavo real con un dedo—. Es tan hermoso que no puedo imaginar que alguien vaya a sentarse realmente sobre él cuando esté listo para usarse.

Se oyó una risa, no con el tintineo agudo de Gilda, sino más grave y meliflua. Violet alzó la vista y se encontró con dos profundos pozos marrones. La mirada de Louisa Pesel era directa y sostenida, a pesar del clamor en la sala y de la cercana presencia de la señora Biggins. Louisa miraba a Violet como si fuera la única persona allí que importara.

—¿Qué parte de la historia de Winchester es esta? —le preguntó Violet—. No hace mucho que vivo aquí, y no la conozco.

—Tiene que retroceder más en el tiempo, hasta la Biblia.

—¿El Árbol de la Vida? —preguntó Violet.

Al igual que las demás, también ella quería agradar a la señorita Pesel.

La mujer mayor asintió.

—Sí. Los demás medallones históricos guardarán una relación directa con Winchester, pero pensé que el primero podía ser más universal. Por fortuna, el deán Selwyn estuvo de acuerdo conmigo, aunque solo se lo dije después de que el medallón estuviera medio acabado —admitió

riéndose—. Este y otro serán para los asientos de los sacristanes, a cada lado de la nave central cuando se entra en el coro. Son un poco más largos que el resto porque los asientos son más amplios. ¡Tal vez los sacristanes sean más anchos que nosotros!

—Señorita Pesel, le presento a la señorita Speedwell, nuestra nueva recluta —la interrumpió la señora Biggins—. Aunque empieza demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —le contestó la señorita Pesel—. Tenemos cientos de almohadones y reclinatorios para las rodillas. Estaremos bordando durante años y necesitamos toda la ayuda del mundo. Veo que la señora Biggins la ha puesto a clasificar la lana. Eso está muy bien, pero si quiere empezar a bordar durante las vacaciones de verano, debe aprender ya a dar las puntadas. Yo misma le enseñaré. Venga y siéntese —le dijo precediéndola hasta dos plazas que habían quedado milagrosamente libres en la mesa sin que ella tuviera que pedirlo—. Señorita Hill, ¿sería tan amable de ir a buscar un cuadrado de tela y un modelo para la señorita Speedwell? Por ahora, no hará falta el bastidor.

Mientras se alejaba apresurada, Gilda sonrió a Violet convirtiendo sus ojos en dos rendijas y mostrando unos relucientes dientes de caballo.

—Bien, señorita Speedwell, ¿ha bordado usted alguna vez? —le preguntó la señorita Pesel inclinando la cabeza como un pájaro—. ¿No hizo punto de cruz en la escuela?

—No. —Violet se detuvo.

Sintió que surgía un vago recuerdo de un viejo trozo de tela que acabó gris de tanto manosearlo, salpicado de cruces que formaban una casa primitiva, un jardín de flores, el alfabeto y un verso.

—Señor, dame sabiduría para encontrar mi camino... —murmuró.

—... no pido riquezas ni largo destino —completó la señorita Pesel—. Un dechado bastante anticuado, y muy popular. ¿Quién se lo enseñó?

—Mi madre. Sigue echando de menos a la reina Victoria.

La señorita Pesel se echó a reír.

—Mi dechado no era muy bueno —añadió Violet.

—Entonces tendremos que enseñarle a mejorarlo. Empezaremos con los principales puntos que utilizamos para los reclinatorios de rodillas y los almohadones: cruz, punto de cruz alargado, petit point, punto de arroz, gobelino recto y ojetes. Aunque vamos añadiendo puntos a medida que avanzamos, para aportar más variación. Estoy decidida a evitar que tengan el típico aspecto de almohadón de punto de cruz con escena de bosque en tonos verdes, amarillos y marrones.

Violet sonrió: la señorita Pesel había descrito con precisión las sillas del comedor de su madre, la señora Speedwell.

Gilda volvió con un cuadrado de tela de cáñamo marrón y también un trozo similar con diferentes zonas con puntadas realizadas en azul y amarillo.

—Es cáñamo italiano —explicó la señorita Pesel mientras le entregaba el cuadrado a Violet—. Y esto es una aguja de tapicería, con el ojo grande y la punta roma. —Se la ofreció junto con una hebra de lana azul medio—. Veamos cómo la enhebra... Muy bien, veo que se acuerda. Esta mañana le enseñaré a hacer el petit point, el punto gobelino, el de cruz y el de cruz alargado —dijo dando un golpecito en cada una de las puntadas del modelo—. Esta tarde, el punto de arroz y los ojetes. Si todo va bien, ¡al final del día habrá completado su propio modelo de puntadas!

Violet abrió la boca para protestar y decirle que solo se había tomado libre la mañana, pero

entonces se lo pensó mejor. ¿Quién iba a advertir que no había ido a trabajar o iba a preocuparse por ello? ¿O y Mo? ¿El señor Waterman? No le costaría nada recuperar el retraso. Y si el señor Waterman se quejaba, podía pedirle a la señora Biggins que lo asustara.

—Ahora, algunas reglas —prosiguió la señorita Pesel—. No utilice nunca una aguja afilada puesto que eso deshilará la tela; solo una roma. No deje nudos, porque se desharán o harán un bulto; deles una puntada y después corte el nudo, yo le mostraré cómo hacerlo. Los puntos deben estar apretados, piense que deben cubrir cada pedazo de la tela, de forma que esté completamente llena y no se vea nada de la trama. Un agujero entre las puntadas hará que el cojín sea más frágil y menos resistente. Estos almohadones y reclinatorios van a utilizarse todos los días, algunos de ellos dos o tres veces al día, al menos durante cien años, o eso esperamos. Es decir que la gente se sentará o se arrodillará en ellos miles de veces. Deben ser robustos para aguantar este tipo de uso durante tanto tiempo.

»Por último, no olvide el revés de la tela. Lo que queremos es que la parte trasera sea casi tan pulcra como la delantera. Si comete errores, podrá corregirlos allí detrás y nadie se dará cuenta. Pero un revés embrollado puede acabar afectando al derecho; por ejemplo, con la aguja se podrían coger sin querer hebras sueltas y pasarlas al otro lado. Un revés pulcro significa que se ha trabajado pulcramente en la parte delantera».

Violet recordó el dorso de su muestrario de bordado, enredado de lana, mientras la parte delantera era un campo de cruces irregulares, para desesperación de su madre.

—Debemos considerar nuestros trabajos como si fueran servicios en la catedral —añadió Louisa Pesel—. En el presbiterio o en el coro siempre presenciamos celebraciones vistosas, con procesiones, oraciones, himnos y el sermón, todo ello muy bien coreografiado, casi siempre gracias a los sacristanes, que son los encargados de dirigirlo y de mantenerlo todo limpio y organizado en los despachos lejos de la vista del público, para que la ceremonia transcurra sin sobresaltos.

Violet asintió.

—De acuerdo, empecemos entonces con el petit point, que utilizará mucho —dijo la señorita Pesel señalando unas puntadas amarillas que salpicaban el modelo—. Es resistente, sobre todo si se hace en diagonal, y llena muy bien los huecos.

Violet tuvo que pelearse con la aguja, la lana y la tela, con las que no estaba familiarizada. La señorita Pesel era paciente, pero Violet se sentía torpe e insegura y se asustaba cada vez que llegaba al final de una hilera y tenía que dar media vuelta.

—Una puntada en diagonal y después dos cuadrados hacia abajo —repitió la señorita Pesel varias veces—. Ahora para volver a la fila es una diagonal y dos a través. En vertical bajando por la fila, en horizontal subiendo. ¡Eso es! —dijo aplaudiendo—. Lo ha entendido.

Violet se sentía estúpidamente orgullosa.

La señorita Pesel la dejó practicar varias hileras de petit point mientras ella iba a ayudar a las otras. Parecía ajena a la presión de las bordadoras que esperaban mudas e impacientes detrás de ella y que miraban a Violet con el ceño fruncido por encima del hombro de su profesora.

Pasados veinte minutos volvió para controlar cómo le iba.

—Muy bien —dijo examinando las filas de puntadas de Violet—. Ha aprendido adónde debe ir la aguja. Ahora deshágalo todo y vuelva a empezar desde el principio.

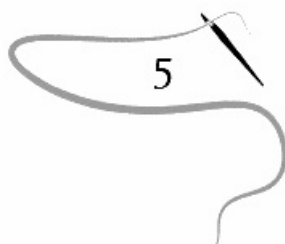
—¿Qué? ¿Por qué? —se quejó Violet. Ella creía que lo estaba haciendo bien.

—La tensión de cada puntada debe ser la misma o el resultado será desigual y feo. No desespere, señorita Speedwell —añadió, observando la expresión triste de Violet—. Puedo garantizarle que todas las mujeres en esta habitación han descosido mucha labor. Nadie lo consigue a la primera. Ahora, pongamos orden en lo que toca al final de las hileras. Después le enseñaré el gobelino recto. Se parece bastante al petit point pero es mucho más sencillo.

Era realmente más sencillo y más fácil de dominar, por lo que, antes del almuerzo, la señorita Pesel también pudo enseñarle el punto de cruz y el punto de cruz alargado.

—Estoy muy contenta con sus progresos —declaró mientras le devolvía la tela de cáñamo—. Esta tarde pasaremos al punto de arroz y a los ojetes, y después estará lista. Reanudaremos la sesión a las dos y media.

Violet acogió la felicitación con el entusiasmo de una niña.



Mientras las bordadoras recogían sus labores para ir a almorzar —algunas volvían a casa, mientras otras iban a comer con la intención de regresar—, Violet se preguntó por un instante qué iba a hacer ella. Debería regresar a la oficina y pedirle permiso al señor Waterman para quedarse también por la tarde. En ese momento, Gilda se plantó a su lado.

—¿Comemos algo en el jardín exterior? —sugirió como si llevaran años siendo amigas—. Allí, junto a Thetcher, hay un tejo debajo del cual me gusta sentarme cuando hace calor. Además te permite ver las entradas y salidas de la catedral, lo que garantiza una diversión sin fin.

—¿Thetcher?

—¿No lo sabes? ¡Pues te va a encantar!

Gilda la cogió del brazo para guiarla. Violet sintió ganas de apartarse: había algo en la delgada cara de Gilda, los prominentes dientes y las finas arrugas alrededor de los ojos que transmitía... no exactamente desesperación, sino una abrumadora insistencia.

—Se supone que he de volver al trabajo esta tarde —le dijo mientras bajaban por la escalera—. No había caído en la cuenta de que tenía que quedarme el día entero. La señora Biggins solo mencionó la mañana.

Gilda sonrió.

—La vieja Biggins seguramente no quería tenerte aquí todo el día. Si he de serte franca, creo que actúa como si una nueva voluntaria fuera una carga que Dios le ha impuesto, cuando en realidad estamos desesperadas por conseguir más bordadoras. ¡Esa boba debería darte las gracias! Por fortuna cuentas con la bendición de la señorita Pesel. De todas formas, ¿no podrías tomarte la tarde libre? ¿Tu supervisor es comprensivo? ¿Dónde trabajas?

—En Southern Counties Insurance.

Gilda se detuvo en medio del jardín interior, con la catedral detrás de ellas. Un grupo de jóvenes alumnos del Winchester College con sus togas y sus sombreros de paja las adelantó por ambos lados, correteando sobre los adoquines de vuelta a clase.

—Supongo que conoces a Olive Sanders —dijo, mirándola como si hubiese mordido una manzana y descubriera de pronto que estaba reseca.

—Sí, las dos somos mecanógrafas. Compartimos la oficina.

—¡Pobre de ti! Lo siento, no debería haber dicho eso —exclamó Gilda que no parecía lamentarlo en absoluto—. Pero es que no puedo imaginarme estar con ella en un espacio cerrado. ¿Cómo aguantas? —le preguntó cuando volvieron a ponerse en marcha.

Violet recordó las estúpidas conversaciones que había oído entre O y Mo, los chillidos, las carcajadas por nada, la despreocupada condescendencia, el perfume dulzón, las tazas de té medio llenas, con colillas de cigarrillos flotando en ellas.

—No va a ser por mucho tiempo.

—No, ¡porque se va a casar con mi hermano! Así que el problema de Olive me llegará a mí. ¿Sabes que tuvo el descaro de sugerir que ella podía hacer mi trabajo? Yo llevo la contabilidad y las citas del taller de mi hermano —le explicó Gilda, mientras la guiaba por un pasadizo de arcos formado por los arbotantes de la catedral que iba del jardín interior al exterior y acababa delante de la entrada principal—. ¡Y no tiene ni idea de números ni de automóviles! Le quité esa idea de la cabeza.

La sombra de duda que le recorrió el rostro hizo sospechar a Violet que no era así, y lo sintió por ella. «La incertidumbre de una solterona —pensó—. Siempre está ahí, subrayando todo lo que hacemos».

Alzó la vista hacia la catedral. Su exterior siempre era una sorpresa. Violet la había visitado en varias ocasiones desde su infancia y sabía cómo era, pero siempre deseaba que fuera espectacular y volvió a sentirse decepcionada. Cuando pensaba en una catedral en abstracto, siempre se imaginaba un edificio portentoso y lleno de dramatismo integrado por partes grandes: la entrada, el cuerpo del edificio y sobre todo la torre o el chapitel. Un edificio que gritara su presencia y cuya esencia física no dejara que nadie olvidase que estaba allí para que los humanos rindieran culto. Cerca de allí, la catedral de Salisbury lo conseguía con su impresionante chapitel, el más alto de Gran Bretaña; y también la de Chichester, que Violet había visto cuando visitó a sus abuelos. Durante unas vacaciones había admirado las hermosas torres cuadradas de la catedral de Canterbury, y de Lincoln, que dominaba y conquistaba la ciudad como debía hacerlo una catedral.

En realidad, la catedral de Winchester era achaparrada como un sapo gris en medio de un césped nada memorable en la High Street. Resultaba sorprendentemente fácil pasar por alto la catedral, teniendo en cuenta que la ciudad había sido la base central del poder de muchos reyes; a menudo, Violet tenía que orientar a los turistas que deseaban visitarla, incluso cuando la tenían delante de sus propios ojos.

—Oh —exclamaban entonces—. Vaya.

Y ella sabía que pensaban: «¿Dónde está la torre?». Pues la catedral solo tenía una torre achaparrada; el edificio recordaba a un perro con la cola cortada, era como si el proyecto se hubiera quedado sin fondos antes de poder seguir construyendo a lo alto. Parecía más una iglesia enorme que una gran catedral.

«El interior es mejor —habría querido decirles ella entonces—. La catedral por dentro es espectacular».

Pero Violet no estaba acostumbrada a decir lo que pensaba a extraños. Además, no tardarían en darse cuenta por sí solos.

El césped del jardín exterior rodeaba la catedral, atravesado por dos senderos bordeados de tilos. Por todas partes, los visitantes y los trabajadores aprovechaban los rayos del sol para sentarse sobre pañuelos o periódicos en la hierba y comer sándwiches. Algunas tumbas y sepulturas salpicaban el césped, y eran evitadas respetuosamente por los que allí almorzaban, excepto Gilda, que se dirigió hacia una situada a unos cincuenta metros de la entrada de la catedral, debajo de un gran tejo, y se agachó junto a él.

—Thetcher —anunció.

Violet examinó la lápida blanca que le llegaba a la cintura.

—«Thomas Thetcher —leyó en voz alta— que falleció a raíz de unas violentas fiebres contraídas por beber una cerveza ligera para aplacar el calor el 12 de mayo de 1764». ¡Caramba!

AQUÍ DESCANSA EN PAZ UN GRANADERO DE HAMPSHIRE,  
AL QUE LA MUERTE ALCANZÓ BEBIENDO CERVEZA SUAVE.  
SOLDADOS, APRENDED DE SU REPENTINA CAÍDA,  
CUANDO TENGÁIS CALOR, BEBEDLA FUERTE O NO BEBÁIS NADA.

Gilda podía recitar las palabras de memoria, sin mirar la lápida.

—Olvídate de la catedral —añadió—. Este es el verdadero punto de referencia de Winchester.

Acarició la lápida cariñosamente, como si fuera el gato de la familia, y luego abrió un paquete de papel encerado que colocó entre ambas.

—¿Compartimos?

—Oh. Vale.

Violet sacó a regañadientes su contribución del bolso. Los sándwiches de Gilda contenían gruesas lonchas de jamón y estaban untados con una generosa capa de mantequilla, en lugar de la fina capa de margarina barata y pasta de pescado que Violet había untado en el suyo.

Sin embargo, Gilda no pareció percatarse de ello.

—Los sándwiches de los demás me parecen siempre mucho más interesantes —declaró, metiéndose en la boca un triángulo de sándwich de pasta de pescado—. Sucede lo mismo cuando te tomas un café: siempre sabe mejor cuando te lo prepara otra persona, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—Bueno, ¿cómo llevas lo de las puntadas? La señorita Pesel es una maestra genial, ¿no crees? Consigue que quieras hacerlo bien.

—Es muy buena. Pero no estoy tan segura de que yo lo sea —respondió Violet mordisqueando el jamón.

Notó su sabor dulce y delicadamente ahumado, y le pareció tan delicioso que casi se echó a llorar. Las únicas veces que comía bien eran los pocos domingos que almorzaba en casa de Tom, cuando Evelyn cocinaba un potente asado. En casa, su madre parecía deleitarse en quemar la comida, servir pocas patatas y ofrecerle unas natillas aguadas, para castigar de forma continua a Violet por haberla abandonado. El jamón succulento y abundante le hizo darse cuenta de que estaba muerta de hambre.

—¡Oh, al principio se me daba fatal! —exclamó Gilda interrumpiendo el ensimismamiento de Violet en el jamón. Parecía regocijarse con sus propios defectos—. Pensé que me pasaría el resto de la vida haciendo bordes y madejas de lana. Pero al final, las puntadas se convierten en algo natural y una logra relajarse mientras trabaja. Me he dado cuenta de que, cuando estoy tensa, mi bordado también resulta tenso. Y no podemos tener un cojín tenso en el coro de la catedral, ¿verdad que no? ¡Los coristas necesitan cojines bien hechos en los que sentarse!

Violet no pudo evitarlo: cogió otro sándwich de jamón, aunque fuera en contra de la etiqueta habitual que dictaba que cuando se compartía había que ir alternándose para asegurar una distribución equitativa. Eso tampoco pareció preocupar a Gilda, que siguió interrogando a Violet sobre su familia, su vida en Southampton y lo que la había llevado a Winchester.

—Mi padre murió hace dos años y a mí se me hizo difícil vivir con mi madre —le contestó Violet.



—¿Tu madre es terrible?

—Más bien sí. Nunca se ha recuperado del todo de la muerte de mi hermano durante la guerra.

—Ya está, ya lo había dicho.

Gilda asintió.

—Joe volvió bien de la guerra, pero justo después, mamá murió a causa de la gripe española. Él nos dijo que se había pasado toda la guerra sin llorar ni una sola vez, pero volver y perder a mamá, eso fue demasiado.

—¿Has perdido... a alguien más?

Gilda negó con la cabeza, y miró a su alrededor, como si buscara algo para cambiar de tema. «Entonces, es que no había ningún novio», pensó Violet.

—¡Arthur! —gritó Gilda levantándose de un salto y saludando a dos hombres que caminaban con sendas bicicletas de la mano por el camino bordeado de árboles hacia la entrada de la catedral.

Ambos llevaban la pernera derecha del pantalón metida en el calcetín para que no quedara atrapada en la cadena. Uno de ellos era el hombre de pelo y mostacho blanco que Violet había visto en la catedral durante el servicio de las bordadoras. Se detuvo al oír la voz de Gilda, y luego se acercó a ellas, seguido de un hombre más joven y más bajo. Violet se puso en pie.

—Hola, Gilda —dijo el hombre descubriéndose ante esta, y saludando a Violet con una inclinación de la cabeza.

Sus ojos eran de un azul resplandeciente, su mirada cálida y directa. Violet sintió que enrojecía, aunque no estaba segura de por qué: él era mucho mayor que ella y —miró automáticamente— llevaba una alianza.

—¿Te vamos a oír pronto? —le preguntó Gilda.

—Esta tarde no. Solo tenemos una reunión con el sacristán para repasar el programa de verano. Aparte de lo normal, hay algunas bodas y los tres cumpleaños reales, por supuesto. Este es Keith Bain, a menudo es nuestro tenor. No estoy seguro de que os conozcáis, lleva dos años viviendo en Winchester.

El hombre pequeño y fibroso, con una mata de cabello pelirrojo y un rostro cubierto de pecas, las saludó inclinando ligeramente la cabeza.

—Os presento a Violet Speedwell. Acaba de unirse a las bordadoras de la catedral, ¿verdad que sí, Vi?

Violet se estremeció. Nadie la había llamado Vi desde que murió Laurence; su familia había comprendido instintivamente que ese apodo quedaba vetado a partir de entonces. Ella intentó disimular su incomodidad tendiéndole la mano, pero mientras Arthur se la estrechaba, ella sospechaba que él tomaba nota mental: «No la llames Vi».

Él le sonrió.

—Ponerle ese nombre fue muy inteligente por parte de sus padres.

—¿Cómo que inteligente? —quiso saber Gilda.

—El apellido Speedwell es el nombre común de la verónica, una flor de color violeta. Y a usted le pusieron por nombre Violet.

—Fue idea de mi padre —explicó Violet—. Mis hermanos tienen, tenían, tienen nombres más tradicionales. —No quería nombrarlos, no quería pronunciar el nombre de George en voz alta.

—¡Menos mal que no te llamaron Verónica! —dijo riendo Gilda—. Verónica Verónica.

—Veo que habéis elegido a Thetcher para descansar —dijo Arthur señalando la lápida.

—No lo había visto nunca —admitió Violet.

—Ah, en tal caso no debe de ser usted de Winchester.

—No. Soy de Southampton. Me mudé aquí hace siete meses.

—Me lo imaginaba. De lo contrario la conocería.

Su tono era neutro, pero de alguna manera, las palabras no lo eran. Las mejillas de Violet volvieron a calentarse.

—Arthur y yo fuimos a la misma iglesia durante mucho tiempo —le explicó Gilda—. Yo jugaba con su hija en catequesis. Ahora, ella está en Australia, y Arthur se ha mudado al campo. A Nether Wallop, el pueblo más hermoso de Inglaterra y con el nombre más divertido.

A pesar de que Arthur la corrigió —«Técnicamente, nuestra casa se encuentra en Middle Wallop»—, Violet recordó una visita a Nether Wallop con su padre y sus hermanos cuando era una niña.

—He estado allí —dijo—. En la pirámide de Douce.

Keith Bain y Gilda la miraron extrañados, pero Arthur asintió.

—En efecto —dijo volviéndose hacia los otros—. En el cementerio de la iglesia de Nether Wallop hay una pirámide en la tumba de Francis Douce. Al parecer, a la familia le gustaban las pirámides, puesto que otros parientes también las construyeron, como en Farley Mount.

Volvió a sonreír a Violet, y ella dio las gracias en silencio a su padre por planear de tal modo la ruta de sus excursiones para pasar por Nether Wallop. Ella debía de tener once años, Tom siete y George trece. La señora Speedwell no los acompañó, por lo que aquellas vacaciones fueron más relajadas de lo habitual y todos estaban de excelente humor cuando se subieron al tren rumbo a Salisbury y siguieron en carromato a Stonehenge, para luego caminar a través de bosques y campos de trigo recién plantado. En Nether Wallop se hospedaron en la pensión Five Bells y fueron a echar un vistazo a la iglesia, donde su padre le dio un empujoncito a George para que pudiera agarrar la llama de piedra que coronaba la pirámide y se declarara rey de Egipto. Si les hubieran dicho a alguno de ellos que once años más tarde, él y cientos de miles de británicos estarían muertos, no lo habrían creído.

Para su humillación, las lágrimas brotaron de repente de los ojos de Violet, desbordándose antes de que ella lograra esconderlas. Pocas veces lloraba por la pérdida de George y de Laurence. La señora Speedwell siempre había sido la encargada de llorar en público al muerto de la familia, dejando poco espacio para que Violet, Tom o su padre expresaran sus sentimientos. Cuando Laurence murió un año después de George, la señora Speedwell no expresó ni una sola vez tristeza ni intentó consolar a Violet, pero se las arregló para convertirlo en una competición, recordando a todo el que quisiera escucharla que perder a un hijo era lo peor que podía sucederle a una madre, lo que quería decir que superaba con creces el que una joven perdiera a su novio. Violet no estaba dispuesta a prestarse a ese juego y reprimía sus lágrimas.

Arthur le tendió un pañuelo en un gesto de callada comprensión. Incluso más de catorce años después del final de la guerra, a nadie le sorprendían unas lágrimas repentinas.

—Gracias —dijo Violet secándose los ojos—. Lo siento mucho.

Arthur y Keith asintieron, y Gilda le acarició el brazo justo lo necesario. Después continuaron, porque eso era lo que se hacía.

—Hace años que no voy a Farley Mount —observó Gilda—. Íbamos siempre los domingos

por la tarde.

—¿Qué es Farley Mount? —preguntó Keith Bain hablando por primera vez.

Para sorpresa de Violet tenía acento escocés.

Gilda y Arthur soltaron una risita.

—Beware Chalk Pit! —exclamó Gilda.

—Significa «Cuidado Cantera de Creta» y, por raro que suene, es el nombre de un caballo —explicó Arthur—. Un familiar de los Douce construyó una pirámide en la cima de una colina a algunos kilómetros de Winchester, en honor a su caballo, que había ganado una carrera. Antes de la competición, el caballo se había caído en una cantera de creta, de ahí el nombre.

—Tal vez vaya a dar un paseito por allí —dijo Keith Bain—. Solo he estado en la St Catherine's Hill, la colina de Santa Catalina, y me gustaría ver un poco más de la campiña. ¿Dónde está?

—A unos ocho kilómetros al oeste de aquí. Si te gustan los paseos largos, puedes ir directo atravesando los campos hasta Salisbury. Son unos cuarenta kilómetros. Lo llamo el paseo de las catedrales. Por el camino, puedes pararte a pasar la noche en mi casa.

—Quizá lo haga.

—Será mejor que vayamos a ver al sacristán —dijo Arthur antes de volverse hacia Violet—. Ha sido un placer conocerla, señorita Speedwell.

—Lo mismo digo.

Violet lo observó mientras giraba su bicicleta hacia el lateral de la catedral. Su breve atención la había calmado, como una mano alargada para detener el movimiento de una mecedora a la que han dado un golpe.

Solo después de que él se hubiese marchado, se percató de que seguía sujetando su pañuelo. En una esquina llevaba bordadas las iniciales ak en un punto de cadeneta azul desigual. Podía correr detrás de él o dárselo a Gilda para que se lo devolviera. En lugar de hacer eso, esperó a que su nueva amiga no mirara y se lo metió en el bolso.

—¿Están en algún coro? —preguntó cuando el pañuelo estuvo fuera de la vista.

—En absoluto —le contestó Gilda, mientras doblaba el papel de los sándwiches—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Dijo que era tenor.

—¡No, no, son campaneros! De la catedral. Bueno, ¿vamos a tomar un café? Después iré a buscar un teléfono y llamaré a tu oficina para decirles que te has puesto enferma: ¡te has desmayado en los jardines de la catedral!

Al regresar, Violet se dio cuenta de que le habían usurpado su posición privilegiada como nueva alumna de la señorita Pesel. Ahora había otras bordadoras que se agolpaban a su alrededor; de hecho, dos de ellas se le acercaron más al ver entrar a Violet, como para defender sus posiciones y a su maestra.

—¿Qué puntos iba a enseñarte? —le preguntó Gilda frunciendo el ceño al ver la aglomeración.

Violet buscó el modelo.

—Este... Creo que es el punto de arroz. Y también ojetes.

—Yo puedo enseñártelos. A la señorita Pesel le gusta que nos enseñemos unas a otras, dice

que la mejor manera de meterte en la cabeza lo que has aprendido es explicárselo a otra persona.

Las dos puntadas eran complejas, pero no demasiado difíciles de aprender. Después, antes de que fuera a consultar a la señorita Pesel sobre su propia labor, Gilda le sugirió a Violet que hiciera una muestra con los seis puntos que dominaba, para enseñársela al final del día.

Por la tarde reinaba un ambiente más tranquilo, más asentado. Una docena de mujeres — algunas de la mañana y otras nuevas— trabajaban en torno a la gran mesa, mientras la señorita Pesel y la señora Biggins respondían a las preguntas y hacían sugerencias. Violet volcaba toda su atención en su muestra, concentrada en conseguir que cada puntada fuera uniforme y la tensión constante. Después de un tiempo, se dio cuenta de que podía trabajar y también escuchar las conversaciones que mantenían las demás mujeres que la rodeaban. Las bordadoras hablaban sobre todo de sus hijos y de sus nietos, de sus vecinos, sus jardines, las comidas que habían preparado y los posibles destinos de vacaciones. Todas escuchaban educadamente, sin interesarse de verdad. Se limitaban a esperar su turno para hablar. Y, como era habitual en ese tipo de situaciones, las casadas hablaban más que las solteras, asumiendo una autoridad natural y un lugar superior en la jerarquía de mujeres que nadie cuestionaba. Solo Gilda hablaba de vez en cuando y las demás la toleraban porque era divertida y conocía a todo el mundo, aunque algunas se miraban entre sí a sus espaldas. La mayoría eran de una determinada clase y Violet se imaginó que debían de despreciar a una familia que tenía un taller mecánico al que ellas llevaban sus automóviles a arreglar. En cambio, ella tenía menos prejuicios desde que había descubierto que cuando se es una mujer soltera que vive de su pequeño salario, poco importa de dónde vengas. Gilda podía ser de una clase distinta, pero al tener el respaldo de su familia podía permitirse comer unos sándwiches mucho mejores que los de Violet.

Se preguntó qué sucedería si cambiaba de tema y preguntaba a las mujeres sentadas alrededor de la mesa lo que pensaban del nuevo gobierno alemán ahora que el canciller había dimitido. ¿Alguna de las presentes tendría una opinión? Ella misma no estaba segura de tener una, pero empezaba a parecerle que, con tanta estrechez de miras, allí dentro empezaba a faltar el aire. Tal vez solo necesitaba conocer mejor a las mujeres.

La señora Biggins dio dos palmadas.

—Bien, señoras, ha sido suficiente por hoy. Dejen su sitio tan ordenado como lo encontraron. No queremos que queden trozos de lana. La señora Way firmará para que retiren los materiales que necesiten.

Las demás empezaron a colocarse delante de la señorita Pesel, que inspeccionaba sus labores antes de que se marcharan. Violet esperó, sintiendo una repentina vergüenza de enseñar su muestra. No quería que le dijeran que debía volver a deshacerlo todo o que la pusieran otra vez a ordenar el armario con Mabel Way. Sin embargo, acabó uniéndose a la cola detrás de Gilda y se puso a escuchar mientras ella y la señorita Pesel discutían sobre la diferencia entre el punto de gobelino recto y el oblicuo. Después, Louisa Pesel alargó la mano para coger el trozo de tela de Violet.

—Lo está haciendo muy bien —declaró, pasando un dedo sobre las puntadas—. Cuando haga el punto de cruz alargado, ponga especial cuidado en tirar bien de la puntada larga; de lo contrario se abolsará, como aquí. Pero no está mal, no hace falta que lo deshaga puesto que es una muestra, y el error le servirá para recordárselo —le dijo devolviéndoselo—. Para el próximo miércoles, enseñe las puntadas a otra persona y vuelva para mostrarme lo que han hecho. Cuando salga,

puede coger un poco de tela de cáñamo, así como lana y una aguja.

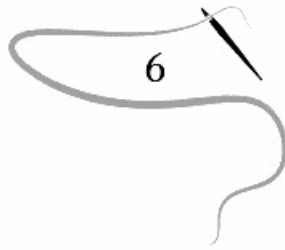
Violet la miró boquiabierta.

—¿A quién tengo que...?

Pero la señorita Pesel ya se había vuelto hacia la siguiente mujer.

Gilda se echó a reír de nuevo.

—¡Te lo dije!



Violet no tenía ni idea de a quién podía enseñarle las puntadas. Su madre se negaría en redondo, Evelyn estaba demasiado ocupada y Marjory seguramente era demasiado joven para dominar algo tan complicado como el punto de arroz. Por un momento se preguntó si podía proponérselo a su casera, pero la señora Harvey no parecía el tipo de mujer que se sentara con una aguja. Podría convencer a una de las otras huéspedes, pero no estaba segura de querer hacerlo. Violet se había asegurado de guardar las distancias con la señorita Frederick, una profesora de inglés en una escuela femenina, y con la señorita Lancaster, que trabajaba de oficinista en el Tribunal de la Corona de Winchester. Ambas estaban rodeadas por un halo de tristeza, una melancolía que ella no quería ni pensar que la envolviera también. Entablar amistad con ellas no hubiese hecho más que reforzar ese sentimiento. Aun así, después de que pasaran varios días sin que encontrara a nadie a quien enseñar a hacer las puntadas, se dio cuenta de que tenía que dejar de lado sus reservas y preguntárselo a la señorita Frederick. Lo sopesó una mañana mientras estaba mecanografiando, dos días antes de la siguiente clase de bordado. Sus compañeras de oficina todavía no habían hecho acto de presencia: era raro que fueran puntuales.

Mo entró cuando Violet ya iba por su segundo contrato, añadiendo un seguro de incendios a una póliza de hogar en Andover. Mo no se mostraba nunca tan ruidosa ni tan segura cuando Olive no estaba con ella. Sin embargo, ahora parecía todavía más abatida y, cuando entró, saludó con la cabeza gacha y sin alzar la vista. Su vestido era un fiel reflejo de su estado de ánimo: era de color marrón con una falda sin forma y demasiada tela a la altura del pecho. Violet también la saludó y después de acabar el contrato se ofreció para preparar té.

—Sí, gracias —le contestó Mo con un hilo de voz, y después suspiró.

El suspiro era la introducción, su manera de indicar que estaba lista para que la interrogaran sobre lo que le pasaba.

Primero, Violet fue a la cocina a preparar una tetera, después volvió a la oficina con un plato de galletas Garibaldi, que no eran las preferidas de nadie, pero eran las únicas que había.

—Y bien —dijo depositando una taza de té delante de Mo y pasándole el azucarero—. ¿Qué pasa?

Volvió a sentarse en su silla, rodeando la taza con las manos para calentarlas, pues era uno de esos días lluviosos de junio que parecían más el principio de la primavera que del verano. Un día para ponerse una chaqueta de punto, que ella alternaba entre una beis y una marrón. Hoy llevaba la marrón; aunque no podía permitirse comprar una nueva, recientemente le había dado un nuevo aire cambiando los botones por unos anacarados que había encontrado en una tienda de segunda mano.

Mo puso varias cucharadas de azúcar en el té y frunció el ceño mientras miraba las Garibaldi rectangulares con pasas de Corinto que parecían moscas aplastadas. Violet no la presionó. Tenían el día entero por delante.

—O ha presentado su renuncia —dijo por fin—. Con efecto inmediato. Su madre llamará al señor Waterman esta mañana.

Cogió una galleta y le dio un buen mordisco.

—Entiendo.

No era lo que esperaba Violet. Había supuesto que Mo estaba deprimida por algo que le había dicho o hecho su novio, empleado de banco, y que Olive estaba haciendo algún recado para la futura boda —celebrar una reunión con un vicario, encontrar un impresor para las invitaciones, buscar una tela para el vestido— utilizándolo como excusa para tomarse un día libre. Hasta entonces, Violet creía que tendría que aguantar meses o años de preparativos antes de que llegara el gran día. Y que Olive se marcharía solo entonces; las mujeres siempre dejaban el trabajo cuando se casaban, pero no era habitual que lo hicieran antes.

—Será mejor que te lo cuente, porque de todas formas no tardarás en enterarte. ¡La gente es tan cotilla! —añadió Mo, olvidando muy oportunamente lo mucho que ella y O habían ayudado a difundir rumores—. Ella, bueno, ella se casará pronto. El próximo fin de semana.

—Vaya.

Violet empujó una pluma sobre su escritorio para colocarla en ángulo recto con una pila de papel. Solo había una razón para que una mujer se casara tan rápido.

—¡No es lo que piensas!

Violet esperó un segundo y luego dijo con calma:

—Pues claro que sí. Pobre Olive.

Mo se puso tensa, como si estuviera a punto de replicar, pero tras un instante se reclinó en la silla y mojó la galleta en el té.

—No es que no quisiera casarse con él. Solo que hubiera preferido no hacerlo tan pronto, con toda la gente murmurando.

Violet encendió un cigarrillo y se sintió vieja.

—Ya se les pasará.

Seguro que sí. Olive y su novio se casarían: «No nos apetecía montar nada, solo deseábamos estar juntos, porque nos queremos tanto», diría. Tendría a su bebé: «Es prematuro, pero fijaos lo robusto que es a pesar de todo; ¡nadie diría que ha nacido dos meses antes de término!». Y la gente olvidaría las circunstancias, porque son cosas que suceden a menudo, y de todas formas ¿qué más daba? Violet había tomado precauciones con sus jerezanos y había utilizado un diafragma que había conseguido después de convencer a una amiga casada de que se lo pidiera a un médico. Pero a lo largo de los años se había llevado algunos sustos y sabía lo fácil que era que una chica como Olive se quedara preñada. Al menos, su novio se estaba portando de manera honorable. Violet pensó que, si el muchacho se parecía un poco a su hermana Gilda, Olive podía considerarse una chica muy afortunada.

Durante el almuerzo llovía con demasiada intensidad como para salir, y Violet y Mo se quedaron en sus escritorios con sus sándwiches, Mo hojeando una revista con desconuelo.

—Y digo yo —propuso por fin Violet—, ¿qué te parece si te enseño algo que hará que te olvides de todo?

Resultó que Mo —o Maureen, puesto que junto con la abrupta marcha de Olive también desapareció su apodoera mejor que Violet bordando, a pesar de que no lo había hecho en su vida. Tenía facilidad para permanecer concentrada y era tenaz, unas cualidades que Violet nunca la

había visto exhibir mientras mecanografiaba. Aunque, claro, entonces, Olive siempre había estado allí para distraerla. Además, enseguida se quedó satisfecha del resultado.

—Mira mis hileras de gobelino —anunció con orgullo mientras estaban bordando—. ¡Mira qué rectas!

La señorita Pesel tenía razón: enseñar a otra persona te ayuda a aprender las puntadas, porque las preguntas del alumno te obligan a pensar por qué hacías lo que estabas haciendo, y sacan a la luz cosas que no comprendías realmente.

—¿Por qué es tan importante la tensión? —preguntó Maureen mirando fijamente la lana verde.

—Porque... mira —le dijo Violet señalando una puntada rebelde—. ¿Ves cómo sobresale? No la has apretado lo suficiente. Si no la deshaces, siempre te quedará así.

—¿Qué más da que los puntos en la parte trasera sean rectos o en diagonal?

—Porque los puntos en diagonal tiran de la tela de cáñamo deformándola. Lo que queremos es que los almohadones y reclinatorios sean cuadrados.

—¿Y por qué tiene que quedar tan pulcro el revés?

—Si hay demasiadas hebras sueltas, podrías pasarlas accidentalmente a la parte delantera con las puntadas.

Violet tenía la impresión de repetir como un loro lo que había dicho la señorita Pesel. Hasta entonces había conseguido contestar a todas las preguntas de Maureen, pero esperaba que esta acabara superándola.

—Quizá deberías venir a la reunión de las bordadoras antes de las vacaciones de verano —le propuso cuando volvieron a bordar durante la pausa de la tarde.

Se dio cuenta de lo rápida que había sido la transición de ser ignorada y compadecida a convertirse en maestra de Maureen, hasta llegar incluso a sugerirle que hicieran una actividad juntas. No podía imaginarse que llegaran a ser buenas amigas, pues le llevaba quince años, pero el ambiente en la oficina ya había cambiado.

—El señor Waterman no nos dejará ir —replicó Maureen, mientras sostenía su trozo de cañamazo cerca de la cara para observar las puntadas. Estaba practicando el punto de arroz con dos colores de lana—. ¡Oh, maldita sea! He olvidado en qué dirección debo dar el sobrehilado. ¿Tiene que ser siempre en el sentido de las agujas del reloj?

—No. Pero tienes que coser siempre cada cuadrado de la misma manera, así será consecuente —le contestó Violet mientras examinaba lo que acababa de bordar en punto de arroz. Se veía mucha tela de cáñamo—. El señor Waterman podría darnos libre la mañana si trabajamos durante el almuerzo y nos quedamos hasta tarde para recuperar unas horas.

—Ahora que se ha ido Olive, tendrá que contratar pronto a alguien.

Violet tuvo una idea, pero se la calló para dejarla madurar.

Fue como si al pronunciar su nombre hubiesen invocado la presencia de Olive, pues Violet oyó el característico golpeteo de sus tacones acercándose por el pasillo. Maureen —o quizá volviera a ser Mo— alzó la vista espantada. Dejó de lado el bordado, cogió una revista y su taza de té, y apartó la cara. Más que dolerle, a Violet, aquello le resultó divertido.

Sin embargo, Mo no fue lo suficientemente lista como para esconder su nuevo pasatiempo. Olive apareció en la puerta, todavía con el aspecto de un poni recio y con curvas, estudió la torpe pose de Maureen detrás de la revista, después miró la muestra de bordado que había en su escritorio y también el que sostenía Violet, resopló y, esbozando una sonrisa de superioridad,



dijo:

—¡En cuanto me marchó te apuntas al grupo de artes y oficios! ¿Qué es esto?

Cogió la muestra antes de que Mo pudiera detenerla. La aguja se soltó de la lana y cayó al suelo.

—Petit point, gobelino, punto de cruz normal y alargado, y punto de arroz —le contestó Violet en lugar de Mo—. Dentro de poco aprenderá a hacer ojetes.

Olive dejó caer el bordado como si fuera infeccioso.

—¡Haciendo punto como una solterona! —exclamó, mirando a su antigua amiga desde arriba—. ¿Qué te ha pasado?

Mo bajó la revista.

—Que te has ido —dijo en voz baja.

—¿Y bien? De todas formas iba a irme cuando me casara. Solo ha sido un poco antes, nada más. Tú también lo harás algún día. —Olive miró alrededor y divisó su pañuelo de gasa colgado de la percha de la puerta—. ¡Aquí estás! —anunció triunfante mientras lo agarraba—. No podía dejarte atrás, ¿verdad que no?

—Seguiré siendo tu dama de honor, ¿no? —dijo Mo con voz fina y suplicante—. ¿La semana que viene?

—Oh, eso. No lo creo —le contestó Olive mientras intentaba colocarse bien el pañuelo alrededor del cuello—. Será tan solo una boda sencilla e íntima. Solo para la familia.

Mo parecía tan desgraciada que Violet sintió la imperiosa necesidad de intervenir.

—En realidad no hacemos punto —dijo—. Lo que hacemos es bordado en cañamazo. Lo que hacemos es bordar para la catedral. —Y al ver la expresión perpleja de Olive, añadió—: Somos las que se quedan para vestir santos.

Olive puso los ojos en blanco.

—Señor, cómo me alegro de no haberme metido en eso.

—Bueno, pues mucha suerte con eso —replicó Violet con su voz más energética mientras hacía un gesto hacia el vientre aún plano de Olive.

Olive se sobresaltó y se puso colorada.

—¡No sé a qué te refieres! Esto es realmente...

Se detuvo. Debajo del rubor de sus mejillas parecía estar poniéndose verde.

—¡Voy a refrescarme! —dijo dando media vuelta y echando a correr hacia el cuarto de baño.

Con otro tipo de chica, Violet podría haberse burlado de Olive y de su repentina salida. Pero sabía que Mo no iba a reírse, sobre todo con el acompañamiento de fondo de las distantes arcadas de Olive. En lugar de ello, le dijo con dulzura:

—¿Pasamos a los ojetes?

Después de un instante, Maureen se inclinó para buscar su aguja en el suelo.

—Sí —le contestó. Violet comió una galleta para darse fuerzas antes de ir a hablar con el señor Waterman. Lo mejor era que expusiera sus ideas de un tirón: el trabajo, las clases con las bordadoras y Maureen. Ella no era de esas personas que hacían sugerencias en el trabajo, porque nunca había tenido necesidad de hacerlas cuando aún vivía en su casa paterna y no tenía que sufragar todos sus gastos. Si no decía algo ahora que se le brindaba una oportunidad, moriría lentamente de hambre.

Cuando llamó a la puerta abierta del señor Waterman, se lo encontró junto a la ventana.

—Buenos días, señorita Speedwell, estaba admirando la lluvia. El jardín la necesita. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Me ha traído una taza de té? Justo lo que necesito, ¡gracias! Tome asiento.

Violet sabía poco de la vida personal de su supervisor aparte de que tenía una mujer y una hija de las que nunca hablaba, que era aficionado al críquet y que no le gustaba el tiempo caluroso. No sabía lo que había hecho durante la guerra. No podía entablar una charla con él con tan pocos datos. Mientras él tomaba sorbos de té, ella escogió las palabras con cuidado.

—Muchas gracias por permitirme asistir a la reunión de bordado de la señora Biggins la semana pasada —empezó.

Al oír mencionar ese nombre, el señor Waterman enderezó la espalda en la silla.

—Claro, claro. Se puso contenta, ¿verdad? ¿Contenta de enseñarle a bordar?

—Sí, en efecto. De hecho...

—Un momento: ¿estuvo usted enferma esa tarde? Espero que no fuera ella la causante.

Violet pensó deprisa.

—No, fue debido al calor. El ambiente de la sala estaba un poco cargado.

—Ah, el calor, sí. Hemos tenido unos días sofocantes, ¿verdad? Aunque hoy no.

—Debería haberme sentado junto a la ventana. La próxima vez lo pediré.

—¿La próxima vez? ¿No le enseñó todo lo que necesitaba saber?

—La señora Biggins dice que le gustaría que fuera una vez más antes de las vacaciones de verano, solo para asegurarse de que sé lo que estoy haciendo. Y debo llevarme también a Maureen.

El señor Waterman enarcó las cejas.

—¿La señorita Webster?

—La señora Biggins desea tener más bordadoras para el trabajo de la catedral. Parece ser que la señorita Webster es muy hábil bordando.

—Entiendo —dijo el señor Waterman golpeteando la taza de té con las uñas—. ¿La señora Biggins dice eso?

—La señora Biggins todavía no ha visto su trabajo —admitió Violet, pues sabía que no podía seguir mintiendo—. Pero ella y la señorita Pesel, que fundó el club de bordadoras de la catedral de Winchester, me han dicho que necesitan más trabajadoras buenas. Y la señorita Webster borda de manera excepcional.

Era una exageración, pero el señor Waterman no podría saberlo si miraba la muestra de Maureen; para él, ver un bordado sería como mirar un jeroglífico, igual que le había parecido a ella hacía tan solo una semana.

—Bueno, nada más lejos de mi intención que interponerme en el camino de la buena labor para la Iglesia —empezó a decir el señor Waterman—. Pero hay un problema, con la repentina, eh... marcha de la señorita Sanders.

Se bebió el último sorbo de té; unas gotas se le quedaron colgando del mostacho. Puede que la madre de Olive se inventara una historia de amor impetuoso de unos jóvenes incapaces de retrasar por más tiempo su boda, pero el señor Waterman sabía muy bien lo que sucedía.

—Quería hacerle una sugerencia sobre esa vacante —dijo Violet.

—¿Ah, sí? —preguntó el señor Waterman sin intentar ocultar su sorpresa, una sorpresa teñida de desaprobación.

Violet tenía que darse prisa en exponer su plan antes de que el señor Waterman diera fin a la

conversación, molesto por esta temeridad femenina.

—Quería proponerle que la señorita Webster y yo nos encargáramos nosotras mismas de asumir parte del trabajo adicional. La señorita Sanders era una muchacha agradable, pero no era la mecanógrafa más rápida. Si me tomo un descanso de tan solo media hora para el almuerzo y trabajo una hora extra entre semana, serán siete horas y media más por semana. No puedo hablar por la señorita Webster, por supuesto, pero es posible que ella también quiera hacer horas adicionales. Entonces, le bastaría a usted con contratar a una mecanógrafa a tiempo parcial para compensar la diferencia. Y tal vez se dé cuenta de que ni siquiera hace falta.

Violet estaba siendo educada. Olive era una mecanógrafa terrible y una empleada perezosa. Además, Maureen ya no estaría distraída por su amiga y juntas podrían gestionar con facilidad el trabajo existente. Pero no podía decírselo así.

—¿Haría eso? ¿De verdad trabajaría más horas para Southern Counties Insurance?

La gratitud del señor Waterman la alarmó; era evidente que había entendido mal un elemento crucial.

—Por supuesto, estaría contenta con el aumento de sueldo —contestó ella—. Muy contenta. No es fácil para una chica soltera vivir con mi actual salario.

—¿El aumento de sueldo? —exclamó el señor Waterman alarmado, para luego secarse la frente con un pañuelo.

Violet podría haberle replicado: «Pues claro que sí, estúpido. ¿Por qué iba a trabajar más sin compensación? ¿Sabe lo que como para almorzar? ¿Sabe que nunca tomo un plato caliente? ¿Que la ropa me queda grande porque he perdido peso y no puedo permitirme el lujo de comprarme prendas nuevas? ¿Que tengo que elegir entre comer o ir al cine? ¿Que no tengo una pensión ni un marido que me mantenga y que me estoy comiendo mis ahorros? ¿Que a menudo me pregunto qué sucederá cuando sea demasiado vieja para trabajar? ¿Que no me atrevo a pedirle dinero a mi hermano porque tengo una buena relación con él y quiero seguir así, para poder contar con su ayuda y la de sus hijos cuando sea vieja?».

No le dijo ninguna de esas cosas al señor Waterman.

—A la larga le ahorraría dinero a Southern Counties —le explicó— al no tener que pagar el salario completo de una tercera mecanógrafa.

—Sí, supongo que eso es cierto —admitió el señor Waterman después de un momento.

Su descontento disminuyó poco a poco, aunque volvió a aumentar cuando Violet le propuso que incrementara su salario y el de Maureen cuatro chelines por semana cada uno. El señor Waterman mantuvo el gesto de desagrado mientras ella le recordaba pacientemente las cifras y le explicaba sus cálculos.

—Está claro que se lo ha pensado usted bien, señorita Speedwell —murmuró, con evidente disgusto ante esa idea.

Sin embargo, después de que Violet le recordara varias veces que se ahorraría una parte del salario de Olive menos este incremento —siempre y cuando Maureen y ella fueran más eficientes — acabó aceptando a regañadientes proponer esta solución a sus superiores en Southampton.

—Pero, señorita Speedwell, si no le importa les diré que ha sido idea mía —añadió con gesto grave—. No quiero ni pensar lo que diría la dirección si supiera que una chica ha tenido una idea tan... progresista.

Violet no esperaba recibir una respuesta hasta después de algún tiempo, puesto que creía que el señor Waterman tardaría una o dos semanas en digerir la propuesta y, en cierto modo, apropiarse de ella. No le importaba que lo hiciera, siempre que le aumentara el sueldo. Aquella noche, se sentó en la sala de estar y se quedó allí escuchando a Gracie Fields en la radio, soñando con chuletas.

Por ello, se quedó muy sorprendida cuando, dos días más tarde, el señor Waterman se presentó en su oficina mientras ellas mecanografiaban —de hecho, Maureen lo hacía mucho más rápido ahora que Violet marcaba el ritmo— y les anunció que Southampton había aceptado que asumieran el trabajo de Olive durante un periodo de prueba de un mes.

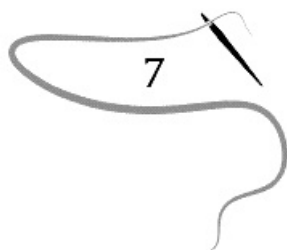
—¿Con un aumento de cuatro chelines por semana? —no pudo evitar preguntar Violet.

—Sí, sí, señorita Speedwell, con los cuatro chelines adicionales.

El señor Waterman parecía cansado, como si se estuviera imaginando lo que significaría tener que responder a este tipo de exigencias por parte de su esposa o su hija.

Después de que se marchara, ellas siguieron tecleando en silencio. Pero cuando Violet miró por encima de su máquina de escribir, vio que Maureen sonreía.

Violet lo celebró yendo a almorzar al salón de té Awdry's en la High Street, donde pidió tres platos: sopa de puerros con patatas, una costilla de cerdo con dos panecillos y pudín de frutos secos con ración adicional de crema. Dejó los platos limpios.



En la última clase de bordado, Violet recibió el encargo para el verano de hacer cenefas para los cojines: una banda de dos centímetros y medio con patrones geométricos de color azul, amarillo y rojo que formarían los bordes de los cojines para los asientos y los bancos del coro.

—No podrás causar muchos estragos con eso y además no necesitarás un bastidor —sentenció la señora Biggins, que seguía tratando a Violet más como un estorbo que como una ayuda.

Sin embargo, era cierto que las cenefas no se verían mucho; la gente admiraría los medallones históricos que decoraban la parte superior.

Le dio un modelo del patrón repetido, cañamazo, agujas y suficiente lana para hacer varios metros de cenefa. Gilda observó el modelo con sus puntadas bonitas y regulares.

—¡Seguro que la señorita Pesel lo habrá hecho en media horita!

Violet suspiró. Sin duda, Gilda estaba en lo cierto, pero eso no hacía más que recordarle la lentitud con la que ella progresaba.

Empezó a obsesionarse un poco con el bordado. Le robó a su madre un viejo estuche de agujas y lo llevaba siempre en el bolso, junto con un pedazo de cenefa, para poder trabajar cuando tuviera tiempo. En la oficina cosía durante los descansos y después del almuerzo. Los domingos bordaba en el tren de ida y vuelta a Southampton. Por la noche, después de cenar, empezó a pasar tiempo en la sala de estar con las otras inquilinas, escuchando los programas de la radio y cosiendo largas tiras de cenefas. Le resultaba menos incómodo sentarse con otras personas cuando tenía algo que hacer con las manos. La señorita Frederick corregía las redacciones de sus alumnas sobre Tennyson o sobre los Cuentos de Canterbury, o preparaba las clases para el siguiente semestre, la señorita Lancaster leía revistas, y la señora Harvey entraba y salía como de costumbre, aunque se quedaba a escuchar si en la radio sonaba Al Bowlly.

—Este hombre sí que sabe cantar —declaraba mientras lo acompañaba cantándoles a sus periquitos.

Para Violet, coser era como mecanografiar pero más gratificante. Aunque le exigía concentración, una vez que adquirió suficiente destreza, podía relajarse y vaciar la cabeza de todo excepto de la labor que tenía entre manos. La vida se reducía entonces a una hilera de puntadas azules que formaban una larga trenza que recorría la tela de cáñamo o un estallido rojo que se convertía en una flor. En lugar de rellenar a máquina formularios sobre personas que nunca conocería, Violet hacía surgir alegres patrones de sus dedos. Sus sueños empezaron a llenarse de puntadas, de cuadrículas de cañamazo, de largas trenzas amarillas, de puntos de arroz rojos y gobelino rosa en filas uniformes.

En el trabajo, Maureen cosía a menudo con ella durante los descansos. Se había adaptado bien a la clase de bordadoras de la catedral, evidenciando una sorprendente habilidad para manejar a la señora Biggins rebajándose ante la mujer mayor, admitiendo que era un tremendo estorbo por

haberse presentado a esas alturas del año y que sí, que solo causaría problemas y que no, que no sabía por qué la señora Biggins se tomaba tantas molestias con ella. Después ponía los ojos en blanco a espaldas de la maestra, como si estuvieran de nuevo en la escuela y hacía reír a las bordadoras más jóvenes. Incluso Mabel Way sonreía con sus exageradas muecas. Hacia el final de la sesión, ya había empezado a reemplazar a Olive por nuevas amigas. Violet se quedó asombrada al ver su transformación de oficinista sencilla y oprimida en bordadora segura de sí misma que bromeaba con las demás.

Su compañera de trabajo también le había tomado la delantera y ahora le devolvía los consejos sobre el bordado.

—¡Ojo, Violet! —exclamó una tarde mientras tomaban té—. Cuando descosas, no intentes sacar la lana de dos agujeros a la vez. Así solo conseguirás romperla y no podrás volver a usarla. Primero saca la lana de un agujero, luego da la vuelta a la tela y sácala del siguiente.

Violet frunció el ceño. Descoser era tan desalentador como tener que volver sobre tus pasos después de salir de casa porque te has dejado la cartera. Pero los errores aparecían con demasiada facilidad, aunque a veces el enorme agujero de una puntada perdida solo se advertía filas más tarde. Violet no se atrevía a dejar los errores, sabiendo que la señorita Pesel los advertiría y que tendría que arreglarlos.

Desde que no había clases, recurría a Gilda en busca de consejo y empezaron a reunirse con regularidad en el Awdry's para tomar un café a la hora del almuerzo o después del trabajo y hablar de bordados, aunque acababan hablando de muchos otros temas. Gilda era tan parlanchina que Violet casi nunca tenía que plantear preguntas. Su nueva amiga apoyaba plenamente la nueva vida de Violet en Winchester, y ella le agradecía que la alentara a sentirse menos culpable por dejar a su madre. Una noche, Gilda se la llevó a casa de los Hill para tomar el té y dejó la cocina hecha un desastre después de intentar preparar el perfecto pastel de carne para su invitada. Estaba delicioso, pero Violet tuvo que comérselo bajo la torva mirada de Olive, su antigua compañera de oficina, ahora instalada como nuevo miembro de la familia y preñada del siguiente. Por ello, Violet prefería ver a Gilda en otro lugar, en el Awdry's, en el cine o en los jardines de la catedral, donde iban a tomar el sol.

Durante el verano, Violet también empezó a visitar más a menudo la catedral, por razones prácticas más que por sustento espiritual, para examinar los nuevos reclinatorios del coro y del presbiterio, y comparar la cenefa que ella estaba haciendo con las de aquellos.. Poco a poco empezó a ser consciente de algunas de las actividades cotidianas que tenían lugar allí. En el edificio había un ajetreo que nada tenía que ver con la oración y la meditación. Recordaba más a Plummers, los grandes almacenes de Southampton a los que ella iba a comprar medias, guantes o sales de baño. Plummers parecía estar siempre lleno de clientes, pero si se miraba con más detenimiento, se veían dependientes por todas partes, plegando la ropa, preparando muestras, empujando carros llenos de mercancías o barriendo los suelos de mármol. En algunas ocasiones, cuando una epidemia de gripe reducía el número de empleados y la pelusa se acumulaba en las esquinas y las prendas se iban amontonando desordenadamente, quedaba claro hasta qué punto Plummers dependía de sus empleados para que todo marchara sobre ruedas.

Violet sospechaba que sucedía lo mismo con los trabajadores de la catedral, que, aparte de los sacristanes, eran en su mayoría voluntarios. Como las mujeres que disponían las flores en repisas debajo de las ventanas y junto a los pilares. O el hombre que ponía velas para iluminar los altares y que raspaba la vieja cera de anteriores velas ya quemadas. También estaba la mujer que

colocaba los reclinatorios en las sillas del presbiterio de forma que quedaran parejos. Los dos hombres mayores que recogían los libros de oraciones y los guardaban en cajas. O el hombre que lustraba los candelabros de bronce en los altares y otro que fregaba las baldosas medievales del trascoro. Había dos mujeres que se hacían llamar las Sagradas Bayetas, que recorrían el templo limpiando todas las superficies posibles. Había dos sacristanes, que se paseaban de un lado a otro con un copón de hostias, una sotana verde o una Biblia.

Una tarde, después del trabajo, Violet estaba sentada en el presbiterio, inspeccionando un reclinatorio para ver cómo la bordadora había combinado los azules y estudiando cómo hacer lo mismo con los amarillos en las cenefas que estaba bordando. Mientras tiraba de las puntadas, alguien se sentó junto a ella. Se sobresaltó tanto al descubrir que era Louisa Pesel que soltó un grito y luego se disculpó.

La señorita Pesel sonrió.

—Me gusta venir aquí a veces y sentarme a mirar.

Violet asintió. Se sentía como si un miembro de la familia real hubiese decidido sentarse a su lado, aunque fuera uno que llevaba un turbante marrón con un mechón de plumas.

—A veces me pregunto si no deberíamos usar aún más color aquí. Está tan oscuro, sobre todo en la sillería del coro —dijo la señorita Pesel haciendo un gesto hacia las sillas de madera situadas a su izquierda—. La piedra y la madera absorben el color, incluso el amarillo mostaza del que algunos se quejan.

—¿La gente se queja?

—Oh, sí. —La risa de la señorita Pesel sonó como una campana grave en el presbiterio—. Dicen que es vulgar e inapropiado en un ambiente religioso. El deán Selwyn no, por supuesto. Él siempre ha estado de nuestra parte. De hecho, fue él quien me pidió que me ocupara de confeccionar estos almohadones y reclinatorios, después de ver los que hice para la capilla de la Wolvesey House. Allí no escatimé en colores. Él sabía lo que haría y no dudó en apoyarme.

—¿Siempre ha bordado?

—Sí, desde que era una niña. Y después he enseñado a bordar, aquí y en el extranjero, y eso me marcó el camino en la vida.

—¿En el extranjero?

—Durante varios años, enseñé bordado en una escuela femenina en Grecia. Me convertí en algo así como una experta en bordado griego.

—¡Caramba!

La señorita Pesel parecía tan inglesa que costaba imaginársela en un clima extranjero, sudando ligeramente bajo el sol, enseñando el punto de arroz o el punto de cruz alargado a una clase de niñas griegas en un edificio blanco sobre el fondo azul brillante del mar y del cielo. A Violet le hubiera gustado preguntarle si tenía marido, pero no lo hizo, pues era la pregunta que más odiaba que le formularan a ella.

—También viajé un poco —siguió diciendo Louisa Pesel, sonriendo al recordar—. A Egipto y a la India. Espectacular. ¡En una ocasión, incluso monté en un camello! Durante la guerra regresé a Bradford...

—¿Bradford?

—En efecto. Me crié en Bradford. Durante la guerra enseñé bordado allí a soldados convalecientes. ¿Sabe, señorita Speedwell?, coser puede ser muy terapéutico cuando se ha sufrido

un trauma. Los colores vivos y la repetición de simples puntadas tenían un efecto calmante en los hombres. El hecho de crear una cosa hermosa hacía maravillas con sus nervios. Me quedé muy satisfecha con los resultados.

Violet se imaginó a George y a Laurence sentados en una trinchera llena de barro, cosiendo una fila de ojetes rojos, y se estremeció.

Louisa Pesel no pareció percatarse de ello o era demasiado educada para decir nada.

—Bueno, ¿es suyo, señorita Speedwell? —preguntó, señalando el reclinatorio que Violet tenía en el regazo—. Sé que a las bordadoras les gusta venir aquí y visitar su labor in situ, por así decirlo.

—No, estaba observando el trabajo de otras para ver cómo habían tratado la mezcla de colores —dijo Violet complacida de que la señorita Pesel recordara su nombre.

—¿En qué patrón está trabajando durante el verano?

—Oh, no estoy haciendo ningún reclinatorio. La señora Biggins me ha encargado hacer cenefas para los almohadones. Metros de cenefas.

—¿Ha acabado su dechado?

Violet asintió.

—¿Y ha enseñado las puntadas a otra persona?

—Sí. De hecho, esa persona se ha unido a las bordadoras.

—¿Y le gustaría confeccionar un reclinatorio?

—Sí.

—Dígame, señorita Speedwell, ¿por qué? Habrá más de trescientos reclinatorios, así que el suyo se perderá entre la multitud. En cambio, habrá muchos menos almohadones y serán muy llamativos y, por supuesto, las cenefas serán esenciales para hacerlos tridimensionales. No debe avergonzarse por coser cenefas.

—Lo sé. Es solo que... —Violet se detuvo.

La señorita Pesel completó la frase por ella.

—Quiere hacer algo completamente suyo que se vea bien y que se utilice.

—Sí.

La señorita Pesel la observaba con expectación, como si le hubiese dado un libro para que lo leyera. Violet comprendió que esperaba que se lo explicara, aunque ella aún no lo había pensado bien.

—Crecí en Southampton —empezó a decir— y allí íbamos a la iglesia de San Miguel. Mi madre sigue yendo.

—La conozco. Es una iglesia hermosa.

—Aunque he ido toda mi vida: a catequesis, a clases de primera comunión, a los servicios dominicales, allí nunca me he sentido realmente en casa. Y menos aún desde que mi hermano falleció en la guerra. El servicio que celebraron en su memoria me pareció rutinario. El vicario había oficiado tantos servicios como aquel que podría haberlo hecho de memoria. Conocía a George, pero celebró el funeral como si no significara nada.

Se interrumpió.

—Debió de resultar doloroso —dijo la señorita Pesel.

—Fue desconcertante. No era solo como si Dios nos hubiera abandonado, sino también la Iglesia de Inglaterra. No nos dio respuestas, ni consuelo. Yo quería que el vicario explicara cómo



el Dios amoroso del que hablaba podía haber permitido la destrucción causada a una generación de hombres, e indirectamente también a nosotras, las mujeres, pero no lo hizo. Después de eso, dejé de ir a misa siempre que podía. Me las arreglaba para tener siempre dolor de cabeza el domingo por la mañana. —Sacudió la cabeza al recordarlo—. Mi madre se quejaba, me decía que era una hermana y una hija insensible. Pero mi padre lo comprendía, aunque nunca dijo nada.

»Supongo que ahora intento empezar de nuevo, aquí —dijo mirando alrededor las altas paredes de piedra y el amplio espacio sobre ellas—. Pero una catedral resulta abrumadora. Tanto espiritual como físicamente. Pensé que si hubiese una pequeña parte de mí entre estas paredes, que eso podría ayudarme. Una contribución que me haría sentirme conectada. Y algo que yo misma u otros podrían utilizar. La cenefa de un cojín no es exactamente lo mismo que un reclinatorio.

La señorita Pesel asintió.

—Lo que me cuenta me recuerda a las muchas personas que veo entrar aquí y encender una vela. Esa única llama en la amplitud de la catedral. La miran, vuelven a ella. Es suya.

—Sí, pero un reclinatorio dura más que una vela.

—En efecto. De acuerdo entonces. —La señorita Pesel se levantó y señaló los reclinatorios que había en las sillas en torno a ellas—. Elija el diseño que le gustaría hacer.

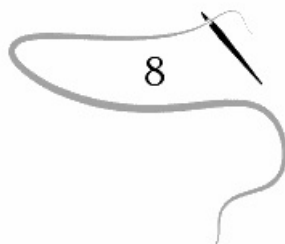
Aunque eso era lo que deseaba, Violet no esperaba que fuera tan rápido y definitivo. Sin embargo, Louisa Pesel estaba decidida. Ahora Violet debía elegir. Ella ya lo sabía y señaló el reclinatorio con las bellotas ajedrezadas, el que había hecho DJ.

La señorita Pesel asintió.

—Es una buena elección. Por lo general me gustan todos los diseños, pero al igual que una madre con sus hijos, en secreto, tengo mis preferidos. Venga, vamos a la casa parroquial a buscar el material. Tengo la llave.

—Pero... la señora Biggins...

—Yo me ocuparé de la señora Biggins, aunque, si tiene tiempo, le sugiero que también borde las largas cenefas que le ha encargado. No podemos permitir que su plan maestro fracase, ¿verdad?



El cumpleaños de la señora Speedwell caía en un sábado de principios de julio, y Tom y Evelyn organizaron un almuerzo para celebrarlo en su jardín. Hacía un día cálido y resplandeciente, pero la madre de Violet insistió en ponerse un vestido azul de lana de manga larga y medias gruesas, como si fuera el mes de noviembre.

—¡Oh, querida, no, hará demasiado calor para estar aquí! —exclamó cuando salió al jardín y vio la mesa que Evelyn había preparado con mimo.

Había puesto un mantel planchado, había sacado la plata pulida y había colocado un jarrón con margaritas y delfinios recién cortados. Un poco más lejos, Marjory rociaba con esmero las plantas con una regadera mientras que Edward las golpeaba con un palo, haciendo caso omiso a las protestas de su hermana. La señora Speedwell hizo una mueca de dolor al oír sus gritos.

—Pues siéntese en la sombra —le contestó Evelyn, que no tenía la menor intención de volver a poner la mesa dentro—. Hay un abanico en su silla.

Evelyn llevaba puesto un elegante vestido rosa y gris estampado de flores que Violet envidiaba, pero parecía acalorada y distraída.

Violet sonrió para sus adentros. Era raro que su cuñada cometiera semejante error. Ella podría haberle dicho a Evelyn que a su madre no le gustaba sentarse fuera cuando hacía calor. Siempre que los Speedwell se iban de vacaciones a la isla de Wight, la señora Speedwell acababa sentándose delante de la ventana de la casa de huéspedes mientras los demás tomaban el té en el césped a pleno sol.

Desde que Violet era una niña, la familia Speedwell pasaba dos semanas de agosto en Ventnor, en la isla de Wight. Era allí donde su padre había sido más feliz, dando paseos con ellos en barcas alquiladas, caminando por Tennyson Downs hasta el cabo de Needles, entreteniéndose entre los fósiles de dinosaurios en la playa con sus pantalones arremangados y un pañuelo atado alrededor de la cabeza para protegerse la calva. Y puesto que él se sentía feliz, también lo era Violet. De hecho, lo eran todos, incluso su madre, que se desprendía de parte de la rigidez de la vida cotidiana. Solo un verano cuando Violet tenía doce años intentaron ir a otro sitio —Hastings, con Penelope, hermana de la señora Speedwell y tía de Violet— y todos echaron de menos la isla de Wight. La tradición era tan fuerte que sobrevivió a la muerte de George. A Evelyn no le quedó más remedio que amoldarse y, a lo largo de las dos semanas que duraban las vacaciones, se paseaba con una sonrisa forzada.

—El jardín está precioso, Evelyn —observó Violet haciendo de mediadora por una vez—. Qué alegría poder comer aquí fuera. Después quizá podríamos tomar el té dentro para que mi madre abra sus regalos allí.

—¡Los regalos ya! ¡Los regalos ya! —gritó Edward, y Marjory se le unió, con un poco menos de euforia—. ¡Queremos los regalos de la abuela ya!

La abuela se animó ante la perspectiva de los regalos y fue a sentarse a su lugar de honor en la sombra.

—¿Tomará un poco de agua de cebada, señora Speedwell? —le preguntó Evelyn.

Nunca había llamado a su suegra por su nombre de pila; ni esta la había alentado a hacerlo.

—¡Oh, no, querida! Lo único que va bien con este calor es el té caliente —replicó la señora Speedwell abriendo el abanico japonés y moviéndolo cerca de su cara—. Es por la acción capilar, ya se sabe, eso refresca.

«Evelyn debería saberlo —pensó Violet—. Mamá nos cuenta lo mismo todos los veranos». Era otro desliz por parte de su cuñada.

—De acuerdo, ¿dónde están los regalos de la abuela? —gritó Tom frotándose las manos mientras se acercaba desde las puertas acristaladas.

—¡Los voy a buscar! —exclamó Edward corriendo hacia una silla de la que cogió un montón de paquetes, los llevó hasta su abuela y los tiró a sus pies.

—¡Cuidado, Eddie! —gritó Marjory, en el mismo tono que su madre—. Sabes que es frágil.

—¡Abre este primero! —dijo Edward ofreciéndole a su abuela un paquete grande y plano con forma de diamante. Violet adivinó lo que era incluso antes de que Edward anunciara—: ¡Es una cometa! ¡La hemos hecho nosotros!

La señora Speedwell miró a su nieto y esbozó una triste sonrisa.

—Ábrelo tú, querido, y muéstramela.

Edward arrancó el papel de regalo y sacó una cometa hecha con dos palos y papel de periódico que habían pintado con manchones de color. La parte más limpia era la cola: un largo trozo de cordel decorado con serpentinas de papel de colores. Sin duda, obra de Evelyn.

—La haremos volar, abuelita. ¡Mira!

Edward agarró el extremo del cordel y corrió por la hierba haciendo rebotar la cometa detrás de él, mientras Marjory lo perseguía intentando proteger su obra. Sin embargo, no consiguieron que volara y regresaron a la mesa decepcionados.

—No hay bastante viento, muchachote —le dijo Tom—. Lo intentaremos más tarde, en el parque.

Marjory aplaudió.

—¿Podemos llevarnos la cometa cuando vayamos de vacaciones a la isla de Wight? Allí siempre hay viento.

—Dejemos que la abuela abra el resto de los regalos, ¿os parece? —intervino Evelyn, mientras entregaba a su suegra un paquete pequeño envuelto con sumo cuidado en un papel de color lila.

Dentro había una caja con tres pañuelos bordados con lirios de los valles, la flor y el aroma preferidos de la señora Speedwell.

—Oh, no deberías haberte molestado, querida —dijo—. Ahora tendré que usar uno.

Desplegó uno con gesto afectado y se tocó suavemente los ojos. Era un regalo seguro: la madre de Violet había gastado muchos pañuelos a lo largo de los años, y su asistenta se pasaba mucho tiempo planchándolos.

Tom le regaló una manta de viaje para cubrirse las rodillas cuando fuera con él en coche, pues tanto en verano como en invierno, la señora Speedwell se quejaba siempre de las corrientes de aire. Él le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Ya está, mamá. Y ahora ya no tendrás excusa para no dar una vuelta. ¿Quizás más tarde?

—Oh, hoy hace demasiado calor para eso —contestó la señora Speedwell, abanicándose—. En otra ocasión.

No hizo ningún ademán de coger el último paquete que estaba envuelto en papel de seda azul, en la silla que había junto a la suya. Era evidente que Violet aún tenía que darle su regalo, pero su madre se recostó en la silla y suspiró.

—Soy muy afortunada de tener a personas que me cuidan y me hacen regalos por mi cumpleaños. Eso mitiga las pérdidas que he sufrido.

Violet se quedó mirando su triste paquete abandonado en la silla. «No voy a señalar lo evidente —pensó—. No voy a correr detrás de ella con mi regalo, como un suplicante que carga con su ofrenda. No pienso hacerlo».

Cuando Marjory vio por fin el paquete, Violet sintió un enorme alivio.

—¡Mira, abuela, tienes otro más! —exclamó cogiendo el regalo y entregándoselo a su abuela.

A Violet le pareció que su madre abría el paquete con más desgana que entusiasmo, dejando caer en el regazo la funda bordada de las gafas sin dignarse mirarla.

—Es para tus gafas de lectura, madre —le explicó—. La he hecho yo. Es la tela de cáñamo bordada de la que te he hablado, la misma que utilizo para la catedral.

La señora Speedwell volvió a suspirar.

—Justo lo que necesito hoy es que me vuelvan a recordar que me falla la vista.

En realidad, su vista era buena para una mujer de sesenta y tres años; solo necesitaba gafas para leer.

Violet tuvo que reprimir el impulso de acercarse a coger la funda. Había invertido muchas horas en hacerla, combinando los colores que le gustaban a su madre —marrón, azul, bermellón, malva, rosa y crema— con puntadas que le había enseñado la señorita Pesel como el punto de cruz alargado y el punto de arroz. Gilda también le había enviado un libro de puntos de bordado y le había enseñado algunos nuevos. Ella estaba satisfecha con el resultado, pero la indiferencia que mostraba ahora su madre le hizo darse cuenta de los fallos: los pequeños trozos de cañamazo que se asomaban en algunos lugares, la puntada desparejada que sobresalía más de lo que debería, la cola que rezumaba allí donde había pegado fieltro al cañamazo para que fuera suave para las gafas.

—¿Almorzamos? —intervino Evelyn—. Niños, id a lavaros las manos. Quédense aquí en la sombra, señora Speedwell. Se lo acercaré todo. Violet me ayudará.

Violet le agradeció a su cuñada que le brindara la oportunidad de escapar de su madre. Evelyn era demasiado discreta como para decir nada mientras cogían las bandejas de lengua en rodajas, ensalada de huevo, lechuga y una variedad de encurtidos, pero aun así, este breve paréntesis le permitió recuperarse un poco. Con el paso de los años había aprendido que la respuesta de Evelyn a los irritantes comentarios de su suegra era cambiar de tema y, si era posible, apartarse físicamente del problema.

Cuando Violet regresó a su asiento en la mesa, Marjory había vuelto de lavarse las manos, cogió la funda bordada que la señora Speedwell había dejado caer debajo de la silla, y se dedicó a examinarla. Violet conocía lo suficiente a su sobrina como para abstenerse de decir nada a fin de no asustarla, pero le entraron ganas de abrazarla al ver el cuidado con el que colocó la funda junto al codo de su abuela. Durante toda la comida, Marjory no dejó de mirar la funda. Finalmente,

cuando acabaron el pastel de cumpleaños —un bizcocho relleno que era el favorito de la señora Speedwell, aunque sin velitas («Demasiado ridículas; en nuestros días ya podemos estar agradecidos de tener un trocito de bizcocho»)— se dio permiso a los niños para abandonar la aletargada mesa. Mientras Edward salía corriendo al jardín para poner a prueba la cometa con su padre y Evelyn entraba para guardar algunas cosas, Marjory se acercó a su tía.

—¿La has hecho tú, tía Violet?

—Sí.

Los ojos pardos de Marjory no se apartaban de la funda.

—Es bonita.

—Gracias, cariño. Tráela, la miraremos juntas.

La señora Speedwell, que parecía dormir en la silla, abrió los ojos cuando Marjory alargó la mano para coger la funda.

—No está bien coger las cosas de otras personas, señorita. Solo los niños mal educados hacen eso.

Marjory retiró la mano como si hubiese tocado el hielo. A Violet se le contrajo el corazón.

—Se lo he pedido yo, madre. Seguro que no te importa que la mire, ¿verdad que no? Está mucho más interesada en la funda que tú.

Su madre suspiró.

—Un día al año, un solo día, espero sentirme un poco especial, pretendo que por una vez me cuiden en lugar de cuidar yo. Pero el sino de una madre es que sus hijos la hagan sufrir una y otra vez —dijo exhalando otro suspiro—. ¿Qué pensaría de esto Geoffrey?

Violet apretó los dientes, alargó la mano y cogió la funda de gafas. La señora Speedwell volvió a cerrar los ojos.

Marjory observó la funda con temor, como si mordiera. «No —pensó Violet—. No dejaré que madre me estropee también el bordado».

—No pasa nada, cariño —murmuró—. La abuela está enfadada conmigo, no contigo. Veamos, ¿cuál te gusta más?

—El zigzag.

—Se llama punto florentino. Es bonito, ¿verdad? Parece complicado pero es muy fácil de hacer.

—¿Cómo se llama este?

—Este es el punto húngaro de diamantes.

—¿Y este?

—El punto de arroz.

—Arroz —repitió Marjory pensativa—. ¿Como la comida?

—Sí.

—No se parece al arroz. Parecen equis.

—Tienes toda la razón, son como equis. ¿Te gustaría que te enseñara a bordar así?

No estaba del todo segura de que su sobrina pudiera hacer las puntadas, pero valía la pena sugerirlo solo para ver como el rostro de Marjory se iluminaba de una manera que Violet hubiese deseado contemplar más a menudo.

—¡Oh, sí!

—No deberías enseñarle trucos de solterona antes de que los necesite —declaró la señora Speedwell sin abrir los ojos.

Si Marjory no hubiera estado agarrando el brazo de su tía, encantada ante la idea de aprender a bordar, Violet se habría marchado. Pero no iba a dejar que su madre estropeará esa oportunidad con su sobrina.

—La próxima vez que venga de visita traeré las cosas que necesitamos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, cariño. Tal vez podamos hacerlo durante las vacaciones de verano.

Marjory aplaudió.

—¡Sí, por favor!

Marjory nunca disfrutaba tanto como su padre de los largos paseos por el camino de ronda que Tom insistía en hacer. Tal vez el bordado pudiera reemplazarlos, al menos en los días lluviosos.

—Sí, por favor, ¿qué? —preguntó Evelyn dejando una bandeja con una tetera de té recién hecho y unas tazas.

—¡La tía Violet me enseñará a hacer eso en la isla de Wight! —exclamó Marjory agitando la funda de las gafas delante de su madre.

Evelyn se quedó paralizada un instante con la bandeja entre las manos; fue una pausa tan breve que solo Violet se percató de ello. Su cuñada casi nunca decía lo que pensaba, así que Violet había aprendido a analizar los gestos más diminutos. Mientras Evelyn llamaba a Tom para que se uniera a ellas y enviaba a Marjory a jugar con su hermano, Violet adivinó lo que iba a pasar.

Tom se sentó.

—Esto... Bueno... —dijo mirando impotente a su esposa.

Todos sabían que ella estaba mejor preparada para hacer frente a esa conversación.

—La cuestión es que en las vacaciones de verano, nos han invitado a acompañar a mi hermana y a su familia a Cornualles —explicó Evelyn—. No iremos a la isla de Wight. A Marjory y a Edward les vendrá bien jugar con sus primos e ir a un lugar nuevo. Pero me temo que solo hay sitio para nosotros. Lo siento.

Al menos tuvo la elegancia de mirar a Violet a los ojos y parecía lamentarlo sinceramente. Tom, que no se atrevía a mirarla a la cara, mantenía la vista fija en su taza de té.

Violet llevaba algún tiempo esperando este anuncio. Desde la muerte del señor Speedwell, las dos últimas vacaciones en la isla de Wight no habían tenido tanto éxito como en años anteriores. Tom había intentado, sin lograrlo, asumir el papel de su padre como animador principal. Sin embargo, a medida que pasaban los días, los niños se volvían más y más gruñones, la señora Speedwell más quejica, la sonrisa de Evelyn era cada vez más forzada y una sensación de desgana acababa posándose sobre las vacaciones, como el polvo. Que algo cambiara, era solo cuestión de tiempo.

La madre de Violet estaba reclinada en su silla, con los ojos cerrados, sin reaccionar ante las noticias. «Ya lo sabe —pensó Violet—, de lo contrario estaría chillando y abanicándose y quejándose de que hay que honrar la memoria de Geoffrey. Probablemente ya lo haya hecho y por eso ahora está tranquila».

—Podrías habérmelo dicho antes —farfulló—. Ya lo habías hablado con madre —añadió en voz baja.

—Acabamos de completar los planes justo ahora —se defendió Evelyn.

Después calló, quizá al darse cuenta de cómo había sonado eso. Hacían sus planes sin consultarlos con Violet.

—¡Podéis ir a Ventnor de todos modos! —El tono de Tom resultaba exageradamente alegre—. Tú y mamá. Podéis alojarnos en el mismo sitio e irnos informando sobre las idas y venidas: quién ha ido este año, qué nuevos fósiles han encontrado, qué salones de té hacen los mejores bollos de roca.

La familia Speedwell solía debatir sobre la calidad de los bollos de roca de la isla de Wight.

—Yo iré con Penelope a Hastings —anunció la señora Speedwell abriendo los ojos.

Un alivio inesperado se apoderó de Violet. No tendría que ir de vacaciones sola con su madre. Prefería quedarse sin vacaciones que estar sometida a tal suplicio. «¡Pobre tía Penelope!», pensó. Su tía, una afable viuda, era experta en tratar a su hermana mayor con deferencia. Violet se aseguraría de agradecerle su sacrificio.

Tom se sentía tan culpable por el cambio de planes de las vacaciones que se ofreció a acompañar a Violet en coche hasta Winchester. Evelyn se mostró de acuerdo.

—Idos y disfrutad de la tarde —dijo en un tono demasiado solícito—. Yo cuidaré de madre.

No dijeron nada hasta que llegaron a la campiña en torno a Southampton, como si necesitaran poner la ciudad entre ellos y el resto de la familia, con sus anuncios y exigencias. E incluso entonces, Violet permaneció en silencio. Dejaría que su hermano hablara primero; no tenía intención de ayudarlo.

—¡Lo siento mucho, hermanita! —dijo Tom a voz en grito para superar el ruido del motor cuando tomaron la carretera a Winchester—. Lo de la isla de Wight y esas cosas. De verdad que lo siento. Si de mí dependiera, estaría encantado de volver allí. Es solo que... bueno, no quería decírselo a nadie, porque aún es pronto, pero Evie está embarazada de nuevo. ¡No digas nada! —añadió cuando Violet empezó a darle la enhorabuena a gritos—. Es mejor que no... ¡Oh, maldita sea!

Se metió en un área de descanso y apagó el motor. Cuando volvió el silencio, Violet pudo oír a las ovejas balando en el prado junto a la carretera, detrás de un seto.

—Mucho mejor así —dijo Tom. Encendió dos cigarrillos y le pasó uno a su hermana—. Mira, me siento terriblemente mal por no habértelo dicho, pero no nos enteramos hasta ayer de que podíamos ir seguro a Cornualles. Además, Evelyn... no digas ni una palabra, pero hemos perdido algunos desde Eddie.

Violet tardó un momento en comprender a qué se refería.

—Ay.

—Evie siempre quiso tres, pero el tercero ha sido... escurridizo. Así que ahora no decimos nada cuando ella... ya sabes. Quiere que este... aguante. Y pensó que sería mejor para ella estar con su hermana, por si hay problemas. Y es... bueno, es más fácil.

—Quieres decir, menos estresante para ella —dijo Violet.

—Sí.

—¿Por mí o por madre? —Le parecía pueril preguntarlo, pero quería que él la tranquilizara. Tom lo hizo con gusto.

—¡Por mamá, claro! ¡Tú eres estupenda! Los niños te quieren y Evie también.

Violet no estaba tan segura de eso, pero estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—¿Cuándo le contaste a madre lo de Cornualles?

—Ayer.

—¿Armó un escándalo?

—Un poco, aunque menos de lo que esperaba. Se quejó de que traicionábamos la memoria de papá y de George, y que la familia se estaba deshaciendo, y esas cosas. Pero cuando se desahogó, se concentró en la idea de ir a Hastings con la tía Penelope, tanto que incluso utilizó nuestro teléfono para llamarla y empezar a planificar sus vacaciones.

Apagaron los cigarrillos.

—¿Crees que irás a Ventnor? —le preguntó Tom—. Todavía no hemos cancelado las habitaciones, así que hay una para ti, si quieres. Te aplicarán un suplemento por ir sola, pero lo pagaremos nosotros, por supuesto —añadió por si acaso.

—Me lo pensaré.

Se hizo un silencio que duró un rato. Violet observaba las esponjosas nubes en el horizonte, esforzándose por no llorar. Respiró profundamente, inhalando el reconfortante olor del cuero.

—O tal vez podrías apuntarte a uno de esos viajes para solteras, en los que hacen caminatas y se alojan en casas de huéspedes durante las rutas —sugirió Tom—. Son populares, ¿no?

—Lo son, sí, tanto que ahora ya no quedan plazas.

Violet había visto los carteles de sonrientes mujeres de mejillas sonrosadas ataviadas con pantalones cortos y gorras yéndose de excursión. Aunque ella no soportaría llevar semejante atuendo, le atraía la idea de caminar. Y la sugerencia de su hermano le dio una idea.

—¿Recuerdas los Wallop? ¿Los tres pueblos a los que fuimos con padre? ¿Over Wallop, Middle Wallop y Nether Wallop?

—Por supuesto. Golpe Arriba, Golpe Enmedio y Golpe Abajo. George y yo nos tomamos el nombre al pie de la letra, y nos pasamos la tarde liándonos a golpes. Y papá dejó que George se bebiera una clara en el pub. Me dio mucha envidia.

—¡Pero si tú solo tenías siete años!

—Lo sé, pero había rivalidad entre nosotros, aunque él me llevara seis años. También recuerdo que George y yo intentamos trepar a una de las piedras en Stonehenge y que los encargados nos regañaron. Fueron unas buenas vacaciones.

—¿Cómo se llamaba el pub que había en Nether Wallop?

—Five Bells, las cinco campanas. ¿Por qué?

—No, nada, solo era una idea.

Sin embargo, aquella idea la animó tanto que de vuelta a Winchester estudió detenidamente los mapas de la región del Servicio Estatal de Cartografía de su casera.

Al día siguiente, llamó a la Alianza Cristiana de Mujeres y Chicas para comprobar si quedaban plazas libres en los viajes para solteras a Gales y el Distrito de los Lagos, y, tal como esperaba, le dijeron que todas estaban reservadas desde hacía tiempo.

Una parte de Violet estaba aliviada por no tener que ir de vacaciones con extrañas, entablar conversaciones educadas e intentar divertirse juntas. Pero ahora tenía dos opciones si no quería acabar quedándose en Winchester, durmiendo hasta tarde, leyendo y dando paseos ocasionales mientras esperaba que acabaran las vacaciones. Podía pedirles a su madre y su tía ir con ellas a Hastings, donde tendría que soportar ser objeto de compasión y exasperación por parte de la señora Speedwell mientras su tía Penelope intentaba calmar a madre e hija. O podría ir por su



cuenta a algún sitio. Antes de cambiar de idea, llamó a Tom y le pidió ayuda para poder pagarse unas vacaciones de senderismo.

—Por supuesto, hermanita —le contestó él, riéndose—. No voy a permitir que mi hermana pase hambre. ¿Qué pensaría papá? —Después de una pausa añadió—: ¿No te dieron un aumento hace poco?

Violet no suavizó su respuesta.

—Sí. Y ahora puedo permitirme una cena caliente al día, casi todas las noches.

—Sí, comprendo. —Tom cambió rápidamente de tema, tal vez desconcertado porque su hermana se hubiera tomado tan en serio su broma—. ¿Adónde irás entonces? ¿No irás a Hastings?

—Iré a caminar. Primero de Winchester a Salisbury, y después bajando a través del Bosque Nuevo hasta Lynton. Desde allí tomaré el ferri a la isla de Wight y me quedaré unos días en Ventnor.

—¡Vaya, me gustaría poder ir contigo! —dijo él bajando la voz—. Cornualles estará bien, por supuesto, pero es distinto estar con la familia de Evie y con todos los niños. Me encantaría ir a pasear como en los viejos tiempos.

—¡Al menos ninguno de los dos tendrá que aguantar a nuestra madre!

Tenía un mes para prepararse: planificar la ruta, escribir a pubs o posadas para reservar habitación, cambiar la suela de las botas de montaña y comprar un nuevo sombrero de paja, pedir prestada una mochila a los Hill y una brújula y una navaja a Tom, hacer y deshacer la mochila para aligerar la carga. Era la primera vez que tenía que hacer la planificación, pues antes los encargados de resolver la logística eran siempre su padre o Tom. Pero Violet disfrutaba estudiando los mapas de la señora Harvey, calculando cuánto caminaría al día, buscando puntos de interés a los que ir y atajos que pudiera tomar, conjeturando qué pueblos tendrían lugares para pernoctar.

Solo vio una vez a su hermano y a su familia antes de las vacaciones, pero no se olvidó de Marjory y le llevó tela de cáñamo, lana de cuatro colores, una aguja y un patrón de puntadas que había hecho, como los que hacía la señorita Pesel para las bordadoras de la catedral. Marjory estaba emocionada y demostró ser una buena alumna que se sentó cerca de Violet en la mesa del jardín y la observó atentamente mientras ella le enseñaba cómo enhebrar una aguja, contar cuadrículas, hacer una puntada, meter el extremo de la lana detrás de las puntadas. Cuando llegó el momento de que hiciera las suyas, se tomó su tiempo, pero las hizo bien, y poco a poco fue adquiriendo destreza y confianza. Violet se reprendía a sí misma por haber subestimado las capacidades de Marjory.

Mientras trabajaban juntas, concentradas y absortas, el resto de la familia se movía a su alrededor, bebiendo té, leyendo el periódico, lanzando una pelota al aire. De vez en cuando, alguno de ellos echaba un vistazo a lo que hacían la tía y su sobrina. La señora Speedwell también estaba allí y le cogió especial aversión a aquella ocupación.

—No comprendo por qué trabajáis con lana con este calor —declaró, pese a que ella llevaba puesto su vestido de lana azul—. Eso no puede ser bueno para una niña. Mira lo colorada que está.

—Marjory está bien, señora Speedwell —le dijo Evelyn, alzando la vista del Southern Daily Echo.

Ya que Violet había aceptado que la excluyeran de las vacaciones en Cornualles, Evelyn había

decidido esforzarse por ser positiva y solidaria.

—En mi opinión, creo que es una afición de lo más peculiar. ¿De qué sirven esas labores?

Marjory apartó los ojos de su zigzag florentino y miró a su abuela con expresión dulce.

—Se pueden hacer cosas bonitas.

—¡Cállate! Es de groseros contestar.

Marjory abrió los ojos como platos.

—Pero me hiciste una pregunta, abuela. Y yo la contesté.

—Vale, Marjory —se interpuso Evelyn—. Estoy segura de que no pretendías ser grosera con la abuela. Quizá le harás algo bonito con tus puntadas.

Marjory miró a Violet.

—Por supuesto —dijo esta—. Podrías hacerle a la abuela una bolsita para las monedas, o unas zapatillas o un cinturón. ¿Qué te parece?

—No creo que vaya a usar ninguna de esas cosas —declaró la señora Speedwell.

—Bien, pues entonces le haces algo a tu madre. Estoy segura de que le encantaría tener un monedero para guardar sus peniques. Puedes practicar tus puntadas durante el verano y cuando las domines te ayudaré con la bolsita.

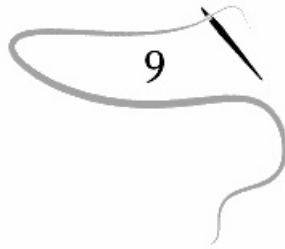
Violet no estaba del todo segura de cómo hacer un bolso, pero la señorita Pesel podría ayudarla.

La señora Speedwell gruñó:

—Por supuesto, es mucho más importante hacer algo para tu madre que para tu abuela.

Violet miró a Evelyn. Su cuñada alzó los ojos al cielo y Violet se echó a reír.

—¿De qué os estáis riendo? —preguntó la señora Speedwell, cuando Evelyn se unió a Violet—. ¡No tiene nada de gracioso!



Era bastante fácil organizar un viaje en solitario, lo difícil era dar el primer paso y salir por la puerta. Una mañana de agosto a primera hora, incluso antes de que se levantara la casera, Violet estaba en el vestíbulo intentando aplacar sus nervios y dándose ánimos para salir de casa. Aparentemente estaba lista: había hecho la mochila, se había puesto un viejo vestido de lino marrón y una chaqueta, y se había atado los cordones de las robustas botas.

Hasta hacía unos días, los amigos y la familia se habían mostrado optimistas sobre sus vacaciones en solitario. Sin embargo, cuando se acercó el momento, su hermano llamó para asegurarse de que seguía queriendo ir.

—Seguro que podríamos encontrarte alojamiento cerca de donde estamos nosotros en Cornualles —le sugirió Tom en tono despreocupado, sin duda consciente de que a esas alturas todo estaría reservado, pero proponiéndole esta oferta para aliviar su sentimiento de culpa.

—¿Estarás bien, caminando tú sola por allí? —le preguntó Gilda más directamente cuando se vieron en el Awdry's—. Sabes que siempre estás a tiempo de cambiar de planes, ¿verdad?

—Estaré bien —respondió Violet con firmeza.

Gilda no insistió más en ese tema. Ella se iba a ir durante dos semanas a Swanage con su familia, incluida su nueva cuñada.

—Olive presumirá de embarazo como si ese hubiese sido el plan desde el principio —se quejó— y exigirá toda la atención que pueda conseguir. Si mamá estuviera viva, la habría puesto en su sitio. Pero papá y Joe son blandos con ella.

—Entonces tendrás que hacer el papel de tu madre —le contestó Violet, y solo más tarde se dio cuenta de que podría haber invitado a Gilda a caminar con ella.

La señora Harvey empezó a inquietarse la noche anterior.

—No me gusta pensar que una de mis chicas anda perdida por el campo —declaró, mirando cómo Violet dejaba la mochila en el vestíbulo, preparada para la mañana siguiente—. ¿Qué pasará si te tuerces un tobillo, te quedas sin agua o te muerde una culebra? ¿Qué harás entonces?

Expresaba preocupaciones que la propia Violet tenía, lo cual la hizo irse a la cama temprano, antes de que su casera pudiera inquietarla aún más.

Ahora, Violet tenía hambre, pero no quería retrasarse. «Si me hago una tostada —pensó—, la señora Harvey se levantará y empezará a armar de nuevo un escándalo». Se puso la mochila a los hombros, apretó las correas y emprendió la marcha sin ceremonias ni desayuno.

Bajó a paso enérgico por la colina hacia el puente sobre el Itchen. Delante, sobre un pedestal de granito, había una estatua maciza del rey Alfredo, dándole la espalda a ella y de cara a la High Street, que alzaba la espada en alto sosteniéndola cerca de la empuñadura como si bendijera a la ciudad que se extendía ante él. Violet pasó delante de la estatua, miró a su alrededor y luego le hizo una reverencia al rey Alfredo antes de empezar a recorrer Winchester.

Pasó por delante de las fachadas de las tiendas medievales de la calle; delante de la carnicería y la farmacia; delante del Awdry's, donde por un instante consideró la posibilidad de pararse a tomar café, pero en lugar de hacerlo, apretó el paso; dejó atrás la Buttercross, una estructura de piedra octogonal donde en la Edad Media las mujeres solían vender la mantequilla; y la tienda Warren's, donde ella compraba el material de oficina. Los comercios todavía no habían abierto, así que se cruzó con pocas personas en la calle: algún que otro ciclista, un repartidor de periódicos y un limpiacristales que estaba limpiando el escaparate de una tienda de ropa. Todos la saludaron con un gesto, pero ninguno se detuvo a charlar o a preguntarle por su mochila ni adónde iba. Ninguno dijo: «Bien hecho, Violet. ¡Qué valiente!», «¿Estás segura de que quieres caminar sola?» o «¿Por qué no te vienes con nosotros a la costa?». Ella solo llevaba nueve meses viviendo en Winchester, así que aún era una extraña en la que nadie estaba dispuesto a invertir todavía. Nunca había pensado que pudiera importarle, pero en esos momentos deseaba que hubiera alguien que la saludara al pasar ahora mismo, cuando estaba a punto de emprender su aventura.

Camino de la parte más alta de la ciudad, cruzó el arco de piedra de la puerta oeste medieval que marcaba su salida del centro hasta el puente sobre el ferrocarril que cruzó justo cuando un tren mañanero que iba hacia Londres entraba humeante en la estación situada a su derecha. Violet esquivó el hollín que salía de la locomotora, luego se detuvo y miró a los pasajeros que entraban en el tren, golpeando las puertas y gritándose unos a otros mientras subían sus maletas a bordo. Después, el tren se puso en marcha emitiendo un claro resoplido y ella se preguntó si no habría hecho mejor en irse más bien a Londres. Apenas podía permitirse pernoctar una noche en la capital, aunque podría haber sacado más dinero exprimiendo la culpa de su hermano y así habría podido ir a una matiné, a un concierto, a un té con baile. Podría haber paseado por el Támesis y haber rebuscado en las librerías de Charing Cross Road y haber visitado todas las salas del British Museum. Todo eso ya lo había hecho, pero siempre detrás de sus padres. Incluso a sus treinta y ocho años le resultaría duro —aterrador, para ser franca— hacerlo sola.

Al igual que esto. Violet había salido otras veces a pasear sola —en Southampton Common, por el paseo marítimo de Portsmouth, en la isla de Wight o hasta la St Catherine's Hill en las afueras de Winchester— pero esos eran lugares en los que había más gente cerca, gente que la esperaba. Nunca había paseado sola por el campo. Cuando se le ocurrió la idea, le pareció posible, pero ahora que había llegado el momento, sentía que la angustia le subía por el estómago hasta la garganta.

Eran las alternativas —dos semanas en Hastings con su madre y su tía, o quedarse en Winchester, bordando junto a la radio en una habitación cerrada sobre pálidas tazas de té, acompañada por el gorjeo intranquilo de los periquitos— las que empujaban a Violet a ponerse firme y salir de la ciudad.

Puso rumbo al oeste subiendo por la colina en una carretera que pasaba entre dos importantes edificios victorianos: primero la prisión con sus cinco brazos que salían del centro como las puntas de una estrella, coronadas por un cimborrio; después el hospital del condado con sus paredes de ladrillo decoradas. Al pasar delante de estas dos instituciones se sintió como si se despidiera de los últimos puestos avanzados de la civilización, los lugares donde cualquiera podría acabar si las cosas salían mal. Luego las casas fueron desapareciendo y a la derecha surgió un pequeño camino —una calzada romana, según el mapa del Servicio de Cartografía— que llevaba a la campiña. Violet tomó el camino y dejó detrás la última de las casas.

A su izquierda había un huerto, con hileras de árboles cargados de manzanas verdes que aún

estaban por madurar. Aquí no había nada de lo que asustarse. A su derecha vio un gran campo de golf. Aunque apenas eran las ocho de la mañana, ya había hombres con boinas, chalecos y pantalones bombachos, que golpeaban pelotas y que amansaban los alrededores con su presencia.

Después de una suave curva, la calzada romana hacía lo que habían previsto los romanos y seguía recta, flanqueada por campos a un lado y bosques al otro. Un automóvil adelantó a Violet emitiendo un amable toque de claxon, sin duda camino de Farley Mount, dado que aquí no había mucho más adonde dirigirse. Violet se sentía más segura sin abandonar la carretera. Mientras estaba en la calzada, a plena vista de la gente, podía relajarse y disfrutar del sol que le acariciaba los brazos, unos vencejos cruzaban el cielo por encima de su cabeza, un tractor traqueteaba en la distancia. Había tranquilidad, aunque no silencio. Empezó a canturrear y a pensar en el desayuno que se había perdido. En la mochila llevaba un tentempié; se lo comería pronto, no importaba cuándo.

Al cabo de una hora, la calzada giró a la izquierda dando paso a un estrecho camino de grava que llevaba al monumento. Violet lo siguió y se encontró con el automóvil que la había adelantado, que estaba aparcado en ese lugar. Más allá, una senda subía hasta un montículo encima del cual se hallaba la caprichosa construcción llamada Farley Mount. Era sin duda una cosa extraña. De siete metros de altura, con paredes blancas y uniformes que se alzaban formando una punta y puertas arqueadas saliendo de cada uno de los cuatro costados, parecía una pequeña capilla wesleyana coronada con una pirámide.

Violet pudo ver a una pareja junto al monumento en lo alto del montículo, y a dos niños que gritaban y reían mientras subían y bajaban por la empinada pendiente. Por un instante pensó que podría bordear el monumento, para que aquella familia no rompiera el hechizo que ella sentía allí, en plena naturaleza. Sin embargo, la pirámide parecía atraerla como una fuerza que no podía ignorar y Violet acabó caminando hacia ella.

Una gran placa en el monumento le recordó parte de la conversación que había mantenido con Gilda y Arthur delante de la catedral: que Farley Mount había sido construido en el siglo xix en honor a un caballo. Su propietario se había caído con él en una cantera de creta, durante una cacería de zorros. Ambos sobrevivieron; el caballo, al que cambió el nombre por «Cuidado Cantera de Creta», ganó una carrera al año siguiente, y su orgulloso amo construyó la pirámide en su honor. Violet sonrió. A su padre y a sus hermanos les habría encantado aquella historia tan absurda. Se preguntó si habían estado alguna vez allí.

Escaló el montículo y se unió a la pareja.

—Qué día tan magnífico —dijo el hombre.

—Sí —le contestó Violet mirando las ondulantes tierras, pintadas en multitud de tonos verde, amarillo y marrón, bañadas por el sol y el cielo.

La campiña inglesa era en efecto magnífica. Sin embargo, en agosto también podía resultar opresiva. Las resplandecientes olas de calor justo por encima del suelo, el fulgor del sol, el silencio, los amarillentos campos de trigo, heno y cebada, los grupos de árboles donde el verde había alcanzado su punto máximo y ahora empezaba a desteñirse: todo parecía exuberante, pero también a punto de cambiar. Agosto era un mes sin la plenitud de julio, cuando la naturaleza estaba en su apogeo. Traía consigo una melancolía que se acentuaba en septiembre. Violet prefería octubre, cuando el mundo se despojaba de sus hojas y se tornaba crujiente y frío, aceptaba su sino y ya no intentaba retener el verano.

La mujer la miraba de reojo.

—¿Viaja usted sola? —le preguntó aferrándose al brazo de su marido.

—Yo... he quedado con alguien.

Violet se estremeció al ver que era incapaz de admitir que estaba sola. ¿Por qué era tan vergonzoso?

El hombre miró a su alrededor.

—¿Cómo, aquí?

Su sonrisa era maliciosa; había decidido que se encontraría con un hombre.

—En Nether Wallop.

Aunque el pueblo quedaba apartado unos tres kilómetros de la ruta entre Winchester y Salisbury, Violet había escrito a la Five Bells para reservar una habitación.

—¿Y está haciendo todo el trayecto a pie hasta allí? ¡Cielos! —exclamó la mujer, como si fuera algo más digno de desaprobación que de admiración.

Sus hijos estaban dentro del monumento y jugaban a gritarle al eco. Allí cerca había un banco que hubiese sido perfecto para un desayuno con vistas. Pero Violet deseó un buen día al hombre y a la mujer y se alejó de Farley Mount. No quería que la compasión y la sospecha la acompañaran mientras comía.

Regresó al camino y no pudo evitar volver la vista atrás. La pareja seguía mirándola. Aunque Violet estaba hambrienta, tendría que encontrar un lugar más alejado. Siguió el sendero que descendía por una pequeña colina y al llegar al pie, volvió a tomar la calzada romana que había abandonado poco antes. Ahora se había convertido en un camino bordeado de setos, demasiado escabroso y estrecho para los automóviles; llevaba a un pequeño prado donde se descolgó la mochila y se sentó, agradecida de poder descansar fuera de la vista de la familia. En el rincón más alejado, pastaban unas ovejas que la ignoraron.

Antes de comer, Violet bebió agua de una cantimplora que había sido de Tom durante la guerra. Se le antojaba raro usarla, pero él se la había ofrecido y ella sabía que necesitaba una. No habían hablado a fondo de su experiencia en la guerra. Al principio resultaba demasiado crudo y después fue demasiado tarde. Tom solo quería seguir con su vida de una manera que a Violet le resultaba difícil: iniciar una carrera profesional, casarse y formar una familia. Aunque se alegraba por él, también lo envidiaba. En la vida de Violet, nada era evidente ni sencillo, no tenía ante sí ningún camino claro que seguir.

Para el viaje se había permitido un lujo, aunque añadía peso a la mochila: un termo lleno de café. Fuerte y amargo, era justo lo que necesitaba después de caminar durante ocho kilómetros. Incluso las correosas rebanadas de pan con margarina y mermelada le sabían deliciosas. Lo mejor de todo era el festivo trozo de dulce que Violet había preparado para el viaje. Durante las vacaciones, la familia Speedwell siempre se llevaba dulce de azúcar para las caminatas, y ella consideraba que se lo merecía. El caramelo se fundió sobre su lengua, dejándole un charco azucarado que le recordó a su infancia.

Cuando acabó, recogió las sobras del tentempié y sacó el mapa del Servicio de Cartografía que le había prestado la señora Harvey. La cubierta roja y marrón mostraba la imagen de un hombre vestido con ropa de paseo que estaba consultando el mismo mapa, sentado en una colina; ante él se extendía un idílico paisaje inglés de bosques y campos, con un acueducto a media distancia y el chapitel de una iglesia en la lejanía. Violet estudió la ruta: el camino que tenía ante sí seguía el curso de la calzada romana —a partir de ahora eran en su mayoría senderos— a través

de los campos sembrados. Desde donde estaba sentada podía ver el primero de ellos: un pequeño maizal.

Los campos sembrados ponían nerviosa a Violet. Si se encontraba a un hombre (puesto que solo se imaginaba a un hombre, nunca a una mujer) en un campo, se preguntaba qué hacía allí solo. Por supuesto, podía estar dando un paseo como ella, ir de un lugar a otro —por ejemplo, de una granja a otra para comprar— o podía estar yendo a ver a un amigo enfermo o buscando una vaca perdida. Había muchas razones por las que un hombre podía caminar solo.

Pero no era así en el caso de una mujer. Aunque Violet estuviera soltera y pareciera hacer las cosas sola, nunca estaba realmente a solas. En su casa estaba con la casera y las otras inquilinas; podía sentir su presencia incluso detrás de su puerta cerrada. En el trabajo tenía compañeras. Incluso cuando visitaba la catedral sola, había siempre otros a su alrededor y ahora conocía de vista a algunas de las bordadoras y a los sacristanes, a los que saludaba.

Una barrera la separaba del maizal. Trepó por los barrotes y se sentó a horcajadas en la parte superior, contemplando la senda bordeada a ambos lados por tallos de maíz más altos que ella.

«Venga, muchacha —pensó—, tranquilízate. ¿Qué haría Laurence?». A menudo invocaba a su difunto novio cuando necesitaba una dosis de valor que no podían proporcionarle el café o los dulces. Pese a no ser de los más valientes, Laurence había ido a la guerra y nunca se había quejado de estar allí ni de lo que había presenciado, y ese era un tipo de coraje muy inglés.

Saltó de la barrera y se encaminó hacia el maíz, siguiendo con cuidado el estrecho hueco entre las hileras. Los tallos de maíz crujían cerca de sus hombros, las fibrosas hojas esmeralda rascaban las mangas de su chaqueta y moteaban la luz. Volvió la vista varias veces para cerciorarse de que estaba sola. El ruido y la suave presión de las hojas y el parpadeo de la luz y las sombras la desorientaban. El campo parecía no tener fin. ¿Llevaba minutos u horas atravesándolo?

Entonces, a un lado, delante de ella surgió un conejo que echó a correr a lo largo de la hilera. Violet no apartó la vista de su cola blanca intermitente hasta que desapareció y ella volvió a encontrarse en el sol al borde del maizal, acalorada y sin aliento, junto a un seto cubierto de zarzas cargado de moras verdes. Entre los arbustos había unas estrechas barreras para el ganado, por las que Violet tuvo que abrirse paso, mientras los pinchos de la zarza le arañaban los brazos a través de la tela y la hacían sangrar.

El siguiente campo era de hierba y después se abría uno de cebada, con pesadas aristas que colgaban a la espera de ser cortadas. Resultaba mucho menos sofocante porque le permitía ver lo que tenía alrededor y delante, donde había unas granjas. Cruzando el cebadal llegó a la granja por el sendero que rodeaba el borde derecho del corral. No se veía a nadie, pero había ropa tendida al sol y se oían ruidos procedentes de uno de los establos. En un terreno junto al camino había un caballo que comía hierba y que alzó la cabeza para verla pasar.

Detrás de la granja, Violet atravesó un pequeño bosque bajo, donde alguien había abandonado a su suerte un viejo tractor y una cama de hierro que se estaba oxidando, junto a más chatarra que no logró identificar. No le gustaba ver aquellos desechos ni la sucia masculinidad que desprendía el lugar, y se apresuró a salir a los prados, uno con vacas y otro con ovejas. Cruzó una carretera, después otro campo de cebada y otra carretera antes de encontrarse de frente con un gran maizal. Violet hizo una pausa para estudiarlo, pero solo por un momento: con el café y el caramelo corriendo por su cuerpo, se sentía lista para recorrer casi un kilómetro de maíz. Solo tardaría diez minutos, y después había una carretera y un camino de herradura a través de un pequeño campo

hasta un mesón. Podía parar allí.

Violet solo se percató de la presencia del hombre cuando ya se había adentrado mucho en el maizal, aunque le costaba determinar cuánto había avanzado: al igual que le sucediera con el primer campo de maíz, no tardó en quedar desorientada a causa del ruido y la luz moteada. Lo único que sabía es que, en un determinado momento, miró atrás y vio a un hombre a cuarenta metros de distancia. No podía asegurar que la siguiera, porque no sabía si simplemente usaba el mismo sendero o si estaba allí por ella. ¿De dónde había salido? ¿De la granja con la cama oxidada? ¿La había visto desde uno de los establos y había salido detrás de ella? ¿O estaba buscando una vaca extraviada o iba a visitar a un amigo enfermo, tal como Violet se había dicho a sí misma que cualquiera podría hacer? Ambas posibilidades parecían absurdas ahora que estaba sola con él en una interminable plantación de maíz.

Apretó el paso mientras intentaba no parecer asustada. Los tallos de maíz se metían en la senda, se cruzaban en su camino y le impedían ver lo que tenía delante. Consideró la posibilidad de detenerse y esperar a que el hombre la alcanzara, lo que tendría la ventaja de poder ver cómo se acercaba en lugar de darle la espalda todo el rato. Tal vez le sonriera y la saludara al pasar sin que se produjera ningún incidente. Sin embargo, el breve vistazo le había bastado para constatar que no era de los que sonreían. No era especialmente alto —solo un poco más que Violet—, tenía un rostro serio y concentrado, y avanzaba rápido. Estaba rodeado por una atmósfera de esquinas oscuras, metal oxidado y mandíbulas sin afeitado. Ella quería volver a mirarlo, pero no se atrevía. Aceleró el paso, sin preocuparse más de que él supiera que estaba a punto de echar a correr. Le pareció oír que el maíz crujía más cerca. Entonces vio luz al final de la senda y corrió.

Al emerger del maizal, Violet trepó por una barrera y salió a una carretera, que enfiló corriendo y sin mirar atrás. Solo frenó el paso y volvió la vista después de sentir una punzada en el costado. El hombre no la había seguido hasta la carretera. Ella se detuvo y se inclinó, apoyando las manos sobre las rodillas, jadeando, sin apartar la vista del hueco en el maizal del que él saldría. Al ver que el hombre seguía sin aparecer, pensó que había hecho bien en correr, puesto que él debía de estar escondido entre el maíz. A pesar de que todavía no había recuperado el aliento, Violet siguió avanzando apresurada por la carretera, esperando que pasara un automóvil, un tractor o gente paseando.

Llegó a una pequeña carretera a la derecha y la tomó, fuera de la vista del maizal, y entonces consultó el mapa. Esta carretera la llevaría al mesón al que se dirigía y que estaba a medio kilómetro. Avanzaba rápido y miraba atrás cada veinte pasos, pero el hombre no volvió a aparecer.

Casi gritó al ver el mesón John O' Gaunt, un sencillo edificio blanco con el tejado de pizarra y unas ventanas de molduras negras, situado en un cruce de carreteras a orillas del río Test. Eran solo pasadas las once y era posible que el bar aún no estuviera abierto. Sin embargo, debía de haber alguien e incluso era posible que le prepararan una taza de té o un sándwich que se comería en uno de los bancos que había a ambos lados de la puerta. Quería que alguien se compadeciera de ella.

Violet empujó la puerta y sintió alivio al ver que no estaba cerrada con llave. Un olor rancio de humo y grasa la golpeó cuando entró en una sala llena de mesas y sillas vacías. A su derecha estaba la barra, donde el mesonero estaba sirviendo a alguien que se encontraba en el otro extremo, pero la saludó con un gesto. Mientras ella dejaba la mochila sobre el suelo alfombrado junto a una de las mesas, el cliente que estaba en la barra se volvió y la miró. Era el hombre del



maizal.

Violet se quedó helada y contuvo el aliento. Si su mochila no hubiese estado ya en el suelo, podría habérsela vuelto a colgar y haber salido de nuevo. Pero se sentía atrapada: por la amable bienvenida del mesonero; por el temor que le causaba mostrar su miedo; por la preocupación de haber reaccionado exageradamente delante de un hombre inocente; por su deseo de que no la consideraran una estúpida que emprendía un viaje en solitario. Así que no se marchó, sino que permaneció inmóvil, incómoda y poniéndose colorada y con el corazón palpitando con fuerza.

El hombre no le sonrió ni la saludó; su silencio era mucho más poderoso. Tenía los ojos oscuros y la mirada penetrante, y llevaba el pelo marrón más largo de lo que se estilaba. Se había quitado la gorra y la había dejado junto a la pinta que tenía delante. Tenía un cuerpo nervudo y la ropa le quedaba mal, como si fuera de segunda mano. Se había arremangado por el calor y Violet podía ver el denso vello que le cubría los antebrazos.

¿Cómo había conseguido llegar allí antes que ella? ¿E incluso tener tiempo para que le sirvieran una pinta? Para tranquilizarse, Violet intentó pensar, volviendo a trazar la ruta y recordando el mapa que acababa de consultar. Después de un momento comprendió que las carreteras que había seguido para llegar al mesón formaban dos lados de un triángulo. El hombre seguramente había cogido un atajo a través del maizal a lo largo del camino de herradura, siguiendo el tercer lado del triángulo, que recorrió en la mitad de tiempo que ella.

Mientras reflexionaba sobre ello, el mesonero le habló y la miró expectante.

—Perdone, estaba...

Violet no acabó la frase, pues no podía decir lo que estaba haciendo.

El mesonero soltó una risita.

—Solo te estaba preguntando qué podía servirte, guapa. Debes de estar exhausta de cargar tú sola con eso —dijo señalando la mochila.

El hombre del maizal examinaba su cerveza.

—Estoy bien —murmuró Violet—. Póngame un té, por favor.

—Siéntate. Ahora te lo traigo.

Violet tomó asiento, obligada por sus modales. La taberna le parecía muy pequeña.

—¿Qué te trae por aquí, guapa? —le preguntó el mesonero mientras ponía a hervir agua detrás de la barra.

Violet hizo una mueca, aunque intentó que no se dieran cuenta. Era el típico posadero entrometido que ocultaba su curiosidad bajo una amabilidad exagerada. Ahora ella tendría que enfrentarse a un bombardeo de preguntas de las que no podría huir y que no quería contestar delante del hombre del maizal.

—Estoy... caminando.

—¿Adónde?

La mente de Violet se quedó en blanco. Debería mentir para que el hombre no supiera adónde iba. Pero no lograba recordar ninguna de las ciudades al norte o al sur del lugar, y si decía que iba a Winchester, el hombre sabría que mentía puesto que venía de esa dirección.

—Salisbury. —Se oyó decir a sí misma para llenar el silencio, que parecería sospechoso si se prolongaba demasiado.

—Así que recorres el camino entre las catedrales.

Violet asintió, molesta al oír que su ruta podía adivinarse tan fácilmente.

—Por aquí pasan muchos caminantes que hacen eso. El sendero va justo por el otro extremo de la carretera —dijo el mesonero haciendo un gesto en una dirección general—. Sigue la antigua vía romana hasta Old Sarum, justo al norte de Salisbury. Pero eso ya lo debes saber, claro. Tienes un mapa, ¿verdad, guapa?

Violet agitó el mapa del Servicio de Cartografía.

—Y sabes cómo leerlo, ¿verdad?

Violet se puso colorada.

—Me enseñó mi padre.

—Bien hecho. Es bueno que una chica conozca algunas habilidades. Pero, bueno, hoy no vas a llegar a Salisbury, ¿no? Está demasiado lejos para hacerlo en un solo día.

—Voy a...

«No digas Nether Wallop», se advirtió a sí misma.

—Lo digo porque arriba tengo habitaciones si buscas un lugar donde alojarte.

—No, gracias. Hoy seguiré un poco más antes de parar.

El mesonero le trajo una bandeja con una tetera y un plato de galletas de tapioca.

—Aquí está tu té y el agua caliente.

—Gracias.

—Tengo amigos que alquilan habitaciones en Broughton. Podría llamarles diciendo que vas a ir.

—No hace falta, gracias.

—Una chica como tú, caminando sola. Necesitas tener un lugar donde pasar la noche. No me cuesta nada buscarte uno, guapa.

—De verdad que no hace falta. Ya tengo dónde quedarme.

—¿Dónde? —El mesonero estaba de pie junto a ella.

El hombre en la barra alzó su cerveza y tomó un trago largo. Violet no podía evitar mirar fijamente su perfil.

—Nether Wallop. —Siempre había sido malísima mintiendo.

—¿Qué, en la Five Bells? Saluda a Bob de mi parte y dile que nos veremos en el críquet el miércoles por la noche.

Violet asintió.

—Nether Wallop queda un poco apartado de tu camino, ¿no?

—Tengo... tengo amigos que viven allí.

—¿Qué me dices? Quién, si no te importa que pregunte.

«Sí que me importa —pensó Violet—. Me importa muchísimo». El mesonero estaba exhibiendo el tipo de amabilidad que rayaba en la hostilidad, como si pensara que podía pillarla mintiendo. Si se lo recriminaba, él protestaría diciendo que se limitaba a cumplir su deber cívico, controlando las idas y venidas dentro de la comunidad. Violet deseaba que fuera realmente servicial y que ella pudiera preguntarle: «¿Quién es ese hombre sentado en la barra que apesta a peligro? No me inspira confianza. ¿A usted sí?».

La pausa mientras pensaba eso era extraña y el mesonero frunció el ceño.

—Arthur —le contestó ella para llenar el silencio. Y en aquel instante, se percató de que no sabía su apellido, y añadió—: El campanero.

Era exagerado llamarlo amigo cuando solo lo había visto una vez, aunque seguía llevando su pañuelo en el bolso. De alguna manera no había conseguido devolvérselo. Le resultaba reconfortante encontrárselo cuando buscaba el lápiz de labios o un penique perdido. Le hacía sentirse cuidada.

El mesonero soltó una carcajada.

—Arthur el campanero —repitió—. Ni más ni menos. En una ocasión le pedí que me explicara lo que hacen allá arriba con sus campanas y no comprendí ni una palabra de lo que dijo. «¿Por qué no nos tocas algo que podamos cantar, amigo?», le solté. Creo que lo ofendí —dijo con orgullo.

—Sabe, creo que me tomaré el té fuera —declaró Violet en un tono lo más alegre que pudo—. Hace un tiempo estupendo.

Por un momento, el mesonero pareció ofendido, pero luego lo escondió detrás de una sonrisa profesional.

—Por supuesto, guapa. Te llevaré la bandeja.

Violet cogió su mochila, lanzó una última mirada al hombre de la barra, luego le dio la espalda y mantuvo la puerta abierta para que saliera el mesonero con la bandeja.

Fuera se sintió a la vez mejor y peor. Mejor porque el aire era fresco y no olía a humo de cigarrillos y pescado frito, y se sentía menos atrapada. Peor porque ya no sabía lo que hacía el hombre en la barra o dónde estaba.

Sin embargo, al menos el mesonero tuvo piedad de ella y la dejó sola después de depositar la bandeja en un banco, para volver a entrar a hablar con su otro cliente. Tal vez hablaran de ella. Violet se sirvió té, mordisqueó una galleta de tapioca —las que menos le gustaban— y miró a su alrededor. En el mapa comprobó que el mesón John O' Gaunt se encontraba cerca de un pequeño pueblo llamado Horsebridge. Solo tenía un puñado de casas, pero había una estación de ferrocarril. Si lo quería, seguramente podría coger un tren a Southampton, para que la llevara lejos del hombre, del mesonero y de sus vacaciones de senderismo. Por la tarde, su madre se iría a Hastings; tal vez aún estuviera a tiempo de alcanzarla, pedirle perdón profusamente e irse con ella. Por un momento sintió la tentación de hacerlo.

Justo entonces, una joven pasó delante de la taberna empujando un cochecito; la capota blanca con volantes estaba cerrada y su ocupante dormía. La mujer contemplaba al bebé con auténtica idolatría. Alzó la vista y observó a Violet, sus botas y su vestido, su mapa y su mochila, su té, y sonrió. En su rostro se reflejaba aún todo el amor por su bebé, lo que anulaba cualquier curiosidad que pudiera tener por esta paseante. Violet le devolvió la sonrisa.

Fue un intercambio tan cotidiano y normal que la calmó. «Este es un lugar con mujeres y bebés —pensó— no solo con hombres que beben cerveza a las once de la mañana». Se acabaría el té y pondría rumbo a Nether Wallop. Examinó el mapa. Había varias maneras de recorrer los ocho kilómetros hasta el pueblo siguiendo los senderos, pero decidió ir por carretera. La experiencia no sería tan envolvente, pero no quería repetir la del maizal.

Acabó el té y se levantó, colgándose la mochila para poder marcharse en cuanto hubiese pagado.

Dentro, el mesonero sacaba brillo a unos vasos detrás de la barra. El otro hombre se había ido. También su vaso había desaparecido. De hecho, era como si nunca hubiese estado allí. Violet intentó no mirar alrededor ni parecer preocupada, pero se le hizo un nudo en el estómago. ¿Estaba en el aseo de caballeros? ¿O había salido por la puerta trasera y la esperaba para seguirla?

«Déjalo ya —se riñó—. Tienes gente alrededor y estás segura. No permitas que un hombre como ese te intimide. Deja que vaya a buscar su vaca perdida». La idea la hizo sonreír.

—Eso está mejor —le dijo el mesonero—. Es la primera vez que sonríes desde que has llegado.

Violet dejó de hacerlo.

El mesonero no pareció darse cuenta.

—Una sonrisa hace que una chica parezca años más joven —siguió diciendo—. Todas esas cremas, pociones y cosas por el estilo que anuncian en las revistas: todo bobadas. Lo único que necesitas es una sonrisa. Serán tres peniques, guapa.

Violet dejó las monedas sobre la barra.

—Gracias. Buenos días.

Dio media vuelta y salió por la puerta sin entablar la charla que se esperaba al final de un intercambio y oyó que el mesonero soltaba un chasquido de desaprobación.

—Algunos no pueden evitarlo, no importa lo amable que seas con ellos. —Le oyó decir justo cuando la puerta se cerraba detrás de ella.

El río Test era como una floja trenza de agua y, a lo largo de la carretera a Broughton, Violet cruzó varias veces sus orillas. Se detuvo para contemplar las aguas claras y brillantes que discurrían debajo de ella. Era una excelente zona de pesca con mosca y podría haber hombres junto al río capturando peces.

Ahora había más tráfico. Era mediodía y pasaban furgonetas de reparto y hombres en automóviles con cara de dirigirse a algún lugar importante, y familias paseando en coche. Una pareja mayor con sombreros de paja a juego la adelantó tocando la bocina y saludando con la mano. Se sentía segura, pero también tenía la sensación de estar caminando para llegar a algún sitio en lugar de disfrutar del campo. El paisaje era más llano y menos pintoresco. Y le dolían los pies.

En Broughton se detuvo junto a un afluente del Test llamado Wallop Brook y se quitó las botas para poner los pies en remojo en el agua helada. Violet tenía calor y estaba cansada. Había caminado diecinueve kilómetros, y le quedaban dos por delante. Se comió los sándwiches que había preparado y se bebió lo que quedaba del café. A partir de ahora tendría que comprarse la comida y ver cómo se agotaban sus peniques.

Después de acabar seguía estando hambrienta y al pasar por la calle principal miró con anhelo el pub, luego un salón de té donde una familia estaba sentada al sol, tomando té con bollos y zumo, mientras los niños se tiraban migas unos a otros. Violet tampoco se detuvo allí. No podía permitirse tantos lujos.

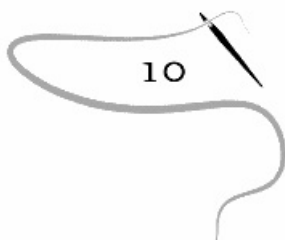
No recordaba ninguno de estos paisajes de cuando estuvo paseando por aquí con su padre y sus hermanos. No lograba recordar exactamente dónde habían estado aparte de Nether Wallop. Tal vez habían caminado por esta calle. Lo único que sabía era que se detuvieron en el mesón John O' Gaunt, quizá incluso les sirviera el mismo mesonero, un hombre mucho más joven entonces. Seguro que fue cortés con su padre, se burló un poco de sus hermanos y no le dijo nada a ella.

Violet se acordaba de Nether Wallop y no solo por su extraño nombre. Pasó por delante de un molino junto al arroyo, dobló la esquina y entonces divisó una hilera vagamente familiar de casas de campo con techos de paja, peculiares porque la paja era muy gruesa y colgaba por delante de

las ventanas como unas largas cejas. Algunas de las casas eran de cal blanca y entramados oscuros, al estilo Tudor; otras eran de ladrillo. Ofrecían una bonita vista, especialmente con sus pequeños jardines delanteros llenos de rosas, dalias y margaritas.

Mientras bajaba por la calle vacía hacia el pub, sintió la extrañeza de reconocer un lugar sin conocerlo, de advertir que tenía un tono similar como si siguiera siendo el mismo, pese a que todo había cambiado y envejecido, incluida la propia Violet. George estaba muerto; Laurence estaba muerto; su padre estaba muerto. Violet tenía treinta y ocho años, no once. Veía Nether Wallop a través de unos ojos que habían visto muchas otras cosas en el transcurso de ese tiempo. Era peculiar y triste, y se preguntó por qué había venido.

Pero había caminado veintidós kilómetros y estaba cansada, y allí estaba la pensión Five Bells, que parecía a la vez familiar y extraña. Entró y se encontró con el tipo de mesonero que prefería: el taciturno. Le entregó la llave de su habitación desde el otro lado de la barra y no mostró ninguna curiosidad por ella. Violet subió, se descolgó la mochila, se descalzó y se quedó dormida en un minuto.



Cuando se despertó, Violet se dio cuenta de que la luz se había quebrado, que el sol ya no brillaba en lo alto, sino que sus rayos eran más oblicuos. Cerca de allí oyó cinco campanadas. Tenía las piernas entumecidas y doloridas de la larga caminata. Se lavó la cara en la jofaina, después se cambió el arrugado vestido de lino por uno de flores de color crema, verde y marrón, se puso su chaqueta de punto beis y los zapatos de tacón, que le parecieron ligeros como nubes después de las pesadas botas. El plan de Violet era cambiarse de ropa tras cada paseo diario. Era como ponerse un traje para caminar y otro para entrar de nuevo en la sociedad.

Todavía no se atrevía a visitar la iglesia, que le traería recuerdos de George. Así que dio media vuelta y se fue por la calle, pasó por delante de la tienda y la oficina de correos, la carnicería, la herrería, la escuela —todas cerradas— y dejó atrás el parque del pueblo para dirigirse a Middle Wallop y Over Wallop. Los nombres de aquellos tres pueblos eran un buen material para humoristas, sin duda el blanco de muchos chistes, pero a Violet le encantaban.

Llegó a un grupo de casas apartadas de la carretera, con grandes jardines delanteros en lugar de los anteriores cubículos. Echando un vistazo por encima de los altos muros, avistó los parterres de las casas llenos de malvarrosa y salvia, abedules, tilos y hayas rojas. En un jardín había un gran peral cargado de fruta. Violet se detuvo a admirarlo y en la puerta delantera de la casa vio a una mujer mayor sentada en un banco. Iba sin sombrero y mantenía los ojos cerrados y la cara vuelta al sol de la tarde. Llevaba un vestido blanco y la cabellera de color gris que le caía sobre los hombros era más larga de lo que solían tenerla entonces las mujeres. En el regazo tenía una revista cerrada. Violet pensó que podría tratarse de una peregrina orando en una iglesia, si no fuera porque parecía estar adorando al sol.

Oyó el sonido de unas tijeras en el jardín y, cuando miró, Violet vio a Arthur el campanero podando las rosas marchitas de uno de los parterres. Arthur, al que había llamado su amigo en el mesón John O' Gaunt. Se dio cuenta entonces de que ese era el motivo por el que había venido a Nether Wallop. Por supuesto: quería volver a verlo. Abrió la boca para hablar, pero Arthur debía de haber notado su presencia, puesto que se volvió y la miró. No parecía sorprendido de verla, aunque ella no estaba segura de que supiera quién era. No obstante, alzó la mano para saludarlo y él le devolvió el gesto. El pequeño vistazo que lanzó a su esposa le dijo mucho a Violet. Ella seguía sentada con los ojos cerrados, y Violet dio un paso atrás para que el peral la tapara de la vista. Arthur dejó sus tijeras de podar y se acercó a la verja, sin prisas pero sin llamar la atención. La abrió y la cerró después de salir con un movimiento fluido, teniendo cuidado de no golpearla. Entonces echó a andar por la calle. Violet lo siguió. Cuando estuvieron a una distancia prudencial dijo:

—Solo pasaba por delante y admiraba su peral.

Arthur se detuvo, volvió la vista y miró el árbol.

—Es un Williams. Este año está muy cargado. Creo que nos dará una cosecha de más de cien kilos.

Se había arremangado la camisa para trabajar en el jardín; tenía los brazos cubiertos de vello blanco.

—Soy la señorita Speedwell. Violet. Gilda nos presentó delante de la catedral.

—Sé quién es usted, señorita Speedwell.

—Yo... estoy haciendo el trayecto a pie entre las catedrales que mencionó usted. En mis vacaciones de verano.

Él observaba sus zapatos de salón, que se desintegrarían nada más tocar un terreno escabroso.

—Las botas están en mi habitación —puntualizó ella.

—¿Se aloja en el pub?

—Sí.

—Allí, la comida es excelente. Sobre todo el pastel de carne.

—Es bueno saberlo, porque estoy hambrienta.

Nada más decirlo, Violet se puso roja, pues parecía vulgar reconocer que tuviera hambre. Sin embargo, Arthur se limitó a asentir.

—Caminar despierta el apetito. ¿Ha visitado ya la iglesia?

—Voy a ir ahora. Primero quería dar una vuelta por el pueblo.

—En tal caso, la dejaré seguir mientras acabo con las rosas.

Violet sintió una punzada de decepción de que todo acabara allí. Pero entonces él añadió:

—Es probable que vaya al pub más tarde. ¿Juega usted al cribbage?

Violet asintió. Solía jugar a este juego de cartas con su padre y, a veces, todavía lo hacía con Tom.

—Bien. En tal caso, la veré más tarde.

Acto seguido se volvió y regresó a la verja de su casa, luego le sonrió brevemente antes de cerrarla de nuevo.

Violet se quedó inmóvil y oyó dos voces: la voz de tenor de Arthur y una ligera de contralto, la llamada y la respuesta de un marido tranquilizando a su esposa de que todo estaba bien. Se preguntó qué le estaría diciendo, pero no se atrevió a acercarse más.

Mientras caminaba por la calle hacia la iglesia, pensó en su gesto instintivo de apartarse de la vista de la mujer de Arthur, comprendiendo que él no las presentaría, sino que las mantendría separadas. Violet pocas veces se había encontrado en la posición de ser una amenaza para otra mujer; aquella sensación era una novedad que no le resultaba del todo agradable, pero también tenía algo de emocionante, tanto que se detuvo en un banco junto al arroyo Wallop para fumarse un cigarrillo y saborear el momento.

Por lo general, los pubs no eran lugares donde las mujeres pasaran mucho tiempo. Por supuesto, nunca en la zona popular reservada a los hombres, que era más lóbrega, oscura y estaba consagrada a la importante tarea de beber. Las mujeres podían sentarse en la sala y solían hacerlo acompañadas, pero siempre con la sensación de que solo se toleraba su presencia en lo que era un terreno exclusivamente masculino. Un pub no era un lugar suave: la barra, las vigas, las mesas y sillas de madera, la ajada alfombra, el intenso brillo de las espitas y los vasos, todo reflejaba una inflexible dureza que no resultaba alentadora para las mujeres. Era por ello por lo que Violet iba a

los bares de hotel para encontrarse con sus jerezanos. En los hoteles había una transitoriedad que volvía a todo el mundo vulnerable y más suave. Si los bares de hotel eran como salones, cómodos pero poco usados, los pubs eran más como el cobertizo donde un hombre guarda sus herramientas. O al menos, eso era lo que ella pensaba siempre que acudía a pubs con su familia, sobre todo durante las caminatas. Los pubs rurales resultaban más accesibles y menos rudos, pero aun así allí se veían pocas mujeres, y ninguna sola.

El pub de la Five Bells era diferente. Tal vez porque se alojaba en una habitación del piso de arriba y se esperaba que comiera allí, Violet sintió que nadie cuestionaba sus motivos para estar en el pub. Cuando entró, el mesonero le indicó una mesa en el rincón y se acercó para tomar su pedido.

—Un jerez seco y el pastel de carne —le dijo ella.

El camarero no mostró sorpresa ante tal inusual combinación, aunque cuando le trajo la bebida, ella se dio cuenta de que no combinaría con el pastel y le pidió también un poco de agua.

Mientras tomaba sorbitos de jerez y esperaba su cena, Violet miró a su alrededor. La pensión Five Bells no había cambiado mucho desde la última vez que estuvo allí hacía ya veintisiete años. Aquí y allá, había mesas y sillas, estribos colgados de vigas, jarras de metal colgadas de ganchos detrás de la barra y una gran chimenea que no estaba encendida. Delante de ella yacía un labrador gordo que probablemente soñaba con las llamas en invierno. Violet se acordaba de George y de Tom cuando estuvieron en este lugar: George probó por primera vez la cerveza amarga y la escupió, poco acostumbrado a su sabor, mientras Violet, Tom y su padre se reían de él, tras lo cual su padre la endulzó con limonada convirtiéndola en una clara.

Era un sábado por la noche y el lugar estaba bastante concurrido sin llegar a resultar incómodo. El que lo quisiera podía encontrar un asiento, y había algunas parejas sentadas, unas comiendo, otras bebiendo. Las mujeres parecían beber oporto con limón o lima y soda. Su jerez era el único de la sala. Un apretado grupo de hombres estaba en la barra y seguramente había más en la zona popular. Algunos de los presentes le lanzaban miradas curiosas, pero no críticas ni hostiles. Gran parte del ambiente de un pub dependía de las normas impuestas por el mesonero. Si trataba a Violet como si ella encajara allí, también lo harían los clientes.

Asimismo se sentía cómoda sabiendo que se encontraría con alguien allí. La esperaban. Y él era un lugareño. Violet no dudaba de que cuando Arthur entrara saludaría a todo el mundo y charlaría con algunos de ellos. Todos la aceptarían porque él la aceptaba. También admitió para sí misma que estaba deseando que llegara el momento de ver la sorpresa que experimentarían algunos de los que ahora la miraban de reojo cuando Arthur se sentara con ella.

Se comió el pastel de carne y Arthur tenía razón: estaba delicioso. La caminata y el sol, así como los meses acumulados de dieta racionada a base de sardinas y judías con tostadas, habían despertado en ella un enorme apetito. Cuando acabó el pastel de carne, titubeó solo un momento antes de pedir un rollo de mermelada con crema, aunque sabía que eso reducía su presupuesto para el viaje. Era el primer día y ya estaba gastando demasiado. Violet suspiró. Esa constante preocupación por cada gasto, y si podía permitírselo o no, resultaba agobiante. ¡Era solo un pudín! ¿Por qué tendría que renunciar a un pudín si le apetecía?

Cuando Arthur llegó, se la encontró acabándose hasta el último trozo de rollo y de crema del plato, y sonrió.

—Me gusta ver un plato limpio —dijo cogiendo la silla situada delante de la suya y colocando un tablero de cribbage y un juego de naipes entre ellos—. Eso significa que ha disfrutado de la



cena. ¿Qué tal el pastel de carne?

Violet se reclinó en el asiento.

—Excelente. Gracias por la sugerencia.

Arthur miró el jerez.

—¿Otro jerez o prefiere media pinta de cerveza suave? La de aquí la elaboran un poco más allá, en esta calle. El señor Trout le pone mucho lúpulo, pero no es demasiado amarga.

Violet eligió la cerveza, contenta de que a él no le pareciera extraño que ella bebiera pese a que las demás mujeres en el pub no lo hacían. En la barra conocía en efecto a todo el mundo, y parecía abrirse paso con mano firme ante cualquier comentario incómodo sobre la presencia de Violet.

Poco después estaban jugando, bebiendo y charlando casi como si fueran amigos. Violet se había dado cuenta de que cuando los hombres se reunían, solían hacer una cosa: jugar a cartas o a dardos, o resolver un crucigrama juntos. Eso facilitaba la conversación porque no tenían que concentrarse intencionadamente en el otro como a veces hacían las mujeres. Era precisamente por eso por lo que las sesiones de bordado para la catedral resultaban tan agradables.

A lo largo de la noche, mientras jugaban, hablaron de las cosas que tenían en común: Gilda («una chica estupenda»), el funcionamiento de la catedral y las elecciones locales. Le complació que Arthur diera por sentado que ella votaría; su madre nunca había votado desde que tuvo derecho a hacerlo en 1918, y eso hizo que Violet pusiera cuidado en ejercerlo cuando lo obtuvo. Le habló de su cambio de trabajo a Winchester, y Arthur le dijo que había tenido suerte de que la ciudad fuera lo suficientemente rica como para verse menos afectada por la depresión económica. Le habló durante un rato del desempleo en Gran Bretaña, en el continente y en Estados Unidos, y lo que se necesitaría para cambiar las cosas.

—Alemania —concluyó—. Es allí donde la presión es más preocupante, sobre todo con el ascenso del partido nazi. Winston Churchill ha expresado su malestar, y valoro su opinión.

—Pero no está en el gabinete, ¿verdad? —Violet hizo esta observación con timidez, porque no debatía mucho de política con otras personas, y le preocupaba limitarse a repetir lo que recordaba de la radio y de algún artículo del periódico.

—Eso no significa que no sea perspicaz. A veces, las opiniones de los diputados son más certeras, porque ellos no tienen que responder ante el gabinete y el primer ministro. Pueden permitirse decir lo que piensan realmente.

Violet se aclaró la garganta; estaba haciendo el recuento.

—Quince dos, quince cuatro, quince seis y una pareja real suman doce.

Ella no quería hablar realmente de Alemania; seguía siendo demasiado doloroso pensar en el país responsable de destruir su pasado. Pero estaba entusiasmada con el hecho de que Arthur la considerara lo suficientemente lista como para hablar de lo que sucedía en el mundo. Había tantos hombres que pensaban lo contrario, incluso Tom y su padre.

Gradualmente, Arthur empezó a revelar más datos personales: que en Australia tenía dos nietos a los que nunca había visto. Que era agrimensor, pero que se había jubilado recientemente. Que tocaba las campanas de la iglesia del pueblo, así como las de la catedral, y que iba en bicicleta de una a la otra los domingos.

—Mañana por la mañana me encargaré de dar las campanadas para el inicio del servicio —añadió—. Puede que las oiga mientras camina. Y bien, ¿a quién le toca ahora?

Lo que Violet no llegó a averiguar, porque no se lo preguntó y él no se lo contó, fue nada sobre su esposa. No es que la dejara fuera, puesto que dijo: «Hemos vivido en Nether Wallop durante trece años». Pero no le dio más detalles, ni su nombre, ni lo que hacía ahora que no estaba con ellos en el pub, ni lo que pensaba de Nether Wallop y si echaba de menos Winchester. Arthur hablaba de cosas concretas y no reveló mucho sobre sus sentimientos.

Cuando recordó a la mujer de Arthur con su cabellera gris despeinada y sus ojos cerrados al sol, Violet supo de inmediato que le pasaba algo, aunque no habría sabido decir si era algo físico o mental. Le había dado la impresión de que era un daño oculto como una vasija agrietada que se podía seguir usando, pero que había que tratar con sumo cuidado para evitar que se hiciera añicos en las manos. Violet sospechaba que Arthur era buen cuidador, pues la precisión que exigía su trabajo de agrimensor lo convertía en un experto midiendo y controlando cosas. Sin embargo, ella notó que también dentro de él había una grieta, probablemente de la guerra, de donde era la mayoría de las grietas de estos días.

«Se ha acabado y no tendremos que pasar de nuevo por algo parecido», se recordó Violet a sí misma mientras Arthur estaba en los aseos. Se sentía ligeramente achispada por su segunda media pinta de cerveza.

A ella le gustaba que él también le hiciera preguntas. Cuando quedaba con sus jerezanos se pasaba muchas noches escuchándolos y comprendiendo al final que ellos no sabían nada de ella aparte de una breve sensación física. Pero Arthur quería saber más acerca de lo que la había llevado a Winchester y dónde trabajaba y cómo se había implicado con las bordadoras. Era difícil evitar el «porqué» de su mudanza a Winchester, y acabó hablándole de la muerte de su padre, y de lo duro que le resultaba seguir viviendo con su madre. Eso la llevó a la muerte de su hermano, con un rápido rodeo sobre la muerte de su novio. Arthur asintió pero no siguió indagando.

—Su madre tiene el corazón roto por la pérdida de su hijo —dijo, con tanta autoridad que Violet comprendió que hablaba también de su esposa, y de sí mismo, y de las heridas que nunca se curaban.

—Sí —dijo ella—. Pero no tiene por qué tomarla con Tom y conmigo. Nosotros seguimos aquí. —Sabía lo malhumorada que sonaba, pero no podía evitarlo—. Tom también combatió en la guerra. Debería estar contenta de que sobreviviera, y demostrárselo.

Arthur guardó silencio durante un momento.

—Tal vez sea difícil de entender si no se tienen hijos. La necesidad biológica del padre es proteger al hijo y, cuando eso es imposible, se percibe como un fracaso, sean cuales sean las circunstancias. Es complicado tener que vivir con ello el resto de tu vida.

—¿Usted... lo está viviendo?

—Sí. Perdimos a nuestro hijo.

—Lo siento de verdad. —Sus palabras le parecieron secas como el papel, aunque eran sentidas.

—Sí.

Habían hablado sinceramente, dejando en suspenso el juego, y acercando sus cabezas. Cuando Arthur se reclinó en la silla, sacó una jota y declaró: «Dos para sus talones», Violet alzó la vista y vio al hombre que se había encontrado en el maizal. Estaba al lado de otros que bebían en la barra, sosteniendo un vaso del que se había bebido las tres cuartas partes —así que debía de llevar allí un buen rato— y la observaba. Violet se sobresaltó y le dio un golpe a su media pinta, por lo que el resto de cerveza se derramó sobre las cartas de cribbage.

—¡Oh!

Arthur era el tipo de hombre que tenía un pañuelo para cada ocasión. Era evidente que había visto algo en la cara de ella, porque, aunque sacó uno de su bolsillo —parecido al pañuelo que ella seguía teniendo, con sus iniciales bordadas en una esquina—, miró alrededor alarmado, examinando al gentío en la barra. Después se volvió hacia la mesa y empezó a limpiar la cerveza. Era la ocasión perfecta para devolverle su primer pañuelo y disculparse por habérselo llevado por error. Pero no lo hizo.

—Lo siento —le dijo—. He echado a perder sus cartas.

—No es la primera vez que ocurre. No me preocupan. ¿Era el hombre del pelo largo el que la ha asustado?

—Sí. ¿Lo conoce?

—De vista. Viene por aquí a veces. No vive en el pueblo.

—Él... Me lo encontré en un campo cerca de Horsebridge. Era... —Violet no estaba segura de cómo describir lo que había sucedido.

—¿La asustó?

—Sí.

Arthur la observaba expectante.

—No es fácil ser mujer y estar sola —le explicó Violet—. Nadie lo espera, aunque somos muchas. Somos las «mujeres sobrantes». No debería resultar sorprendente ver a una mujer pasear por el campo o tomarse un té en un pub.

Arthur la observaba con una mirada serena en sus ojos azul cristalino.

—Averiguaré quién es. Y si puede esperar a que haya dado las campanadas mañana por la mañana, la acompañaré parte del camino hasta Salisbury.

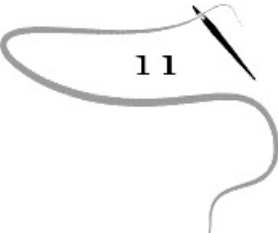
—Es muy amable. Pero ¿no le esperan en otra parte?

Se lo imaginaba comiendo asado, mientras su mujer le pasaba la salsa.

—Nada que no pueda cambiar.

Violet echó un vistazo al lugar donde estaba el hombre del maizal, pero se había ido, el vaso vacío todavía manchado de espuma. Había vuelto a repetir su acto de desaparición.

—En tal caso sí, muchas gracias —le dijo—. Me encantaría.



Violet no se lo había dicho a Arthur, pero durante su paseo por Nether Wallop no había ido a ver la iglesia. Después de un día tan agitado —la larga caminata, el hombre en el maizal, la sorpresa de toparse con Arthur— no se sentía con fuerzas para hacer frente a los recuerdos de un lugar tan vinculado a su hermano y a su padre. De hecho, se preguntaba por qué le había parecido buena idea volver a visitarla. En el pasado había tenido cuidado de evitar los bailes, los clubes, los campos y los pueblos a los que había acudido con Laurence.

Sin embargo, era más fácil ir a la iglesia con un objetivo: se iba a reunir con Arthur. En el pub se habían hecho confidencias y ahora ella lo conocía mejor. Después de servirle un sustancioso desayuno de huevos y judías, salchicha y pan frito, el mesonero le entregó un bocadillo de jamón y queso para el almuerzo, que había preparado sin que ella se lo pidiera. Cuando le mostró tímidamente el termo, él le preguntó:

—¿Té o café? —Y lo llenó.

Acto seguido, Violet pagó la factura, se puso la mochila a la espalda y le dijo adiós con la mano, agradecida por su callada amabilidad.

El día volvía a ser cálido y tranquilo. A lo lejos se veían nubes, pero había tan poco viento que apenas se movían. Al pasar delante de la oficina de correos, Violet suspiró. Tenía ampollas en los dedos meñiques de los pies, le dolían las pantorrillas y su vestido de paseo estaba áspero por el sudor seco. Le resultaba preocupante imaginarse que tendría que levantarse y caminar tres mañanas más desde Salisbury pasando por el Bosque Nuevo hasta el ferri de la isla de Wight. Creía que estaba bastante en forma y llena de vigor, pero caminar largas distancias era una actividad sorprendentemente agotadora.

Entonces, las campanas empezaron a tocar la familiar escala descendente que había oído toda su vida en los campanarios, y el sonido era como un imán que la atraía hacia la iglesia. Esta se alzaba sobre una pequeña pendiente en el extremo sur del pueblo y, a medida que se acercaba, el estómago de Violet se encogía al recordar a George. Sin embargo, la visión de la iglesia no resultó tan dolorosa como esperaba. Era un edificio de piedra, anglosajón y compacto con una pequeña torre cuadrada, había sufrido algunas modificaciones en la época victoriana, en la que se habían quitado y añadido elementos. Aunque era sólido y bastante bello, no era distinto de otros templos rurales que había visto. Su única singularidad era la pirámide de piedra que culminaba con una llama que George había querido agarrar años atrás. Se detuvo al verla, pero el sonido insistente de las campanas de la torre cercana a la pirámide impidió que se sumergiera en el vacío de pérdidas pasadas.

Se dirigió al porche de la iglesia, avergonzada por llevar mochila. La puerta estaba abierta y ella entró. La iglesia tenía una nave central y dos pasillos laterales, y estaba llena de bancos de madera con puertas. En lo alto había grandes arcos góticos encalados y ventanales, en su mayoría

de cristal transparente, por lo que, aunque el suelo estuviera oscuro, arriba brillaba la luz del sol. Su tamaño era totalmente distinto del de la catedral de Winchester: era una aldea más que una ciudad, con su correspondiente dosis de intimidad y claustrofobia.

Dos mujeres estaban colocando himnarios y libros de oraciones, y el vicario consultaba sus papeles en un púlpito de madera tallada en forma de águila. A la derecha de la entrada, Violet percibió movimiento. Esperaba que los campaneros estuvieran escondidos en la torre, así que se quedó sorprendida al ver en su base a Arthur y a otros cuatro hombres de pie frente a frente en un apretado círculo tirando de cuerdas, cada una de las cuales tenía una parte revestida de lana con franjas de colores por donde los campaneros las agarraban. Cada campanero tiraba de la suya hasta que le llegaba a la cintura, luego la soltaba y la dejaba subir hasta tenerla justo por encima de la cabeza, y volvían a tirar del extremo. Estaban muy quietos y firmes, con los pies ligeramente separados, solo movían los brazos y se miraban fijamente unos a otros. De vez en cuando, uno gritaba algo, aunque Violet no lograba descifrar lo que decía. Era como si los hombres se comunicaran en privado, aunque participando a la vez en un ritual teatral y público. El vicario y las mujeres que repartían los libros no les prestaban atención, pero Violet no podía apartar los ojos de los campaneros. Sus movimientos le parecían extraordinarios, sobre todo los de Arthur, que eran fluidos, seguros y completamente naturales. Él estaba tan concentrado en los compañeros que no advirtió la presencia de Violet.

De pronto, las campanas volvieron a su escala descendente. «¡Alto!», gritó alguien, tras lo cual cada campana sonó dos veces más para luego enmudecer. El hechizo se rompió, y los hombres se relajaron y empezaron a asentir y a murmurar entre ellos. Fue entonces cuando Arthur la vio y movió la cabeza de forma casi imperceptible. Ella le devolvió el saludo, menos sutil, pues una de las mujeres que distribuía devocionarios se detuvo y se quedó mirando a Violet como solo se mira en un pueblo pequeño.

—Grandsire doubles —anunció uno de los hombres—. David, te encargas de la campana aguda esta vez. Arthur, coge la tenor. De acuerdo, muchachos.

Los cuatro volvieron a concentrarse en su círculo.

—Atención —dijo David, tirando de su cuerda—. Allí va la aguda... Ya se ha ido.

Su campana sonó y siguieron bajando la escala, una y otra vez, hasta que el jefe anunció «Adelante Grandsire» y la escala descendió en lo que a Violet le parecieron sonidos aleatorios. La mujer de los devocionarios seguía mirándola y empezaba a fruncir el ceño, así que ella decidió salir hacia el cementerio de la iglesia. Allí encontró un banco en la parte superior del camposanto que rodeaba la iglesia y se sentó.

Aunque Violet había oído a menudo el tañido de campanas, nunca las había escuchado debidamente. No lograba descubrir ningún patrón en estas campanas, a pesar de que cada una se tocaba claramente, parecían repiquetear sin orden ni concierto. Y, no obstante, el sonido era deliberado y no caótico. Era como oír hablar alemán y tener la idea de que había una gramática y una estructura, un ritmo y una lógica, aunque no se comprendiera su significado.

Los feligreses empezaban a llegar por la senda y a entrar en la iglesia. Algunos observaron a Violet y su mochila, posiblemente luchando entre el deseo cristiano de darle la bienvenida y la desconfianza del pueblerino al ver a una extraña sentada en el cementerio de la iglesia. Finalmente, un hombre alto con un traje de lana se separó de un grupo de fieles, subió por la pendiente y se acercó a ella.

—¿Está usted perdida? El servicio empezará en breve, lo digo por si tiene intención de entrar

—le dijo bajando la vista a su mochila.

—Gracias, pero espero a un amigo.

—Entiendo —dijo el hombre dedicándole una mirada peculiar.

«No se preocupe —quiso decirle ella—, no es un jerezano».

En aquel momento, las campanas cambiaron su patrón indescifrable por la reconocible escala descendente, luego repicaron cada vez más rápido hasta detenerse todas salvo la campana más grave, que siguió sonando con insistencia. El hombre se apresuró a volver a la iglesia como si lo persiguieran. Cuando entró en el templo, algunos de los campaneros salían. Arthur no se encontraba entre ellos. Pusieron rumbo al pueblo, mientras la campana seguía sonando. Por fin enmudeció y dio paso a las familiares campanadas de la hora con el mismo tono grave. Sin embargo, sonaban de forma tan regular que Violet sospechó que era obra de una máquina. El sonido era totalmente distinto al tañido de los hombres: uniforme, mecánico y frío, como la diferencia entre las galletas caseras y las industriales.

Después de unos minutos oyó a la congregación cantar el primer himno: Ante el trono de Dios nuestro Señor. Cuando entonaron el segundo verso, Arthur salió de la iglesia y subió hasta donde estaba ella. Violet se puso en pie y la mochila que colgaba de sus hombros la hizo tambalearse.

—Perdone que la haya hecho esperar —dijo—. Estaba con la tenor, es la campana más grave, y tenía que prepararme para las campanadas. Lo llamo el toque de pecadores.

Violet sonrió.

—Surtió efecto con los rezagados. ¿Está seguro de que no quiere quedarse para el servicio? Yo también puedo quedarme.

Arthur negó con la cabeza.

—Le espera una caminata de veinte kilómetros hasta Salisbury. Es mejor que no salga demasiado tarde. Además, es tradición entre los campaneros abandonar la iglesia antes de que empiece la misa. Hemos prestado nuestro servicio a Dios para ese día.

—Ya lo he visto. Y lo he oído.

—Venga, deme su mochila —dijo Arthur agarrando las correas y levantando la mochila.

—¡Oh, no tiene por qué hacer eso!

Pero él ya se la había colgado a la espalda y estaba absorbiendo el sudor y el calor corporal de Violet. Ella no dijo nada de la inesperada intimidad.

—Cargaré con esa mochila gran parte del día —le dijo él—. Es lógico que yo la lleve un rato y le dé un descanso.

A ella no se le ocurrió ningún argumento en contra y sus doloridos hombros se lo agradecieron en silencio. Lo siguió mientras la guiaba por un empinado sendero hasta una callejuela que los llevó al sur hasta las afueras del pueblo.

—Iremos por algunas carreteras pequeñas y luego tomaremos una senda que desciende hasta la calzada romana —le explicó él—. Una vez que llegue allí no tiene pérdida, puesto que es todo recto y la dejaré cerca de un mesón donde podrá almorzar. ¿Quiere verlo en el mapa?

—Todavía no.

Caminaron en silencio durante un rato, y a ella la sorprendió lo cómoda que se sentía con él, pese a que apenas lo conocía. Desde Laurence no había pasado tanto tiempo a solas con un hombre.

—He averiguado algo sobre el hombre del pub —le dijo Arthur—. Se llama Jack Wells. Vive

en una granja a unos kilómetros al sur de aquí. Es un tipo callado.

Violet se mordió el interior de los carrillos. No quería que aquel hombre tuviera un nombre, pues eso lo hacía demasiado real.

—Gracias —dijo, y cambió deliberadamente de tema—. ¿Desde cuándo toca las campanas?

—Desde que tenía once años. Me crié en Barton Stacey, a unos dieciséis kilómetros al norte de Winchester. Mi padre era campanero en la iglesia de allí antes que yo. Era lo que se esperaba de mí.

—¿Lo hace por obligación?

—En absoluto. Lo llevo en la sangre, eso es lo que quería decir. Me sentiría raro si no lo hiciera, sería como no cepillarme los dientes.

—Debe de ser muy distinto tocar las campanas en una iglesia como esta y en la catedral.

—El principio es el mismo en una iglesia y en una catedral: tiras de una cuerda, una rueda hace girar la campana y el badajo la golpea. La diferencia está en que en la catedral hay doce campanas y aquí solo cinco. Con cinco no se pueden hacer tantas combinaciones. Barton Stacey también tenía solo cinco campanas, y además no eran muy buenas. Algunas de las de la catedral son más pesadas y hay que tenerlo en cuenta cuando las tocas. Pero me gusta tocar las campanas en una iglesia de pueblo. Con menos gente, el círculo es más pequeño y es más fácil ver lo que están haciendo los demás.

—Pero aquí tocan las campanas fuera.

—Menuda exhibición, ¿verdad? En la catedral estamos encerrados en el campanario. Allí arriba tenemos nuestro pequeño mundo. Si quiere, se lo enseñaré algún día. Las campanas son todo un espectáculo.

—Me encantaría —dijo ella. Hizo una pausa—. Antes, mientras escuchaba, no estaba segura de lo que oía. No era una melodía.

—Escuchaba patrones de sonidos. Empezamos bajando la escala con las cinco campanas, una tras otra. Es lo que llamamos «rondas». Luego cambiamos el orden de dos de las campanas, de forma que cada secuencia de campanas es distinta a la última. Lo llamamos «cambios». Una de las reglas de cambio de tañido es que no se repita ninguna secuencia.

—¿A qué se debe esta regla?

Arthur se encogió de hombros.

—Es simplemente una de las reglas del rompecabezas. Tiene un método, podríamos decir un modelo matemático, que nos lleva por todas las variaciones. Al final volvemos donde empezamos: la escala descendente, o las rondas.

Violet frunció el ceño. Ahora era Arthur el que hablaba alemán.

—¿Puede oír los patrones cuando toca?

—Sí porque he tocado durante cuarenta y nueve años. Los principiantes no, pero acaban por aprender a discernirlos.

Así que tenía sesenta años. Violet intentó no parecer sorprendida, o... decepcionada. Pero eran sesenta. Era veintidós años mayor que ella. Si iba a sentirse atraída por un hombre, al menos debería acercarse más a su edad, y no estar casado. Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos. A fin de cuentas, no eran más que amigos.

—¿Y las personas para las que toca usted las campanas?

Arthur la miró desconcertado.

—Todos los que oyen las campanas en Nether Wallop o en Winchester no saben lo que oyen —le explicó ella—. No saben lo que es el patrón.

—No, supongo que no.

Violet arrancó un trozo de miscanto del seto.

—¿No es... bueno, no es un poco invasivo? Me refiero a que todo el mundo oiga las campanas de forma tan insistente, pero sin saber de qué va.

Arthur la miró de reojo.

—¿Está insinuando que somos egoístas por tocar para nosotros?

—No, no, no insinúo eso. —En realidad, sí lo hacía.

—Puede que lo seamos. ¿Preferiría que tocásemos una melodía?

Al oír el suave énfasis que le puso a la palabra, Violet se acordó del mesonero del John O' Gaunt, y se estremeció. No quería que la pusieran en la misma categoría.

—Por supuesto que no —se apresuró a contestar—. Pero hay patrones que son fáciles de reconocer. La escala descendente, por ejemplo, no es una melodía, pero le resulta familiar a la mayoría de la gente. Y el sonido de los cuartos y antes de la hora es La-la-la-laaa; la-la-la-laaa —cantó.

Después calló, avergonzada por haber cantado algo que debía de ser evidente para alguien que había sido campanero durante cincuenta años y que, de hecho, todo el mundo conocía. Era como cantarle Tengo una muñeca vestida de azul a una cantante de ópera y preguntarle si la reconocía.

—Sé que parece raro —admitió Arthur— pero los ingleses somos raros. Nos gusta tocar las campanas en secuencias matemáticas más que siguiendo una melodía. Sin embargo, si uno presta atención a las campanas, algo que la mayoría de la gente no hace, entonces puede empezar a reconocer patrones.

—De hecho, reconocí algunos. Esta mañana cuando empezó a tocar, capté fragmentos de repeticiones, pero no paraban de cambiar y no pude seguirlos.

—El patrón de campanada resulta misterioso, más que si fuera una melodía, que sería demasiado predecible. Un poco de complejidad puede ser bueno. Creo que la gente se da cuenta de que hay una forma que lo mantiene todo unido. ¿Han de saber cuál es esa forma para disfrutar de ello?

—Tal vez no.

Se encontraron con una barrera en el camino a la que Arthur se encaramó con facilidad, Violet lo siguió. Habían llegado a la linde de un campo lleno de tréboles donde se oía el zumbido de las abejas en las flores.

—Esto es muy agradable —observó Violet mientras seguían una senda estrecha y las abejas zumbaban a su alrededor—. Espero que haga este tiempo cuando atravesase el Bosque Nuevo.

Arthur la miró.

—¿Ha ido allí antes?

—Varias veces con mi familia.

—Así que sabe lo desierto que puede estar. Incluso durante el verano puedes pasarte horas sin ver a nadie.

Violet se secó la frente, porque empezaba a tener calor. Arthur había puesto el dedo en la llaga. Desde que se encontró con el hombre del maizal, estaba inquieta por esa parte del viaje. Nunca le había gustado de verdad el Bosque Nuevo. El nombre no cuadraba del todo, puesto que,



aunque había bosques, en realidad, gran parte de la zona era un brezal. Tal vez hubiera más árboles cuando Guillermo el Conquistador lo nombró bosque real. Aunque los bosques escondían cosas, los prados abiertos y cubiertos de arbustos siempre habían desconcertado a Violet. Eran más silvestres y estaban más desatendidos, y le recordaban a su pelo fino y rebelde o a un escritorio repleto de papeles desperdigados. El desorden amenazaba con convertirse en un comportamiento impredecible. Pero el Bosque Nuevo se encontraba entre Salisbury y el ferri a la isla de Wight, y si quería ir a pie, tenía que cruzarlo.

Se preguntó si Arthur se sentía incómodo alguna vez paseando solo. Sospechaba que no. Los hombres se paseaban por el mundo como si les perteneciera. Aunque sentía la tentación de hablarle de su angustia, solo se limitó a decirle:

—Espero que haya veraneantes por allí. Y son solo dos días.

—¿Ha caminado sola alguna vez?

—No. Una caminata larga no. Solo ir y volver a la colina de Santa Catalina, ese tipo de cosas.

—Puede ser solitario.

Violet se encogió de hombros.

Arthur le sonrió con expresión triste, lo cual la irritó. Ella no quería compasión.

—No me importa estar sola. Estoy acostumbrada.

Fue una réplica demasiado cortante, puesto que él se estremeció.

—Es un poco raro caminar sola por allí —dijo Violet en tono más suave señalando el ondulado paisaje verde y amarillo que los rodeaba.

—Siempre está a tiempo de coger el tren a Lymington. Puede pasar un día o dos en Salisbury y desde allí hacer excursiones.

Violet sonrió.

—¿Está intentando organizarme las vacaciones?

Arthur agachó la cabeza.

—Mis disculpas. Es solo que no estoy seguro de que el campo esté tan abierto a una mujer sola como usted querría. Me preocuparía si mi hija caminara sola.

La sonrisa desapareció del rostro de Violet. Al hablar de su hija le recordó que tal vez ambas tuvieran una edad parecida.

—Me las apañaré —dijo fríamente, aunque se preguntaba si lo conseguiría.

—Presiento que lo hará.

Siguieron caminando en silencio y, después de superar varias barreras y atravesar campos, llegaron a la calzada romana. Si bien no había mejorado mucho, aquí un automóvil podría circular más o menos, aunque no se veía ninguno; lo más probable era que la gente estuviera en la iglesia o preparando el asado dominical.

Arthur echó un vistazo a la calzada romana que procedía de Horsebridge, a ocho kilómetros al este. No lo dijo, pero Violet comprendió que buscaba a Jack Wells, el hombre del maizal. Mientras caminaban, había intentado no pensar en él, pero ahora que sabía que pronto estaría sola, sintió resurgir el miedo. Para esconderlo, se entretuvo con el mapa, aunque le costó mucho doblarlo, tardó en encontrar la sección correcta y volver a plegarlo en un rectángulo de tamaño razonable.

—Bien, estamos aquí —dijo Arthur colocando un dedo en el mapa con la determinación de un hombre que comprendía la medida y la belleza de saber exactamente dónde estaba. Seguro que era

siempre el guía cuando caminaba con otras personas—. Son solo dos kilómetros y medio en línea recta siguiendo la carretera para llegar a Winterslow y al mesón Lion's Head. Llegará a mediodía, así que estará abierto para que pueda comer, tomar un café o lo que le apetezca. La acompañaré un kilómetro y medio más hasta que lleguemos a un sendero que podré tomar para volver a Nether Wallop.

Violet asintió. Se pusieron en marcha siguiendo la calzada romana, flanqueada por árboles a un lado y un seto alto al otro. Ahora caminaban deprisa, como si quisieran huir de alguien, cosa que ella suponía que era lo que realmente estaban haciendo. La presencia del hombre del maizal en algún lugar detrás de ellos era fuerte, incluso aunque no estuviera a la vista, quizá porque no estaba a la vista.

Pasaron por un bosque y cerca de sus límites vieron un camino que giraba al norte y que llevaría a Arthur de vuelta a casa. Delante de ellos se podían ver las casas de Winterslow iluminadas por el sol, a menos de un kilómetro de distancia. Arthur se quitó la mochila y la ayudó a ponérsela. Estaba húmeda de su sudor.

—Muchas gracias por traerme hasta aquí —le dijo ella.

Arthur asintió.

—De nada.

—Me temo que ni siquiera sé su apellido.

—Knight. Arthur Knight.

—Bien, pues muchas gracias, señor Knight.

—Oh, llámeme Arthur.

—Y usted a mí, Violet.

—Violet, entonces. —Él hizo una pequeña reverencia—. Ha sido un placer, Violet Speedwell.

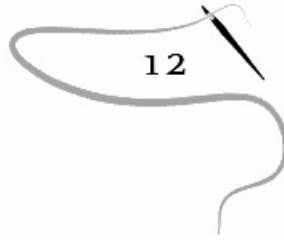
Desde que él había mencionado a su hija, habían vuelto a las formalidades, pese a haber decidido utilizar sus nombres de pila. Se estrecharon las manos y Arthur retuvo las de ella por un momento.

—Me gustaría que me llamara para decirme que ha llegado sana y salva a Salisbury. Tal vez sea mejor llamar al pub. Estaré allí jugando a los dardos y pueden pasarme el mensaje.

—De acuerdo. Gracias de nuevo. Estoy muy agradecida.

—Que tenga un buen final de viaje. Nos veremos en otoño, en la catedral.

Ella asintió, luego se volvió y echó a andar por la calzada hacia la parte soleada. Cuando se dio la vuelta vio que Arthur estaba en medio del camino, envuelto por la penumbra del bosque que había tras él. Alzó la mano y ella le devolvió el saludo. Diez minutos más tarde, cuando llegó a las afueras del pueblo, se volvió otra vez. El bosque estaba muy lejos ahora, pero creyó ver una figura que seguía haciendo guardia en el camino. Por si acaso, saludó con la mano.



Lo has acabado durante las vacaciones? ¡Bien hecho! —Gilda y Violet estaban sentadas delante de unos bollos de roca en el Awdry's, y Gilda observaba la parte superior del reclinatorio que había completado Violet: era la primera bordadora de la catedral que lo veía. Por ello, Violet estaba nerviosa, aunque no tanto como lo estaría más tarde esa misma mañana cuando lo examinaran la señora Biggins o Louisa Pesel.

El diseño del reclinatorio era parecido al de DJ: un nudo central de bellotas cuadrículadas entre estilizadas hojas de roble en diferentes tonos de azul, sobre un fondo amarillo. Alrededor del nudo había un mar de rectángulos en diferentes azules —los mismos tonos que Violet había tenido que clasificar la primera vez que asistió a la reunión de las bordadoras— con sombreado para dar la impresión de que todo había sido tejido. Mientras lo hacía en casa, Violet pensaba que era un diseño hermoso, pero ahora sospechaba que se perdería en el anonimato entre los demás reclinatorios del presbiterio de la catedral. Entonces se recordó a sí misma que no estaba hecho para destacar. La idea de los reclinatorios y de los almohadones era dar una sensación coherente de color, diseño y tono. Un reclinatorio que se destacara del resto no sería aceptable, como tampoco lo era una puntada que sobresaliera. Tenían que aportar continuidad, aunque con toques individuales. Sin embargo, Violet sabía que sería capaz de encontrar el suyo en el mar de reclinatorios similares, como una madre detecta a su hijo en el patio de una escuela lleno de niños con uniformes idénticos, al reconocer una forma de correr o de mover la cabeza, o unas orejas de soplillo como las de su pequeño. Violet conocía cada puntada de este reclinatorio. Le había dedicado todas las noches en la casa de huéspedes de Salisbury y en la pensión familiar de Ventnor. El tiempo en la isla de Wight había sido malo y, en lugar de pasear bajo la lluvia como habría hecho con Tom o con su padre, Violet se había quedado dentro, sentada en el mirador con vistas al mar tempestuoso, donde bordaba meticulosamente, deshaciendo las puntadas cada vez que notaba que no eran del todo uniformes. De vuelta a casa, lo acabó en la sala de estar de su casera, dando las últimas puntadas mientras en la radio escuchaba a Jack Payne y su orquesta de baile de la BBC.

—No me digas que te has pasado todo el tiempo bordando —le dijo Gilda en tono acusador—. Las vacaciones no están para eso. Puede que la señorita Pesel y la vieja Biggins lo hagan, porque viven para el bordado. Pero nosotras no.

—Oh, no. Hice otras cosas. Salí a caminar, me quedé unos pocos días en Salisbury y visité Old Sarum y Stonehenge y las ruinas del palacio de Clarendon. Y, por supuesto, la catedral.

No mencionó a Arthur ni le dijo que había estado en Nether Wallop, aunque sabía que debería haberlo hecho, puesto que fue Gilda la que los presentó. Resultaría sospechoso si no le dijera que lo había visto. Y, aun así, no lo hizo. Esta decisión tenía la misma motivación que la de apartarse de la vista de la mujer de Arthur y llamar al pub en lugar de a su casa para decirle que había

llegado sana y salva a Salisbury. Cuando llamó a la Five Bells y habló con el mesonero, este le dijo en su tono arisco que Arthur estaba jugando a los dardos y que le pasaría el mensaje. Violet podía oír de fondo el golpeteo de los dardos contra la diana, y tal vez incluso el tono medido de Arthur, y sintió que se le paraba el corazón. Le hubiera gustado pedirle al mesonero que le pasara a Arthur, pero no se atrevió porque el hombre no se había ofrecido a ir a buscarlo. Se limitó a guardar silencio y el mesonero esperó hasta que finalmente soltó:

—¿Y el mensaje, señorita?

Y Violet balbució que estaba bien, que su caminata había transcurrido sin incidentes y que tomaría el ferri hasta la isla de Wight. Y que le diera las gracias.

—¿Gracias por qué? —le preguntó el mesonero.

—Gracias por su pañuelo —contestó ella y colgó.

—¡En esta catedral no le hables a nadie de la de Salisbury! —le advirtió Gilda haciendo un gesto en dirección a la catedral de Winchester, situada unas calles más allá—. No les gusta que las comparen ¡porque saben que esta sale peor parada!

Violet había quedado deslumbrada por la catedral de Salisbury, sobre todo por su chapitel ornamentado y su ubicación, desde la cual dominaba el horizonte de toda la ciudad. Asimismo tenía una sala capitular octogonal llena de luz, con una asombrosa variedad de vitrales, donde se exhibía una Carta Magna original.

—Pues no lo sé —dijo—. Me pareció admirable, pero el interior es un poco... marrón. Hay muchísimo mármol oscuro. Y allí no están enterrados Jane Austen o Izaak Walton. Tampoco tiene la gran ventana del oeste. Ni el heroísmo del buzo William Walker.

—Ni la nave más larga de la cristiandad. ¡Ni hermosos reclinatorios! —exclamó Gilda dándole una palmadita—. ¡Qué puntadas tan bonitas y regulares! ¡Cuidado: la señorita Pesel no tardará en ponerte a trabajar en los cojines históricos!

—Lo dudo. Solo las bordadoras más experimentadas se encargan de eso, ¿no?

—Tal vez. Pero al menos podrías hacer algunos de los fondos de los almohadones largos para los bancos. No solo las cenefas.

Gilda se reclinó en el asiento y tomó un sorbo de café.

—Este verano no he bordado ni la mitad de lo que tenía previsto —dijo—. Me pasé las vacaciones intentando mantenerme alejada de la espantosa Olive. ¡Es el personaje más tragicómico que existe!

«Eso es porque no conoces a mi madre», pensó Violet.

—Pero ¿cómo pasaste las vacaciones tú sola?

—Estuvo bien.

Porque realmente lo había pasado bien, salvo cuando se topó con el hombre del maizal. Violet había visto cosas interesantes y había ido a lugares interesantes y no se había sentido demasiado sola. Únicamente la cena era dura a veces, cuando estaba rodeada de personas que comían y charlaban unas con otras y le lanzaban miradas compasivas. Probó llevándose un libro a la mesa, pero era una señal demasiado clara de que fingía que no le importaba pero le importaba muchísimo. Un periódico o una revista era mejor, siempre y cuando no lo leyera de manera demasiado concentrada y se limitara a hojearlo con indiferencia. A veces, la gente curiosa en mesas cercanas a la suya entablaba conversación con ella. No siempre era agradable: a menudo le parecía que las mujeres se sentían amenazadas, mientras a que los hombres les hacía gracia.

«¿Adónde se dirige? ¿Sola? ¡Cielos! ¿No es muy solitario?».

Violet nunca admitía que se sentía sola, afirmaba alegremente que se encontraba con todo tipo de gente y que se lo estaba pasando en grande. No les hablaba de las noches que pasaba encerrada en su habitación fumando y leyendo a Trollope, bordando o buscando en la guía otro castro o iglesia que visitar. Apenas conocía Salisbury, por lo que tenía suficientes cosas que hacer allí. Pero ya había estado tantas veces en la isla de Wight que no podía volver a visitar otra vez las viejas atracciones como el castillo de Carisbrooke o la pequeña torre de Luccombe Chine. Empezó a levantarse tarde y acostarse temprano, y a ir al cine durante el día cuando llovía. Una tarde vio Una mujer hecha a sí misma, que iba sobre una diseñadora de modas cuyo admirador secreto era un boxeador. La película era tan boba —estaba tan alejada de lo que era realmente hacerse una a sí misma— que después, para alegrarse un poco, Violet se fue a un hotel y se sentó a esperar con un jerez. No vino nadie. Quizá los posibles hombres se dieron cuenta de que en realidad no estaba allí de corazón.

A la mañana siguiente regresó a Winchester con unos días de antelación, aunque no se lo contó a Gilda, ni a Tom ni a su madre. Sobre todo a ellos. Se limitó a presentar sus vacaciones como un triunfo empañado solo por las ampollas que le obligaron a tomar el tren a través del Bosque Nuevo durante parte del viaje.

—¡Oh, cuánto me alegro, hermanita! —le dijo Tom, claramente aliviado de que el haber abandonado a su hermana no la hubiese puesto en peligro.

Violet se preguntó después si no habría exagerado un pelín su entusiasmo y a partir de entonces esperarían que se fuera siempre sola de vacaciones.

Solo Marjory parecía haberla echado de menos. Cuando Violet fue a visitarlos un domingo a principios de septiembre, su sobrina se le acercó corriendo para mostrarle el bordado que había hecho durante las vacaciones. Era una maraña de puntos perdidos y lana retorcida, pero se había apañado y las puntadas eran reconocibles. Violet la alabó profusamente y le prometió enseñarle más después del té.

La señora Speedwell se mostró más entusiasta de lo que Violet esperaba sobre sus vacaciones en Hastings.

—Oh, el tiempo fue deprimente —declaró casi alegre cuando se lo preguntaron—. Pero lo pasé tan bien que no me importó.

Violet abrió la boca, pero se retuvo. ¿Significaba esto que su madre no había disfrutado de los viajes con la familia a la isla de Wight? Nunca lo había dicho. Quizá porque nunca se lo habían preguntado. Violet siempre había supuesto que la señora Speedwell sería la primera en querer mantener la tradición.

Su madre no se interesó por el viaje de Violet y, aunque ella no esperaba que lo hiciera, le dolió.

Gilda lo compensó en el Awdry's con un montón de preguntas. Solo una inquietó a Violet.

—¿Conociste a alguien? —le preguntó sonriendo con picardía mientras golpeteaba la taza.

—Conocí a muchas personas. —Violet sabía lo que realmente le estaba preguntando Gilda pero optó por esquivarla.

—Ya sabes, a alguien... interesante.

Violet se sonrojó y por un terrible instante pensó que Gilda ya sabía que había visto a Arthur.

—¡Conociste a alguien! —exclamó Gilda, disfrutando con la vergüenza de Violet.

—No, no, no conocí a nadie —dijo ella preguntándose si debía hablarle de los jerezanos para distraerla.

—Que sí.

—No. Yo...

Para enmascarar su vergüenza sobre Arthur, Violet empezó a contarle a Gilda la historia del hombre del maizal, aunque no tenía previsto contárselo a nadie, pues intentaba olvidar ese episodio. Se saltó la parte en que lo volvió a ver en Nether Wallop y no le dijo cómo se llamaba. Simplemente era el hombre del maizal.

—¡Sinvergüenza! —exclamó Gilda solidarizándose con ella y atrayendo las miradas de los clientes de las mesas cercanas—. Los hombres pueden ser tan horribles.

—Pero no importa. Eso ya pasó —dijo Violet antes de cambiar de tema—. ¿Y tú qué tal? ¿Conociste a alguien en Swanage?

No era el tipo de pregunta que le haría a una amiga de la edad de Gilda, pues estaba cargada de expectativas inoportunas y de cierta decepción.

La formuló esperando poca respuesta o una evasiva como la suya. Pero entonces Gilda agachó la cabeza.

—En Swanage no.

Acto seguido, se levantó de un salto.

—He dejado mi bordado en el taller —dijo—. ¡Voy a buscarlo y te alcanzaré!

Salió corriendo antes de que Violet pudiera seguir indagando. Era curioso lo opaca que podía ser Gilda, pese a que no paraba de hablar.

La sala de las bordadoras en la casa parroquial estaba tan llena que no quedaban sillas libres, las mujeres charlaban alborotadamente y se mostraban sus labores del verano unas a otras. Con tres meses de descanso, habían tenido suficiente tiempo para hacer piezas más importantes. A Violet se le cayó el alma a los pies cuando vio una docena de reclinatorios acabados que le quitaban protagonismo al suyo. De hecho, Maureen, su compañera de trabajo, había completado dos, uno de ellos utilizando puntadas que Violet ni siquiera reconocía.

Algunas otras habían hecho medallones históricos, con unos puntos más grandes y otros más pequeños de petit point, demostrando una habilidad por la que las imágenes cobraban vida. Violet admiraba en especial un cojín rectangular con un medallón en el centro con un delicado sombreado en petit point, que representaba un escudo con tres coronas de oro y detrás de él la famosa espada clavada en una piedra. Las palabras rey arturo estaban escritas en punto de cruz marrón. El diseño que las rodeaba era parecido al del cojín del Árbol de la Vida: nudos azules de estilo celta y flores rojas agrupadas en un patrón cuadrículado sobre el familiar fondo de color mostaza que, según Louisa Pesel, había suscitado algunas quejas. Violet se había acostumbrado a utilizar estos colores atrevidos, por lo que ya no la sorprendían; le gustaba su audacia. «Tengo que enseñárselo a Arthur cuando lo hayan convertido en un cojín», pensó.

Le sorprendió descubrir que la autora del medallón del rey Arturo era DJ, a la que no había visto desde el día de primavera en que se la encontró mientras contemplaba su reclinatorio en el presbiterio. Llevaba su abrigo verde con grandes botones negros y mantenía las manos en los bolsillos en actitud modesta mientras otras bordadoras se apiñaban para examinar su labor. Llevaba el pelo alborotado, tenía las mejillas rojas y una sonrisa distraída.

Cuando apareció Gilda —sin aliento y gritando «Hola»—, DJ se sobresaltó y se quedó petrificada, como si algo la impidiera moverse. Seguía sonriendo, pero sus ojos se desviaron hacia un rincón de la sala, como para evitar atraer la atención. Gilda también parecía fuera de sí y miraba a todas partes salvo a DJ, y cuando se quitó el sombrero campana soltó una risa que sonó algo exagerada. Violet advirtió que una o dos bordadoras también tomaban nota de lo que hacían ambas mujeres y de sus reacciones, y manifestaban su propia respuesta: una pequeña mueca, el movimiento de una ceja. Maureen se estremeció. Mabel Way frunció el ceño sin dejar de mirar el portapapeles en el que estaba escribiendo quién había hecho qué. Todo eso se desarrolló en el espacio de tan solo unos segundos; un instante en el que Violet descubrió que había algo que descubrir, aunque todavía no comprendía qué era.

Entonces la sala se sacudió y se recuperó. Gilda se acercó a DJ, le dio un golpecito al medallón del rey Arturo y dijo:

—¡Caramba, Dorothy, te has superado! En cuanto tenga cenefas, el cojín estará acabado en un santiamén.

Dorothy esbozó una débil sonrisa y asintió, y después empezó a hurgar en su bolso como si buscara una aguja perdida o una madeja de lana. Gilda se volvió hacia Violet.

—Hazme sitio —le ordenó señalando la silla de Violet—. No creo que pueda aguantar todo el rato de pie mientras Biggins nos da un sermón sobre lo glorioso que es hacer nuestro deber para la catedral. Y no te preocupes, pronto habrá más sitio —añadió susurrando, sentándose en la esquina de la silla—. Todo el mundo viene a la primera reunión con mucho entusiasmo, ¡pero la mitad habrá desaparecido por Navidad!

Todavía se la veía un poco frágil y Violet hubiese querido ponerle una mano sobre el brazo para tranquilizarla como se hace con un caballo inquieto.

Entonces llegó la señora Biggins, transmitiendo una corriente de nerviosa expectación por la sala que apartó cualquier otro drama. Ocupó su lugar en la cabecera de la mesa —el asiento que se le había reservado— y, tal como había previsto Gilda, hizo un breve discurso sobre trabajar con diligencia y orgullo para la catedral. Dedicó mucho más tiempo a las vagas y a las que desaprovechaban el tiempo, y a las que parecían pensar que bordar un cojín para la catedral les daría un lugar especial a ojos de Dios o del deán.

—Si tenéis previsto hacerme perder el tiempo o hacérselo perder a la señorita Pesel, os sugiero que os vayáis ahora —sentenció—. Así haréis mi vida más fácil.

Nadie se fue, pero Violet se preguntó si una bienvenida tan desalentadora no empujaría a alguien a escabullirse durante la pausa para no volver nunca más. La señora Biggins era como el tedioso sermón que había que aguantar antes de poder explorar las preciosas vidrieras o tallas de madera de la catedral.

Se reclinó en su silla cuando la señora Biggins anunció que procedería a examinar las labores del verano: no hacía falta que se apresurara para recibir la inevitable reprimenda que sentía que iba a caerle cuando se descubriera que había hecho un reclinatorio sin permiso. Además, si esperaba suficiente tiempo, cabía la posibilidad de que Louisa Pesel llegara y la salvara de la furia de la señora Biggins.

—¿Dónde está la señorita Pesel? —le preguntó a Gilda, que desenvolvía su labor del verano: parte de un fondo azul, amarillo, verde y rojo en el que se insertaría un medallón histórico.

—Sigue de vacaciones. Creo que en Weymouth. Venga, allá voy. Es como zambullirse en el agua fría. ¡Deséame suerte!

Gilda cogió su bordado y se puso en la cola de la señora Biggins, justo detrás de Dorothy con su cojín del rey Arturo. Dorothy se volvió ligeramente de forma que su costado se abrió a Gilda. Algo en su actitud hacía que ellas dos parecieran estar más cerca que las demás, aunque en realidad no fuera así y ni se miraran. Era como si se encontraran encerradas dentro de una cerca invisible.

—Esto es lo que sucede cuando eres una solterona —le dijo una mujer a otra, en voz baja detrás de Violet.

Sus palabras destilaban sarcasmo, dureza y algo parecido al miedo. Violet no se volvió para ver quién había hablado, aunque reconoció la risita de Maureen en la respuesta. Sintió acidez en el estómago, como si hubiese bebido leche agria.

Su confusión se vio interrumpida por la señora Biggins, que sostenía el bordado del rey Arturo en alto.

—Esto, señoras, es lo que nos esforzamos por conseguir —declaró—. Esto es lo que podemos lograr con unas humildes puntadas hechas en nombre de nuestro Señor. Bien hecho, señorita... —dijo mirando con gesto interrogante a Dorothy, que mantenía la vista clavada en el suelo.

—Jordan —le contestó Gilda—. Señorita Dorothy Jordan. Sí, bien hecho, Dorothy. Es una maravilla —dijo sonriendo a su amiga.

A su espalda, Violet oyó un siseo amortiguado. En lugar de mirar cara a cara a esa víbora, Violet cogió su reclinatorio y sus cenefas y se puso en la cola. Para su sorpresa, la señora Biggins no le gritó por haber hecho un reclinatorio sin su permiso. Aquella mañana había visto tantos trabajos que parecía que se le habían acabado los comentarios críticos.

—Bien hecho —dijo al ver las largas tiras de cenefa, y asintió al ver la parte superior del reclinatorio—. Ahora conviértalo en un reclinatorio como Dios manda. El próximo servicio de presentación de bordados se celebrará el veinte de octubre, así que tendrá que estar listo para entonces.

—¿Cómo lo hago?

—Encuentre a alguien que haya acabado el suyo para que la enseñe: yo no tengo tiempo. Ahora apártese que hay otras esperando su turno.

Violet miró a su alrededor. Todas parecían ocupadas, cosiendo o buscando nuevos materiales. Gilda buscaba entre una pila de diseños. Maureen estaba ayudando a Mabel Way a anotar lo que había acabado y lo que empezaría a bordar cada bordadora.

—Yo te enseñaré.

La suave voz de Dorothy Jordan consiguió traspasar el bullicio de una sala llena de mujeres hablando a la vez. Estaba de pie junto al armario, con un bastidor de bordado en la mano.

—Eres muy amable, gracias.

Violet podía sentir todos los ojos puestos en ellas y se estremeció involuntariamente.

Dorothy se atusó el pelo crespo. Parecía no darse cuenta de que la estaban mirando.

—Aquí hay una caja para acabar los reclinatorios, con todo ya preparado —dijo sacando un paquete rectangular del armario.

Al quitarle el papel marrón, salió a la luz un cojín duro, cuatro tiras de una tela pesada de color azul y un trozo de cañamazo. Cogió el bordado de Violet, sonriendo brevemente al ver el habitual patrón de bellotas y lo colocó boca abajo sobre la mesa.

—Primero has de coser una tira a lo largo de cada lado. Después debes colocar el cojín sobre



el bordado, así, con este trozo de tela de cáñamo en la parte superior.

Le mostró a Violet cómo plegar las tiras azules y coserlas al cañamazo, utilizando un hilo resistente del mismo color para que se ajustara bien.

—Sin embargo, antes de nada, debes hacer tu marca. Utiliza lana azul para bordar tus iniciales en una de las tiras largas, y el año en la otra, como habrás visto en los reclinatorios que ya se utilizan en la catedral. Hazlo antes de seguir cosiendo.

Violet asintió.

—Es importante que cada una haga su marca. Puede que sea la única que dejemos. Sic parvis magna.

Violet enarcó las cejas. Aquella no era una frase latina que ella conociese.

—La grandeza nace de las pequeñas cosas.

Violet asintió. Permanecieron en silencio, observando las marcas del reclinatorio. Puso atención por si oía más siseo, pero solo oyó a Gilda diciéndole a alguien:

—Mataría por una taza de té. En serio.

Cinco minutos más tarde, ambas mujeres se habían ido, aunque se marcharon por separado.

Aquella noche, Violet bordó vs y 1932, y cosió la tira a su reclinatorio.

Fue solo cuando no lo esperaba —un sábado por la tarde a finales de septiembre en que había ido a la High Street para comprar mazapán para la tarta Bakewell que había prometido llevarle a su madre al día siguiente— cuando Violet se topó con Arthur Knight mientras él salía de la farmacia.

—¡Oh! —exclamó ella, retrocediendo y soltando una risa nerviosa.

Le encantó verlo sonreír con deleite y luego ocultar la sonrisa con formalidad.

—Señorita... Violet —dijo quitándose su sombrero de fieltro—. Es un placer encontrarla por fin.

—Sí.

En las últimas semanas, Violet había pasado más tiempo en la catedral, aparentemente estudiando los bordados, pero con la esperanza de ver a Arthur

—¿Cómo está? —le preguntó ella.

—Muy bien, gracias. He pensado mucho en cómo habría ido el resto de las vacaciones. ¿Tiene tiempo para una taza de té? Iré a buscar mi bicicleta.

Se sentaron en el restaurante Old Market de la High Street, donde Violet no había estado nunca porque era más elegante de lo que ella podía permitirse, con manteles de lino y grandes ventanales que la hacían sentirse expuesta. Arthur parecía conocer a la camarera de mediana edad que miraba a Violet de reojo mientras anotaba el pedido.

—La señorita Speedwell está interesada en las campanas —le explicó él cuando les trajo té y un plato de bollos con pasas.

—Seguro que sí —contestó la camarera, mientras depositaba la jarra de leche y una segunda tetera con agua caliente—. ¿Cómo está tu mujer, Arthur?

—Va aguantando. Tenemos esperanzas.

—Dale recuerdos de mi parte.

La camarera dejó la cuenta en la mesa y se marchó.

Mientras comían, Violet le habló de sus aventuras en Salisbury y en la isla de Wight. Las hizo sonar más alegres de lo que habían sido, pero admitió que había vuelto antes debido a la lluvia.

—¿Y no tuvo problemas por el camino? ¿No se topó con hombres extraños?

—No, nada de eso.

—Me alegré de recibir su mensaje en el pub aquella noche. Estaba preocupado.

—No hacía falta pero se lo agradezco. Y gracias por acompañarme un trecho y por la partida de cartas. Disfruté mucho jugando.

Violet no añadió que había sido el punto culminante de su viaje, pues habría sonado demasiado patético.

Permanecieron en silencio durante un momento, mientras ella saboreaba el inesperado regalo de un bollo con mantequilla y pasas.

—¿Qué le trae a Winchester hoy? Tenía entendido que solo venía a la ciudad para hacer sonar las campanas.

—Tenía que recoger una cosa de la farmacia —dijo Arthur palpando el bolsillo de su chaqueta.

—¿Todo va...?

Violet se detuvo. No lo conocía lo suficientemente bien como para hacerle preguntas tan personales.

—No es para mí.

—Oh, por supuesto. Lo siento. —Violet respiró y se adentró en territorio peligroso—. ¿Está enferma su esposa?

Arthur le acercó el plato con el último bollo.

—Cómase otro.

Hacía como si no la hubiese oído.

—Es suyo.

—Cómaselo usted. Está hambrienta.

Violet se sonrojó, avergonzada de comer con demasiada avidez. Pero lo cogió, pues como bien había dicho él, estaba realmente hambrienta.

—Gracias.

Esperó a que él abordara el tema de su mujer. Arthur se limpió los dedos con la servilleta.

—Jean está... Sufre de los nervios.

—Lo siento.

—Sí, bueno. Todos tenemos algo.

Violet asintió y se preguntó si le diría algo más. Pero tal vez eso ya fuera suficiente.

—¿Volverá a hacer todo el trayecto en bicicleta mañana? —le preguntó—. ¿Para las campanadas?

—Sí.

—Tendrá que pedalear mucho.

—Tuve un automóvil hasta el año pasado, cuando me jubilé. Ahora ya me he acostumbrado a ir en bicicleta. Me mantiene en forma. —Hizo una pausa—. ¿Le gustaría subir a la torre para ver las campanas? Mañana por la tarde daré el toque de vísperas.

—Oh, sí, me encantaría.

—Si nos encontramos a las dos menos cuarto, se las podría enseñar.

—Yo... sí. Me gustaría.

—La esperaré debajo de la gran ventana del oeste. A la izquierda hay una puerta.

—La conozco.

—Bien. Ahora me tengo que marchar. —Arthur volvió a palparse el bolsillo, y cogió la cuenta.

Cuando llegó a casa, Violet se armó de valor y le pidió a la casera si podía usar su teléfono.

—Southampton 225. —El tono autoritario de su madre dejaba claro que ninguna llamada telefónica merecía perturbar su tranquilidad.

—Hola, madre, soy yo.

—Violet, ¿has preparado ya la tarta Bakewell? Porque los Leighton pueden venir a tomar el té, así que asegúrate de hacer una bien grande que dé para ellos. Si es necesario, la familia se aguantará. De todas formas, tú no querrás un trozo, ¿verdad que no? Con tu figura no.

Era evidente que su madre no se había percatado de que Violet había perdido peso desde que se había ido de Southampton.

—Me temo que no.

—No me digas que no vas a prepararla. ¿Tengo que hacerlo todo yo? Y no pienso pedirselo a Evelyn: es un desastre en la cocina, incluso para algo tan sencillo como una tarta Bakewell.

—Eso no es justo, madre. Evelyn es una buena cocinera.

Violet no recordaba que Evelyn hubiese servido nunca una comida mala, aunque tampoco preparaba platos deliciosos. La señora Speedwell debía de seguir dolida por haber sido abandonada en las vacaciones de verano. Si tenía la oportunidad, seguiría guardando este rencor durante años.

—De todos modos —siguió diciendo Violet, con el firme empeño de transmitir su mensaje— lamento decirte que he pillado un resfriado y que no podré venir mañana.

—Bobadas, a ti no te pasa nada.

—¿Cómo sabes que no me pasa nada? Resulta que tengo la garganta irritada y tengo mocos. Y me está empezando a doler la cabeza. Así que lo siento mucho, madre, pero mañana tendrás que arreglártelas sin mí. Transmite mis disculpas a los Leighton y diles que les prepararé una tarta en otra ocasión. Ahora, mi casera necesita el teléfono. ¡Adiós!

Violet colgó el teléfono antes de que la señora Speedwell pudiera contestarle. La semana siguiente pagaría por esto, pero por ahora era libre.

—Pobrecilla, no hay nada peor que un resfriado —le dijo la señora Harvey, cuando se la encontró en el pasillo—. Es una lástima estar tan enferma cuando hace un tiempo tan delicioso. ¿Te preparo un ponche? Esta vez no te cobraré nada.

—No, gracias, señora Harvey. Espero que no sea nada —dijo Violet intentando restarle importancia a la intrusión de su casera.

Al día siguiente, la señora Harvey se mostró a veces solícita y otras crítica, sobre todo cuando pilló a Violet saliendo de casa.

—¡Cogerás una neumonía si no te andas con cuidado! —le gritó—. Un resfriado no es moco de pavo.

Cuando Violet se rio, la señora Harvey frunció el ceño, incapaz de verle la gracia.

Sin embargo, Violet consiguió escaparse y corrió hacia la catedral. El jardín exterior estaba lleno de familias con niños y parejas que paseaban cogidas de la mano en el sol de otoño. Llegó un poco pronto, pero en lugar de ir a su sitio de siempre entre los reclinatorios del presbiterio, Violet avanzó por la nave norte hasta la tumba de Jane Austen, una sencilla lápida en el suelo que no mencionaba sus libros. Otros se habían encargado más tarde de colocar una placa de bronce conmemorativa, que indicaba su fama como autora. Austen no había residido en Winchester, pero había acudido al médico allí cuando estaba enferma y nunca volvió a casa. Su familia pagó un poco más para que la enterraran dentro de la catedral. Murió a la edad de cuarenta y un años, sin marido ni hijos, solo una abnegada hermana. Violet ni siquiera tenía eso, y menos aún varias novelas escritas por ella misma. En cuanto a logros, le quedaban solo tres años para cumplir la

edad de la señorita Austen.

«Deja ya de darle vueltas —se regañó a sí misma—. Jane Austen nunca lo habría hecho. Un hombre amable está a punto de mostrarte las campanas de esta gran catedral, algo que la mayoría de la gente nunca ve. A Jane le habría encantado poder subir al campanario».

Cuando Violet llegó a la pequeña puerta de madera debajo de la gran ventana del oeste, Arthur la estaba esperando, con las llaves en la mano y una antorcha. Lo acompañaba el fibroso escocés que ella había visto con Arthur la primavera anterior.

—Hola, Violet. ¿Recuerda a Keith Bain? Se conocieron hace un tiempo.

—Por supuesto. —Violet y Keith Bain se saludaron, mientras ella hacía lo que podía para ocultar su decepción.

—Hace dos años, Keith se hizo cargo de mi trabajo de agrimensor —le explicó Arthur—. Entonces coincidimos durante un tiempo y me expresó su interés por la campanología. Donde vivía, en Escocia, no tocan las campanas y él sentía curiosidad por intentarlo. Y no lo hace nada mal para ser un principiante. Suele ocuparse de la tenor.

—¿Es normal aprender a tocar con las campanas de una catedral?

—Si vas a tocar las campanas, utiliza las mejores —le contestó Keith Bain.

Su tono era más áspero que el de Arthur.

—Subamos. Tenga cuidado. Yo iré delante y Keith irá el último. —Arthur abrió la puerta de madera, los hizo entrar y cerró la puerta después de cruzar el umbral—. Recuérdame que no me deje las llaves arriba —le dijo a Keith Bain—. No sería la primera vez y tendría que volver a subir a buscarlas.

—Deberíamos esconder una llave de repuesto como hacemos en la otra entrada —observó Keith Bain.

—El capitán del campanario tiene miedo de que un visitante de la catedral pueda encontrarla y romper las murallas.

Los hombres se echaron a reír.

Empezaron a subir por la escalera de caracol de piedra, iluminada de vez en cuando por pequeñas ventanas emplomadas.

—Tantas escaleras no serán un problema, ¿verdad? —preguntó Arthur por encima del hombro—. Sobre todo después de las caminatas de estas vacaciones.

—Ningún problema —le contestó Violet, consciente de que Keith Bain subía detrás de ella.

Se había imaginado que estaría a solas con Arthur y las campanas durante unos minutos antes de que llegaran los otros campaneros. Ahora se sentía incómoda, y se preguntaba si Keith Bain había venido como una especie de carabina o —peor aún— como un posible pretendiente. Violet no soportaba que la emparejaran con nadie. En Southampton, sus amigas lo habían intentado durante años, y nunca había funcionado. Si un hombre se quedaba soltero, solía ser por alguna razón: o bien era autoritario o soso, o bien egocéntrico o poco dispuesto a lavarse. Y ella reaccionaba muy mal cuando le decían que alguien o algo tenía que gustarle. De niña, si su madre le decía que le gustaría un determinado vestido, juguete o pastel, Violet casi siempre conseguía odiarlo.

Llegaron al final de la escalera de caracol, y ella se alegró de no haberse quedado sin aliento. Arthur abrió una puerta que, de forma inesperada, salía al exterior, mostrando un parapeto. A la izquierda se veía el tejado de la catedral, con la baja torre detrás. Luego se volvieron a la derecha

y contemplaron las vistas sobre la parte sur de Winchester. Debajo de ellos estaba el jardín interior y la casa parroquial en la que se reunían las bordadoras; Violet miró directamente a la sala del fondo donde a veces trabajaban y que ahora, en domingo, estaba vacía. Vio el gran armario que había tenido que ordenar el primer día y el alféizar sobre el cual había dejado las madejas de lana azul. Detrás del jardín interior estaba el Winchester College, donde los niños de uniforme se paseaban entre los edificios; luego las casas, los prados a orillas del río Itchen y, en la distancia, la colina de Santa Catalina.

—A la gente le gusta contemplar el horizonte —observó Arthur—. Me podría pasar el día entero mirando estas vistas. Pero debemos seguir.

Abrió una puerta a su izquierda y volvieron a entrar.

Violet reprimió un grito de asombro. A la izquierda, un conjunto de ventanas estrechas iluminaba la zona que los rodeaba, pero a la derecha había un espacio largo y cavernoso, atravesado por una estrecha pasarela con pasamanos a ambos lados, que avanzaba hasta perderse en la oscuridad. Entonces se dio cuenta de que era la longitud de la nave de la catedral, desde la ventana a su espalda hasta la torre sobre los transeptos, donde se encontraban las campanas. A todo lo largo había enormes vigas de madera que bordeaban y seguían la forma del tejado de la catedral. Era como estar en el desván de una casa, donde se podía ver el esqueleto de madera que sostenía toda la estructura. Pero era el desván más grande que se pudiera imaginar, del tamaño de un campo de fútbol. Violet se quedó mirándolo desde el borde, luego aspiró el olor de muchas toneladas de madera caliente, puesto que allí arriba hacía calor.

—Es madera de roble —le dijo Arthur—. Gran parte tiene mil años, y procede de uno de los bosques cercanos de Guillermo el Conquistador. Al parecer, el obispo encargado de la construcción de la catedral le pidió al rey si podía coger la madera de su bosque. Guillermo le dijo que podrían quedarse con lo que cortaran en tres días. ¡El obispo reunió entonces a todos los hombres que pudo y les ordenó podar todos los árboles del bosque excepto un roble! Eso no le gustó nada al rey.

—Pobre Guillermo, que perdió su bosque —observó Keith Bain, y Violet se rio.

Arthur frunció el ceño; parecía irritarle su frivolidad.

—Mire aquí —dijo señalando una de las ventanas—. Las inscripciones.

En los parteluces de piedra había grabados nombres y números, un escudo y una calavera. 1871. barratt. packer. 1790. feb 17. Todo irregular pero estilizado.

—¡Cielos!, incluso en una catedral —dijo Violet.

—A la gente le gusta dejar su marca. Se pueden ver este tipo de inscripciones por todas partes. Abajo en el presbiterio incluso hay una de un campanero. La próxima vez que vaya allí, busque a «Harey Coppar».

—También hay unas cuantas en la sala de cuerdas —añadió Keith Bain—. Luego se las enseñaré.

—Por supuesto son viejas inscripciones. William nos echaría una bronca si lo hiciésemos ahora.

—¿William?

—William Carver. El capitán del campanario. Lleva tocando las campanas desde hace cincuenta años, uno más que yo. Lo conocerá hoy.

«Arthur ya tocaba las campanas antes de que yo naciera», pensó Violet.

Era raro que alguien la hiciera sentirse joven. Y eso que Arthur Knight no le parecía viejo.

—Lo mejor es mantenerse lejos de Carver —dijo Keith Bain—. Ese tipo es un pesado. Multa a los campaneros por llegar tarde. ¡Me pregunto qué dirá al ver a una mujer en el campanario!

Arthur hizo una mueca al oír estas palabras y se apartó. Violet se preguntó si él también lamentaba que los acompañara el entusiasta Keith Bain. Los guio por la pasarela de madera, iluminando los pies de Violet con su antorcha. Debajo de ellos había grandes montículos cubiertos de cemento que se hundían formando valles, como una enorme caja de huevos, que seguían los contornos del techo abovedado de la catedral sobre el cual caminaban. A medida que avanzaban, la madera crujía bajo sus pies. Aquí, en el desván de la catedral, sin el alboroto de visitantes y fieles, reinaba el silencio. Violet se sentía como si estuviera dentro de una enorme ballena, cuyas costillas eran las vigas de madera.

Finalmente llegaron a otra puerta. Arthur se volvió y señaló el sombrero campana color beis de Violet.

—Hay una antigua norma en las salas de cuerdas: ¡nada de sombreros ni espuelas! —dijo quitándose su sombrero de fieltro.

Violet y Keith Bain siguieron su ejemplo. Violet se atusó el pelo. Acto seguido, dejaron atrás la oscura caverna y entraron en la sala de cuerdas. Se trataba de una habitación cuadrada de unos doce metros de ancho, cuyas paredes de piedra estaban formadas por arcos y columnas románicos. De una docena de agujeros practicados en el techo bajaban y volvían a subir unas cuerdas cuyos extremos colgaban de dos garfios en lo alto llenando el espacio sobre sus cabezas como grandes candelabros de cuerda, con trozos revestidos de lana de rayas rojas, blancas y azules, parecidos a los que Violet había visto en Nether Wallop.

—El trozo a rayas se llama «sally» —le dijo Arthur al ver que las examinaba—. Le puse ese nombre a mi hija.

Había una estantería llena de libros y revistas sobre campanología, un tablón de anuncios y una hilera de sillas contra una pared. Keith Bain le mostró una vieja figura tallada en una de las paredes: era un campanero que llevaba un chaleco. En las otras paredes había placas pintadas con letras doradas, casi todas ellas con nombres de campaneros y las ocasiones en que habían tocado. Violet las leyó: campaneros en la coronación del rey eduardo vii, 9 de agosto de 1902. en la festividad de san esteban, 26 de diciembre de 1903, aguda de kent bob royal, 5.040 cambios se realizaron en estas campanas en 3 horas y 35 minutos. el sábado 8 de septiembre de 1923, en 3 horas y 55 minutos, se tocó en las campanas de esta torre un repique de stedman cincoes, 5.019 cambios. Sin embargo, no acababa de comprender su significado.

—Estos conmemoran los repiques tocados aquí —le explicó Arthur.

Violet se lo quedó mirando.

—¿Un repique dura tres horas y cincuenta y cinco minutos?

—A veces, depende del peso y del número de campanas. Un repique siempre dura más de tres horas y pasa por más de cinco mil cambios.

—¿Sin parar?

—Sin parar. No hay tiempo para una pausa, una taza de té, ni nada de eso.

—¿Caramba! ¿Por qué lo hace?

—Es mi mayor placer. He tocado treinta y siete repiques a lo largo de los años.

—¿Qué es exactamente un repique?

Arthur apuntó a lo alto.

—Allí arriba hay doce campanas. Cada vez que suenan todas una tras otra es una ronda o un cambio. ¿Se acuerda de Nether Wallop? Pues ya conoce una ronda que es familiar: la escala descendente. Imagine que está tocando ocho campanas y que hace sonar esa escala. Después cambia el orden de dos de las campanas, pongamos la primera y la segunda campana, para que el cambio sea ligeramente diferente del anterior. Luego cambia otras dos, o dos pares al mismo tiempo. Cada vez el sonido es un poco distinto. ¿Sabe cuántas variaciones hay con ocho campanas?

Violet negó con la cabeza.

—Recuerde la clase de matemáticas de la escuela —dijo Keith Bain.

—Hace mucho de eso.

Los hombres la miraron decepcionados, así que se esforzó más.

—Factoriales —sugirió Keith Bain—. ¿Cómo averiguaría cuántas combinaciones hay de tres números?

De pronto, Violet se vio a sí misma sentada en una polvorienta aula con hileras de niñas, un uniforme rasposo, mirando por la ventana y sin prestar atención a la explicación del maestro que zumbaba en segundo plano como una mosca.

— $3 \times 2 \times 1$ . Seis combinaciones.

—Correcto. ¿Y con ocho?

— $8 \times 7 \times 6 \times 5$ , hasta 1.

—¿Cuál es la respuesta?

Violet sonrió.

—¿Tengo que hacerlo?

—Es bueno para el cerebro.

—40.320 —contestó Arthur.

—Supongo que sabrá cuántas combinaciones hay con doce campanas.

—479.001.600 —anunció Keith Bain, en tono triunfante.

—Lo que significa que estaremos aquí algún tiempo.

Arthur se rio.

—Pero esta tarde no. Solo tocamos repiques en ocasiones especiales. Los repiques son una secuencia de cambios, cada uno con una serie de patrones diferente, según el número de campanas. Cada uno tiene un nombre. «Stedman Cinqües», por ejemplo, era un patrón creado en el siglo xvii por un hombre llamado Fabian Stedman; «Cinqües» significa que se tocaban en once campanas más la tenor.

Violet se concentraba mucho, pero apenas podía seguir lo que le decía. Arthur sonrió al ver su confusión.

—No se preocupe: tengo algunos años más de experiencia. Se tarda un tiempo en comprender la campanología. Bueno, ¿le gustaría ver las campanas? Eso sí: hay que subir un poco. La escalera es muy empinada y estrecha. ¿Cree que podrá?

—Por supuesto.

—Keith, ¿bajas las arañas y sacas las campanas?

Mientras Keith Bain empezaba a bajar los ganchos de los que colgaban las cuerdas, Arthur le



mostró a Violet otra puerta al otro lado de la sala con escaleras que bajaban.

—Es la otra entrada, desde el exterior del transepto sur. La llamamos «la entrada de los mercaderes». Pero nosotros vamos a subir.

La guió por unas escaleras tan estrechas que era casi como subir por una escala de mano. Violet estaba agradecida de que, a la derecha, colgara una cuerda, de la cual poder agarrarse, y la utilizó más o menos para escalar.

La sala de campanas carecía de detalles que la hicieran confortable: ni iluminación ni sillas ni alfombras. Era un espacio para las campanas, no para los humanos, y solo estaba iluminado por los rayos de sol que se colaban a través de las persianas de madera que estaban un poco abiertas en las ventanas románicas. Solo pudo ver los yugos de madera maciza que sujetaban las campanas que estaban volteadas hacia arriba, con las bocas abiertas al cielo como las de los polluelos que esperan ser alimentados. Pero eran polluelos gigantescos, más parecidos a toros o elefantes, hechos de un metal gris gastado, que permanecían en silencio y a la espera.

—Caramba —fue lo único que pudo decir, pues la presencia de las campanas tenía algo que la dejaba sin habla.

Arthur parecía comprenderlo.

—Llevo cuarenta años viendo estas campanas y nunca me canso de mirarlas.

Empezaron a caminar en círculo alrededor de las campanas. Violet señaló la más grande.

—Esta debe de pesar... —No lograba imaginarse cuánto.

—Treinta y cinco quintales. Casi dos toneladas. Es una de las campanas tenores más grandes de Inglaterra. Imagine cómo fue subirla hasta aquí. Es asombroso pensar cómo debían de subir las campanas más pesadas en tiempos medievales. Vi como traían hasta aquí dos campanas agudas cuando ampliaron el círculo en 1921, pero tenían máquinas y cadenas, y las campanas eran más ligeras que esta. Resulta raro ver cómo suben las campanas a través de la catedral. Eso sí —añadió—, puede que lo vea uno de estos días. El capitán del campanario quiere convencer al deán Selwyn de que hay que refundir las campanas.

—¿Por qué?

—Están desafinadas: es bochornoso para una catedral tan grande como esta. Por supuesto, es costoso y al deán no le hará ninguna gracia. No es muy aficionado a las campanas, dice que arman un jaleo espantoso. Nos hace cerrar la mayoría de las persianas —dijo Arthur señalándolas—. Estas controlan cualquier sonido que sale de la torre. —Hizo una pausa mientras contemplaba las campanas—. Creo que no es solo por el ruido. Nos tiene envidia.

—¿Envidia? ¿Por qué?

—El de aquí arriba es un mundo pequeño que él no controla tanto como el de abajo.

Violet pensó en las bordadoras y su estrecha relación con el deán. Era un mundo de mujeres, más suave y más servicial, que intentaba crear confort y belleza exterior. Era muy distinto de las campanas, que estaban escondidas en la torre y emitían un curioso sonido que se desvanecía tan pronto había surgido.

Volieron a descender, Violet bajaba de lado la empinada escalera. Algunos hombres habían llegado ya a la sala de cuerdas, en su mayoría de la misma edad que Arthur. Se habían quitado las chaquetas, se habían puesto unos chalecos y se habían arremangado. Miraron abiertamente a Violet. Arthur la condujo hasta un hombre macizo con intensos ojos oscuros, pelo gris arreglado y una barba cuidadosamente cortada siguiendo la mandíbula.

—William, te presento a la señorita Speedwell; está interesada en las campanas y ha venido a verlas. Te llamé ayer avisándote de su visita. Señorita Speedwell, le presento al señor Carver, el capitán del campanario.

William Carver hizo una breve inclinación.

—Señorita Speedwell, asegúrese de quedarse sentada sin hacer ruido. No alentamos la charla durante el toque de servicio, así que si tiene alguna pregunta, hágala ahora —dijo mirándola expectante.

Detrás de él, Keith Bain sonreía.

—No tengo preguntas. Pero le agradezco que me permita estar aquí.

Violet se retiró a las sillas alineadas contra la pared, sintiéndose como un perro al que hubiesen regañado por tumbarse en una cama prohibida. Se sentó y esperó a que cada hombre se colocara junto a una de las doce cuerdas colgadas. William Carver cambió a algunos y colocó a Keith Bain sobre una caja. Una cuerda se quedó suelta. William Carver frunció el ceño, cambió a otros dos hombres, entonces todos agacharon la cabeza mientras él recitaba:

—Dios todopoderoso, que nos has llamado a desempeñar el oficio de campaneros de esta catedral, concédenos mantenernos unidos y fieles en Tu servicio, que nuestro repique pueda estar dedicado a Tu gloria y al servicio de Tu pueblo a través de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Cuando hubo acabado, otro hombre entró desde la pasarela. William Carver echó un vistazo a su reloj.

—Un chelín en el tarro, Gerald, y luego coge la diecisiete. No hace falta que te recuerde lo importante que es la puntualidad para un toque de servicio. Se espera que empecemos a tocar a las dos y media en punto; no a las dos y treinta y treinta segundos, como ahora. Al llegar tarde les estás fallando, no solo a la catedral y a los residentes de esta ciudad, sino también a nosotros.

Aunque había pasado la sesentena, el recién llegado parecía tan avergonzado como un niño de seis años. Se apresuró a dejar una moneda en un tarro que había en un archivador en un rincón y luego volvió a su cuerda.

William Carver se fue a la suya.

—De acuerdo, muchachos, empecemos. Primero rondas y luego Grandsire Cinques.

Hizo un gesto a otro hombre, que gritó:

—Cuidado. Va la aguda. —Y cuando ya había empezado a tirar—: Ya se ha ido.

Cada campana empezó a sonar por turnos.

En esta sala de cuerdas había mucho más espacio que en la de Nether Wallop. Aquí, doce hombres formaban un amplio círculo. Durante unos minutos tocaron rondas, con cuatro notas superiores adicionales, con el suave y curioso movimiento ascendente y descendente, todos en momentos distintos en el círculo, siguiéndose el uno al otro. Keith Bain era el que tenía la campana más grave y más pesada: Violet recordó que Arthur la había llamado la tenor. Estar de pie sobre una caja le daba más espacio y le permitía tirar con más fuerza de su cuerda; parecía hacerlo con facilidad, aunque era evidente que usaba sus músculos. Violet intentó imaginarse que su movimiento afectaba a la enorme campana que acababa de ver en el campanil. Le parecía imposible que tirar de una cuerda fina pudiera provocar un sonido tan bestial.

Aunque había un techo entre ellos y las campanas, el sonido seguía siendo muy fuerte y la torre temblaba levemente. Violet sintió como si la sacudiera el viento. Le encantó.

—Adelante Grandsire —gritó William Carver, y se alteró el orden de las campanas, luego

volvieron a cambiar y otra vez, hasta que Violet se perdió en el patrón de campanas que se entrelazaban subiendo y bajando. Lo único que conseguía distinguir era que Keith Bain tocaba la tenor al final de cada cambio; si lo observaba, era como seguir a un bombo marcando el ritmo.

William Carver gritó algo y ellos volvieron a la escala descendente, y se detuvieron después de que gritara «Alto». Después cambió a los campaneros e hizo sentar a Keith Bain y a algunos otros mientras tocaban las Stedman Triples. Keith Bain se sentó en la silla junto a Violet. Estaba sudando.

—¿Le cansa tocar las campanas? —le preguntó ella.

—Bah, no es para tanto —le contestó él secándose la frente con un pañuelo—. Es solo que la tenor de aquí se resiste un poco porque pesa mucho. Es tozuda y yo solo tengo una cuerda para controlarla. El viejo Carver suele ponerme allí o me deja fuera, hasta que se fie de mí.

—¿Y cuándo será eso?

—¡Cuando lo entierren! —contestó Keith Bain susurrando, lo que hizo reír a Violet.

William Carver los observó con una mirada neutra que de algún modo también conseguía ser fulminante. Violet se calló. Arthur también los estaba mirando, con una expresión difícil de descifrar. ¿Le complacía que se llevara bien con Keith Bain o le molestaba que su protegido se las hubiese apañado para captar la atención de Violet? Ella bajó la mirada, avergonzada, y no quiso volver a levantarla hasta que los campaneros estuvieron de nuevo absortos en sus cambios.

Parecía que no tuvieran espacio para pensar en nada más que en las cuerdas —las propias y las de los demás— y en el ritmo de los tirones. Era fascinante observar a los hombres que se controlaban unos a otros. Algunos miraban a su alrededor de forma muy clara, girando sus cabezas de un campanero a otro. Mientras que otros no se movían en absoluto, sino que mantenían la vista fija a media distancia; pero controlaban a sus vecinos con su visión periférica.

Keith Bain se dio cuenta de que ella los observaba.

—Es lo que se denomina «vista de grupo» —susurró—. Ser consciente de lo que hacen los demás, quién está tirando y cuándo te toca.

Violet observó el movimiento y escuchó las campanas, y después de un tiempo hombres y campanas se entretejieron y por un instante se convirtieron en una sola cosa, en un vaivén de hombres que tiraban y campanas que sonaban. Era como contemplar un baile y escucharlo. Luego las campanas volvieron a perderse en una aleatoriedad, que poco después se convirtió en la escala descendente. Sin embargo, durante un breve instante, ella pensó que tenía sentido, que comprendía cuál era el atractivo de la campanología. Entonces, William Carver gritó «Alto» y ellos enmudecieron.

«Quiero hacer eso», pensó ella.

Keith Bain se levantó de un salto y volvió a la tenor. Esta vez era Arthur el que tenía descanso y se sentó a su lado.

—¿Hay mujeres que toquen las campanas? —le preguntó ella.

—Algunas. Las hermanas White de Basingstoke lo hacían. Alice White fue la primera mujer del país en tocar un repique completo.

—¿Cuándo fue la última vez que hubo una mujer en este campanario?

Arthur hizo una pausa y luego dijo:

—Fue mi mujer, el 22 de enero de 1919.

La fecha era tan específica que Violet supo que había una historia detrás. Esperó. Arthur se lo

explicaría a su debido tiempo.

Los campaneros volvieron a empezar, y él habló bajo el sonido de las campanas.

—Aquel día celebrábamos el funeral de uno de los campaneros que murió en la guerra. El joven Russell, que contrajo neumonía en Salónica. Tocamos la tenor, treinta y una veces, por los años que tenía cuando falleció. Eran sobre todo campaneros los que vinieron, pero Jean insistió en subir también. Al día siguiente recibimos una carta que confirmaba la muerte de nuestro hijo Jimmy. Había estado desaparecido durante más de un año. A Jean se le metió en la cabeza vincular la noticia de la carta con la catedral y las campanas. Después de eso no quiso volver a la catedral y me preguntó si podíamos mudarnos. Por eso vivimos en Nether Wallop.

Violet permaneció en silencio. No había palabras que pudieran expresar lo mal que se sentía por él. Quería estrecharle la mano, pero se limitó a seguir sentada junto a él escuchando las campanas, mientras buscaba un patrón en el caos.

Después de las campanadas, Violet visitó a menudo la catedral, pero nunca se topaba con Arthur y, por consiguiente, no tenía forma de ponerse en contacto con él, salvo que se plantara junto a la puerta de las escaleras que llevaban a la sala de cuerdas cuando sabía que él subiría para tocar o practicar. Le parecía un acto desesperado que podría resultar embarazoso, puesto que extrañaría a los demás campaneros. Se imaginaba la oscura mirada y el ceño de William Carver. Pero resultaba difícil imaginarse a los campaneros hablando sobre ella. ¿Cotilleaban los campaneros? ¿Y los hombres en general? Su padre y Tom no lo hacían nunca, aunque quizá se comportaran de una manera diferente cuando no había mujeres delante. Cuando ella oía conversaciones de hombres en restaurantes u hoteles o en el tren, se daba cuenta de que hablaban de fútbol o críquet, o de la depresión económica o de las tensiones políticas en el continente, no de cosas personales. Las bordadoras, en cambio, hablaban de otras bordadoras: de su trabajo, sus hijos, su ropa. Violet no participaba mucho en esas conversaciones, pero escuchaba y a veces se preguntaba qué dirían de ella a sus espaldas. Era fácil hablarle a otros y pensar que de alguna manera se era inmune, pero en uno u otro momento todo el mundo acababa siendo el centro de atención.

Un domingo después de asistir al servicio de la mañana, avanzaba por la nave central cuando vio al grupo de campaneros junto a la pequeña puerta debajo de la gran ventana del oeste. Se le aceleró el corazón. «Boba», se regañó.

Sin embargo, Arthur no se encontraba entre ellos. Violet reconoció a William Carver y a algunos más, y también a Keith Bain. Antes de que pudiera esconderse detrás de una columna, él la vio, la saludó y fue a su encuentro.

—¿Viene a ver otra sesión de campanadas? —le dijo sonriendo.

—No, no, solo he asistido al servicio matutino. Me voy a comer a casa de mi madre.

Para su consternación, Keith Bain parecía decepcionado.

—Bah, de todas formas no es muy diferente de lo que vio la otra vez.

—¿Cómo está... el señor Knight?

—¿Arthur? Ha tenido que tomarse algún tiempo libre. Su esposa no se encuentra bien.

—Vaya, lo lamento. ¿Sabe lo que le ocurre?

Keith Bain se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Está en cama, es todo lo que he oído. —Bajó la voz—. Carver ha tenido que buscar a otro campanero para reemplazarlo. Eso hace que uno aprecie a un buen campanero cuando lo has perdido.

Así que los campaneros cotilleaban.

—Oiga, ¿le apetecería dar un paseo algún día? —siguió diciendo Keith Bain—. ¿A la colina de Santa Catalina, o incluso a Farley Mount, antes de que haga demasiado frío?

Ahí estaba. Violet había tenido algunos momentos con buenos partidos como este a lo largo de los años. Siempre había dicho que sí, incluso cuando no le apetecía. Y a Keith Bain no le pasaba nada malo. Tendría uno o dos años menos que ella, poseía una agudeza escocesa que la hacía sonreír y no era un hombre complicado. Tal vez fuera el mejor candidato que se había presentado desde Laurence.

Y no obstante, ella sentía algo, aunque no fuera lo correcto ni por la persona adecuada. Y no quería echar a perder ese sentimiento con un encuentro incómodo.

—Gracias —le dijo—, pero creo que no.

Keith Bain se la quedó mirando, con la cabeza pelirroja ladeada.

—Lo siento, tengo que correr o perderé mi tren —dijo Violet, alejándose a toda prisa antes de que él pudiera contestarle.

El servicio de presentación de bordados se celebró el siguiente jueves por la tarde, y Violet y Maureen recibieron un permiso especial del señor Waterman para salir del trabajo y asistir. Tomaron asiento junto a la pared sur del presbiterio, cerca del pasaje abovedado que Mabel Way había custodiado cinco meses antes cuando Violet se tropezó con el último servicio especial. Mabel volvía a estar en su puesto, la Mabel que la había mandado callar y que mantenía alejada a toda persona ajena, como hacía ahora. Violet sonrió para sus adentros. Ahora que ya no era una persona ajena, esta escena no le resultaba tan extraña. Podía comprender por qué Mabel les prohibía el paso a todos excepto a las que habían dedicado horas al bordado y se habían ganado su asiento en este servicio. Tampoco le parecía tan gracioso como antes que delante del altar se hubiesen colocado pilas de reclinatorios y largas tiras de cenefas para cojines, entre ellas la suya. Ahora le parecía bonito y estaba contenta de estar allí, porque significaba que, por fin, ella misma formaba parte de un grupo. Estaba sentada entre Maureen y Gilda, saludaba a las demás, Mabel ya no la hacía callar, sino que la había saludado de verdad e incluso se había ganado una sonrisa de Louisa Pesel, así como de la señora Biggins. Por una vez sentía que tenía realmente un lugar en la catedral.

El organista había tocado una introducción, pero ahora pasó a una música más procesional, y el deán y los sacristanes aparecieron por las escaleras de la nave y avanzaron por el coro. Cuando pasaron, Violet vio que Dorothy Jordan se sentaba cerca de la puerta. Sintió que Gilda se movía.

—Convencí a Dorothy para que viniera —susurró—, aunque no suele acudir a los servicios.

Al otro lado, oyó el murmullo de desaprobación de Maureen.

Aunque Violet se alegraba de estar allí, el servicio en sí no era nada del otro mundo. Oraciones, himnos y un sermón siguiendo un patrón familiar. Incluso el sermón del deán sonaba parecido al de la última vez que ofició el servicio especial. Violet dejó que sus ojos vagaran con su mente: observó la celosía detrás del altar, la talla de madera en la sillería del coro, los cofres mortuorios en lo alto, alrededor del presbiterio. Entonces vio unas mayúsculas toscamente grabadas en una pared de piedra aparentemente desnuda frente a ella:

HAREY · COPPAR · ERA ·  
JURAO · CANPANERO · EN ·  
EL · AÑO · DE · NESTRO · SEÑOR · DIOS  
· 1545 ·

Era la inscripción de la que le había hablado Arthur.

Después de que acabara el servicio y, mientras las bordadoras estaban charlando, volvió a estudiar más de cerca la inscripción, apoyando la mano en la pared mientras la observaba con la vista alzada. Harey Coppar no era el mejor en ortografía, pero había conseguido hacerse notar en la catedral. Tal vez no quisiera que su contribución fuera tan efímera como el sonido de las campanas.

Otros hombres habían esculpido también sus nombres en la pared —John Rowse, William Stempe— aunque no se etiquetaron como campaneros. Entonces se quedó inmóvil. Había dos nombres grabados juntos: George Bathe y Thomas Bathe. Los nombres de pila de sus hermanos. ¿Habían logrado los hermanos Bathe sobrevivir hasta la vejez o habían perecido uno o los dos víctimas de la guerra, de una plaga o del hambre? Violet se tragó el nudo que tenía en la garganta.

La señorita Pesel dio unas palmadas.

—Señoras, hay tantos reclinatorios por distribuir que nos vendría bien un poco de ayuda. Cojan uno o dos y colóquenlos en los asientos.

Su sugerencia fue recibida con entusiasmo. Las bordadoras se acercaron de prisa al altar y, mientras empezaban a buscar sus reclinatorios, el presbiterio se llenó de un curioso ambiente festivo. Violet se unió a ellas, contenta de dejar atrás a los hermanos Bathe y feliz de encontrar su reclinatorio entre todos los que estaban esparcidos por allí. Miró a su alrededor. Ahora la mayoría de las sillas tenían nuevos reclinatorios, pero un asiento debajo del grabado de Harey Coppar seguía vacío. Colocó su reclinatorio allí y acarició sus iniciales. vs. Su marca.

Gilda apareció a su lado, acompañada por Dorothy Jordan. Esta señaló las iniciales de Violet.

—Dulcius ex asperis —murmuró, apuntando al reclinatorio—. Dulzura tras la dificultad.

—¿Te vienes con nosotras al Awdry's? —le preguntó Gilda.

—Me temo que debo volver al trabajo —le explicó Violet—. Hemos tenido suerte de que nos dieran un rato libre.

En otra situación, Gilda habría intentado persuadir a Violet de que era esencial tomarse un té. Sin embargo, ahora se limitó a asentir y cogió a Dorothy del brazo.

—Entonces, adiós. ¡Hasta la semana que viene!

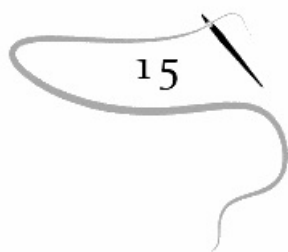
Maureen tenía una expresión de enfado cuando Violet fue a buscarla para volver a la oficina juntas. Pero solo se decidió a hablar mientras cruzaban los jardines de la catedral.

—Cuidado con esas dos —le advirtió. Gilda y Dorothy caminaban a cierta distancia delante de ellas, Gilda seguía agarrando a su amiga del codo—. No querrás que te metan en el mismo saco.

Violet se estremeció. Fuera cual fuera su incertidumbre sobre la amistad de Gilda y Dorothy, no iba a permitir que una jovencita le dijera lo que debía hacer.

—Hablas como Olive —le dijo—. No es propio de ti.

Permanecieron en silencio el resto del camino de vuelta a la oficina.



La salita de la señora Harvey no había estado tan llena desde hacía meses. Reunidos alrededor de la chimenea estaban Marjory, Edward, Tom y Evelyn, bebiendo ponche de huevo y comiendo pan de jengibre que Violet había preparado para la ocasión. Los niños se debatían entre el placer de que les permitieran quedarse levantados hasta tan tarde y el agotamiento.

—Afortunadamente, mañana seguro que no madrugarán —declaró Evelyn, sentándose en la silla más alejada del fuego y abanicándose con una de las revistas de la señora Harvey—. Nada de levantarse temprano para ver lo que les ha traído Papá Noel.

El embarazo era para ella como llevar encima una estufa, y la barriga y las anchas caderas se ceñían al sillón como un tapón de corcho. Estiró las piernas y suspiró; tenía ojeras y los tobillos estaban hinchados. Evelyn se enorgullecía de ser imperturbable, y había conseguido mantenerse ordenada y contenida durante sus dos primeros embarazos. Sin embargo, este parecía superarla, y Violet captó sus ojos desorbitados y su mirada desconcertada, como una reina cuyos súbditos son rebeldes sin motivo. Aunque quería a su cuñada, Violet se divertía en secreto por esta pérdida de control. Los niños también se percataban de la distracción de su madre y se aprovechaban de ello. Edward se había vuelto gritón y a Marjory le había dado por mirar deliberadamente de reojo, y Violet tenía que hacer esfuerzos para no reírse.

—Saldrás de cuentas dentro de cuatro semanas, ¿verdad? —preguntó mientras les ofrecía más pan de jengibre.

Normalmente, Evelyn decía siempre que no a la segunda ración, alegando que lo hacía por su figura. Sin embargo, ahora la aceptó de buen grado.

—¿Más ponche de huevo?

—Mejor que no o me quedará dormida durante el servicio.

—¡Mamá ronca! —gritó Edward.

—Es verdad —confirmó Marjory, toqueteando la jaula donde los periquitos revoloteaban de un lado a otro.

—Ya está bien, dejad tranquila a vuestra madre —intervino Tom con cansancio.

La casera de Violet asomó la cabeza por la puerta.

—Cuidado con los dedos, jovencita —le dijo a Marjory—. Esos pájaros pueden picar.

Marjory retiró la mano.

—¿Todos están instalados?

—Sí, señora Harvey —le contestó Violet.

—¿Quieren más carbón para el fuego?

—No, gracias, dentro de poco nos iremos a la catedral.

Violet ya había pagado el carbón adicional para que la sala estuviera más caliente.



—Será mejor que no salgan demasiado tarde. La misa del gallo siempre es popular. Más que las de la mañana de Navidad. A la gente le gusta cumplir y luego olvidarse.

—¿Vendrá usted?

—¿Yo? ¡No! —exclamó la señora Harvey casi indignada—. Nunca pongo un pie en la calle después de las nueve de la noche. No es decente. Oh, para ustedes está bien que vayan juntos a la iglesia. Pero no que una señora salga sola de noche.

Violet pensó en las veces que había salido después de las nueve aquel año: a casa de Gilda para tomar el té, a un concierto en la catedral y al cine. Desde que se mudó a Winchester se había olvidado de los jerezanos: la ciudad era demasiado pequeña y su casera sin duda controlaba sus movimientos incluso más de lo que había hecho nunca su madre.

—Puede venir con nosotros si quiere —le ofreció con desgana.

Tom asintió.

—No, no, vayan ustedes. Yo tengo que envolver los regalos para los pequeños.

La señora Harvey iba a pasar el día de Navidad a casa de su hija.

La noche era fría y lluviosa, y mientras se apresuraban a bajar la colina y a cruzar el río Itchen, Violet se alegró de que su madre no estuviera con ellos para quejarse del tiempo, del paseo hasta la catedral, de la curiosidad de la señora Harvey, del comportamiento de los niños, de lo picante que estaba el pan de jengibre o lo espeso que era el ponche de huevo. Le bastaba con lo que le esperaba al día siguiente, puesto que después de la misa del gallo regresaría a Southampton con su hermano y su familia para pasar la Navidad con ellos. La señora Speedwell había delegado las festividades de Navidad en Tom y en Evelyn, y no había decorado la casa; nada de acebo ni velas ni árbol de Navidad ni adornos. Aquel otoño había empezado también a alternar una comida de domingo con Evelyn, y más de una vez las había cancelado en el último minuto, culpando a los resfriados, los dolores de cabeza y los nervios.

—¿Nuestra madre está bien? —preguntó Violet mientras caminaban por la High Street; ella agarrada a un brazo de Tom; Evelyn al otro.

Sus zapatos golpeaban el pavimento mojado como los cascos de los caballos. Los niños corrían delante de ellos, zigzagueando de un escaparate a otro para ver las decoraciones de Navidad.

Tom titubeó. Normalmente restaba importancia a las preocupaciones sobre su madre, se reía de sus achaques y aseguraba que estaba fuerte como un toro.

—Creo que está un poco deprimida —contestó—. Es lo que tienen las vacaciones. Está sola en aquella casa que es demasiado grande para ella, ¿no crees? Estuve allí el otro día y tuve que ir a buscar una cosa a mi antiguo dormitorio y al de George. ¿Has subido al primer piso recientemente? —Violet no había estado. Evitaba regresar a su antiguo dormitorio y a sus años de soltería acumulada—. Hay mucho polvo por todas partes. Diría que incluso está sucio. Se lo comenté a mamá, con mucho tacto, claro, y me contestó que le había ordenado a la asistenta que ya no limpiara arriba. Y mamá no es... En fin, digamos que huele un poco a rancio.

—¿Me estás diciendo esto porque quieres que vuelva a instalarme en casa? —Violet tuvo que hablar con cuidado para que no le fallara la voz.

—¿No! No. —Tom se detuvo para recalcarlo. Marjory y Edward siguieron avanzando, saltando sobre los charcos y Evelyn tiró del brazo de su marido para poder alcanzar a los niños—. Solo lo comento porque creo que deberíamos estar pendientes de ella. Puede que llegue un

momento en que sea necesario hacer algo, eso es todo. Pero por supuesto debes quedarte donde estás. Ahora tu vida está aquí. Francamente, hermanita, ha sido un placer ver tu transformación. Pareces... feliz. Winchester te sienta bien.

—Bueno... —Violet no estaba segura de que «feliz» fuera la palabra exacta para describirla. Pero se sentía más independiente, más definida. Ahora incluso podía sentir un poco de lástima por su madre, sobre todo al oír que la llamaban «rancia». Era una palabra horrible—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Supongo que podría vender la casa y mudarse...

—¿Mudarse dónde?

Violet sintió que Evelyn se ponía tensa y de repente lo comprendió. «Pobre Evelyn», pensó.

—Tal vez pueda instalarse en casa de la tía Penelope —propuso para calmarlos, aunque sabía que no era una opción real.

Su tía ya atendía a su anciana suegra y además ayudaba con algunos de sus nietos. Era de ese tipo de mujeres que siempre cuidaba de otras personas, pero tampoco podía ocuparse de todos.

—No es definitivo, claro.

—Claro —repitió Violet.

—Pero quería decírtelo para que puedas tenerlo en cuenta si lo proponemos, en caso de que surja el tema mañana con mamá.

—De acuerdo.

Ahora se lo habían expuesto, sin que nadie lo dijera en voz alta: la señora Speedwell acabaría mudándose con Tom y Evelyn, amargándoles la vida, y quizá también a los niños. Eso no habría ocurrido si Violet no se hubiese ido a Winchester, pues entonces solo ella estaría amargada. El precio de su felicidad —no, no felicidad: el precio de su libertadera amargarles la vida al menos a dos personas. Era un precio muy alto y a Violet le molestó tener que calcularlo de esta manera. Un hombre no lo haría jamás.

—¡Hola, Violet! —exclamó Mabel Way desde la otra acera.

Violet la saludó con la mano.

Marjory se volvió para mirar.

—¿Quién es, tía Violet?

—Una de las mujeres con las que hago cojines y reclinatorios.

—¡Oh! ¿Como el que me enseñaste antes?

Violet le había mostrado la última cenefa en la que había trabajado y Marjory la había estado acariciando como si fuera un gato hasta que sacaron el pan de jengibre.

—Sí. Esta noche podrás ver algunos de los reclinatorios.

Cuando cruzaban el jardín exterior se toparon con Maureen y su familia, y luego con Gilda, que hizo las delicias de los niños al saltar directamente en un charco y salpicar agua por todos lados.

—¿Estás sola? —le preguntó Violet—. ¿Quieres venir con nosotros?

—Gracias, pero Joe y papá están dentro, guardando los asientos. Podéis sentaros con nosotros si queréis. Estaremos apretados, pero nos apañaremos.

—¿Está Olive? Supongo que no, con el recién nacido.

Gilda hizo una mueca.

—¡Menuda lianta! Cualquiera diría que Olive es la primera persona que tiene un bebé. Aun así, ahora soy la tía Gilda, en cierto modo es un consuelo. Gilda, la tía atolondrada. ¡Ya estamos!

Se encontraban delante de la entrada de la catedral, donde les recibió un clamor sordo. Violet no había oído jamás tanto ruido en ese lugar; la habitual quietud había cedido el paso a un ambiente de animada expectación que recordaba al alegre bullicio de un bar.

Las luces y la muchedumbre iluminaban y daban calidez al interior. Mientras recorrían el pasillo central de la nave, donde iba a celebrarse la misa, le llenó de orgullo ver a Tom y a Evelyn alzar la vista con admiración hacia el techo abovedado.

—¡Qué hermoso! —exclamó Evelyn.

Violet sonrió. Ella había caminado por encima de ese techo. Ahora, esta era su casa, y el placer que sentían otros en el edificio era como un cumplido hacia ella por cómo había decorado el salón o había plantado flores en el jardín. Hubiese querido mostrarles sus lugares favoritos: las nervaduras en el techo del presbiterio talladas con leones, cisnes y ciervos, el hombre verde con el mostacho hecho de hojas en la sillería del coro y las baldosas medievales en el suelo del trascoro.

La nave estaba abarrotada tal como les había advertido la señora Harvey, pero había espacio para ellos con la familia de Gilda, en la parte trasera de la catedral, siempre que Edward se sentara sobre las rodillas de Tom.

—Bueno, tu tía Violet me ha contado que te está enseñando a bordar —le dijo Gilda a Marjory mientras se quitaban los abrigos mojados. El olor de la lana húmeda las envolvía.

Marjory asintió.

—¿Qué punto te gusta más hacer?

Marjory reflexionó sobre eso como si le hubiesen preguntado qué pensaba de la situación de la política alemana. Se trataba de un tema que había que tomarse en serio.

—El punto de arroz —dijo finalmente con su voz más solemne.

—¡Oh, a mí también! —El rostro de Gilda se iluminó con la mentira: Violet sabía que su punto preferido era el de cruz alargado—. ¿Quieres venir a ver algunos de los reclinatorios que hemos hecho?

—Sí.

—Quizá veamos también el de tu tía. Y si eres una niña muy buena, podrás ver más trabajos suyos mañana por la mañana —dijo Gilda guiñando un ojo a Violet mientras cogía a Marjory de la mano.

A pesar de la tibia respuesta de la señora Speedwell a su regalo de cumpleaños, Violet había bordado todos sus regalos de Navidad para la familia: un estuche de agujas para Marjory, unas zapatillas para su madre, un monedero para Evelyn, un cinturón para Eddie, y un marco de fotos para Tom.

—Tiene chispa —observó Tom mirando con aprobación a Gilda cuando se llevó a su hija por el pasillo central—. No está casada, ¿verdad?

—No.

—Lástima —sentenció.

Así dio por zanjado el tema y se volvió para hablar con el padre y el hermano de Gilda.

Edward no se estaba quieto en el regazo de su padre. Violet se levantó.

—Eddie, ¿te vienes conmigo de exploración?

Violet ayudó a su sobrino a levantarse, mientras Evelyn la miraba agradecida. Cuando caminaban por el pasillo central hacia el altar, Edward le dio la mano. Aquella mano era como un pequeño animal sudoroso que se metía en la suya en busca de cobijo, y Violet sintió una profunda emoción protectora. Era agradable caminar con un niño delante de otras personas. Vio cómo la señorita Pesel les dedicaba una sonrisa a Eddie y a ella cuando él saltó sobre las losas grises y marrones, intentando evitar las lápidas en el suelo. Luego vio a la señora Biggins enfundada en un abrigo con un gran cuello de piel y acompañada por su marido, también ella la miraba. Era lo más cerca que Violet estaría nunca de presumir de un hijo propio, y la situación la hizo sentirse bien, aunque también le pareció patética.

Se metieron en la nave sur.

—¿Qué es esto, tía Violet? —le preguntó Edward señalando una capilla de piedra construida entre dos columnas, con ventanas altas y estrechas y arcos góticos encima.

—Es la capilla del obispo De Wykeham —le explicó—. Hace mucho tiempo, él era un hombre muy importante en la catedral, y le construyeron una magnífica casa para enterrarlo.

—¿Dónde está? ¿Puedo verla?

—Esta noche no, cariño. Volveremos otro día cuando haya menos gente. ¿Te gustaría?

Eddie asintió.

Violet guio a su sobrino por la escalera hacia la entrada sur del presbiterio. Teniendo en cuenta lo llena que estaba la nave, el presbiterio resultaba sorprendentemente vacío y tranquilo: solo vieron a Marjory en cuclillas inspeccionando una hilera de reclinatorios; y a Gilda, que merodeaba cerca. Sin embargo, no estaba sola, estaba con Dorothy Jordan, y sacaba un regalo envuelto en un papel de seda sin dejar de sonreír. No hablaban, pero la manera en que estaban juntas, una inclinada sobre la otra, era una forma de comunicación íntima que inquietó a Violet, como si estuviera viendo algo que no debería. Cuando se dieron cuenta de que eran observadas, se separaron de un salto.

—¡Oh! —exclamó Gilda apretando el regalo envuelto en papel de seda contra su pecho. Parecía sonrojada y feliz, y ligeramente culpable—. Seleccioné seis reclinatorios y le pedí a Marjory que me dijera cuál creía que es el tuyo.

Marjory alzó el reclinatorio de bellotas de Violet.

—¡Lo he adivinado! Aquí están tus iniciales: vs. Tía Violet, quiero hacer un reclinatorio y dejarlo aquí.

—Tendrás que pedírselo a la señora Biggins, cariño. Y no estoy segura de que diga que sí. Primero tendrás que practicar tus puntadas hasta que sean perfectas.

—¿Quién es la señora Biggins?

Gilda hizo una mueca.

—¡La vieja Biggins es un dragón que se come a los niños pequeños! —dijo dando un brinco, al tiempo que rugía y enseñaba sus garras.

Marjory y Edward chillaron y huyeron del presbiterio, seguidos de Gilda, dejando solas a Violet y a Dorothy.

Violet se sonrojó muy a su pesar. Pero no podía evitar sentirse incómoda cuando estaba cerca de Dorothy desde que la había visto con Gilda durante el servicio de bordadoras de octubre. Dorothy no acudía a muchas sesiones de bordado, pero a menudo parecía cruzarse con Violet en la ciudad o en la catedral. Se saludaban con un movimiento de la cabeza, al igual que ahora, pero

Violet se apresuraba a seguir su camino poniendo cara de estar terriblemente ocupada o de llegar tarde a algún sitio. Ahora, la misa todavía tardaría un cuarto de hora en empezar y Gilda estaba con los niños en otra parte —en el trascoro, supuso Violet a juzgar por los chillidos de placer— y las dos mujeres podían hacer poco, excepto estar juntas y esperar.

Echó un vistazo a la bulliciosa nave a través del coro.

—Me gusta cuando la catedral está llena de gente —comentó para entablar conversación—. Es así como creo que los fundadores se imaginaban que sería siempre: un lugar muy concurrido.

Dorothy ladeó la cabeza como si escuchara con suma atención. Tenía los labios mordidos y no se los pintaba para suavizarlos, tampoco se ponía polvos para unificar su cutis manchado. Llevaba un abrigo gris oscuro más parecido a un sobretodo de soldado, que le quedaba grande incluso a ella que era alta. La gorra negra la llevaba puesta, no en un ángulo sobre un ojo, como se estilaba, sino calada hasta las orejas, convirtiéndola en un improvisado sombrero campana. Podría haber parecido desaliñada, pero no era así. Tal vez fuera el hecho de no ser consciente de su aspecto lo que la hacía tan atractiva. Dorothy era el polo opuesto de Olive Hill, con su peinado, su maquillaje y su ropa, todo pensado con esmero. Violet podía comprender la atracción que sentía Gilda hacia ella, y eso la desconcertaba.

—Era aquí donde venían nuestros antepasados para conseguir su dosis de belleza —dijo Dorothy— para que los sustentara.

—¿Es por eso por lo que vienes aquí, por la belleza?

—Por eso, y por otras cosas.

Oyeron la risa de Gilda acercarse desde el otro lado de la celosía. Violet intentó pensar en algo que decir sobre Gilda, pero todo lo que se le ocurría le parecía indiscreto.

—¿Irás a casa de tus padres por Navidad? —preguntó, y enseguida se avergonzó de la insulsa pregunta y de su evidente desesperación de conducir la conversación hacia cauces seguros.

Dorothy la ignoró y miró la gran pantalla detrás del altar.

—¿Cómo crees que debieron de sentirse los hombres que tallaron esa piedra cuando se instaló aquí? ¿Se limitaron a ir después al bar y se dijeron unos a otros «Buen trabajo»?

—Tal vez dijeran: «Dulcius ex asperis».

Dorothy aplaudió.

—¡Bravo! La mejor de la clase.

En aquel momento aparecieron Gilda y los niños en el pasaje abovedado sur, mientras al mismo tiempo Arthur Knight entraba desde el norte. El corazón de Violet se disparó y empezó a latir tan fuerte que le dolía el pecho.

—¡Tía Violet, hay estrellas y flores en el suelo, allí! —gritó Marjory.

—¡Arthur! —exclamó Gilda—. ¿Qué haces aquí?

Siguieron avanzando hasta encontrarse en el centro junto a Violet y Dorothy.

—He venido a echar un vistazo antes de la misa —le contestó Arthur—. ¿Has secuestrado a unos niños?

Gilda apretó las manos de Marjory y Edward.

—En efecto. Me los he llevado al trascoro, pero ahora tengo que devolvérselos a su tía.

Arthur se volvió hacia Violet.

—Hola de nuevo, señorita Speedwell. Ha pasado algún tiempo desde nuestro último encuentro.

—Sí. Hola, señor Knight —dijo Violet estrechándole la mano que le ofrecía, incómoda por la formalidad de su saludo.

—Las baldosas medievales que habéis visto allí eran magníficas, ¿verdad? —le dijo Arthur a Marjory.

Ella asintió.

—Las visito a menudo. ¿Te gustaría ver otra cosa interesante?

—Sí.

Los acompañó hasta la inscripción hære y coppar era jurao canpanero.

—¿Puedes leer eso? —dijo señalándola.

Mientras Marjory miraba perpleja las letras bastante grabadas, Arthur le susurró a Violet:

—Es la inscripción de la que le hablé.

—Sí, la encontré. Y he visto otras en el trascoro.

—¿En la capilla del obispo Gardiner?

—Sí. ¡Incluso en su estatua! Y en otros lugares. Empiezo a verlas por todas partes.

Gilda los observaba asombrada.

—La señorita Speedwell está interesada en las campanas —le explicó Arthur.

—¿En serio?

—Sí, subió a la sala de cuerdas.

—¿De verdad? —exclamó Gilda lanzándole una mirada perspicaz a Violet—. No me lo había dicho.

—Tía Violet, ¿podemos ver también las campanas? —preguntó Marjory.

—Cuando seas un poco mayor, quizá, cariño. Hay que subir muchísimos escalones para llegar hasta ellas. —El corazón de Violet seguía golpeando con fuerza.

—Siempre he admirado las campanas —dijo Dorothy—. Aportan espacio a la vida.

Arthur sonrió.

—En efecto, señorita...

—Jordan —dijo Gilda—. Señorita Dorothy Jordan.

—Como la actriz.

—¡Sí! No sabía que fueras al cine, Arthur.

Arthur parecía sorprendido.

—Me refería a la amante de Guillermo IV. A finales del siglo xviii.

—La señorita Jordan enseña latín en la escuela femenina del condado de Winchester —explicó Gilda—. Y hace cojines y reclinatorios, como Violet y yo.

—Ah, cojines y reclinatorios. Me gustaría ver más de cerca esos cojines. He visto algunos reclinatorios.

—En estos momentos solo hay reclinatorios. Cuando estén listos los cojines, los pondrán todos a la vez, para causar un mayor impacto. Probablemente en febrero. Uno de ellos es de Dorothy.

—¿Ha visto el reclinatorio de la tía Violet? —Marjory lo cogió y se lo enseñó a Arthur. Violet hubiese querido besarla.

—No, no lo había visto. —Arthur cogió el reclinatorio y lo examinó sonriendo—. Me gustan las bellotas —dijo tocando una cáscara.

—¡Mirad a los niños! —gritó Edward.

Los bancos del coro se estaban llenando de jóvenes coristas vestidos de negro del Winchester College. Marjory y Edward se los quedaron mirando, sobre todo a los más jóvenes, que no eran mucho mayores que la sobrina de Violet.

—Deberíamos regresar —les dijo a los niños.

Se los llevó escaleras abajo de vuelta a la nave, mientras los demás los seguían. Algunas filas más adelante vio a William Carver, Keith Bain y algunos otros campaneros. Keith Bain la saludó inclinando la cabeza.

—Hemos tocado después de la misa de las ocho —explicó Arthur—. La mayoría de nosotros hemos preferido quedarnos hasta la misa del gallo. Es un servicio especialmente bonito.

—Siento no haber oído las campanas. Estábamos en casa.

Él asintió.

—La lluvia también las amortigua.

Mientras hablaban, el corazón de Violet empezó otra vez a latir con fuerza. Ella quería que se sosegara.

—¿Cuándo volverá a tocarlas?

—La cuadrilla de campaneros tocará mañana a las nueve cuarenta y cinco, pero yo estaré en Nether Wallop. Vendré para dar las campanadas de Año Nuevo.

—¿Tendrá que volver en bicicleta esta noche? ¿Bajo la lluvia?

—Estoy acostumbrado. Me ayuda a aclarar las ideas.

Violet no se atrevió a preguntar nada más, dado que había una nave entera llena de ciudadanos de Winchester y de campaneros presenciando su conversación.

—Feliz Navidad —le dijo mientras se volvía para tomar asiento en la fila de campaneros.

—Lo mismo digo.

—¿Quién era? —preguntó Tom cuando Violet se sentó a su lado. Parecía sospechar algo.

—Arthur Knight. Es un campanero. Una vez subí arriba para ver las campanas.

—¿Con él?

—Con él y con otros. La cuadrilla de campaneros. —Para escapar del tono de Tom, se volvió hacia Gilda, que se había sentado a su lado—. ¿Dorothy va a unirse a nosotros?

—Dorothy no es de las que se unen a nada —contestó Gilda—. Apenas asiste a las reuniones de las bordadoras. Una misa tan grande en la catedral no va con ella.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

Gilda colocó un guante de piel verde botella sobre el otro para que coincidieran, luego los acarició.

—Para verme.

«Estos son de Dorothy», pensó Violet. Un regalo de Navidad. No sabía qué decir. Para alivio suyo, la congregación se puso en pie cuando el deán y los sacristanes recorrían el pasillo hacia el altar. Violet buscó en el programa, mirando sin comprender los villancicos que debían cantar: Adeste Fideles, Escuchad el son triunfal, Oh, pueblecito de Belén.

Cuando empezaron a cantar «Adeste fideles, Laeti triumphantes», ella miró a su amiga. Gilda apretaba los guantes mientras cantaba con voz fuerte y algo desafinada.

Hacía años que Violet no tenía una Nochevieja tan memorable. De niña, le encantaba quedarse levantada y beber leche malteada junto a la hoguera que su padre encendía en el jardín trasero, aunque lloviera o nevara. Con Laurence había bailado hasta que le dolían los pies. Durante la guerra no había celebraciones y, después, todas se hicieron más tranquilas. Violet intentó ir a salones de baile con amigas, pero le parecía que el buen humor era forzado y los recuerdos que traía la noche, demasiado dolorosos. Prefería quedarse en casa con su padre junto a la hoguera que él seguía encendiendo, aunque entonces ella ya bebiera brandi. Más tarde empezó a cuidar de los niños de Tom y Evelyn para que ellos pudieran salir. Todavía no había celebrado ninguna Navidad en Winchester.

Al principio, cuando Gilda la invitó a pasar la noche con ella y otras personas en un pub, Violet dudó.

—Justo antes de medianoche, todos iremos al Guildhall —le explicó Gilda—, uniremos las manos alrededor de la estatua del rey Alfredo haciendo un gran círculo en la High Street y cantaremos el Auld Lang Syne. A veces se puede bailar si aparece una banda. Será divertido.

—¿Vendrá alguien que yo conozca?

—Mi padre y mi hermano. Y Dorothy.

La idea de pasar la noche con Gilda y Dorothy dio que pensar a Violet, pues en su mente resonaba la advertencia de Maureen de que se la asociaría con ellas. Sin embargo, ese año no la necesitaban para cuidar de sus sobrinos, pues Evelyn se sentía cansada por el embarazo y prefería quedarse en casa. Violet no quería quedarse en casa con la señora Harvey y las demás inquilinas, dando formales apretones de mano a medianoche y bebiendo jerez barato. Ni tampoco quería irse pronto a la cama con su botella de agua caliente.

Lo que realmente quería era beber algo con Arthur y verlo tocar las campanas de la catedral. Pero no podía hacer eso.

—Vale. Sí, me gustaría.

Violet no estaba del todo segura de que le fuera a gustar, pero pensó que debía hacer un esfuerzo por demostrar que aceptaba el estado de cosas entre Gilda y Dorothy. No sabía qué palabras utilizar para describir su relación excepto «estado de cosas». No se atrevía a verlo como una historia de amor.

Se puso su vestido de lamé color cobre y se maquilló con esmero. A las diez de la noche, cuando llegó al pub Suffolk Arms en mitad de la High Street, el local ya estaba abarrotado, tanto de mujeres como de hombres. Alguien tocaba High Society Blues en un piano, y Gilda y Dorothy estaban sentadas con un grupo en un rincón, cantando apoyadas la una contra la otra. Cuando la vio, Gilda agitó la mano y le hizo señas.

Violet se abrió camino entre la muchedumbre para ir hacia ellas. Gilda se había ondulado el



pelo y llevaba un vestido plateado con una cintura baja y capas de flecos en la parte inferior; parecía una joven flapper de los años veinte, ligeramente anticuada. Dorothy se había puesto un sencillo vestido negro, con un clip de mariposa en el cabello despeinado: simple y trasnochadamente elegante, si eso era posible.

Joe, el hermano de Gilda, se levantó de un salto, le cedió su asiento a Violet junto a Gilda, y se ofreció a ir a buscarle algo de beber. Ella miró a su alrededor: la mayoría de las mujeres bebían jerez u oporto con limón.

—Me tomaré media pinta de cerveza, por favor.

—¿Una cerveza con limón?

—No, solo cerveza.

El hecho de que pidiera cerveza sin endulzar debió de sorprenderlo, pero él se limitó a asentir.

—Entonces, ¿has dejado a Olive en casa? —le preguntó ella.

Joe la miró avergonzado.

—Solo durante una o dos horas. El pequeñajo no la ha dejado dormir. Es un llorón.

Violet recordó que Marjory también había llorado mucho de bebé y que por ello Evelyn tenía una expresión demacrada que ni los polvos ni los pintalabios podían enmascarar. Por un momento, sintió lástima por la espantosa Olive.

Gilda le presentó a algunas personas de distintas edades, en su mayoría vecinos del barrio. Violet olvidó enseguida sus nombres, pero eso no importaba. Con una bebida delante y un asiento que le permitía ver gran parte de la sala, se puso cómoda y observó las idas y venidas sin apenas participar, como mera espectadora. Gilda y Joe, en cambio, se apuntaban a las bromas, los gritos y las canciones. La sala se fue llenando cada vez más de humo y de gente desesperada por pasárselo bien. Violet intentaba no sobresaltarse cada vez que alguien soltaba una carcajada. Miró a Dorothy: tenía los ojos cerrados, pero sonreía.

Tras la segunda media pinta de cerveza, que le trajo el padre de Gilda, Violet empezó a relajarse tanto que cuando el pianista —un hombre calvo con el rostro rojo y una importante barriga— empezó a tocar *Let's Do It*, se puso a cantar ella también. Gilda y Dorothy se mecían juntas en sus sillas al ritmo de la música y Gilda puso su brazo alrededor de Violet haciendo que se moviese con ellas mientras cantaban.

Cuando el pianista empezó a tocar canciones más rápidas, la gente salió a bailar. Y cuando empezó a sonar *If I Had You*, el padre de Gilda sacó a Violet a la pista de baile. Había poco espacio y acabaron meciéndose y sonriéndose. Aunque era algo embarazoso, Violet sintió que formaba parte de las celebraciones.

Gilda y Dorothy bailaban juntas, lo cual no era tan infrecuente. Desde la guerra y debido a la falta de hombres, las mujeres solían bailar juntas sin que nadie se sorprendiera o molestara por ello. Lo habitual era que bailaran rápido o muy serias y formales, con las espaldas erguidas y las manos cuidadosamente colocadas. Gilda y Dorothy no hacían nada de eso. Era imposible bailar enérgicamente entre la muchedumbre, pero ellas no se mantenían tiesas ni estiradas. Por el contrario, se agarraban de las manos, palma contra palma, con los dedos entrelazados, y se mecían hacia delante y hacia atrás, el fleco del vestido de Gilda relucía, se cantaban la una a la otra sobre montañas nevadas e inmensos océanos y ardientes desiertos que no suponían un obstáculo para el amor verdadero. La horquilla de mariposa de Dorothy se había soltado y colgaba precariamente

de la maraña de su pelo. Violet sentía la tentación de acercarse y rescatar a la mariposa de ser aplastada por los pies de los entusiastas bailarines, pero había mucha gente y ella no quería atraer las miradas, así que se quedó donde estaba e intentó no mirarla fijamente.

Las dos mujeres tenían algo de dulce e infantil. Nadie excepto Violet parecía darse cuenta de lo íntimo que era su baile y, en un momento dado, Gilda la saludó con la mano, como si a la vez le agradeciera y la amonestara por observarlas.

«Esto es amor», pensó Violet, y no supo si la horrorizaba o le gustaba. Sabía que había mujeres como ellas. Había oído comentarios sobre amistades malsanas que se creía que eran el resultado de la falta de hombres, una alternativa a la soltería. Sin embargo, cuando Gilda y Dorothy estaban juntas, ella no sentía nada de eso. Parecían estar hechas la una para la otra.

Violet se dio cuenta de que había dejado de bailar y que se había quedado quieta cuando el padre de Gilda se movió solo, avergonzado. Entonces, el pianista empezó a tocar una canción lenta: *Love Is the Sweetest Thing*, el último éxito de Al Bowlly que sonaba todas las noches en la radio. La muchedumbre en masa empezó a cantar la canción:

El amor es lo más dulce,  
Qué otra cosa podría traer  
Tanta felicidad a todo  
Que una vieja historia de amor

Violet dio las gracias al señor Hill y volvió a sentarse, aunque siguió tarareando mientras se abanicaba, acalorada por la multitud que había agolpada allí. Gilda y Dorothy seguían bailando, ahora más juntas, fluidamente, con las manos en los hombros y la cintura, casi como una pareja. Parecían haber perfeccionado lo cerca que podían estar sin hacer que la gente frunciera las cejas, pues nadie parecía mirarlas.

Cuando acabó la canción, otro hombre se puso al piano y Gilda y Dorothy volvieron a sentarse.

—¿Estás bien? —le susurró Gilda a Violet.

—Sí. Sí.

No le apetecía hablar.

El nuevo pianista tocaba viejas canciones, alentando a los presentes a cantar más. En aquel momento, muchos de los hombres y algunas mujeres ya habían bebido bastante y se volvían más pendencieros y más sentimentales. Por ello no resultó nada sorprendente que el hombre del piano acabara tocando la canción de guerra que Violet menos quería oír. Cuando empezó a entonar los primeros compases de *It's a Long Way to Tipperary*, ella apretó los dientes. La alegría nostálgica e insistente de la canción desentonaba con lo que había sido la guerra para ella. El estómago se le encogía cada vez que la oía al pensar en los soldados —entre ellos George y Laurence— que la cantaban obedientes en las trincheras o cuando los transportaban en trenes hacia el continente.

Sin embargo, ella parecía ser la única que reaccionaba de esta forma tan visceral a la canción. Cuando los hombres que rodeaban el piano empezaron a golpearlo con sus puños mientras bramaban «*Goodbye Piccadilly, Farewell Leicester Square!*». Violet se encogió en su abrigo.

—Salgo a tomar un poco el aire —le dijo a Gilda, y luego se abrió paso entre la muchedumbre hacia la puerta y salió dando un traspié.

Cuando la fresca noche de invierno vino a su encuentro, respiró profundamente y se puso el

sombrero, luego se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo con las manos temblorosas. El humo le llenó los pulmones y la despejó.

Alzó la vista a un cielo salpicado de estrellas, pero sin luna. Unos jueguistas pasaron delante de ella bajando por la High Street. Después oyó las campanas. No eran las fuertes campanadas a las que se había acostumbrado, sino que una ronda sonaba normal, mientras que la siguiente era sorda, como si la estuviera oyendo debajo de un edredón. Se alternaban una y otra vez, ahora fuerte ahora suave. «Deben de estar medio amortiguadas», pensó Violet. Recordó que había oído campanas amortiguadas cuando era joven y el rey murió, y lo extraño que le resultó, como un ruido sordo sin tono.

Miró su reloj a la luz de las ventanas del pub. Las once y media. ¿Seguirían tocando hasta la medianoche? ¿Era Arthur uno de los campaneros? De repente, sintió la necesidad de estar en la sala de cuerdas, por encima de la ciudad. Tal vez alguien en la catedral la dejara entrar, o quién sabe si los campaneros habían dejado la puerta abierta. Antes de darle tiempo a cambiar de idea, apagó el cigarrillo, cruzó la marea de gente y se puso a caminar en dirección opuesta subiendo por la High Street, entonces giró hacia la Market Street, un estrecho callejón que conducía a los jardines de la catedral. Había muchas tiendas con los escaparates aún decorados con motivos navideños, acebo, pesebres y copos de nieve para Navidad. La calle estaba oscura y por ella transitaban algunas personas. Se cruzó con unas parejas que reían: ¿por qué la gente iba siempre en parejas y por qué reían siempre? Apretó el paso. La posada Old Market estaba en la esquina, y dentro oyó a la gente cantar.

Luego se quedó sola, cruzando el jardín exterior, la catedral se alzaba ante ella, iluminada por los focos, aunque dentro quizá estaría oscura y vacía, puesto que hoy no había misa. Solo había campanadas: ahora sonaban más fuerte, pero aun así medio amortiguadas, como si con una mano le taparan la boca a alguien, pero de vez en cuando se le escapara un grito.

Al pensar en ello, Violet se estremeció ante la imagen y echó a caminar más rápido. Entonces oyó pasos e instintivamente supo que era él.

Jack Wells estaba silbando Love Is the Sweetest Thing y lo hacía para que Violet supiera que había estado en el pub con ella, probablemente se había pasado la noche mirándola sin que ella lo supiera, y ahora la estaba siguiendo. Era como si estuviera de nuevo en el campo de maíz, repasando los mismos pensamientos y tomando las mismas decisiones. Le costaba contenerse para no caminar más deprisa, pero ella no quería demostrarle que le tenía miedo. «Ahora la ha echado a perder —pensó—. Ha destrozado una canción que me gusta».

No había nadie en el jardín exterior, solo ella y el hombre del maizal acercándose a la catedral, achaparrada y oscura, con la sola compañía del sonido de las campanas amortiguadas para reconfortarla y guiarla.

La secuencia de tonos se metamorfoseó en la escala descendente, que se repitió varias veces, para luego enmudecer. La repentina deserción de las campanas era más de lo que Violet podía soportar y entonces echó a correr.

En esta ocasión llevaba tacones, en lugar de los botines que calzaba en el campo de maíz, y hacía mucho ruido. Pero también sabía hacia dónde se dirigía y cuánto faltaba para llegar. Y lo sorprendió. Cuando él se dio cuenta y se puso a perseguirla acelerando el paso, Violet ya había doblado la esquina de la catedral y se había introducido en el estrecho pasadizo que llevaba al jardín interior. Por desgracia, tampoco allí había ni un alma, puesto que el lugar estaba alejado de las celebraciones de Nochevieja que atraían a la gente. Violet podría haber girado a la derecha y

atravesar corriendo el empedrado y las estrechas callejuelas hasta el pub Wykeham Arms, pero él la hubiera alcanzado antes de que llegaran al pub. No era seguro.

Siguió corriendo en paralelo a la catedral, hacia el túnel que llevaba al transepto sur, donde había una puerta que daba al campanario, «la entrada de los mercaderes», la había llamado Arthur. Había pasado una vez o dos por delante de ella mientras paseaba. La entrada al túnel era una gran boca negra, pero no podía titubear. Se metió dentro, oyendo el eco de sus pisadas, mezcladas con las de él, pues la estaba alcanzando. Violet esperaba que aquellas manos la agarraran en cualquier momento. Se volvió hacia donde pensaba que estaba la puerta y se golpeó el tobillo contra el escalón de la entrada.

—¡Ay! —gritó, y entonces encontró el pomo de metal en forma de corazón y tiró de él. La puerta estaba cerrada.

Violet empezó a gemir mientras giraba el pomo hacia los lados. La oscuridad era total, puesto que estaban lejos de las farolas. Entonces se acordó de una cosa que Keith Bain había dicho sobre esa entrada. Había una llave de repuesto escondida, si tan solo pudiera encontrarla. Acarició con las manos las paredes de piedra situadas junto a la puerta, palpando las grietas en el mortero.

Las pisadas de Jack Wells se habían ralentizado. Debía de haber notado que su presa estaba atrapada. Empezó a silbar otra vez la canción.

Entonces, a su derecha, descubrió a tientas un hueco entre dos piedras y tocó algo metálico y frío. Violet sacó la llave y, con las manos temblorosas, la insertó silenciosamente en el ojo de la cerradura, intentando concentrarse en lo que estaba haciendo y no en el hombre que se acercaba a ella. Giró la llave y la puerta cedió. Entró muy deprisa y cerró la puerta de golpe en la cara que no pudo ver.

Palpó en la oscuridad para encontrar la cerradura e introdujo en ella la llave desde el interior. Jack Wells empujó la puerta, y Violet se lanzó contra ella con todo su peso, hasta que logró girar la llave. Se quedó quieta apoyada contra la puerta, intentando calmar su respiración para poder oírlo. Él movía el pomo y maldecía. Después se puso a cantar suavemente la letra de *Love Is the Sweetest Thing*: «Esta es la historia que nunca cansará. / Esta es la canción que nunca acabará».

Violet se dio la vuelta y subió a ciegas las escaleras que giraban y giraban en una espiral estrecha, sintiendo las paredes de piedra muy cerca de ella. Se arañaba los dedos en la fría piedra para no perder la noción de dónde estaba e intentaba escuchar lo que dejaba detrás, pero el corazón le latía tan deprisa y su respiración era tan jadeante que tapaban cualquier sonido que pudiera hacer su perseguidor. Ella seguía subiendo, con creciente lentitud, extrañándose de no haber llegado aún arriba. Por fin, las últimas escaleras curvadas se iluminaron delante de ella y llegó al triforio; a continuación había otro tramo de escalera estrecha y empinada que conducía a la sala de cuerdas. Hasta entonces, Violet no se había parado a pensar qué haría después de llegar hasta Arthur y de pronto se detuvo en seco, preguntándose qué harían los campaneros al verla a ella, alborotada y aterrada, irrumpiendo en su pequeño y ordenado mundo, por encima de Winchester.

Sin embargo, no tenía elección. Siguió subiendo e hizo una pausa al llegar a la puerta superior, estaba jadeando. La cuadrilla de campaneros estaba reunida, todos con trajes y chalecos. William Carver miró por encima de los demás y la vio, y entonces ella tuvo que dar un paso hacia la luz. Los campaneros se volvieron todos de golpe y se la quedaron mirando. Alguno de ellos incluso soltó una exclamación. Era como si hubiese aparecido un fantasma.

Arthur se le acercó deprisa.

—Violet, ¿qué pasa?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de hablar. Arthur la cogió del brazo.

—Ven aquí y siéntate.

La condujo hasta las sillas situadas junto a la pared, donde se había sentado aquella vez a escucharlos tocar.

—Arthur, esto es totalmente inadmisibile —declaró William Carver—. Sabes que la visita de cualquier persona debe ser aprobada de antemano por el capitán del campanario.

—No esperaba ninguna visita —le respondió Arthur—. Es evidente que se trata de una emergencia.

Se oyeron unas pisadas, y Violet se quedó petrificada. Pero eran Keith Bain y unos cuantos más que venían de arriba.

—¡Ya hemos quitado los silenciadores! —anunció Keith, y luego se sobresaltó al ver a la inesperada visitante.

Después de un minuto, Violet empezó a recuperar la serenidad. Cerca de ella había un pequeño calentador eléctrico que zumbaba en el suelo, y había luz y gente. Estaba segura.

Arthur se arrodilló delante de ella.

—¿Puedes decirme lo que ha pasado?

—Jack Wells me estaba siguiendo —explicó—. Por los jardines. Él...

No podía decirle que silbaba la canción de Al Bowlly, hubiera sonado demasiado ridículo. Empezaba a sentir vergüenza.

—Tuve que huir de él. Eché a correr y acabé aquí.

—¿Te siguió hasta arriba?

—No lo sé. No lo creo. Yo sabía lo de la llave escondida y cerré la puerta después de entrar.

—¿Quién le habló de la llave? —preguntó William Carver.

Violet bajó la vista, pues la respuesta era evidente.

—¿Dónde está la llave ahora?

Violet alzó los ojos y vio la mirada furiosa de William Carver.

—Yo... la dejé en la cerradura, creo.

—Iré a por ella —dijo Keith Bain— y me aseguraré de que no haya entrado. ¿Qué aspecto tiene?

—Es de mi estatura —dijo Arthur—. Pelo y ojos oscuros. Fuerte, musculoso.

—No hay tiempo para eso —intervino William Carver—. Gerald está a punto de dar la hora, y después tendremos que tocar las Stedman Cinques. Os necesito a todos. También a ti.

—Cambia a las Stedman Caters con nueve más la tenor —le sugirió Arthur—. Keith y yo no participaremos.

—¿Qué? ¡No puedes hacer esto!

—Por supuesto que podemos. Es evidente que la señorita Speedwell necesita nuestra ayuda. ¿Serías capaz de negársela?

William Carver miraba como si en efecto fuera a negarle a Violet cualquier atención que alejara a sus hombres de las campanas.

Keith Bain los miró a los dos y luego se apresuró a bajar las escaleras.

—Aquí tienes tu respuesta —le dijo Arthur.

—Os voy a multar a los dos —declaró William Carver.

—¿Por qué?

—Por impuntualidad. No estáis listos para tocar las campanas cuando ha llegado el momento, eso es ser impuntual. Un chelín cada uno en el bote. Y otro chelín cada uno por revelar a una persona de fuera la existencia de la llave escondida.

—Yo lo pagaré —dijo Violet, aunque no le sobraban cuatro chelines después de los regalos de Navidad—. Es culpa mía.

—De ninguna manera —contestó Arthur.

—William, ya es la hora —gritó Gerald.

William Carver se dirigió hacia una de las cuerdas.

—A sus puestos, caballeros. Después de la hora, empezaremos a tocar las Stedman Caters —dijo mirando a Arthur.

Gerald empezó a tirar de la cuerda de la campana más pesada para dar las campanadas de medianoche. Cuando se oyó el profundo y sonoro tono, Violet se imaginó que se propagaría por los jardines de la catedral y la High Street hasta la estatua del rey Alfredo, y que luego vendrían la alegría, las canciones y los besos. No deseaba estar allí.

Después del último toque, Gerald detuvo su campana. Luego, tras mirar a los demás campaneros del círculo, William Carver declaró:

—Allí va la aguda. —Y empezó a tirar de la cuerda—. Ya se ha ido.

Se inició la escala descendente. Después de varios minutos de ronda, gritó:

—Adelante Stedman.

Y los campaneros empezaron a tocar.

Violet y Arthur observaban sus movimientos suaves y coordinados. A ella la tranquilizaban y empezó a sentir que recuperaba la serenidad.

—Feliz Año Nuevo —susurró.

—Y para ti también —le contestó y se quedó callado durante un instante—. Me gusta tu vestido —murmuró—. Es muy elegante. Espero no haber dicho nada inadecuado.

—Gracias —le contestó ella.

Violet se pasó las manos por el regazo para alisar la tela estampada con festones. No sabía si él se limitaba a ser amable, pero su cumplido la hizo sonrojarse.

Después de unos minutos, Keith Bain volvió.

—No hay nadie —anunció, sentándose al lado de Violet—. Si estaba allí, se ha ido.

Si estaba allí... Violet se preguntó si Keith Bain ponía en duda su relato. Y sin embargo, ahora que estaba aquí rodeada de la calidez y la luz de la sala de cuerdas, y la calma y vitalidad constante de la cuadrilla de campaneros, no acababa de comprender cómo el hombre del maizal podía haberse acercado tanto a este mundo. ¿Se lo habría imaginado, caminando, silbando y acosándola? Parecía una coincidencia que la encontrara en Nochevieja, en medio de tanta gente y tanta oferta de locales en los que entrar.

Por otra parte, Winchester era la ciudad más cercana al lugar donde él vivía. Tal vez había venido simplemente a celebrar el Año Nuevo y la había visto caminando por la High Street cuando ella se dirigía al lugar donde todos iban a medianoche. Y estaba silbando la canción de Al Bowly porque era popular; todo el mundo lo hacía. ¿O había venido a Winchester deliberadamente para buscarla, porque sabía de dónde era y había muchas más probabilidades de

encontrársela esta noche que no otras? Aquella idea la hizo estremecerse.

—¿Estás bien, Violet? —le preguntó Arthur en voz baja.

William Carver lo miraba con cara larga.

—Ahora sí. Solo estaba un poco nerviosa.

En aquel momento Arthur y Keith Bain volvieron las cabezas al unísono hacia los campaneros. William Carver gritó:

—¡Frank, apártate con la quinta!

Violet se dio cuenta de que algo iba mal, por la respuesta de los hombres. Siguieron repiqueteando, pero miraban con mala cara al pobre Frank, que tiraba de la cuerda sin la seguridad de los demás. Las campanas estaban ligeramente desacompañadas y Violet supuso que una de las secuencias había salido mal.

—¡Otra vez, Frank! —gritó William Carver.

El hombre que se equivocaba estaba sudando.

Violet abrió la boca, pero Arthur alzó una mano y negó con la cabeza.

Al final, las cosas debieron de encarrilarse, puesto que William Carver asintió y Frank se relajó a la vista de todos. Sin embargo, algo se había roto: el mágico método que hacía sonar las campanas de manera fluida había fallado. El ambiente había cambiado: en lugar de un equipo cuidadoso, satisfecho de su trabajo, los campaneros tañían las campanas obedientemente, pero nada más, y ellas sonaban indiferentes, incluso para el oído inexperto de Violet. William Carver no miraba a ninguno de los tres que estaban sentados, pero no hacía falta: Violet sabía que era por su culpa... solo por su culpa. Si no hubiese subido hasta la sala de cuerdas, Arthur y Keith Bain nunca se habrían visto arrastrados a su drama. Ella tendría que haberse quedado en el pub con Gilda y los demás, tendría que haber aguantado que cantaran Tipperary y las demás canciones de guerra que acabarían llegando —Keep the Home Fires Burning, Take Me Back to Dear Old Blighty— y los campaneros habrían tocado las campanas de Año Nuevo sin percances. Quería escapar de la sala, pero sospechaba que aquello no haría sino empeorar las cosas.

Los campaneros volvieron a las rondas y cuando William Carver gritó «Alto», ellos detuvieron sus campanas. Se hizo un breve silencio.

—Esta no ha sido la representación que esperaba de los campaneros en Nochevieja —dijo—. Estoy decepcionado.

—Lo siento, William —empezó a decir Frank—. Estoy...

—No es culpa tuya —lo interrumpió William Carver—. Había distracciones desafortunadas.

Se volvió hacia los tres, haciendo lo imposible por ignorar a Violet, que estaba sentada entre los dos hombres.

—Arthur y Keith, aparte de las sanciones, estaréis sin tocar durante un mes.

Keith Bain empezó a protestar, pero Arthur lo interrumpió.

—Lo comprendo —dijo. Se levantó y se volvió hacia Violet y Keith Bain—: ¿Vamos?

Violet también se levantó.

—Lo siento muchísimo —les dijo a William Carver y a los demás campaneros.

—Señorita Speedwell, creo que este incidente ha sido una prueba para usted, si es que necesitaba alguna —le contestó William Carver— de que la campanología es una actividad que no hemos de tomarnos a la ligera. La concentración exigida para tocar bien las campanas es profunda y frágil. Cualquier distracción puede llevar al desastre. Por ese motivo, mantenemos la sala de

cuerdas cerrada para casi todo el mundo. Los visitantes son la excepción, no la regla. Espero que no vuelva a aprovecharse de nosotros otra vez.

—No, no lo haré. —Mientras lo decía, Violet reprimía las lágrimas. La estaban desterrando del lugar donde más segura se sentía.

—Entonces, os veremos en febrero —dijo Arthur—. Feliz Año Nuevo, caballeros.

Fue el primero en salir y encendió una antorcha cuando iniciaron la bajada por la empinada escalera de caracol.

—Menudo idiota —murmuró Keith Bain mientras descendía por la espiral—. Idiota y pedante. Arthur se detuvo y Violet estuvo a punto de tropezar con él.

—No —dijo él haciéndolos parar en la fría y húmeda escalera—. No, William puede ser muchas cosas, pero no es un idiota. Tiene razón. Se distrajeron por culpa nuestra, y no deberíamos haberlo hecho. Nuestra expulsión es una respuesta perfectamente razonable.

—Lo siento —murmuró Violet.

—No lo sientas. No tenías elección. ¿Qué podría haber pasado si no llegas a subir? Me alegro de que lo hicieras. ¡Me alegro tanto!

Al oír estas últimas palabras se le encogió el corazón.

Cuando llegaron abajo, Arthur la cogió de la mano.

—Tú quédate aquí mientras Keith y yo miramos por los alrededores. Estarás segura detrás de la puerta cerrada.

—Bueno. —Violet no se sentía bien; estaba mareada. Pero no quería causar más problemas.

Arthur le entregó la antorcha y luego abrió la puerta. Violet la cerró firmemente y esperó en el frío, con la luz de la antorcha, que iluminaba poco. El tiempo se le hizo muy largo hasta que volvió a oír la voz de Arthur.

—Todo bien, Violet. Ya hemos vuelto.

—Hemos mirado por todas partes y no lo hemos visto —le dijo Keith Bain cuando ella salió del túnel—. Me imagino que habrá huido.

—Te acompañaremos a casa —añadió Arthur.

—Gracias —le contestó Violet—. No quiero que sepa dónde vivo.

—Ya hemos pensado en eso —dijo Arthur—. Vives en Soke, ¿no es así?

—Sí. No está muy lejos.

—Te llevaremos por la ruta de atrás, que es poco probable que él conozca.

Arthur y Keith Bain le ofrecieron cada uno un codo y ella los cogió.

Empezaron a caminar, pasaron delante del oscuro extremo oriental de la catedral y los jardines que la rodeaban. El sendero se estrechó y giró a la izquierda para acabar en la Colebrook Street, una callejuela con edificios diversos: una rectoría, una escuela y dos hileras de casas adosadas que se abrían directamente a la calle. Violet la usaba pocas veces porque podía caminar por la cercana Broadway, donde había tiendas y mucha animación, y donde no tenía la sensación de pasarse por el salón de nadie. Algunas de las bocacalles llevaban a barrios bajos, sorprendentemente cerca de la opulenta catedral. Ahora había poca gente; los que estaban despiertos seguramente estaban en la High Street o en un pub.

La calle giró bruscamente a la izquierda y al final vio el familiar puente sobre el río Itchen, y a la izquierda, el rey Alfredo sobre su pedestal, desde donde podía oír la música y la gente cantando. Violet ralentizó el paso, luego frenó, obligando a los hombres a detenerse con ella.



—Si está en algún lugar, será donde esté todo el mundo.

—Iré a ver si lo encuentro —dijo Arthur apretándole la mano con la corva del codo, antes de dejarlos atrás en las sombras de Colebrook Street.

Violet apartó la mano del codo de Keith Bain, y permanecieron allí, incómodos. Ella pensó que, probablemente, él recordara que ella había rechazado dar un paseo con él. Para relajar la tensión, le ofreció un cigarrillo. Él lo cogió, sacó su mechero y encendió el de ella y después el suyo.

—Siento mucho todo esto —dijo Violet haciendo un gesto con la mano para abarcarlo todo y consciente de que volvía a disculparse, pese a que no estaba del todo segura de que fuera culpa suya.

—Bah, es igual, gracias a eso hemos tenido una Nochevieja animada.

—Pero no podréis tocar durante un mes.

—Para ser te sincero, me has hecho un favor. ¡En enero hace un frío que pela en el campanario! Esto me proporciona la excusa para acercarme a la chimenea en lugar de que me salgan sabañones en la torre.

Volvieron a callar.

—¿Qué te ha traído a Winchester? —le preguntó Violet, puesto que siempre le había intrigado que un escocés hubiera viajado tan al sur.

Keith Bain exhaló el humo.

—Mi esposa murió de cáncer y yo necesitaba un cambio. Quería poner distancia entre Paisley y yo. Acepté el trabajo que me llevaba más lejos.

—Lo lamento mucho.

—Bueno, todos cargamos con nuestra cruz, ¿no?

Violet pensó en preguntarle más cosas, pero de alguna manera, su respuesta directa parecía haber aliviado la incomodidad.

Estaban apagando los cigarrillos cuando regresó Arthur.

—No hay ni rastro de él —dijo—. Pero avancemos rápido. Es mejor si no miras a la muchedumbre, Violet.

Ella asintió, se bajó el sombrero hasta la frente y volvió a cogerlos del codo. Cuando salieron de su escondrijo, alzó la vista brevemente. Junto a la estatua se había instalado una banda y la gente bailaba. Luego cruzaron el puente, Arthur miraba a su alrededor para asegurarse de que no los seguían.

Unos minutos más tarde, estaban delante de la puerta de la casa de Violet.

—Gracias —les dijo ella—. Gracias a los dos por... bueno, por todo.

—Has tenido una Nochevieja muy movida —le contestó Arthur—. Esperemos que la siguiente sea más tranquila. Mientras tanto, voy a ver qué más puedo averiguar sobre Jack Wells. Me avisarás si te vuelve a molestar, ¿verdad?

—Sí —le contestó ella, preguntándose cómo se pondría en contacto con él si no iba a tocar las campanas durante un mes.

Como si leyera sus pensamientos, él añadió:

—Siempre puedes llamar al pub, y ellos me pasarán el mensaje.

Violet asintió.

—Feliz Año Nuevo, Violet —dijo Keith Bain.

—Lo mismo digo.

Violet les tendió la mano y los dos hombres se la estrecharon, primero uno y luego el otro.

Tienes visita, Violet! —Oyó gritar a la señora Harvey mientras se estaba vistiendo a la mañana siguiente.

Su casera utilizaba su voz normal. Si el que se había presentado ante la puerta hubiese sido un hombre desconocido, su tono habría sido más enfático, más teñido de desconfianza.

«¿Una visita sorpresa de Tom por Año Nuevo?», se preguntó Violet mientras se alisaba el pelo y el vestido, y abrió la puerta de su dormitorio.

Vio a Gilda de pie en el pasillo de la planta baja, retorciendo sus guantes verdes mientras miraba impaciente, determinada y molesta a la vez.

—¡Gilda! —exclamó Violet mientras descendía lentamente la escalera.

—Feliz Año Nuevo, Violet. No tuve oportunidad de decírtelo anoche —añadió su amiga enfáticamente.

—¿Tu hermano lleva el taller de Brooks? —la interrumpió la señora Harvey.

—En efecto.

—¡Ah, ya decía yo! Conocí a vuestra madre cuando aún vivía. ¿Sabes que se crio aquí en Soke? A tan solo unas calles de Brooks, pero el río que pasa por en medio hace que parezcan tan alejadas... Era una chica encantadora —dijo la señora Harvey asintiendo, satisfecha de que Gilda fuera oriunda de Winchester—. Bueno, ahora me voy a casa de mi hija —anunció mientras se ponía el abrigo—. Tendréis que prepararos vosotras mismas el té. Pon un poco más de carbón en la chimenea para tu amiga, Violet. Y quedan algunas galletas Garibaldi. No te lo cobraré, en vista de que es para la hija de Nell Hill.

Acto seguido se clavó un alfiler en el sombrero, con tanto ímpetu que Violet y Gilda sonrieron.

—Pondré a calentar agua mientras tú enciendes la chimenea —propuso Violet cuando se marchó la señora Harvey.

Después se fue corriendo a la cocina para preparar una tetera y serenarse, pues era evidente que Gilda había venido a verla por un motivo, y no era precisamente alegre.

Cuando entró en la sala de estar con la tetera y la bandeja de galletas, Gilda estaba de pie junto a la jaula de los pájaros, observando a los periquitos que saltaban del columpio al suelo y del suelo al columpio. Todavía no se había quitado el abrigo, aunque había dejado a un lado su sombrero y sus guantes. Los guantes de Dorothy. Violet depositó la bandeja y sirvió el té, esperando a que su amiga empezara, pues Gilda era siempre la que iniciaba las conversaciones. Sin embargo, en esa ocasión no habló, sino que se dirigió a uno de los sillones y se sentó junto al fuego con el abrigo sobre los hombros, las manos alrededor de su taza de té, el plato abandonado en una mesita auxiliar.

—Gracias por invitarme anoche —dijo por fin Violet—. Me lo pasé muy bien.

Gilda tenía el rostro demacrado; daba la impresión de no haber dormido.

—Dime, Violet, ¿te consideras una buena amiga mía?

—Yo... —Violet estaba a punto de decir que no sabía a qué se refería Gilda, pero se contuvo. Aquella era una pregunta seria que exigía una respuesta adecuada y no la consabida réplica—. Me caes muy bien, pero no nos conocemos mucho —le contestó con cuidado—. Hace falta tiempo para establecer un fuerte vínculo de amistad.

—Bueno, pues —contestó Gilda— una amiga a secas, no necesariamente una buena amiga. Pero una amiga no se va de una fiesta de repente sin dar explicaciones.

—Pero si os dije que salía a tomar el aire.

—¡Pero no volviste!

—No. Hubo un... problema. Lo siento. Pensaba explicártelo la próxima vez que nos viésemos.

A Violet le sorprendía que Gilda estuviera tan alterada; que le preocupara lo que había hecho o dejado de hacer ella, cuando en aquel momento estaba tan entregada a Dorothy.

Gilda frunció el ceño.

—No hace falta... te vi. Te vi con Arthur y con otro hombre, el escocés. Cerca de la estatua del rey Alfredo. Ni siquiera te paraste a decirme hola o a desearme un feliz año, nada de nada. Simplemente te escabulliste. Era como si... —Para asombro de Violet, Gilda ahogó un sollozo— ¡como si te avergonzaras de mí!

—No era eso en absoluto. Para nada.

—¿Qué era entonces? Me gustaría saberlo. —Gilda dejó su taza, entrelazó las manos en el regazo y se inclinó hacia delante.

—Fue por Tipperary —le dijo Violet.

A continuación le explicó primero el efecto que la canción había surtido en ella, luego la reaparición del hombre del maizal y su huida hacia el campanario de la catedral y por último el camino de vuelta a casa con Arthur y Keith Bain, y su preocupación por no ser vista.

—Estaba silbando Love Is the Sweetest Thing, y por eso pensé que venía del pub —añadió—. Me preocupaba que pudiera estar junto a la estatua del rey Alfredo y me siguiera hasta mi casa. Por eso no fuimos a buscarte entre la gente.

El rostro de Gilda se suavizó, pero de pronto endureció el gesto: estaba decidida a proteger a los suyos.

—¿Quieres decir que estaba en el pub con nosotros? —exclamó—. ¡Pues bien, no tardaré en encontrarlo! Había mucha gente allí, alguien sabrá quién es. Enviaré a Joe y a sus amigos a que le den una lección. No volverá a molestarte.

Violet se sintió mal ante la idea de que los hombres de Winchester tomaran medidas por su culpa, la hacía sentirse vulnerable.

—No, por favor, no lo hagas. No quiero implicar a Joe. Te lo ruego.

—Hummm —soltó Gilda lanzándole una mirada—. ¿Vas a explicarme lo de Arthur?

Violet sorbió su té, que ya se había enfriado.

—No hay nada que explicar.

Dejó la taza en el plato, con más ruido del que habría querido.

Gilda hizo un mohín.

—Arthur es un hombre bueno. Y es leal. Y está casado.

—Lo sé.

—Entonces no debes mirarlo como lo miras. Te vi en la catedral en la misa del gallo.

Violet buscó los cigarrillos en el bolsillo de su chaqueta de punto y le ofreció uno a Gilda. Necesitaban esa pequeña y reconfortante chispa de fuego en sus manos.

—¿Y qué me dices del escocés? —insistió Gilda.

Violet exhaló una columna de humo.

—Keith Bain —dijo.

—Parecía simpático. ¿Por qué no le haces caso?

—¿Y por qué no le haces caso tú? —Lamentó haber pronunciado esas palabras en el mismo instante en que salieron de su boca.

Gilda pareció encogerse dentro de su abrigo como una tortuga en su caparazón.

—Gilda, lo siento. No quería...

—Por favor, sé amable. Por favor, no me juzgues —susurró Gilda—. Eso es lo que quería decirte.

—Entonces no me juzgues tú a mí.

Su amiga se irguió en su asiento, indignada.

—¡No lo hago!

—Que sí. Estás haciendo conjeturas sobre Arthur y sobre mí.

—Pero... bueno, sí, supongo que sí.

—No hay nada entre nosotros. Somos amigos.

—Escúchame —dijo Gilda inclinándose hacia delante, sus ojos brillaban—. Sé reconocer el amor cuando lo veo. Lo sé. Y allí hay amor, Violet. Puedo verlo.

Violet pensó en lo que había visto entre Gilda y Dorothy la noche anterior y en la catedral; el cordón invisible que las unía. ¿Había surgido también algo así entre ella y Arthur? Debería estar horrorizada, pero para sus adentros se alegraba.

—¿Puedes contarme algo sobre él?

—Solo quieres hablar de él, oír su nombre... Eso es lo que hace la gente que está enamorada.

—Yo podría decir lo mismo de ti con Dorothy.

Gilda suspiró.

—¿Qué quieres saber?

—Me habló del funeral que se celebró justo después de la guerra en honor de un campanero y que al día siguiente se enteró de la muerte de su hijo y también me dijo lo de su mujer, pero sin darme detalles.

A Gilda se le desencajó el semblante.

—Fue terrible para ellos. Durante mucho tiempo, Jimmy fue considerado desaparecido en combate, lo que en cierto sentido es peor que saber lo que en realidad sucedió, puesto que mantienes viva la esperanza. Y la señora Knight esperaba más que la mayoría, incluso después de que acabara la guerra. Creía que Jimmy estaba en un hospital en algún lugar, aquejado de amnesia y sin documentación y que acabaría apareciendo. La mente construye palacios preciosos cuando quiere, ¿verdad? Arthur era más realista, aunque por supuesto también quería apoyar a su esposa. Entonces recibieron una carta que les notificaba que habían encontrado una placa que llevaba Jimmy en el campo de batalla de Passchendaele, dieciocho meses después de que se le diera por

desaparecido. Parece ser... —Gilda contuvo la respiración— que fue alcanzado por fuego de mortero, y que no quedó nada de él. Solo su placa.

Violet se aferraba a la taza. ¿Había combatido Jimmy Knight junto con Laurence en Passchendaele? ¿Habrían patrullado juntos, se habrían encendido cigarrillos el uno al otro, se habrían reído al leer una carta de la familia? Nunca lo sabría.

—Jimmy era un muchacho encantador, ¡tan divertido y amable! — Gilda suspiró—. La pobre señora Knight se tomó muy mal la noticia de su muerte. Es por ello por lo que se mudaron a Nether Wallop. No podía soportar ver la catedral. Arthur no estaba mucho mejor. Durante algunos años dejó de tocar las campanas de la catedral. Por lo visto, no paraba de cometer errores y le pidieron que se tomara un descanso. Pero fue una lástima que dejara de tocar, porque creo que hacerlo le consolaba, le hacía olvidar las cosas. ¿Te has fijado en cómo el bordado puede absorberte tanto que dejas de lado tus preocupaciones? Me imagino que tocar las campanas es lo mismo.

Violet asintió, mientras lo asimilaba. Resultaba difícil imaginarse a Arthur cometiendo algún tipo de error.

—Hizo un gran sacrificio mudándose a Nether Wallop —añadió Gilda—. Arthur empezó a trabajar a media jornada y el año pasado se acogió a la jubilación anticipada para poder cuidar de su mujer. Por eso ya no tiene automóvil: su pequeña pensión no le da para tanto. Por eso lo ves ir a todas partes en bicicleta. ¡Pedalear hasta aquí desde Nether Wallop: veintidós kilómetros con lluvia o con nieve! Tampoco tienen teléfono. Y cultivan la mayor parte de sus frutas y verduras: siempre está cosechando algo.

—¡Cielos! —dijo Violet.

Se acordó de sus tarros de paté de pescado comprados de oferta y el cuello de cerdo barato que compraba en la carnicería para hacer caldo y los sándwiches de berros que comía para el almuerzo. Nunca hubiera imaginado que alguien como Arthur tuviera que preocuparse por el precio de la comida.

Se sirvieron más té, y se dieron cuenta de que sería malsano seguir hablando de Arthur.

—Y dime, ¿Dorothy y tú tenéis planes para el futuro?

—Sí, queremos irnos a vivir juntas a una casa pequeña —le contestó Gilda enseguida—. Lo tenemos todo pensado. Entre las dos podríamos arreglárnoslas. El sueldo de profesora de Dorothy no está mal. En casa empezamos a estar hacinados ahora que Olive ha tenido el bebé. Y seguro que vendrán más. Así que tengo una buena excusa para mudarme. Ya ves, ¡no hay mal que por bien no venga! ¿Quién lo hubiera dicho?

Su entusiasmo delataba lo mucho que deseaba compartir sus proyectos con alguien. Era poco probable que lo hablara con nadie más.

—¿Se lo has contado a Joe y a tu padre?

—Todavía no. Espero el momento adecuado; preferiblemente cuando estemos todos apilados y con el bebé llorando.

—¿Y la familia de Dorothy?

—Sus padres murieron en la epidemia de gripe de 1918, como mamá. Desde entonces, Dorothy ha vivido con su hermana y la familia de ella. Estarán encantados de tener más espacio y una boca menos que alimentar. Y el plan es bueno, ¿no crees? A veces, las amigas viven juntas, ¿no es cierto? —Sonaba como si quisiera convencerse a sí misma.

—Supongo.

Se quedaron en silencio, fumándose sus cigarrillos. Gilda tomó un trocito de galleta y se echó a reír.

—¿Por qué lo habré hecho? ¡Odio las Garibaldi!

Resultaba evidente que todavía estaba nerviosa y Violet buscó una manera de tranquilizarla. Era difícil puesto que ella misma estaba incómoda. De alguna manera, durante aquella conversación, su relación con Arthur había acabado vinculada a la de Gilda y Dorothy. Si expresaba asombro, consternación, disgusto o cualquier sentimiento negativo, este sentimiento le rebotaría de inmediato. ¿Cómo había sucedido eso?

Se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño y que eso hacía que Gilda lo frunciera también. Así que formuló la primera pregunta sincera que se le ocurrió.

—¿Desde cuándo te sientes así?

—¿Sobre Dorothy o en general?

—Ambas cosas.

—Lo supe en cuanto conocí a Dorothy hará un año en una sesión de las bordadoras. He tardado un tiempo en ganármela. Nos volvimos a encontrar en verano en el castillo de Corfe.

—Cerca de Swanage.

—Sí. Y fue allí cuando las cosas entre nosotras quedaron claras. ¡Es tan distinta a mí! Bueno, ya lo sabes. No es muy habladora, mientras que yo hablo demasiado. Ella sueña despierta, mientras que yo lo controlo todo. Es tan alta y, a su manera, tan atractiva y sofisticada, mientras que yo soy... —Gilda se señaló con la mano—. Pero nada de eso importa con Dorothy.

—¿Y en general? —siguió preguntando Violet porque estaba realmente interesada.

Gilda la observó.

—Toda mi vida.

—Así que...

—Así que todas esas cosas que habrás oído: que las mujeres lo hacen porque no pueden conseguir un hombre, que lo que hacen es contra natura, que son unas desesperadas, desdichadas e histéricas porque no han hecho... eso. El acto sexual. Nada de eso tiene que ver conmigo. No sé por qué, y no sé si es antinatural, pero es como soy.

—¿Lo sabe tu familia?

Violet intentaba imaginarse la reacción de su madre si se diera semejante noticia en su familia, o la de Tom o Evelyn. ¿Cómo explicarían esa relación a Edward y a Marjory? Y entonces lo comprendió: sucedería lo mismo que si tuviera una relación con un hombre casado.

—Si lo saben y no han dicho nunca nada, que Dios los bendiga. Creo que no quieren saberlo. —Gilda hizo una mueca—. Olive ha sido el problema. Nunca dice las cosas abiertamente, se limita a insinuar: hace gestos a espaldas de Dorothy, no me deja coger al bebé. Creo que todos se sentirán aliviados cuando me vaya, aunque no sepan del todo por qué.

Violet pensó en lo buena que había sido Gilda con su sobrina y su sobrino en la catedral.

—¿Y qué pasa con los niños?

Gilda se encogió de hombros para restarle importancia, aunque su gesto de indiferencia no resultó convincente.

—Tengo treinta y cinco años. Ya es demasiado tarde para mí, así que tampoco importa realmente, ¿no crees?

—Treinta y cinco no es demasiado tarde para tener un bebé.

—Lo es si no vas a casarte.

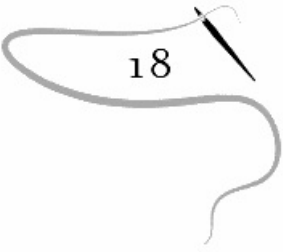
Permanecieron un rato en silencio, mirando el carbón que se quemaba en la chimenea.

—Así que volveré a hacerte la misma pregunta que te hice al llegar —dijo por fin Gilda—. ¿Eres una buena amiga?

Era el momento en que Violet debía decidir. Se quedó mirando fijamente las ardientes brasas que se desmoronaban sobre sí mismas.

—Sí —contestó con toda la rotundidad que podía o acaso que sentía—. Sí lo soy. Sí.





Enero era siempre un mes sombrío, y el de 1933 lo fue especialmente. Era ya pleno invierno, los árboles estaban desnudos, la tierra dura como el acero o empapada, y el tiempo entre frío y húmedo, pero siempre gris. No había fiestas a la vista con las que distraerse, solo la sensación de que toda la energía se había concentrado en la Navidad y que ahora tenían que salir adelante de alguna manera, aunque estuvieran agotados. Violet recordó que antiguamente la gente almacenaba víveres y se pasaba el invierno durmiendo, comiendo y esperando. A pesar de la refrigeración y de las tiendas donde se podía comprar comida a lo largo de todo el año, a veces, en enero, se sentía como si estuviera subsistiendo como hicieron sus antepasados, esperando que volviera a salir el sol que la relajaría con su calor, y aguardando los primeros brotes de la primavera, que le darían la tranquilidad de que seguía viva.

Su cuarto en casa de la señora Harvey era tan frío que las noches que no iba al cine se sumaba a las demás inquilinas y se quedaba sentada en la sala de estar. Todas pagaban por el carbón, pero la señora Harvey no podía soportar que sus periquitos pasaran frío, y añadía carbón adicional para que la sala se calentara lo suficiente. Violet leía o bordaba con la radio puesta, mientras la señorita Frederick corregía redacciones, la señorita Lancaster permanecía sentada con los ojos cerrados y la señora Harvey hacía punto o leía el periódico y sacudía la cabeza mientras oía la radio. Lo hacía siempre que escuchaba las noticias, fueran buenas o malas: muertes en España a raíz de las protestas políticas, la aviadora Mary Bailey rescatada después de que su avión se estrellara en el Níger, el partido nazi saca buenos resultados en las elecciones regionales en Alemania. Para ella, todo venía a ser lo mismo, como una especie de electricidad estática que salía de la radio, sin jerarquía en cuanto a importancia.

Resultaba bastante agradable sentarse juntas, con el sonido de los periquitos de fondo, pero a veces la cercanía, noche tras noche, junto a personas con las que tenía tan poco en común volvía irritable a Violet y le provocaba una sensación de claustrofobia. Cuando oía el titubeante rascar de la pluma de la señorita Frederick mientras corregía las redacciones de sus alumnas, le entraban ganas de gritarle que fuera más segura; y se estremecía con los esporádicos ronquidos de la señorita Lancaster. Sin embargo, hacía tanto frío en su cuarto, que solo se metía en él para dormir con una botella de agua caliente. Por Navidad, Tom y Evelyn le habían regalado, además de un ejemplar de la Warren's Guide to Winchester, una botella de brandi. Empezó tomando una copita cada dos noches, pero a mediados de enero y después de interminables rascados y ronquidos, necesitaba dos copas cada noche, tras lo cual, por la mañana, se despertaba con dolor de cabeza.

La oficina también era demasiado fría y sombría. Violet y Maureen tenían un pequeño radiador de infrarrojos para ellas dos y acercaban a él sus máquinas de escribir para poder compartir el escaso calor que emitía. Violet mecanografiaba con el abrigo puesto y siempre tenía al lado una taza de té. Aun así le salieron sabañones en los dedos que le recordaban a la sala de cuerdas y lo

que había dicho Keith Bain sobre el frío que hacía allí. Seguro que a los hombres que hacían sonar las campanas les estaban saliendo sabañones en los dedos de los pies.

Solo la casa parroquial en el jardín interior parecía ser lo bastante cálida. Tal vez la señorita Pesel hubiese llegado a un acuerdo con el deán Selwyn, pues siempre había carbón de sobras y, a veces, encendían la chimenea antes de que las bordadoras empezaran, para que, cuando ellas llegaran, la sala ya se hubiese caldeado lo suficiente y pudieran quitarse los abrigos y coser bien sin necesidad de detenerse para calentarse las manos.

Las mujeres trabajaban duro para acabar sus labores a tiempo para el siguiente servicio de presentación de bordados en febrero. Algunos de los almohadones para la sillería del coro ya casi estaban listos, sus escenas históricas en petit point formaban un entorno colorido. Docenas de reclinatorios ya estaban acabados y se estaban confeccionando largos cojines para los bancos, pero eran complicados y la señorita Pesel insistía en no presentarlos todavía y poner más cuidado en ellos, aunque eso implicara dedicarles más tiempo.

—Todos los ojos estarán puestos en esos cojines —declaró—. Si los hacemos mal, fracasaremos.

Para sorpresa de Violet, Maureen había avanzado lo suficiente para trabajar en los cojines largos.

Por su parte, ella no participaba en ninguna de esas cosas. Después de un reclinatorio y muchos metros de cenefa, se alegraba de que Louisa Pesel la hubiese elegido para hacer bolsas de limosna del tamaño de una mano que los congregantes se pasaban entre las hileras de bancos durante la misa para hacer sus ofrendas. En la iglesia de San Miguel de Southampton utilizaban un plato para tal fin, y a Violet siempre le había resultado humillante que se pudiera ver qué donativo hacía cada cual. Con una bolsa de limosnas resultaba más discreto. La señorita Pesel ponía especial interés en que fueran bonitas y llamativas.

—Las bolsas de limosnas se verán más aún que los reclinatorios y que los cojines —les explicó a Violet y al resto del equipo para las limosnas que había reunido—. Pasarán de una mano a otra, y la gente se parará para mirarlas de cerca. Examinarán los colores, los patrones y las texturas. Si estos elementos se combinan con éxito, les darán placer. Y el placer se traduce en... —Se frotó el pulgar y dos dedos, y se rio al ver las caras de sorpresa—. Bueno, bueno, no pensaréis que la catedral se sostiene de la esperanza y del aire, ¿verdad que no? No es solo un edificio: es una máquina enorme, o una pequeña ciudad, con piezas móviles complicadas que necesitan mantenimiento. La catedral tiene muchos voluntarios como vosotras, pero no puede depender solo de ellos. Hay que pagar al deán y a los sacristanes, y a los capellanes, a las limpiadoras y a los albañiles y a los jardineros. Y calentar la catedral, encender las luces, limpiarla y mantenerla cuesta dinero. Hay que comprar los devocionarios y los himnarios, e imprimir las hojas para los servicios. Hay que pagar la cera de abrillantar, las velas y las flores y arreglar las sillas cuando se rompen y el tejado cuando gotea. Y la catedral no recibe dinero del gobierno. Tiene que pedirlo a sus feligreses una y otra vez en cada servicio. Y esa será la función de vuestras bolsas de limosnas: recordarles la belleza del lugar, el amor y el cuidado que se han puesto haciendo cada ventana, cada columna, cada capilla y baldosa, y, en efecto, cada bolsa de limosnas, tan hermosa que eleva los espíritus y abre los monederos.

Debían confeccionar cuatro series de catorce bolsas en los cuatro colores litúrgicos de la catedral utilizados a lo largo del año: verde para el Tiempo Ordinario, Pentecostés y el domingo de Trinidad, rojo para antes de Adviento, morado para Adviento y Cuaresma, y blanco para la

Navidad, la Epifanía y la Pascua. A Violet se le había asignado el morado («Bueno, no podría haberle dado a Violet ningún otro color, ¿verdad?», había dicho con una sonrisa la señorita Pesel). Los dibujos bordados eran distintos a los de los cojines y reclinatorios, y se basaban en viejas bolsas y muestrarios isabelinos de la colección del Museo Nacional de Arte y Diseño Victoria y Alberto con los que estaba familiarizada Louisa Pesel, aunque se les daba un toque geométrico.

—Soy una acaparadora —les explicó a las bordadoras— y robo los diseños de todo tipo de lugares. ¡Incluso he llegado a copiarlos de paquetes de detergente!

En su mayoría se hacían con punto de cruz en diagonal, casi siempre con un patrón de cuadrados y diamantes, con diamantes húngaros realizados con puntos negros y blancos alrededor de los bordes. Se habían fabricado unas asas metálicas en forma de nudos celtas especialmente para las bolsas, a fin de que se sostuvieran por el nudo, con la bolsa colgando por debajo y la boca abierta y lista para recibir la limosna, mientras la mano del donante era acariciada por el forro que la señorita Pesel había insistido en añadir, pues era otra manera de hacer que el acto de donar resultara placentero.

Una noche, Violet estaba trabajando con su bolsa de limosnas junto a la chimenea de la sala de estar con las inquilinas, excepto la señorita Lancaster, a la que habían trasladado temporalmente a Portsmouth para un juicio. En la radio, la orquesta sinfónica de la BBC tocaba una obra de Elgar mientras los periquitos contribuían piando de vez en cuando. Las campanas de la catedral sonaban en la distancia, puesto que era un miércoles por la noche durante el cual se practicaba. La señorita Frederick estaba sentada a la mesa, donde todas las mañanas desayunaban huevos pasados por agua, corrigiendo una pila de exámenes. Tenía el pelo desaliñado y las manos manchadas de tinta. Cuando suspiró por tercera vez, la señora Harvey exclamó:

—¿A qué vienen tantos suspiros, jovencita?

—Tengo el doble de trabajo —se quejó la señorita Frederick—. ¡Y la mitad en latín! Una de las profesoras se ha ido de repente y yo he tenido que hacerme cargo de algunas de sus clases. Mi latín está muy oxidado, ¡no es mucho mejor que el de las alumnas!

Violet dejó de bordar. Sintió como si le cayera una piedra en el estómago. Empezó a formular mentalmente una pregunta inocente, pero la señora Harvey, que tenía olfato para los escándalos, se le adelantó.

—¿«Se ha ido de repente», dices? —dijo soltando chasquidos de desaprobación, puesto que todo el mundo sabía lo que eso significaba; igual que el hecho de que Olive dejara la compañía Southern Counties Insurance de repente.

—¡Oh, no!, no es eso —le contestó la señorita Frederick—. Para nada. ¡Si acaso, todo lo contrario! —Se sonrojó y se echó a reír.

Era una risa sucia y hastiada que Violet no se habría imaginado nunca de una persona tan sumisa.

Incluso la señora Harvey la miraba sorprendida.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—¿Cuándo se ha marchado? —intervino Violet.

—Hoy —le contestó la señorita Frederick a Violet, puesto que era la pregunta más fácil—. Me han pasado estos textos para corregir, y me encargaré de la mitad de sus clases hasta el final del trimestre, a no ser que logren encontrar a un sustituto antes. ¡Y ni hablar de una paga extra por todo el trabajo adicional que hago! Supongo que no podrás impartir clases de latín, ¿verdad? —dijo

mirándola con desesperación.

Violet negó con la cabeza, mientras tragaba porque notaba que la cena se le subía a la garganta. «Aquí hay varias escuelas femeninas —pensó— y varias profesoras de latín». Pero sabía de quién se trataba.

Cuando oyeron el golpe en la puerta, solo Violet podía tener motivos para conectarlo con lo que acababa de contarles la señorita Frederick. Y, no obstante, todas lo dedujeron y se miraron unas a otras. La señorita Frederick incluso levantó los pies alarmada y dejó los exámenes que estaba corrigiendo sobre el asiento de la silla contigua, que luego empujó para que quedaran escondidos debajo de la mesa.

—¿Quién demonios puede ser a estas horas? —murmuró la señora Harvey—. ¡Son casi las nueve!

—Ya voy yo, señora Harvey —dijo Violet.

—No. Soy la única que abre la puerta —dijo la señora Harvey poniéndose en pie y desapareciendo por el pasillo.

Violet agarraba su bordado. Tras un instante, oyó gritar a la casera:

—Es la hija de Nell Hill que viene a verte, Violet. ¡La segunda visita este mes!

La señorita Frederick la miraba fijamente. Violet le hubiera soltado alguna frase aguda y cruel, pero no se le ocurrió nada que fuera lo suficientemente inteligente. Dejó de lado su labor y salió de la habitación, sintiendo la penetrante mirada de su vecina clavada en la espalda.

Gilda estaba en el pasillo, con los ojos enrojecidos y enormes en su fino rostro. Intentaba sonreír y responder a las observaciones de la señora Harvey sobre el frío de la noche.

—Es muy tarde, querida —le decía la casera—. ¿Todo va bien?

—Sí, lamento muchísimo molestarla. Solo quería hablar un momento con Violet sobre... sobre los bordados.

—Ven, subamos a mi cuarto —propuso Violet.

—No hace falta —le dijo la señora Harvey—. Tu habitación estará demasiado fría. Venid a la sala de estar.

—Ya nos arreglaremos.

Su casera las miraba alternativamente, primero a Violet y luego a Gilda, e iba cambiando rápidamente de expresión.

—¿Os traigo un poco de té?

—No, gracias, señora Harvey.

Violet ya no soportaba más las miradas de su casera, así que se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras. Cuando volvió la vista, la señora Harvey tenía la cara larga.

Metió a Gilda a toda prisa en su cuarto y cerró la puerta.

—Siéntate —le dijo mostrándole el sillón y cogiendo el brandi y dos vasos del armario.

Después de poner un dedo en cada vaso, le pasó uno a Gilda y se sentó en el borde de la cama.

—Bebe —le ordenó—. Quiero saber qué le ha pasado a Dorothy —añadió cuando Gilda tomó un sorbo.

Su amiga se estremeció.

—Dios mío, ¿la gente ya está murmurando? ¡Si acaba de pasar! —Su voz se transformó en un gemido.

—¡Chiss! No querrás darle a la señora Harvey más cosas de las que hablar —dijo Violet en voz baja.

Gilda respiró entrecortadamente mientras intentaba recomponerse.

—¿Cómo te has enterado?

—La señorita Frederick, una de las inquilinas, da clases en la escuela de Dorothy. Nos lo acaba de decir. No ha mencionado ningún nombre, así que tú no estás implicada.

—¡Oh, Violet!, no es solo que Dorothy haya perdido su trabajo, es peor. ¡Su familia la ha echado!

—¿Echado de dónde?

—¡De casa! Ahora no tiene adónde ir. La he dejado en el pub Suffolk Arms, donde todo el mundo nos miraba raro. ¡No sabemos qué hacer! —exclamó Gilda llorando.

«¿Por qué has venido aquí?», quería preguntar Violet, pero no lo hizo. Fue hacia la cómoda en busca de un pañuelo.

—¿Podría quedarse contigo un tiempo? —le preguntó a Gilda entregándole el pañuelo.

Gilda sintió un escalofrío y se ciñó el abrigo al cuerpo.

—Papá y Joe han dicho que no. Ellos... saben lo nuestro. Solo dejan que me quede yo y únicamente si acepto no volver a ver nunca más a Dorothy.

—¿Y lo has aceptado?

—¡Por supuesto que no!

La indignación detuvo las lágrimas de Gilda. Por primera vez desde que había llegado, parecía volver a ser ella misma.

—Es decir... no dije ni que sí ni que no. Les dije que ya lo hablaríamos por la mañana.

Se sonó la nariz.

—¿Y dónde creen que estás ahora?

—Les he dicho que había una reunión de bordadoras. Violet... —dijo Gilda mirándola con los ojos enrojecidos—, ¿crees que Dorothy podría pasar la noche aquí? Solo sería por hoy —añadió rápidamente— hasta que encontremos una solución.

Era lo que Violet temía desde que llegó Gilda, de hecho desde que la señorita Frederick había dado la noticia: que ella podría acabar metida en aquel follón.

—Lo siento —le contestó—, pero la señora Harvey tiene unas normas muy estrictas y no permite que se queden invitados a dormir.

Mientras lo decía pensó en la habitación vacía de la señorita Lancaster.

—Podríamos meterla a escondidas después de que se haya acostado.

—No funcionará: es muy sensible a los ruidos. Y ya sabe que algo anda mal, así que estará todavía más alerta. ¿Dorothy no tiene otras amigas a las que pedir ayuda?

—Nadie que pudiera comprenderlo ni que tenga tu amabilidad.

Violet sintió un arrebato de orgullo, aun a sabiendas de que no era tan amable y comprensiva como suponía Gilda.

—Oh, ¿qué podemos hacer? —exclamó su amiga cubriéndose la cara con las manos durante unos instantes, aunque no se echó a llorar de nuevo.

Permanecieron un rato en silencio, tomando el brandi a sorbos. Entonces Violet oyó la escala descendente de campanas de la catedral hasta que la tenor sonó nueve veces.

—Tengo que hacer una llamada de teléfono —anunció—. Mientras tanto, tú distrae a la señora Harvey.

Permaneció algún tiempo junto al teléfono situado en el pasillo, dudando entre la llamada que quería hacer y la que debería hacer. Podía oír a Gilda en la sala de estar, charlando con la señora Harvey y la señorita Frederick. Su voz era un tono más agudo de lo normal y cercana a la histeria. Pero conseguía tapar la voz de Violet para que no se oyera cómo hablaba por teléfono, e incluso hizo reír a la señora Harvey.

Violet deseaba tanto oír la voz tranquila de Arthur al otro lado de la línea, apartado de los dardos o del cribbage, con esa mezcla de sentido práctico y de alegría por oírla.

Pero estaba a veintidós kilómetros de distancia, y era un campanero, y eso era otro mundo. Tenía que confiar en el suyo propio. Descolgó el auricular.

—Por supuesto —le dijo Louisa Pesel cuando Violet acabó de contárselo—. Las bordadoras se cuidan entre sí.

Violet se sintió agradecida de que no le pidiera detalles.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Gilda mientras bajaban por la colina hacia el puente y la High Street, aún heridas por la mirada penetrante de la señora Harvey y sus sombríos comentarios sobre lo tarde que era.

—Solo que Dorothy tenía problemas con su familia y que necesitaba una habitación para una o dos noches. ¿Tiene dinero para pagarla?

—Un poco en el banco. Estaba ahorrando para las vacaciones en verano. Pensábamos ir al Distrito de los Lagos.

Violet podía imaginárselas, subiendo por las colinas, visitando la casa del poeta William Wordsworth, riéndose en los salones de té, remando en uno de los lagos. Sintió una punzada de envidia, hasta que se acordó del terrible estado en el que se encontraban ahora.

En el Suffolk Arms aquella noche todo estaba tranquilo, nada que ver con la Nochevieja. Todos los presentes alzaron la vista cuando Gilda y ella entraron. En la sala había algunos hombres; Violet no pudo evitar buscar al del maizal, pero no estaba allí. El piano permanecía cerrado y en silencio. Dorothy estaba sentada en un rincón oscuro, con los ojos cerrados. Sobre la mesa había una copa medio llena de jerez y un vaso de agua. Alzó la vista cuando se acercaron.

—Hola, Violet —dijo—. ¿Has venido a salvarme?

—Sí —se apresuró a decir Gilda—. ¡Ha sido tan lista!

—No estoy tan segura de eso. De todos modos creo que será mejor que nos vayamos —dijo Violet. Las miradas puestas en ellas la hacían sentirse incómoda—. Tenemos que caminar un buen trecho y es tarde.

—Deja que me acabe esto. —Dorothy cogió la copa de jerez y antes de apurarla dijo—: In vino veritas.

Después levantó el vaso de agua.

—In aqua sanitas —dijo y tomó un sorbo de agua—. De acuerdo, estoy lista para mi siguiente aventura.

Cogiendo la pequeña bolsa que estaba a sus pies, exclamó:

—Via trita, via tuta. Camino trillado, camino seguro, y yo no sigo los caminos trillados.

—Está un poco achispada —susurró Gilda—. ¿Y quién puede culparla?

—Dorothy, ¿has pagado tu bebida?

Dorothy se encogió de hombros y Violet suspiró.

—Voy a saldar la cuenta. Llévatela fuera.

Se había bebido tres copas de jerez, le dijo el camarero a Violet, y el precio de cada copa era su sesión de cine de fin de semana en los mejores asientos. Él esperó hasta que ella hubo pagado y cuando tuvo las monedas en la mano dijo:

—No volváis nunca por aquí. Ninguna de vosotras.

Violet apartó el rostro rápidamente para que él no viera lo conmocionada que estaba. Cuando se unió a las otras dos, que esperaban fuera, cambió el semblante por uno cuidadosamente neutro. Dorothy sostenía el rostro de Gilda entre las manos.

—Nil desperandum —dijo—. Omnia vincit amor.

—¿Por favor, habla en inglés! —exclamó Gilda—. Haces que me sienta como una idiota.

—No desesperes nunca. El amor todo lo vence —dijo Dorothy besándola en la frente—. Horacio y Virgilio.

«Ahora ya estoy del todo metida en su follón», pensó Violet. Hubiese querido dar un paso atrás, dejar que Gilda se llevara a Dorothy al hotel donde vivía la señorita Pesel mientras ella volvía a casa a dormir. «No es lo que haría Arthur —se rió—. Ni la señorita Pesel. Ni Gilda».

Se caló el sombrero sobre la frente.

—Vámonos. La señorita Pesel nos está esperando.

Louisa Pesel vivía en un hotel en St Cross, en el extremo sur de la ciudad. Se había mudado allí hacía un año, cansada de recorrer en bicicleta el camino hasta Twyford, un pueblo situado más al sur.

—Espero encontrar algo más permanente —les explicó mientras estaban sentadas con ella en el cálido salón del hotel, entrando en calor. Ella llevaba una gruesa bata con cuello bordado con patrón geométrico; de Grecia, sospechaba Violet—. Pero el proyecto de los bordados no me ha dejado ni un minuto libre. Sencillamente no he tenido tiempo de buscar. Espero poder mudarme a un lugar más cercano a la catedral. Quiero un jardín grande, para mis iris.

—¿Iris? —repitió educadamente Violet.

—Sí. Iris o lirios. Me encantan. Siempre los he cultivado. En Twyford formé una Sociedad de Iris y mi intención es hacer lo mismo aquí, cuando tenga un jardín. He plantado algunos bulbos para el hotel, unos barbados, otros blancos y otros violetas, pero no estoy del todo segura de que les vaya a gustar cuando salgan el próximo verano.

Gilda y Dorothy estaban sentadas en un sofá, una al lado de la otra, con los tobillos cruzados y las rodillas juntas. Ambas parecían aturdidas y exhaustas, y permanecían calladas. A Dorothy se le había pasado un poco la borrachera durante su frío paseo, y ya no soltaba frases en latín. Violet era la única de las tres capaz de mantener una conversación. Sin embargo, eran pasadas las diez, y ella quería irse a la cama, a leer un libro de Trollope.

—Señorita Pesel... —empezó a decir, preguntándose cómo seguiría.

—Por supuesto, querida, lo siento. Lo último que necesitáis ahora es que os dé una conferencia sobre los iris. Bien, Dorothy —dijo volviéndose hacia ella—, necesitas una habitación para unas cuantas noches, ¿no es cierto?

Dorothy asintió.

—Muchos de los que vivimos aquí permanecemos durante periodos largos, pero algunas de las habitaciones se alquilan por noches. He preguntado al director y hay una disponible. Es muy pequeña, pero eso significa que será más barata. Además, no tienes mucho equipaje, ¿verdad? —dijo echando un vistazo a la bolsa de Dorothy—. ¡Espero que te hayas traído el bordado!

Violet pensó que estaba bromeando, pero cuando Dorothy asintió, la señorita Pesel dijo:

—Bien. Cuando una está alterada, no hay nada como las labores de aguja para calmarse y centrarse. Ahora creo que lo mejor será que dejemos a estas dos muchachas irse a la cama, ¿no crees? Yo me ocuparé de ti y te enseñaré tu habitación. Tengo la llave. Chicas, ¿podréis volver solas a casa? ¿O le pido al director que os acompañe?

—No hace falta, gracias —le contestó Violet.

Louisa Pesel estaba aplicando su dinamismo de bordadoras a esta nueva situación, y —para alivio de Violet— sin juzgarlas o, incluso, sin mostrar auténtica curiosidad por el motivo por el cual Dorothy necesitaba una habitación. Tal vez solo estuviera siendo discreta.

Dorothy se levantó, parecía más animada de lo que había estado en toda la noche. Sonrió a Gilda.

—Dum spiro spero —murmuró.

Louisa Pesel asintió.

—En efecto. Mientras respire, tendré esperanza. Siempre.



Violet no se fue corriendo a ver a Gilda después del trabajo, ni tampoco al día siguiente, para saber cómo estaban ella y Dorothy. El sábado, mientras hacía sus compras en la High Street, no se entretuvo ni buscó a sus amigas, pero en la biblioteca se encontró con Louisa Pesel, que miraba los libros devueltos. Tenía en las manos un ejemplar de La historia natural de Selborne, de Gilbert White.

—Lo releo tan a menudo que más me valdría comprarlo —dijo—. Me alegré mucho de irme a vivir cerca de ese pueblo, después de tantos años de conocerlo por este libro. ¿Lo ha leído?

—Mi padre sí, pero yo no. Debería leerlo.

Entonces, la señorita Pesel le dijo espontáneamente que Dorothy seguía alojándose en el hotel.

—Le he encontrado un pequeño trabajo dando clases de latín a las hijas de unos amigos. Por ahora le bastará.

Violet se preguntó qué sabría ella de las circunstancias que obligaron a Dorothy a dejar su casa y su trabajo. Tal vez no supiera nada y no lo hubiese preguntado. Violet estaba agradecida de que la señorita Pesel se hubiese hecho cargo de este problema sin dudarle; al mismo tiempo se sentía avergonzada por su propia falta de generosidad.

En la reunión de las bordadoras del miércoles, Gilda se presentó con el rostro demacrado y pálido, y aspecto cansado. Cuando se sentó al lado de Violet, susurró:

—Hoy solo vengo yo. Dorothy acudirá los lunes, si es que viene. Por ahora es mejor que no se nos vea juntas.

Incluso esas breves palabras parecieron alertar a las demás bordadoras. El ambiente en la sala cambió: algunas mujeres se miraron enarcando las cejas y Maureen soltó una risita disimulada, aunque se detuvo cuando Violet frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Almorzamos luego? —sugirió, pensando que sería más fácil hablar cuando estuvieran solas.

Gilda asintió, y después de eso su conversación se centró únicamente en el bordado.

—Hemos de tener mucho cuidado —le explicó Gilda mientras comían una tostada con cheddar fundido en el Awdry's—. Antes éramos demasiado despreocupadas, pero ahora... Dorothy no puede acercarse a mi casa ni al taller. No es tanto por papá y Joe, sino por la espantosa Olive. Yo pensaba que el bebé la tendría ocupada, pero la he visto corriendo las cortinas y mirando la calle, sin duda con la esperanza de pillar a Dorothy merodeando fuera.

—¿Qué va a hacer ella?

—¿Dorothy? Empezará buscando una habitación, pero sin trabajo es difícil que una casera se fie. No creo que encuentre otro puesto de profesora en Winchester. Las escuelas se conocen y hablan. Quizá tenga que irse más lejos, a Southampton, Portsmouth o Salisbury. Aunque nadie la contratará a mitad de curso. En el mejor de los casos, podrá hacer alguna suplencia y dar clases

particulares. La señorita Pesel es una santa, pero ni siquiera ella puede hacer milagros.

Gilda suspiró y Violet sintió una punzada al ver que su amiga había perdido la alegría de vivir.

Después, Gilda volvió al taller y Violet a la oficina. Maureen ya estaba mecanografiando, con la espalda tiesa de prejuicios. Violet le hizo caso omiso y se sentó junto a su pila de solicitudes. La oficina estaba fría, la estufa calentaba débilmente y ella no se quitó el abrigo.

—Os he visto a las dos en el Awdry's —anunció Maureen.

Violet siguió tecleando sin hacer comentarios.

—Deberías andarte con cuidado, Violet. La gente habla.

Violet hizo una pausa.

—¿Me estás amenazando?

—¡No! No es de mí de quien deberías preocuparte. Quieres conservar tu trabajo aquí, ¿no es cierto?

El miedo atravesó a Violet como una corriente eléctrica. Su independencia, que tanto esfuerzo le había costado alcanzar, dependía de este ridículo trabajo mecanografiando documentos sobre la necesidad de seguridad de las personas.

—Creo que al señor Waterman solo le interesa la rapidez y la precisión con las que tecleo —replicó—, no con quién me como unas tostadas con queso fundido.

Maureen se encogió de hombros.

—Solo intentaba darte un consejo, eso es todo.

—Estás hablando de una amiga mía y te agradecería que no dijeras nada más al respecto.

—No tienes por qué sentirte ofendida —gruñó Maureen.

Volvieron a su trabajo, con las caras largas y soplándose las manos para calentarlas.

Ambas se sobresaltaron cuando el señor Waterman entró por la puerta.

—¿Sería tan amable de acompañarme a mi despacho un momento, señorita Speedwell?

—Por supuesto.

Cuando se levantó para seguirlo, Violet miró a Maureen, esperando ver una expresión triunfal de que su predicción se hubiese cumplido tan pronto. Pero su compañera de oficina parecía abatida y mantenía los ojos fijos en sus manos, que descansaban sobre las teclas de la máquina de escribir.

—Bueno —empezó a decir el señor Waterman después de cerrar la puerta y ofrecerle asiento—, se trata de una cuestión bastante delicada. ¿Se encuentra usted bien, señorita Speedwell? Parece pálida.

—Yo... yo tengo un poco de frío.

—¡Ah! Pero eso tiene fácil solución —dijo él levantándose de un salto y girando hacia ella la estufa que tenía en el suelo cerca de su escritorio.

Violet se la quedó mirando fijamente. «Una estufa para dos mecanógrafas —pensó—. Una estufa para un supervisor». En su interior sintió surgir una furia repentina y antes de poder reprimirse dijo:

—Hace mucho frío en nuestra oficina, señor Waterman, y Maureen y yo solo tenemos una estufa. Es por ello por lo que no nos quitamos los abrigos mientras trabajamos. ¿Podríamos conseguir otra para que nos calentara más?

—¡Oh! Santo cielo, no me había percatado de eso.

El señor Waterman movió los papeles que había sobre su escritorio e hizo caer una taza llena de plumas y lápices.

—¿Le parece bien si compro una en Kingdon's cuando salga del trabajo? —sugirió ella mientras él se apresuraba a recoger las plumas y los lápices volviendo a meterlos en la taza—. Tenemos una cuenta allí, y podría adquirir un modelo como este, creo que por tres libras. —Violet había estado mirando estufas para su cuarto en casa de la señora Harvey, pero no podía permitirse el lujo de comprarse una—. De lo contrario me temo que nuestra productividad descienda mientras se mantenga este frío.

—Bueno, yo... bueno.

Violet esperó.

—De acuerdo, señorita Speedwell —dijo su jefe después de exhalar un suspiro—. Nadie mejor que usted sabe lo que necesitan.

—Gracias.

«Puede que esté a punto de despedirme —pensó—, pero al menos la mecanógrafa que venga después de mí tendrá una oficina algo más cálida». Era una pequeña victoria.

Durante unos instantes permanecieron sentados en silencio. El señor Waterman estaba tan desconcertado con aquella inesperada petición que parecía haber olvidado el motivo por el que la había traído hasta aquí.

—¿Quería usted verme? —le preguntó ella.

—Sí. Sí. Se trata de las chicas con las que borda usted.

Violet tragó saliva. Por lo visto, la historia de Gilda y Dorothy había llegado incluso al rincón de Winchester donde vivía el señor Waterman.

—¿Sí?

—Yo... Esto es muy delicado, verá. No quiero causar alarma o resentimiento. Solo quiero hacer lo que es correcto.

Violet esperó.

—Resulta que mi mujer se ha quedado fascinada con los cojines que hacen ustedes para la catedral.

—Me complace que le agraden.

—Tanto que le gustaría tener algunos de ese estilo para las sillas de nuestro comedor.

—¿Dice... que le gustaría?

—Sí, pero no quiere pedírselo a la señora Biggins. Tuvieron un desencuentro, ya me entiende, sobre el reparto de turnos para preparar los arreglos florales de la iglesia. La señora Biggins opinaba que mi mujer conseguía su turno durante las semanas en que las flores de nuestro jardín estaban en su mejor momento. Sea como fuere, hemos pensado que sería preferible obtenerlos por una ruta diferente. Y eso me ha llevado hasta usted. No me malinterprete, no me cabe la menor duda de que usted y la señorita Webster son muy habilidosas, pero me temo que no podemos pedirles que se encarguen ustedes de hacerlos, puesto que sería inapropiado pedirle eso a un compañero de trabajo. Pero me pregunto si nos puede recomendar a alguien.

Eso estaba tan alejado de lo que Violet esperaba que le dijera, que su mente se congeló en la idea de las dos mujeres peleándose por su propio turno para hacer los arreglos florales.

—Señorita Speedwell, ¿está usted segura de que se encuentra bien?

Violet se sacudió para volver a la realidad.

—Disculpe. Es que me ha cogido por sorpresa. Permítame que me asegure de que lo he entendido bien: ¿está usted diciendo que se ofrece a pagar una bordadora para que le haga unos cojines?

—Sí, sí —respondió el señor Waterman con impaciencia—. Usted siempre piensa en el dinero, ¿no, señorita Speedwell?

Al oírlo, Violet estuvo a punto de perder los estribos, pero no quería desaprovechar la oportunidad que se le presentaba a una bordadora que necesitase ganar dinero. Y ella sabía quién lo necesitaba.

—No es fácil vivir como una mujer independiente —le contestó con toda la dulzura de la que fue capaz—. Me temo que el dinero es lo más importante cuando se tiene muy poco. En cualquier caso, conozco a una bordadora que puede aceptar el encargo. Y no hace falta que impliquemos a la señora Biggins. Si le parece bien, le pediré a la señorita Louisa Pesel que le llame para ponerse de acuerdo con usted en nombre de la bordadora. Ella tendrá una mejor idea del valor del trabajo.

—Excelente —dijo el señor Waterman, avergonzado de su arrebató—. Entonces perfecto. Espero tener noticias de la señorita Pesel. Gracias.

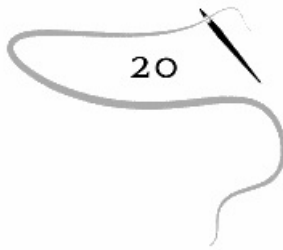
—Salgo un momento a comprar la estufa para la oficina, ¿le parece bien? —dijo Violet mientras se ponía en pie—. Si me doy prisa puedo ir y volver de Kingdon's en lo que se tarda en hacer una pausa para el té.

Dicho esto, se fue corriendo antes de que el señor Waterman pudiera cambiar de opinión sobre los cojines o la estufa.

Cuando entró en la oficina para coger su sombrero, sus guantes y su bolso, Maureen la miró asombrada.

—No te habrá despedido ya, ¿verdad? —gimió—. ¡Pensé que te iba a dar una advertencia, solo eso! Violet, lo siento muchísimo. Sé que Gilda y Dorothy no pueden evitarlo. Si no hay hombres disponibles, no tienen elección, ¿verdad?

—No es eso en absoluto —le contestó Violet con firmeza—. Pero no importa. ¡Vamos a estar calentitas!



El primer miércoles de febrero, cuando Arthur iba a volver a tocar las campanas, Violet asistió por la tarde a una sesión de las bordadoras. Cuando llegó, le sorprendió ver a Dorothy, en lugar de a Gilda, trabajando en silencio en un rincón. Se saludaron con un gesto, pero no se dijeron nada. De hecho, Dorothy se relacionaba poco con las demás bordadoras, aunque en torno a ella, el ambiente era menos gélido que con Gilda. Esta última era popular entre las demás mujeres, así que ellas se sentían más traicionadas por haberse entregado a una persona en la que ya no podían confiar; mientras que Dorothy siempre había sido un misterio y, por consiguiente, resultaba difícil juzgarla.

Al cabo de una hora, apareció Louisa Pesel. Dio unas palmadas para atraer la atención de las presentes y entonces anunció:

—Quince días, señoras. Tenemos quince días para completar nuestro trabajo antes del servicio de presentación de bordados. Vamos bien con los reclinatorios, y las bolsas de limosnas casi están listas. También hemos acabado los bordados para seis grandes cojines, y solo falta montarlos. Hemos avanzado mucho con varios de los cojines para los bancos, pero no estarán preparados para este servicio. No importa, habrá muchos más. Ahora, si tienen trabajos que acabar, les ruego que se concentren en ellos. Si están libres, vengan a verme para que les dé nuevas tareas. La señora Way tomará nota de lo que estamos haciendo.

La señora Biggins ya había dicho casi lo mismo al inicio de la sesión, pero las bordadoras se lo tomaban más en serio cuando venía de la señorita Pesel. Pronto se formó una cola de mujeres deseosas de hablar con ella, mientras Mabel Way se colocaba a su lado con un portapapeles. Violet no necesitaba ir, pues todavía tenía que acabar el segundo lado de la bolsa de limosnas y solo necesitaría consejos cuando estuviera lista para coserlas.

Cuando se dirigió al armario a por más lana morada, allí se encontró a Dorothy buscando agujas. Se saludaron, pero sin mirarse a los ojos.

—Parece que debo agradecerte el trabajo de confección de cojines —le dijo Dorothy mientras sacaba dos agujas de un estuche bordado y las sostenía en alto para comparar su tamaño—. Trabajo remunerado.

—No tienes que agradecerme nada, me alegré mucho de poder hacerlo. ¿La señorita Pesel negoció en tu nombre?

—Sí. Creo que los Waterman no acaban de comprender cuánto tiempo se necesita para hacer un cojín. Pero la señorita Pesel simplificará los diseños para que el trabajo sea más rápido. Además, ahora que ya no tengo que corregir traducciones, dispongo de mucho tiempo por las noches.

—¿Estás bien en el hotel?

—De momento sí.

Dorothy volvió a dejar el estuche en el estante del armario, esbozó una fugaz sonrisa, pasó rápidamente por delante de ella y se puso en la cola para hablar con la señorita Pesel. A pesar de lo incómodos que le resultaban los encuentros con Dorothy, Violet también estaba dolida porque, en cierto modo, había quedado desbancada: ya nadie esperaba que resolviera los problemas de Dorothy y de Gilda. La vida real se había inmiscuido.

Después de la reunión, se coló en la catedral para asistir a las breves vísperas entre semana, pero esperando asimismo poder toparse con Arthur. Desde Nochevieja no lo había visto ni sabía nada de él, y se había pasado gran parte de su tiempo libre regañándose por pensar en él.

Dado que llegaba temprano, se detuvo en la capilla de los Pescadores. Casi siempre había alguien allí, normalmente un pescador que presentaba sus respetos ante la tumba de Izaak Walton. En aquella ocasión, se sorprendió al ver a Arthur sentado en uno de los pequeños bancos que estaban frente a los vitrales que representaban a Jesucristo en un trono, rodeado de santos. Estuvo a punto de llamarlo por su nombre, pero se contuvo y se limitó a sentarse a su lado, haciendo crujir el banco bajo su peso. Él se volvió para mirarla y ella se estremeció al ver que no sonreía y que tenía un aspecto cansado.

—Arthur, ¿qué te pasa? —susurró Violet.

Se hizo una larga pausa.

—Hitler —replicó él sin preocuparse de bajar la voz—. El maldito Hitler es lo que pasa.

No era el tipo de hombre que lanzaba juramentos. «¿Qué quieres decir? —quería preguntarle ella—. ¿Qué tiene él que ver con todo lo que es importante?». Pero a Violet le importaba demasiado Arthur y lo que pensaba de ella, para contestarle de forma tan precipitada. Se concedió un instante para pensar. En la radio había oído que Hitler había sido nombrado canciller de Alemania dos días antes, tras semanas de maquinaciones políticas que ella no había seguido de cerca. Recordaba que habían desbancado a otro político.

—¿Crees que durará? —preguntó, porque eso era lo que sabía, que la gente predecía que un líder tan polémico de un partido minoritario no se mantendría mucho tiempo en el poder. ¿Cómo podía alguien con puntos de vista tan radicales dirigir un país de forma eficaz?

—El hecho de que haya llegado tan lejos es una prueba de su aguante —le contestó Arthur—. Los alemanes buscan una respuesta al agujero económico en el que se encuentran, un agujero que les hemos ayudado a cavar con nuestros planes y tratados sancionadores. Hemos sido muy estúpidos, nos hemos concentrado en la venganza después de la guerra en lugar de resolver el problema para que no vuelva a suceder lo mismo. La guerra hirió también el orgullo de los alemanes, y no les hemos dado ninguna oportunidad para que recuperen su dignidad. Los hemos empujado al extremismo y pagaremos por ello.

—¿Estás sugiriendo que...?

Violet se detuvo porque no quería decirlo en voz alta. Porque cuando has pasado una vez por ello, no puedes imaginar nunca que volverá a suceder.

—Los valores de Hitler no son los valores británicos, diga lo que diga el Mail —declaró Arthur—. Si los alemanes le cogen cariño, nada lo destituirá salvo la guerra.

Violet se estremeció. Pensaba en su sobrino Eddie. Solo tenía siete años, pero las guerras acababan siempre por devorar a los jóvenes. «Gracias a Dios que han tenido otra niña», pensó. El tercer bebé de Tom y de Evelyn había nacido dos semanas antes. Le habían puesto Violet de

segundo nombre, y ella se sentía muy honrada, aunque estaba unido al primer nombre, Gladys, que a ella le parecía muy feo.

Se secó una lágrima y entonces se dio cuenta de que Arthur le había puesto la mano sobre la suya. La atravesó una ola de felicidad que arrastró con ella a Gladys, Eddie, Hitler y la guerra. Giró la palma de la mano y entrelazó sus dedos con los de Arthur. Pese al frío que hacía en la capilla de los Pescadores, él tenía la mano caliente.

Se sentía tan bien con su mano en la de él que Violet hubiese gritado de emoción. Se tranquilizó estudiando la vidriera que tenían delante. Debajo de Jesucristo y los santos había diversos dichos bíblicos relacionados con el agua y los peces: el señor está por encima de las muchas aguas, traed de los peces que acabáis de pescar, os haré pescadores de hombres. Los elementos religiosos eran hermosos, pero sus favoritos eran dos retratos del propio Izaak Walton, con su atuendo puritano: traje negro con cuello blanco y sombrero negro. Se encontraban en las esquinas inferiores izquierda y derecha y en ambos se le veía sentado junto a un serpenteante río, con su caña de pescar y su cesta. En uno de los retratos aparecía junto a otro hombre en un pícnic; debajo se leía dad las gracias por todo. En el otro estaba solo, leyendo un libro, con la caña de pescar al lado; debajo, las palabras estudiadas para vivir en paz.

—Siempre me ha encantado que estas vidrieras no mostraran a Walton pescando —dijo, señalándolas con la cabeza—. Le habría hecho gracia. El vidriero tenía sentido del humor.

Arthur la miró de refilón.

—¿Has leído El perfecto pescador de caña?

—Sí, de joven.

—Creo que nunca había conocido a una mujer que lo hubiera leído.

—Más que leerlo de cabo a rabo, fui zambulléndome en él. Lo hice para complacer a mi padre.

—¿Pescaba?

—Sí. ¿Y tú?

—Por supuesto. En el río Test se puede practicar la mejor pesca con mosca del país. No se puede vivir cerca y no participar, aunque no soy un fanático pescador de caña. Pesca cuando quiero escaparme durante unas horas y no tengo que tocar las campanas.

—Papá siempre decía que en la pesca se trata tanto de pescar como de no pescar.

—En efecto. Y de no pensar. Todos necesitamos hacer cosas que nos permitan distanciarnos de nosotros mismos.

—En mi caso es la mecanografía. Y el bordado, que resulta más satisfactorio, claro está, porque al final la obra que deja es algo precioso.

—Y al final de la pesca hay un pescado que comer.

—Sí.

Se quedaron en silencio.

—Arthur, tengo tu pañuelo de la primera vez que nos conocimos. Nunca te lo he devuelto.

—Lo sé. Me gusta que lo tengas. —Hizo una pausa—. Violet, tuve una charla con Jack Wells. Una noche vino a la Five Bells. Le dije que te dejara en paz o tendría que rendirme cuentas a mí y a la policía.

Violet intentó no estremecerse.

—¿Cómo... cómo reaccionó?

Arthur hizo una mueca.

—Con amenazas. —Al ver la expresión de alarma en sus ojos, añadió—: No te preocupes. Bob, el mesonero, lo mandó a paseo y le ha prohibido la entrada. No volveremos a verlo.

—Gracias.

Le entraron ganas de llorar al pensar que alguien cuidaba de ella y la mantenía a salvo. Asimismo era muy consciente de que seguían cogidos de la mano, y se preguntaba cómo acabaría y quién lo acabaría.

Fueron los chicos del coro los que le pusieron fin. Empezaron a cantar, recordando a Violet que debía estar en las vísperas. Sin quererlo movió ligeramente la mano y Arthur la soltó.

Se pusieron en pie y la situación podría haber sido embarazosa, pero no lo fue. El contacto de sus manos le había comunicado algo concreto que Violet siempre sentiría y atesoraría, pasara lo que pasara. Era como tener una moneda en la mano y sentir su solidez metálica, y saber que seguirá teniendo valor aunque no se gaste.

—¿Tienes ganas de volver a tocar las campanas? —le preguntó mientras salían de la capilla de los Pescadores.

—Sí. No creía que lo fuera a echar tanto de menos porque sigo tocándolas en Nether Wallop, pero estaré contento de volver a tocar más de cinco campanas.

—¿Crees que William Carver seguirá enfadado? ¿Te dará la peor campana?

Arthur sonrió.

—No hay campanas peores o mejores, aunque algunas son más difíciles que otras. Y William lo habrá superado. Le parecerá que nos ha castigado y que con eso basta. En cambio, Keith sigue dolido. Tendré que hablar con él antes y no perderle de vista. Tal vez, al final resulta que hay algo de verdad en eso de que los pelirrojos tienen temperamento.

Llegaron al transepto sur, donde oyeron que el coro estaba acabando de cantar.

—¿Vendrás a las vísperas? —susurró Violet.

Arthur negó con la cabeza.

—Tengo que resolver unos asuntos con William sobre las campanas y he quedado con él para cenar.

—¿Vendrás al servicio de presentación de bordados el dieciséis? —Violet no quería irse sin saber cuándo volvería a verlo.

Arthur se la quedó mirando.

—No creo que sea sensato.

Violet se imaginó de pronto el servicio lleno de mujeres de Winchester, listas para propagar el rumor de que Arthur Knight había ido al servicio de las bordadoras.

—Supongo que tienes razón, pero me habría gustado enseñarte el trabajo que hemos hecho.

Un sacristán que se hallaba en lo alto de las escaleras para controlar el servicio los observaba con el ceño fruncido, justo como Mabel había mirado a Violet hacía unos meses.

—Y me lo enseñarás —susurró Arthur, tomándola del codo y guiándola hacia la nave—. ¿Nos vemos dentro de dos semanas? Podrás mostrarme los cojines y después podríamos ir a cenar, antes de las campanadas.

—Sí. Me encantaría.

No era una cita; era algo más que eso.

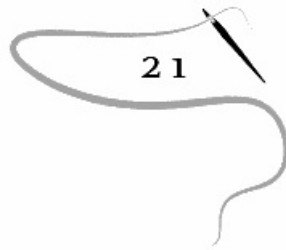
Se miraron.



—Gracias —dijo él.

—No hay nada que agradecer. Soy yo la que debería darte las gracias.

—Claro que tengo que agradecértelo. Me escuchaste mientras te hablaba de Hitler y cambiaste de tema, empezaste a hablar de Izaak Walton. Lo que de verdad importa. Y con razón. Estoy en deuda contigo, Violet Speedwell.



Cuando solo quedaba una semana para el servicio, una de las bordadoras enfermó y Violet tuvo que encargarse de acabar su bolsa de limosnas porque tenía el mismo dibujo que la que ella había confeccionado. Empezó a quedarse hasta tarde en la sala de estar, después de que las demás inquilinas se hubiesen ido a la cama, aguantando incluso más que la señora Harvey, a la que convencía de que no se olvidaría de apagar el fuego y las luces. La admiración de la señora Harvey por la labor que hacían las bordadoras para la catedral eclipsaba sus sospechas sobre las idas y venidas de Violet y Gilda, aunque seguía mascullando que Nell Hill estaría horrorizada si oyera los rumores que corrían sobre su hija. Entonces lanzaba una mirada significativa a Violet, como si esperara una confirmación o una aclaración. Pero esta se limitaba a cambiar de tema.

A Violet le encantaba sentarse junto a la chimenea con la radio como única compañía, al menos hasta que cerraban la emisión con Dios salve al rey. El silencio y su concentración en la labor que tenía entre manos le despejaban la mente y ella se olvidaba de Gilda y Dorothy, e incluso de Arthur, aunque se daba permiso para sonreír al pensar que pronto cenarían juntos.

Un lunes por la noche, antes del servicio del jueves, Violet acababa de cortar la última hebra de lana blanca y admiraba su obra acabada —al día siguiente, la señorita Pesel la cosería rápidamente a la parte trasera y después forraría la bolsa con cabritillo— cuando en el pasillo sonó el teléfono. Se sobresaltó y miró el reloj sobre la repisa de la chimenea: las 11:45. Nadie llamaba a esa hora de la noche si no se trataba de una emergencia. Por supuesto, podía estar relacionado con la señora Harvey: tenía nietos que podían ponerse enfermos y un yerno que, por lo visto, conducía demasiado rápido. Pero desde el día en que Gilda apareció delante de la puerta, Violet esperaba que cualquier emergencia que llegara a la casa fuera para ella.

No quería que sus problemas despertaran a nadie, así que tras un momento de titubeo, descolgó el teléfono y dijo:

—Winchester 438 —intentando emular la confianza de su casera.

—Violet. —La voz de Tom era tan clara como si estuviera a su lado, hablándole al oído—. Siento llamarte tan tarde, es por mamá.

Violet estaba tan poco preparada para esa noticia que estuvo a punto de soltar una carcajada, pero la sofocó justo a tiempo.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sufrido un ataque. Creen que es una apoplejía. No es grave, pero han tenido que llevarla al hospital Borough. Te llamo desde allí.

El hospital Borough era donde había nacido Tom, donde habían entablillado el brazo roto de George y donde había muerto el padre de Violet, después de un ataque al corazón. «No es grave», les dijeron también en aquella ocasión.

—Oh, Dios. —Sabía que debería añadir algo más, pero no sentía nada; estaba helada—.

¿Evelyn está contigo? —Lo mejor era atenerse a los hechos.

—No, se ha quedado con los niños. Estoy solo con mamá. Los médicos consideran que está fuera de peligro, pero creo que sería mejor que vinieras. Me gustaría poder ir a recogerte, pero no puedo dejar sola a mamá. ¿Conoces a alguien que pueda acompañarte? De lo contrario, coge el primer tren de la mañana.

La señora Harvey había aparecido en la escalera con un camisón de franela azul claro. No se sabía cómo, pero conseguía alzar las cejas y fruncir el ceño al mismo tiempo.

—Encontraré un modo de llegar al hospital cuanto antes —le aseguró Violet, haciendo hincapié en «hospital» para que le quedara claro a la casera.

La señora Harvey reemplazó su expresión por una mueca comprensiva.

—Gracias, hermanita. Te lo agradezco.

A pesar de la fachada de seguridad, la juvenil voz de Tom delataba que estaba asustado. Tratándose de los propios padres, era difícil mantener la madurez de un adulto. Cuando falleció su padre, Violet lloró y se peleó con su madre y su hermano como si volviera a ser una niña.

Cuando colgó, la señora Harvey acabó de bajar las escaleras y se acercó a ella.

—¿Qué pasa, querida?

—Mi madre ha sufrido un ataque de apoplejía. —Al decir las palabras en voz alta, Violet reprimió un sollozo—. Yo... Tengo que encontrar una manera de llegar a Southampton.

—Pondré agua a hervir.

Como sucedió con la crisis relacionada con Dorothy, lo que más deseaba hacer Violet era coger el teléfono y llamar a Arthur. Era un impulso totalmente inútil, puesto que él no tenía teléfono, estaba a veintidós kilómetros de distancia y tampoco tenía coche. Pero le costaba pensar en otra cosa que no fuesen las manos de él entrelazadas con las suyas.

Fue la señora Harvey quien vino con una solución mientras le servía una taza de té tras haber activado el modo casera profesional.

—Pídele al hermano de Gilda Hill que te lleve hasta allí. Tiene suficientes vehículos en su taller y, por lo que he oído, su hermana te debe algunos favores.

En cualquier otro momento, Violet se habría preocupado de lo que sabía y lo que estaba insinuando la señora Harvey. Sin embargo, ahora se limitó a asentir y se fue a preparar algo de equipaje por si era necesario.

La señora Harvey insistió en acompañarla a través de la seca y fría noche hasta la casa de Gilda, infringiendo su norma de no salir después de las nueve de la noche. Era evidente que disfrutaba de aquel drama y quería desempeñar su pequeño papel lo mejor posible. Incluso hizo frente a una asombrada Olive, que abrió la puerta con un bebé lloroso sobre su hombro.

—Despierta a tu marido si está dormido, Olive Hill —le ordenó—. Y mantén alejado a ese niño de la corriente si no quieres que muera de un resfriado.

Si no hubiese estado tan aturdida por la situación dramática de su madre, a Violet le habría divertido la cara de perplejidad de Olive.

La señora Speedwell parecía diminuta y a la vez rechoncha en la cama del hospital, como un pequeño barril cubierto por una manta. Tenía los ojos cerrados. Tom dormía en una silla junto a la cama y Violet no lo despertó, sino que se quedó de pie, contemplando el rostro de su madre. Parecía hallarse en un estado indeterminado, ni dormida ni despierta ni muerta.

Entonces abrió los ojos y miró fijamente a Violet, mientras movía los labios sin emitir sonido alguno. «Bien, madre —pensó Violet—, por fin está callada». Y se sintió culpable por pensar eso.

Se aclaró la garganta y Tom se despertó.

—Gracias por venir, hermanita —le dijo levantándose y besándola en la mejilla. Parecía agotado—. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—Me ha traído el hermano de una amiga. Joe Hill, lo conociste en la misa del gallo.

Joe se había mostrado sorprendentemente entusiasmado de acompañar a Violet a Southampton, y tuvo el sentido común de obedecer a la señora Harvey e ignorar las quejas de su mujer. Su único dilema parecía ser qué automóvil debía elegir para poder estirar más las piernas. Mientras conducía no le dijo una palabra a Violet, solo le deseó que su madre se recuperara cuando la dejó en el hospital.

—Es un buen hombre —dijo Tom—. Le invitaré a unas pintas cuando todo haya pasado.

Violet le señaló la cama.

—Madre está despierta.

—¡Qué bien, mamá! —exclamó Tom—, has tenido un problemilla y por eso te hemos traído al hospital. Pero el médico no está preocupado, dice que pronto te pondrás bien.

Los ojos azul pálido de la señora Speedwell se posaron en Tom, inexpresivos.

—¿Estás seguro de que está bien? —susurró Violet—. No... expresa nada.

—Está desorientada. Se le pasará —dijo Tom bostezando.

—¿Por qué no te vas a casa a dormir un poco? —le sugirió Violet—. Yo me quedaré con madre.

Su hermano la miró aliviado.

—Gracias, hermanita, eso haré. Solo serán unas cuantas horas.

—Por la mañana, llama a la tía Penelope para ponerla al corriente.

—Claro. Y tú llámame si hay algún cambio.

Violet pasó entonces quince horas sentada sola con su madre. Las enfermeras entraban y salían para comprobar la presión sanguínea y la temperatura, traerle la comida que ella no tocaba o vaciar la cuña. Violet admiraba su amable eficiencia. Hubo una época en la que consideró la posibilidad de estudiar para ser enfermera, pero el oficio exigía una devoción hacia los demás de la que ella creía que carecía por falta de altruismo.

Durante los cuidados, la señora Speedwell permanecía en silencio pese a los continuos comentarios y preguntas de las enfermeras, que quedaban sin respuesta. La paciente dormía de vez en cuando, lo que permitía a Violet salir de puntillas de la habitación para buscar un bollo o una taza de té. Sin embargo, cuando regresaba, su madre volvía a estar despierta, con una expresión de reproche en la mirada.

Violet no había pensado en traerse un bordado, aunque no tenía ninguno que hacer para las bordadoras, puesto que había acabado la bolsa de limosnas para que Gilda la entregara. Tampoco se había acordado de coger un libro. Consiguió hacerse con un periódico de la sala de espera, pero por lo demás no le quedaba otra cosa que hacer que esperar sentada. Eso le dio tiempo de sobras para pensar en su madre, cuando no pensaba en Arthur.

Era más fácil pensar en la señora Speedwell cuando esta no podía hablar: cuando no hacía comentarios como «Pobre de mí» ni le lanzaba pullas a Violet, ni criticaba lo que hacía o dejaba de hacer Evelyn con los niños, ni se quejaba porque Tom no le prestaba suficiente atención. El

hecho de que se hubiese cortado ese incesante flujo de comentarios le daba a Violet el espacio silencioso para, por fin, sentir compasión. Recordó lo que Arthur había dicho en Nether Wallop: que no había nada peor para un padre que perder a un hijo, y su madre tenía que cargar con ese dolor el resto de su vida.

«Nunca podrá volver a ser realmente feliz», pensó Violet mientras la observaba dormida. La mayoría de las personas parecían estar en paz cuando sus rostros quedaban despojados de todas las preocupaciones cotidianas. Pero la señora Speedwell fruncía el ceño incluso durante el sueño. Violet sentía la tentación de acercarse a su madre y alisarle el entrecejo.

A media mañana pasó el médico; era un hombre de la misma edad que la señora Speedwell y casi tan cascarrabias como ella.

—¿Dónde está su hermano? —le preguntó a Violet, mientras cogía la tablilla que colgaba al pie de la cama—. Tengo que hablar con el cabeza de familia.

—La cabeza de familia está aquí —dijo Violet señalando a su madre, que había abierto los ojos en cuanto el médico empezó a hablar.

—No diga tonterías —la regañó el médico—. Me refiero al pariente más cercano. —Echó un vistazo a la tablilla—. Thomas Speedwell, es él con quien quiero hablar.

—Mi hermano está en casa descansando. Soy su hermana. Sin duda podrá hablar conmigo, ¿no?

El médico pareció disgustado ante tal perspectiva.

—Hable con mi hija.

Violet y el médico se sobresaltaron.

—¡Madre!

Al oír su voz, Violet le cogió la mano y sintió una inesperada emoción.

—Bueno, señora Speedwell, veo que ha decidido honrarnos con su presencia —declaró el médico—. ¿Cómo se siente?

—Quiero irme a casa. Llévame a casa, Violet. No puedo soportar a otra enfermera o a otro médico husmeando y pinchándome.

Arrastraba un poco las palabras al hablar pero se podían descifrar.

Violet se volvió hacia el médico.

—¿Puede irse a casa?

—Sí, al final del día. —Levantó la voz y habló lentamente, como si se dirigiera a un niño o a un extranjero—. No le pasa nada malo, señora Speedwell. Lo hemos comprobado y la apoplejía fue una lesión cerebral leve. Con un poco de descanso podrá recuperarse plenamente. —Se volvió hacia Violet—. Dígale a su hermano que debe descansar al menos cuatro semanas, con supervisión. Una enfermera la visitará dos veces al día, pero debe estar cuidada por su familia. ¿Lo hará?

Violet no sabía si le pedía que transmitiera el mensaje a Tom o que se encargara del cuidado, pero asintió con tal de que se fuera.

Cuando el médico se marchó, la señora Speedwell dijo:

—¿Vienes a casa?

Los ojos de la madre se cruzaron con los de su hija. Violet no fue capaz de contestar. Pensó en todo lo que había reunido a lo largo de los últimos quince meses en Winchester: su habitación en casa de la señora Harvey, la oficina con Maureen, las bordadoras, Louisa Pesel, Gilda, Dorothy,

los campaneros, Keith Bain y, sobre todo, Arthur. Tomadas de una en una, eran piezas pequeñas y tal vez insignificantes, pero juntas formaban en cierto modo una vida. Ahora, con una sola pregunta, parecían desmontadas.

Cuando Tom volvió a aparecer al final de la tarde, descansado, afeitado y sintiéndose culpable, la señora Speedwell ya estaba vestida y sentada en la cama, lista para irse.

—Hola, mamá. ¡Mírate, estás mucho mejor! Lo siento, hermanita —dijo volviéndose hacia Violet—. Dormí un poco y luego Evie no lograba que Gladys conciliara el sueño, y había que recoger a los niños de la escuela, y el tiempo se me fue volando.

—Han dado el alta a nuestra madre y está lista para marcharse —dijo Violet.

Tom miró un poco confuso.

—Bien, bueno, eso es estupendo. —Bajó la voz—. Pero ¿adónde va a ir?

Era evidente que era reacio a llevársela con él a su casa, que ya estaba llena de personas a su cargo.

—Quiero ir a casa —declaró la señora Speedwell—. Me voy a casa y Violet vendrá conmigo.

Una taza de té. No, algo más suave. Otra almohada para la cabeza. No, mejor un sillón junto a la chimenea. ¡Qué sabrá el médico: descansar en la cama debilita! Más carbón para la chimenea. Esto está demasiado caliente, ¡se me quemará la bata! Una tostada con mermelada. Pero no la mermelada de Evelyn: nunca corta la cáscara lo suficientemente fina. Pon la radio. ¡Santo cielo, no, más noticias sobre ese tal Hitler, no! ¿Por qué hablan tanto de él? ¿No pueden poner música? Mejor un libro: léemelo en voz alta. No, no Trollope, es aburrido. Dickens también. Wodehouse: demasiado frívolo. Tal vez Diario de un don nadie; es una apuesta segura.

Mientras leía en voz alta las andanzas del desafortunado señor Pooter, su sufrida mujer y su hijo rebelde, Violet se maravillaba de que, en solo una hora, la señora Speedwell hubiese sido capaz de devolverle el deseo de huir de casa. Intentó recordar lo que había sentido en el hospital por su madre, la compasión y el amor que la señora Speedwell había despertado en ella y la eficacia con la que había conseguido desterrarlos en cuanto se había recuperado.

Lo único que había cambiado con respecto a su antiguo yo era que dormía más. Durante esas siestas, Violet pudo hacer algunas llamadas de teléfono. Primero al señor Waterman para explicarle que tendría que tomarse algún tiempo libre para cuidar de su madre.

—Claro, claro —le dijo él—. Es normal que una hija cuide de su madre. ¿Cuánto permiso no remunerado se tomará?

«¿Quién piensa ahora en el dinero?», quería preguntarle.

—Una semana —aventuró.

—¿Solo? De hecho, señorita Speedwell, ¿está usted segura de que no prefiere cuidar permanentemente de su madre?

—No.

—Este es el problema que tengo con las mecanógrafas, ¿sabe? Siempre se marchan para casarse o para cuidar de sus padres. Por eso, me pregunto por qué las jóvenes tienen tantas ganas de trabajar.

No replicó porque no quería perder su trabajo. Pero le hubiese gustado responderle: «Porque no quiero ser una esclava».

—Sería de gran ayuda si me lo dijera —añadió el señor Waterman— para que pudiera buscar

una sustituta.

—No voy a volver a instalarme en casa de mi madre —repitió Violet con firmeza, aunque intentando no alzar la voz para que la señora Speedwell no la oyera.

—Bueno, tiene usted que hacer lo que le parezca mejor —dijo el señor Waterman en un tono que delataba su convicción de que ella no sabía lo que era mejor y él sí.

—Lo llamaré para informarle en cuanto pueda.

Violet colgó sin despedirse. En caso de apuro, siempre podía decir que lo había hecho porque estaba alterada, no indignada.

Después llamó a la señora Harvey para informarla y a Gilda para decirle que no podría ir al servicio de presentación de bordados. Gilda estuvo muy comprensiva y prometió describírselo con todo lujo de detalles cuando volvieran a verse y transmitirle las disculpas de Violet a Louisa Pesel y a las demás bordadoras.

—Pero las madres son lo primero —declaró—, son aún más importantes que la catedral. ¡Considérate afortunada de tener una de la que cuidar!

Más difícil fue llamar a Arthur, la persona con la que más deseaba hablar, y la llamada de teléfono que menos quería que oyera su madre. La señora Speedwell no parecía dispuesta a irse a la cama e insistió en quedarse sentada en la sala de estar junto a la chimenea cuando Tom y Evelyn fueron a visitarla con Gladys; los nietos mayores se habían quedado con una vecina pues su presencia se consideraba excesiva. Eran pasadas las nueve y media cuando se marcharon y Violet tardó otra media hora en convencer a la señora Speedwell de que debía irse a la cama. Una vez allí, quiso que su hija le leyera otro fragmento del Diario de un don nadie. Empezó a preguntarse si su madre no habría elegido intencionadamente aquel libro que hablaba de un padre cuyo único hijo rompe con las anticuadas aspiraciones de sus progenitores a costa de ellos. Pero la señora Speedwell no parecía percatarse de ello. Cuando por fin se quedó dormida en medio de la escena en la que el hijo anuncia su repentino compromiso a sus sorprendidos padres, eran las diez y media.

Violet llamó a la Five Bells, convencida de que Arthur ya se habría ido a casa. Cuando el taciturno mesonero le contestó, estaba tan nerviosa que apenas consiguió articular palabra y preguntar por él.

—Siento muchísimo llamar a estas horas —dijo finalmente—. Me imagino que Arthur Knight ya no estará por aquí, ¿verdad?

—Acaba de irse. Espere un minuto.

Violet esperó sintiendo que el corazón le palpitaba en la garganta.

—¿Violet? —la llamó su madre desde lo alto de las escaleras.

Ella maldijo entre dientes.

—¡Solo un momento, madre! —le dijo, tapando el micrófono.

—¿Violet?

—Arthur. ¿Cómo has sabido que era yo?

—Bob reconoció tu voz. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, gracias. Pero me temo que mi madre ha tenido un pequeño problema. El médico cree que es un ataque de apoplejía. Así que estoy en Southampton, cuidando de ella. Creo que no podré verte mañana. Lo siento —dijo reprimiendo un sollozo.

—¡Violet! —La señora Speedwell estaba en lo alto de las escaleras.

—¡Oh! Yo también lo lamento.

Sus palabras eran una cuerda a la que se agarró.

—Ahora tengo que irme. Pero yo... Yo...

—Violet, ¿con quién hablas? ¿Quién es Arthur?

Violet colgó el auricular y miró furiosa a su madre, preguntándose cómo reaccionaría si le respondía: «Estoy hablando con el único hombre que he amado desde Laurence».

Se limitó a decir:

—Vuelve a la cama, madre. Estás en la corriente y no es bueno para ti.

—Es increíble que mi hija esté charlando por teléfono cuando su madre está tan enferma.

—Es increíble que una madre tan enferma se levante de su cama para espiar las conversaciones telefónicas de su hija. Quizá no estés tan enferma después de todo.

La señora Speedwell agarró su bata.

—¡Cómo te atreves a sugerir semejante cosa! ¡Qué horrible y desagradecida eres!

Se quedaron mirándose la una a la otra, de nuevo en el conocido campo de batalla de su relación.

Entonces, el rostro de su madre se arrugó.

—¡Oh, cuánto echo de menos a tu padre! —suspiró, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Aquellas lágrimas se llevaron la cólera de Violet. Se sentó en uno de los escalones.

—Yo también lo echo de menos. Y a George. Y a Laurence.

Casi nunca pronunciaba sus nombres delante de su madre. Entonces se miraron, con la escalera que las separaba parecía más fácil ser sinceras. «Ha perdido al amor de su vida —pensó Violet—. Y al hijo del que debía cuidar. Pobrecilla».

—Vete a la cama, madre —le dijo en un tono más dulce—. Te traeré agua fresca.

Su madre asintió y regresó a su dormitorio arrastrando los pies, sin darse cuenta de que Violet se secaba una lágrima.

La señora Speedwell mejoró rápidamente, así que al cabo de unos días insistió en vestirse y quedarse todo el día sentada en la sala de estar, aunque hacía una pequeña siesta matinal y una más larga por la tarde. «Como los niños pequeños», observó Evelyn cuando fue a visitarlas. Una enfermera venía dos veces al día para tomarle la tensión y la temperatura y para asegurarse de que todo progresaba como era debido. Desde su confrontación en las escaleras, Violet y su madre se llevaban mejor o, al menos, habían acordado tácitamente una tregua. La señora Speedwell no le preguntaba sobre Arthur, y Violet toleraba sus quejas. Le iba a buscar las tazas de té, los chales, las gafas y la labor de punto, que su madre abandonaba en el regazo sin tocarla. Se sentaba y le leía: acabó de leerle Diario de un don nadie y la convenció para que intentara leer algo del popular Somerset Maugham. Subía o bajaba la radio o la apagaba. Limpiaba las habitaciones siguiendo las instrucciones de la señora Speedwell e intentaba eliminar el olor a humedad, aunque para eso habría hecho falta airear bien la casa, cosa que no podía hacer en febrero.

Violet llamó a vecinos y amigos para organizar visitas cortas, en las que servía galletas («No demasiadas —insistía la señora Speedwell— ¡o se quedarán toda la tarde comiendo!») y calentaba la tetera. Iba a las tiendas y con lo que compraba preparaba comidas sencillas como tortilla, sopa de puerro y patata y lenguado hervido, y utilizaba el dinero de su madre para incluir un postre de melocotón en almíbar o piña con nata.



Acabó siendo indispensable.

Llamó a Gilda, que habló con la señorita Pesel y le envió dibujos y materiales para hacer más cenefas. Llamó al señor Waterman y le pidió otra semana libre y, antes de que él pudiera interrogarla o reprenderla, ella le dijo que su madre la reclamaba y colgó. Llamó a la señora Harvey, que empezó preguntando cómo estaba su madre y luego si aún podría pagarle el alquiler. Consideró la posibilidad de pedirle dinero a su madre, pero le preocupaba que eso rompiera el frágil equilibrio que habían logrado alcanzar y que la señora Speedwell le dijera simplemente: «Vuelve a Southampton».

No llamó a la Five Bells.

También cuidó de la tía Penelope cuando vino a visitarlas unos días, aunque ella no necesitaba muchos cuidados puesto que estaba tan acostumbrada a atender las exigencias de los demás que dejaba de lado sus propias necesidades. Penelope, una mujer dulce y afable, optaba por responder al carácter autoritario de su hermana con una risita nerviosa. Era como observar a alguien golpear una almohada que es tan blanda que los golpes no la afectan. Violet empezó a sentir que vivían en una novela de Jane Austen, pero, al menos, la breve presencia de su tía le dio un respiro.

Cuando la tía Penelope regresó a sus responsabilidades en Horsham, y tras un día especialmente agotador de tanto trajinar cumpliendo órdenes, por la tarde se alegró de que llegara Tom, que había cogido la costumbre de pasar a verlas después del trabajo antes de irse a casa con Evelyn y los niños. La señora Speedwell dormía junto a la chimenea, después de que Violet le hubiera leído historias cortas de Maugham durante gran parte de la tarde. Cuando su hermano gritó «¡Hola!», Violet se apresuró a ir a la puerta para evitar que siguiera levantando la voz. Él le mostró la botella de brandi que había traído.

—Pensé que podrías necesitarla para seguir aquí —susurró.

Violet lo acompañó hasta la cocina, donde los fogones mantenían bastante el calor y donde podían cerrar la puerta y hablar sin que su madre los oyera. Una sopa al curri hervía a fuego lento y dispersaba por la cocina un agradable olor a carne.

—¿Cómo está mamá hoy? —preguntó Tom mientras Violet iba a buscar dos vasos.

—Está bien. He conseguido que se quede dormida de aburrimiento con Somerset Maugham, aunque yo he disfrutado.

—Tengo que decir que estás haciendo un trabajo magnífico cuidándola. Mucho mejor de lo que esperaba. Lo siento —añadió—. Ha sonado mal. No quería decir eso.

—Sé a lo que te refieres —dijo Violet sirviendo el brandi—. Ni yo misma creía que sería capaz de aguantar tanto.

Alzó el vaso y bebieron.

—Y ahora —añadió— quiero irme a casa.

Tom permaneció en silencio por un momento.

—¿Es que esta no es tu casa? A fin de cuentas, has vivido aquí treinta y ocho años, mientras que solo has estado en Winchester algo más de un año.

Era cierto que Violet conocía cada oscuro rincón, cada peldaño chirriante y cada cortina desteñida de esta casa, hasta el punto de que esas cosas estaban grabadas inconscientemente en su cerebro. Pero eso no lo convertía en su hogar.

—¿No eres más útil cuidando de mamá que mecanografiando formularios para personas que no conoces? —continuó él—. ¿Qué te importa a ti Southern Counties Insurance o qué les importas

tú a ellos?

—Esa no es la única parte de mi vida en Winchester —replicó ella—. También están las bordadoras.

No podía añadir nada sobre los campaneros o sobre Arthur, ni sobre la sensación que tenía de estar construyendo allí una vida propia; de estar construyéndose a sí misma. Él no la comprendería: él ya no tenía que construir nada, era un hombre hecho y derecho.

—¿Es que mamá no cuenta más que el bordado?

De aquella manera, su hermano utilizaba argumentos parecidos a los del señor Waterman. Y eso le dolió.

—En Navidad me dijiste que te alegrabas por mí, que pareciera tan feliz en Winchester.

—Sí, pero entonces mamá no estaba enferma. Eso cambia mucho las cosas, ¿no crees?

Se quedaron en silencio. Violet decidió pasar por alto lo que Tom acababa de decir.

—Tengo que volver a Winchester dentro de poco para reanudar mi vida —declaró—. Quería hablarte de lo que podíamos hacer con nuestra madre. Ahora está mucho mejor y, aunque ella no lo crea, pienso que puede estar sola.

Violet no estaba del todo segura de eso. Dos semanas no eran lo mismo que las cuatro de reposo que había prescrito el médico.

Tom se bebió el brandi de un trago.

—Evie me advirtió que dirías eso.

Violet depositó su vaso en la mesa.

—¿Y tú pensaste que podrías sobornarme con una botella de brandi? Debería darte vergüenza, Tom.

—¡No! No, lo comprendo, hermanita. Pero no podemos dejar sola a mamá. Está mejor porque tú estás aquí con ella. Si la dejamos sola, aunque las enfermeras la visiten todos los días y volvamos a contratar a la criada, se debilitará y sufrirá una caída o dejará de comer. Evie está preocupada, los dos lo estamos, de que al final tengamos que llevárnosla a casa. Los tres pequeños ya nos dan muchísimo trabajo. Cuidar de otra persona, especialmente una tan difícil como mamá... bueno, sinceramente nos aterra. Seguro que lo entiendes.

Lo entendía. Se preguntó si también les «aterraba» la posibilidad de que la propia Violet fuera a vivir con ellos algún día. Nunca lo habían hablado, las pocas veces que ella había sacado el tema, Tom había puesto fin a la conversación diciendo: «Oh, no debes preocuparte de eso ahora. Nos queda un largo camino antes de tener que pensar en eso».

Pero ahora, si no se mantenía firme y dejaba clara su postura —que otros considerarían egoísta—, acabaría en su antiguo dormitorio y cuidando de su madre.

—Dime —le dijo—. ¿Qué pasaría si estuviera casada y tuviera niños? ¿Estaríamos teniendo esta conversación?

—Pero no tienes ni marido ni hijos —respondió Tom—. Siento que no los tengas, pero es la realidad.

—De acuerdo, pero ¿qué diríamos si tuviera una familia? ¿Cuáles serían las opciones entonces? ¿Por qué no podemos discutir esas opciones?

Tom frunció el ceño.

—Bueno... Supongo que estudiaríamos la posibilidad de tener a alguien interno. No necesariamente una enfermera, sino alguien que le hiciera compañía. Alguien que pudiera cocinar

para mamá y estar con ella, no todo el día, pero que pudiera leerle y esas cosas. A cambio del alquiler. Alguien que estuviera in situ si hubiera un problema, y que pudiera llamarnos a nosotros o al médico.

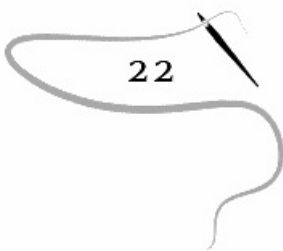
—In situ —repitió Violet.

—Sí, in situ. Sabes lo que significa, ¿verdad? Es una expresión latina...

—Sé lo que significa —lo interrumpió Violet—. Es latín.

—¿Qué pasa?

—Se me está ocurriendo una solución.



Violet nunca había pensado que se alegraría tanto de regresar a la helada oficina de Southern Counties y de volver a ver su chaqueta de punto marrón colgada de la silla; ni de toparse con Maureen quieta en la puerta, con una taza de té en la mano, y ver que su cara agria se le iluminaba con una sonrisa.

—¡Santo cielo, qué alegría que hayas vuelto! —exclamó—. Creía que iba a ahogarme entre los papeles.

Se apresuró, derramando té en el suelo con las prisas, y le mostró los impresos que se amontonaban junto a su máquina de escribir.

—Por no hablar de lo terriblemente aburrido que es estar aquí todo el santo día sola.

Violet sonrió: Maureen hacía que pareciera que eran las mejores amigas del mundo, olvidando oportunamente la frialdad que se había instalado poco antes entre ellas. Aunque Violet también estaba dispuesta a olvidarla.

—¿No te dijo el señor Waterman que volvía hoy?

—El señor Waterman no me cuenta nada, solo me dijo que ibas a estar fuera hasta nuevo aviso y que yo debía apañármelas lo mejor que pudiera, y usar solo una estufa —dijo señalando la nueva estufa Belling que Violet había comprado—. ¡Ahora podemos encender las dos otra vez! Ten, coge este, voy a preparar otro. —Maureen le dio su té a Violet y luego se agachó para pulsar el interruptor—. Me tuve que enterar de lo de tu madre por Olive. ¿Cómo está?

—Mucho mejor, gracias.

—¿Quién la está cuidando?

—Tiene una inquilina que le cocina y le hace compañía —le dijo Violet sin mencionar que se trataba en realidad de Dorothy Jordan.

Dejó la taza y el platillo al lado del bolso y miró a su alrededor. Solo había estado fuera dos semanas, pero la oficina parecía distinta: pequeña, gris y poco estimulante. Aunque estaba contenta de reanudar su vida después del paréntesis de Southampton, ahora Violet se daba cuenta de que no se quedaría allí para siempre. Tendría que seguir adelante y encontrar otra manera de vivir.

Fue por esa repentina comprensión por lo que su posterior reunión con el señor Waterman no la afectó tanto como pensaba. Él la llamó a su despacho para darle la bienvenida, le preguntó por su madre e incluso hizo un comentario sobre la eficiencia de Maureen a la hora de gestionar una mayor carga de trabajo.

—Por supuesto me preocupa que nuestro equipo de mecanografía esté íntegramente compuesto de chicas en las que no puedo confiar del todo —añadió dándole la vuelta a un pisapapeles de cristal que había en su escritorio.

Violet sintió que se le contraía la columna.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, es probable que Maureen siga el ejemplo de Olive, ¿no? Se casará y se marchará, como hacen la mayoría de las chicas que contratamos. Las solteras son más fiables —dijo sin percatare de la mueca de Violet—, pero suelen acabar cuidando de sus ancianos padres, ¿no?

Violet se lo quedó mirando. Ni siquiera la referencia a Dickens suavizó el golpe.

—¿Qué querría que hiciésemos, señor Waterman? ¿Anteponer nuestros trabajos a nuestras familias?

—Claro que no, claro que no. De hecho, es por ello por lo que las chicas se marchan cuando se casan: para centrarse en su familia.

—Si no tuviera una esposa que cuida por usted de sus ancianos padres, como sospecho que hace —le bastó con ver la cara de sorpresa del señor Waterman para confirmar que sospechaba bien—, ¿qué haría usted si ellos lo necesitaran?

El señor Waterman se irguió en la silla.

—Bueno, bueno, señorita Speedwell, no veo ninguna necesidad de adentrarse en el terreno personal. En absoluto.

—Pues es justo lo que usted acaba de hacer conmigo.

—Sí, pero es mi trabajo como supervisor velar por los intereses, no solo de mis empleados, sino también de Southern Counties Insurance. Siento que no pueda verlo usted de esta forma.

—Tal vez haría mejor contratando a viejas viudas que no tienen intención de volver a casarse —observó Violet bromeando solo a medias—. O a hombres.

—Bueno, es poco probable que los hombres quieran mecanografiar todo el día, ¿no cree? Es una... una ocupación femenina, diría yo, incluso ahora que hay escasez de empleos. Pero una viuda...

Le dio otra vuelta al pisapapeles, pensativo.

«Pronto le daré más quebraderos de cabeza, cuando le presente mi renuncia», pensó Violet, adquiriendo conciencia de que ahora que había vuelto, estaba lista para volverse a marchar.

Su regreso con las bordadoras tuvo más éxito. Todas parecían realmente contentas de verla, incluso la señora Biggins, que se mostró muy complacida de que Violet hubiera hecho cenefas para cojines en su tiempo libre en casa de su madre.

—Lealtad y trabajo duro, eso es lo que me gusta en una bordadora —declaró—. Por la catedral y por la familia.

Mabel Way le hizo una seña y le dijo:

—Cuando estés lista ven a verme para que te dé más material.

Gilda la abrazó y susurró:

—Muchísimas gracias por encontrarle a Dorothy un lugar donde vivir. ¡Eres una verdadera amiga!

Entonces se sentó con ella y, tal como le había prometido, le describió el servicio de las bordadoras que Violet se había perdido.

—Tienes que ir y ver los cojines puestos en su sitio —dijo para acabar—. Hay un montón y son magníficos: es como tener pequeños fragmentos de las vidrieras en todos los asientos. Ahora puedes ver cuál será el efecto cuando hayamos acabado el proyecto y haya muchos más. Y al parecer, el domingo utilizaron las nuevas bolsas de limosnas ¡y consiguieron un tercio más de

donaciones que habitualmente! Por supuesto, los sacristanes se quejaron porque tardaron el doble de tiempo en completar la recaudación, todo el mundo quería estudiar de cerca las bolsas, y eso trastocó el ritmo del servicio. Imagínate, Violet: ¡tu labor pasando de mano en mano en los años que quedan por venir!

Estaban juntas y charlaban tranquilamente mientras bordaban. Había menos tensión en la sala alrededor de Gilda que en enero, cuando las cosas habían llegado a un punto crítico con Dorothy. Las demás bordadoras ya no le lanzaban miraditas ni susurraban entre ellas, y volvían a escuchar las historias de Gilda y a reírse de ellas. Dorothy no estaba presente y eso hacía que fuera más fácil ignorar el hecho de que eran una pareja.

—Dorothy me ha contado que se ha integrado bien en Southampton —dijo Gilda bajando la voz.

—Sí, es cierto —le contestó Violet en el mismo tono—. Me sorprendió bastante, puesto que mi madre no es la persona más fácil de satisfacer. Se lo advertí.

En efecto, desde el principio, Dorothy se mantuvo impasible ante la señora Speedwell. Aunque estaba agradecida de tener gratis un lugar donde vivir, dejó claro a su manera que se reservaría tiempo para bordar los cojines del señor y la señora Waterman o para tomar el tren a Winchester a dar clases de latín a algunos niños. No se hacía la víctima ni tampoco se lo permitía a la señora Speedwell. No se humillaba ni cedía ante el aluvión de exigencias y quejas. En la primera mañana, mientras Violet seguía allí para facilitar la transición, la respuesta de Dorothy a la orden de la señora Speedwell de que le trajera otra taza de té fue:

—Todas tomaremos el té con la merienda.

La madre de Violet se quedó tan perpleja que no volvió a exigirlo. Cuando se quejó de que la sopa de verdura de su inquilina estaba un poco sosa, Dorothy le pasó el salero.

—Puede hacer usted misma la sopa, si lo prefiere —le sugirió—. A mí no me importaría.

Se negó a leer el Mail o el Express en voz alta y le devolvió los dos periódicos a la señora Speedwell, diciendo:

—No me interesan estos diarios ni sus opiniones, así que tendrá que leerlos usted sola.

También rechazó los libros que la señora Speedwell quería que le leyera en voz alta y, en cambio, insistió en leer clásicos latinos. Cuando Violet se marchó, le estaba leyendo la Eneida de Virgilio, primero una página en latín y luego la traducción inglesa. La señora Speedwell no tardó en quedarse dormida. Era evidente que Dorothy la estaba domando.

—¿Consigues ver a Dorothy? —le preguntó Violet a Gilda.

—De tanto en tanto, cuando viene a dar las clases particulares. —Gilda hizo una mueca—. No es como antes, cuando teníamos todo el tiempo del mundo. Pero es mejor que nada. Tendremos que encontrar una manera. ¡Tal vez me mude yo también con tu madre!

Violet se detuvo con la aguja entre dos agujeros de la tela de cáñamo. Su madre había utilizado una vez la palabra «pervertidas» para describir a dos mujeres que vivían juntas en la calle contigua y ahora Violet comprendió que debían de ser pareja. ¿Qué diría la señora Speedwell de semejante perversión en su propia casa?

Cuando acabó la reunión de las bordadoras, fue a la catedral para ver los cojines, apretando el paso por la nave central y subiendo las escaleras que llevaban al coro. Casi no le sorprendió ver a Arthur sentado en uno de los asientos del coro con un cojín en el regazo. Violet deseaba que la

estuviera esperando; sin embargo, al verlo allí sentado tuvo sentimientos contradictorios. Notó que el corazón le daba un vuelco, era la alegre y enfermiza sensación llamada amor. Al mismo tiempo estaba aliviada de poder sentarse con él y hablarle de los días que había pasado con su madre, y de lo contenta que estaba de que se volvieran a encontrar; y del alboroto en el trabajo y de lo que podría hacer después. Quería explicarle todo eso, hablarlo con él como se hace con un esposo; como lo habría hecho con Laurence si aún viviera. Pero Arthur no era su esposo; era el marido de otra mujer.

También estaba un poco decepcionada de que él ya hubiese visto los cojines, pues a ella le hubiera gustado mostrárselos con gesto triunfal, sobre todo el que Arthur tenía en las manos en aquel momento: el cojín del rey Arturo que había hecho Dorothy.

Arthur lo dejó a un lado y se levantó mientras ella se acercaba.

—Violet.

—Me alegra tanto verte aquí —le dijo ella.

Alargó la mano porque quería sentir que la tocaba y él se la cogió y la estrechó como si los estuvieran presentando formalmente. Tenía la mano fría y Violet advirtió entonces la gélida temperatura de la catedral, pese a que estaban a principios de marzo y creía que habían dejado el invierno atrás. Pero los grandes edificios de piedra siempre tardaban más en calentarse y enfriarse.

Una curiosa mezcla de emociones cruzó el rostro de Arthur. Era evidente que se alegraba de verla y también que estaba aliviado. Ella no había podido volver a hablar con él después de aquella llamada de teléfono corta e interrumpida. Tal vez la había esperado allí todos los miércoles para ver si venía después de las clases de bordado. Pero había algo más: estaba molesto. ¿Era por algo que ella había hecho?

—¿Qué pasa? —preguntó.

Con un gesto de la mano, Arthur restó importancia a lo que fuera que estaba pasando.

—¿Cómo está tu madre?

Era la pregunta que hacía todo el mundo, Violet se había dado cuenta de ello. Nadie le preguntaba cómo estaba ella.

—Mi madre se está recuperando. Una de las bordadoras se ha instalado en su casa y la cuida. Dorothy Jordan, la conociste en la misa del gallo.

—Ah, sí, la tocaya de la actriz. Bien. ¿Te volvió un poco loca tu madre?

—Sí. Pero... bueno, llegamos a una especie de entente. Y realmente fue gracias a ti.

Arthur alzó las cejas.

—Algo que dijiste una vez —le explicó Violet— sobre perder a un hijo. Cómo eso cambia a un padre. Eso hizo que me fuera más fácil ver por qué es cómo es. Gracias.

Arthur hizo una reverencia.

—Me alegra haberte sido útil.

—¿Has visto los cojines?

Arthur asintió.

—Sí, los he visto —dijo apretando la mandíbula.

«El problema son los cojines», pensó Violet, perpleja.

No lograba comprender por qué: eran muy llamativos y aunque hasta entonces solo había unos pocos dispersos por los asientos del coro, iluminaban y realizaban la oscura madera. Tenían un

dibujo hermoso y poco usual, y estaban elaborados con primor, sin una puntada fuera de lugar: realmente no lograba adivinar por qué podían molestarle a alguien.

«¿Acaso su mujer es bordadora? —se preguntó—. Tal vez está pensando en que ella debería haber participado en el proyecto de los cojines para la catedral». Violet recordó la única vez que pudo entrever a Jean Knight, sentada en el jardín de Nether Wallop, con su larga cabellera gris, los ojos cerrados y el rostro resplandeciente expuesto al sol. ¿Era ese el rostro de una bordadora? No tenía ni idea.

Actuó con cautela, centrándose en el tema del cojín más que en el bordado.

—Creía que el cojín del rey Arturo te gustaría. Pero me pregunto por qué está relacionado con Winchester. —Violet formuló la pregunta deliberadamente, pues sabía que, como muchos hombres, a Arthur le encantaba explicar cosas a un público complaciente.

En efecto, se animó.

—¿Has visto la Tabla Redonda que cuelga en la Gran Sala, lo único que queda del castillo de Winchester?

Violet asintió. Había llevado a Marjory y Edward a visitarlo, y después habían entablado la inevitable lucha de espadas utilizando juncos que arrancaron a orillas del río. La tabla era enorme, de seis metros de diámetro, y estaba pintada en veinticuatro segmentos verdes y blancos; en los segmentos aparecían los nombres de cada uno de los caballeros del rey Arturo. En el centro había una Rosa Tudor roja y blanca, y un retrato del rey vestido de rojo, blanco y azul, sosteniendo una espada.

—Es una réplica medieval de la Mesa Redonda del rey Arturo, que más tarde fue decorada por orden del rey Enrique VIII. En alguna ocasión se ha sugerido que el castillo de Winchester podría haber sido Camelot, aunque por supuesto no hay pruebas históricas. De hecho, ni siquiera las hay de la existencia del propio rey Arturo. Espero que el cojín solo esté jugando con esos rumores.

Después de esa breve llamarada de interés, volvió a hundirse de nuevo en una especie de melancolía, como si hablar del cojín le recordara algo que no le gustaba.

No le hizo preguntas y Violet sintió la necesidad de llenar el incómodo silencio. Cogió el cojín y pasó la mano por encima.

—El dibujo es muy bonito, ¿no crees? Sybil Blunt ha diseñado todos los medallones históricos. Dorothy Jordan hizo el petit point. El paisaje de rocas y árboles detrás de la espada y el escudo tienen un sombreado precioso, ¿no te parece? Y la señorita Pesel diseñó el entorno, que es una combinación de puntadas grandes en tela de cáñamo con petit point, para darle una textura variada. La señorita Pesel es lista. Otra bordadora hizo los puntos. Después, colocó con sumo cuidado el medallón de petit point para que no se viera que había sido hecho por dos manos distintas. —Observó la costura—. ¿Ves los pequeños puntos de color amarillo dentro de los nudos azules? ¿Y ese verde en relieve junto a las flores rojas? ¿Y el punto de cruz azul claro alrededor del medallón? Todo ello ha sido considerado con cuidado por la señorita Pesel y da vida al dibujo.

Era consciente de que estaba dando una conferencia, pero Arthur la estaba poniendo nerviosa.

—¿Y quién diseñó y cosió la larga cenefa?

Arthur giró el cojín de forma que ambos pudieran ver la banda de dos centímetros que daba profundidad al cojín por los lados.



Violet sonrió. Él había elegido la sorpresa que ella se estaba reservando.

—La señorita Pesel la diseñó, y... bueno, fui yo. Yo cosí la cenefa.

Estaba satisfecha de haber participado, aunque fuera modestamente, en la elaboración del cojín que llevaba el nombre de Arthur.

—Lo cosiste tú.

La expresión de Arthur paralizó a Violet. Algo iba mal y a ella se le escapaba qué era. Observó atentamente la cenefa en busca de alguna irregularidad en las puntadas, o de colores equivocados o algún aspecto desagradable en el diseño. La cenefa estaba compuesta de pequeños cuadrados azules con contornos amarillos. Cada dos cuadrados había flores de cuatro pétalos sombreadas de rojo y rosa con el centro amarillo. Los demás cuadrados eran de cuatro líneas amarillas dobladas en ángulo recto que recordaban un poco a una araña.

—Yo... Supongo que podría haberme esmerado para que las puntadas de color rojo y rosa de los pétalos fueran más claras —confesó—. En algunos lugares resultan confusas. A la señorita Pesel no parecía importarle y eso que es una perfeccionista. Todas hemos tenido que deshacer nuestros bordados para estar a la altura de sus exigencias.

—¿Nunca cuestionas sus dibujos?

—No. Nos da un poco de libertad en cuanto a la elección de los colores, pero es muy clara con respecto a los dibujos. Sabe muchísimo sobre bordado, de todos los lugares del mundo, y creo que tiene muchos conocimientos sobre lo que funciona mejor. Me fío de su buen criterio.

—Así que no cuestionaste su decisión de incluir esvásticas en el dibujo.

Violet se lo quedó mirando. El bigote de Arthur temblaba, un diminuto tic nervioso. Luego miró la cenefa y enrojeció. Por supuesto, las líneas amarillas formaban esvásticas. Lo había visto cuando empezó a coser la cenefa. Pero no se le había ocurrido definir las en otros términos que no fueran como un diseño de Louisa Pesel para una cenefa, un encargo que Violet aceptó sin formular ninguna pregunta. Aquellas esvásticas no tenían las puntas dobladas ni estaban representadas en negro sobre un fondo blanco y rojo, como las nazis. Eran de lana, de un color amarillo suave y difuso, en punto de cruz alargado, rodeadas de azul, salpicado de flores. No tenían nada de amenazador ni de político. Pero Violet comprendía la impresión que podían causar si se veían a través de los ojos de Arthur.

Él la observaba; ella se daba cuenta de que registraba cada expresión que cruzaba su cara, en busca de respuestas que lo tranquilizaran. Violet no sabía cuál debía dar.

—Lo siento —dijo—. No pensé en ello cuando hacía la cenefa. Yo... —intentaba quitar hierro al asunto— las veía como unos hombrecillos amarillos corriendo.

—Hombrecillos amarillos corriendo —repitió Arthur y al oírlo, Violet supo que era la respuesta equivocada.

Intentó reparar el daño.

—Son solo parte del dibujo. Parte de la imagen más grande. No las asocié con los nazis.

—No. No lo hiciste. —Arthur se quedó un instante en silencio, su decepción era palpable. Luego dejó el cojín del rey Arturo en el asiento de al lado, con cuidado, como si fuera de porcelana—. Me temo que tengo que irme, voy a ver a uno de los sacristanes. ¿Me disculpas?

La saludó con un gesto de la cabeza, se dio media vuelta y se alejó por el pasaje abovedado de la nave norte junto al grabado de Harey Coppar.

Violet consiguió aguantar hasta que él estuvo a una distancia segura antes de echarse a llorar.

Así se la encontró Louisa Pesel, sollozando mientras buscaba un pañuelo en el bolso.

—¿Qué le pasa, querida? —murmuró su profesora, sentándose en el asiento contiguo—. ¿Qué ha sucedido?

—¡Oh! Nada, es que... —Violet sacó un pañuelo y se secó los ojos. Era el de Arthur, el que nunca le había devuelto—. Es solo que... ¡Dios!

No podía hablar, pues sabía que los ojos se le llenarían de lágrimas otra vez.

La señorita Pesel parecía comprenderlo y esperó.

Violet suspiró.

—Es el cojín del rey Arturo.

—¿Sí?

—Se lo he enseñado a un amigo y me ha preguntado por las... las esvásticas, y no he sabido qué decir.

Le empezaron a temblar los labios.

—Ah —dijo Louisa Pesel mirando alrededor—. ¿Su amigo sigue aquí?

—Ha ido a ver a los sacristanes. Al menos, eso es lo que ha dicho. Tal vez se haya marchado ya.

—¿Y cómo se llama?

—Arthur. Arthur Knight.

—De acuerdo. —La señorita Pesel le acarició la mano—. Espere aquí. Vuelvo enseguida.

Se levantó y se dirigió al transepto norte, mientras se oía el taconeado seco de sus zapatos de salón. A Violet, el sonido le parecía reconfortante. Louisa Pesel era clara, y seguro que ella tendría una respuesta muy distinta a sus propias ideas confusas.

No tardó en regresar seguida de Arthur, que tenía una expresión dudosa en la cara. Violet metió el pañuelo en el bolso antes de que él pudiera verlo.

—Resulta que el señor Knight y yo ya nos conocíamos —anunció la señorita Pesel—. Me sonaba su nombre. Los dos estábamos en el servicio de san Suituno del año pasado, él en representación de los campaneros y yo de las bordadoras. Bueno, la señorita Speedwell me dice que tiene usted una pregunta sobre el dibujo del cojín del rey Arturo, ¿es eso cierto?

Su tono era firme como el de una directora de escuela y, al notarlo, Arthur se enderezó, y a Violet le entraron ganas de reír como una colegiala, pese a la seriedad del momento.

—En efecto. Me pregunto por qué ha elegido usted incluir esvásticas en la cenefa, dada su asociación con el partido nazi.

Louisa Pesel asintió.

—Es una preocupación comprensible, pero no es exacta. No son esvásticas. Son fylfots.

—Fylfots —repitió Arthur.

—Sí. Es una vieja palabra anglosajona que significa «cruz gamada». Se trata de un símbolo antiguo que se ha usado durante más de mil años en muchas culturas y religiones, desde la India hasta Escandinavia, y es especial en el hinduismo y el budismo. Un símbolo de luz, vida y buena fortuna. Yo misma lo he visto en la arquitectura griega, también en antiguos jarrones griegos, incluso en Egipto, cuando lo visité. Los coptos lo usaban también allí.

Si Arthur estaba impresionado por lo mucho que había viajado la señorita Pesel, no lo demostró.

—¿De dónde cree que lo tomó el partido nazi? —añadió ella—. No se lo inventaron ellos.

—El antiguo símbolo va en dirección contraria a las agujas del reloj, mientras que el emblema nazi va en la dirección horaria —contestó Arthur—. Al igual que los símbolos de este cojín.

Lo cogió y se lo mostró, aunque Violet podría haberle dicho que Louisa Pesel conocía cada centímetro de todos los dibujos, de hecho podría haberlos descrito con detalles que él ni siquiera entendería: las puntadas utilizadas, los colores de la lana y, al parecer, el significado de cada símbolo. Violet estuvo a punto de hacer una mueca de disgusto, puesto que el tono y el gesto de Arthur tenían algo de mezquino. Pero no estaba en condiciones de juzgar: ella no había cuestionado las esvásticas cuando debería haberlo hecho.

Louisa Pesel negó con la mano.

—El símbolo no va en ninguna dirección. Se ha utilizado en ambos sentidos durante siglos. Se lo demostraré.

Se dio media vuelta y, para sorpresa de Violet, cruzó el pasaje abovedado en dirección al transepto sur y la nave.

—¡Tráiganme el cojín! —dijo al tiempo que se alejaba.

Violet y Arthur se miraron el uno al otro, mientras seguían a la señorita Pesel. Ella los precedió por la nave sur más allá del transepto y se detuvo delante de la capilla del obispo Edington, una de las siete construidas para los obispos más influyentes de la catedral. Había sido diseñada en el estilo gótico y estaba cerrada con una puerta de madera pintada de azul que mantenía fuera a los visitantes excepto cuando se rezaban oraciones en la capilla para el obispo. Su tumba se veía bien desde las hileras de estrechas ventanas con arcos festoneados que componían las cuatro paredes y que aligeraban mucho la construcción.

—Aquí. Miren la tumba de Edington —ordenó Louisa Pesel—. Aparte de alguna de las esculturas medievales más bellas que puedan encontrarse en ningún sitio, ¿qué ven?

Violet y Arthur se asomaron a las ventanas adyacentes. Sobre la tumba había una estatua yacente de alabastro de cuerpo entero del obispo Edington, ataviado con casulla y corona, la cabeza apoyada sobre una almohada de piedra, las manos cruzadas sobre el pecho, ocultas debajo de las mangas drapeadas de su sotana. El alabastro tallado era delicado y brillante, de tono gris perla. De inmediato, Violet se sobresaltó al advertir lo que Louisa Pesel quería que vieran. Ya conocía esta capilla y la estatua, pero de alguna manera no se había percatado de la presencia de una prominente fila de esvásticas que decoraban la estola del obispo: una franja larga y estrecha de ropa que llevaba alrededor del cuello y que descendía por las mangas. También había esvásticas en el cuello e incluso en la tela que cubría los pies.

Y no solo eso: se sorprendió también de que las esvásticas estuvieran separadas por flores de cuatro pétalos, exactamente iguales a las que ella había bordado en la cenefa del cojín. Incluso estaban enmarcadas por rebordes de alabastro. La señorita Pesel había copiado exactamente aquel dibujo para la cenefa. Violet quería echarse a reír y eso fue precisamente lo que hizo Arthur: no soltó una carcajada, sino más bien una risita. Sonó como una expresión de sorpresa, de desconcierto y de concesión.

—Esto son fylfots o cruces gamadas —declaró Louisa Pesel—. Esvásticas del siglo xiv, si lo prefiere. Y como verá ya estaban colocadas en el sentido de las agujas del reloj, mucho antes de que un diseñador nazi decidiera fijarse en ellas.

Las examinaron en silencio. Louisa Pesel debió de darse cuenta de que no hacía falta decir nada más: las cruces gamadas hablaban por sí solas.

Al cabo de unos minutos, Arthur se apartó de la ventana. Violet siguió su ejemplo.

—Es verdaderamente extraordinario —dijo él—. Llevo cuarenta años viniendo a esta catedral, y he observado esta tumba mil veces y nunca había advertido las esvásticas. Los fylfots —se corrigió—. Y creía ser un hombre observador.

—En mis diseños para los cojines y reclinatorios de la catedral me he inspirado en muchos patrones y símbolos —dijo la señorita Pesel—. Algunos de los nudos centrales de los reclinatorios proceden de dechados isabelinos o de un libro de patrones de bordado del siglo xvi de un impresor llamado Peter Quentel. Pero me gusta vincular los diseños a los que ya existen en la catedral. Por ejemplo, algunos procedían de las baldosas medievales del trascoro, y también de las nervaduras de la madera y la piedra que hay en los techos abovedados de la nave y del presbiterio. ¿Las han visto?

Violet y Arthur asintieron. Violet las estudiaba a veces en el presbiterio durante las vísperas. Aunque estaban muy altas y eran difíciles de distinguir, sentía que representaban patrones y símbolos que guardaban ecos del pasado.

—Creo que son sobre todo emblemas heráldicos —sugirió Arthur en un tono de voz mucho menos seguro y más respetuoso, dirigiéndose a la experta Louisa Pesel.

—Sí, y se remontan al siglo xiii, aunque algunos son un poco más recientes. Hay varios escudos de armas de familias adineradas de Winchester, pero también motivos decorativos de hojas y animales. Creo que incluso hay un león con un cerdo en la boca. Lo descubrí en una ocasión mirando con prismáticos. Pone de manifiesto una excepcional destreza, sobre todo si se tiene en cuenta que los artesanos que lo hicieron sabían que una vez colocado en ese lugar nadie podría observar los detalles de cerca. El hecho de que los talladores hicieran algo tan hermoso que nadie podría ver demuestra que era realmente un trabajo realizado con amor por la catedral. ¡Porque supongo que nunca se imaginaron que alguien inventaría los prismáticos! Pero usted comprende el sentimiento, ¿verdad, Violet? ¿La necesidad de hacer sus puntadas lo mejor posible, independientemente de si alguien repara en ellas?

Violet asintió.

—Es como la campanología —dijo Arthur—. Tocamos las campanas lo mejor que podemos, aunque nadie se dé cuenta de los errores ni de los repiques perfectos. A diferencia de la talla o del bordado, el sonido de las campanas no perdura.

—Excepto en la memoria —sentenció Louisa Pesel—. La memoria puede ser muy fuerte.

—En efecto.

—Fue muy inteligente por su parte basar la cenefa del cojín en el motivo de la estola del obispo —dijo Violet—. Se presta para ello.

Arthur levantó el cojín para que pudieran comparar la cenefa con la estatua.

Louisa Pesel asintió.

—Es cierto. ¡El escultor era un tipo listo! Los cuatro pétalos de las flores recuerdan a los cuatro brazos de la cruz gamada, pero proporcionan una tranquila puntuación entre el movimiento de los símbolos. Es eso lo que resulta inteligente de la cruz gamada: parece que esté en movimiento. Gracias a ello, el diseño no es estático. No pude resistirme a utilizarlo.

Arthur bajó el cojín.

—Sin embargo, siento curiosidad por una cosa. Sin duda, cuando las diseñó era usted consciente del carácter cada vez más controvertido de la esvástica como símbolo. Sería fácil

cometer el error de suponer que la diseñadora o la bordadora —dijo haciendo un gesto hacia Violet— apoyaban al partido nazi.

Louisa Pesel enderezó la espalda.

—Sería en efecto una suposición muy desafortunada. Pero yo adopto la perspectiva a largo plazo, a muy largo plazo. Es lo que tiene trabajar en una catedral de novecientos años. Estos símbolos —dijo señalando las cruces gamadas que adornaban la estatua del obispo— tienen miles de años. Sobrevivirán al partido de los fascistas. No sentí la necesidad de complacerles dejando de utilizar un buen diseño cuando lo vi. De haberlo hecho, ellos habrían ganado, ¿no cree? En lugar de ceder ante esta circunstancia, yo lo reclamo por su verdadero significado. No es el partido nazi el que decide por mí cómo interpretar el fylfot. Apelo a la larga historia del símbolo; eso es lo que me importa de verdad. Espero que cuando la gente vea los fylfots se acuerden de ellos cada vez que se sienten en la sillería del coro y los relacionen con la catedral y con el obispo Edington, y no con los fascistas alemanes. El escultor de Edington utilizó el símbolo con toda inocencia. Yo lo he usado como un acto de subversión. Una sola hebra puede marcar una gran diferencia.

Arthurladeó la cabeza.

—No sé si es usted valiente o insensata, señorita Pesel.

Louisa Pesel se echó a reír.

—Posiblemente un poco de ambas cosas.

Violet observó cómo se sonreían, era evidente que estaban cómodos el uno con el otro y ya no discutían sobre la interpretación de los símbolos. «Ha encontrado la horma de su zapato», pensó. La señorita Pesel tendría alrededor de sesenta años, tan solo unos dos más que Arthur, y Violet podía imaginárselos casados, discutiendo mientras tomaban un café con una tostada de mermelada por la mañana, hablando de lo que habían leído en el periódico o habían oído en la radio. En aquel momento, Violet sobraba. Estas dos personas eran mucho más nobles de lo que ella jamás podría ser.

Un enorme abismo se abrió dentro de ella —el oscuro abismo que sentía cada vez que perdía algo que le importaba— y tuvo que volverse para que no vieran las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—Lo siento muchísimo, tengo que irme. Llego tarde... —dijo apresuradamente, dirigiéndose hacia la salida.

—Adiós, querida, la veré la semana que viene —le gritó la señorita Pesel, sin percatarse de nada.

Violet no oyó a Arthur; no quería oírlo.

Una vez fuera, giró y cruzó los jardines hacia la High Street. Empezaba a anochecer; la gente salía de las oficinas y de las tiendas y se dirigían a casa o hacia el tren o el autobús, alzando los paraguas para protegerse de la llovizna que había empezado a caer mientras ella estaba en la catedral. Ella se había olvidado del suyo y sentía como la humedad le calaba el cuerpo.

Acababa de llegar a la posada Old Market cuando Arthur la alcanzó.

—Violet.

Ella siguió caminando, aunque sabía que era un gesto grosero y pueril.

Arthur la agarró del brazo.

—Por favor.

Violet se zafó de su mano.

—De verdad que tengo mucha prisa.

Prisa de llegar a su triste cuarto y a sus tostadas con alubias.

Arthur se situó delante de ella obligándola a detenerse y le puso las manos sobre los hombros.

—Por favor, cariño.

Aquellas breves palabras calaron en ella hasta lo más profundo, aunque no podía mirarlo a la cara. Arthur la tomó del codo y la llevó hasta un callejón tranquilo, donde estaban solos. Allí abrió un paraguas que los cobijó de la lluvia y también les creó su propio mundo, aislándolos de todo lo que les rodeaba.

—¿Por qué te has ido? —preguntó con cara preocupada a la pálida luz de una lejana farola.

Violet suspiró, y el aliento pareció despejar el camino a las palabras que siguieron, primero lentamente y luego cada vez más rápido, como un manantial que brota de repente y busca su curso hacia el río que le llevará al mar.

No habló de él y de Louisa Pesel, porque resultaba demasiado doloroso. Solo le habló de sí misma.

—Estoy cansada —le dijo—. Estoy tan cansada. He estado cansada desde 1916. Primero murió George y luego Laurence. Después de eso sentí como si hubiera caído en un profundo agujero del que me costó muchísimo tiempo salir. Era como si fuera una sonámbula, como si estuviera despierta, pero fuera incapaz de decir o de hacer nada para rehacer mi vida, de volver a vivir. Mi padre me ayudó, pero mi madre lo empeoró.

Arthur guardaba silencio, solo la escuchaba.

—Después de la muerte de mi padre, fui de mal en peor hasta que finalmente me mudé aquí. Entonces, las cosas mejoraron poco a poco. El día que estuve contigo en la sala de cuerdas empecé a sentir que ya nada podía frenarme. Entonces me di cuenta de que por fin volvía a la vida, como cuando el invierno da paso a la primavera. O como un día de finales de primavera, en que sabes que puedes salir de casa sin abrigo, que puedes dejar de abrazarte para protegerte del frío. Cuando sabes que sentirás el calor. Eso es lo que sentí contigo y con las campanas.

—¿No con las bordadoras y con tus reclinatorios y cojines?

—Ellas también me han ayudado. Les agradezco que me proporcionen una manera de dejar una pequeña huella que perdure en el tiempo. La labor que hacen las reconforta, las protege para que puedan pensar en otras cosas que no sean dolores y molestias. Estoy contenta de poder hacerlo. Pero a las mujeres nos han preparado para eso: para darnos a los demás, para hacerles la vida fácil, sin importar lo que nosotras sintamos. Ser siempre tan generosa puede convertirse en una tarea agotadora e ingrata. Me gustaría ser campanero, subir a la torre y durante una hora concentrarme únicamente en el sonido de las campanas y en el lugar que ocupo allí. Para mí sería el paraíso.

—¿Sabes montar en bicicleta?

Violet se lo quedó mirando. La lluvia goteaba por una de las varillas del paraguas y mojaba la cara de Arthur, aunque él no parecía darse cuenta.

—Aquí no tengo ninguna. Está en Southampton.

—¿Podrás traértela dentro de unas semanas?

—Creo que sí.

—Bien. Esperaremos un mes o dos hasta que haga más calor y haya más luz.

—¿Esperar a qué?

No se lo dijo. Solo añadió:

—Sé lo que necesitas ahora más que cualquier otra cosa.

«Un beso —pensó ella—. Tus manos sobre mi cuerpo. Las Perseidas». Sentía su cuerpo palpar.

Arthur no la besó ni la tocó. La llevó al restaurante Old Market y la invitó a una cena de tres platos, con crema sobre la tarta de manzana y en el café. Cuando acabó, Violet se sentía casi saciada.

Violet tenía por costumbre entrar en casa de su madre sin llamar. Sin embargo, desde la llegada de Dorothy sentía que debía ser más formal y no tomarse tantas libertades en la residencia de Southampton. Y por ello, el domingo de abril más próximo a su cumpleaños, llamó a la puerta de su antiguo hogar.

Dorothy le abrió al cabo de un momento.

—Feliz cumpleaños, Violet —le dijo apartándose para dejarla entrar.

Su nuevo papel de señora de compañía no parecía haberla cambiado; seguía teniendo el pelo encrespado y despeinado, el vestido le colgaba torcido y esbozaba una vaga sonrisa, mientras tenía la mirada puesta en algún lugar por detrás de Violet.

—He hecho el pastel —añadió.

Pese a que era un cálido día de primavera, la señora Speedwell estaba sentada junto a la chimenea. Aunque físicamente se había recuperado bastante de la apoplejía que había sufrido dos meses antes, se la veía algo intimidada; Violet sospechaba que era por la presencia de Dorothy.

—Hola, cariño —dijo, ofreciéndole la mejilla para que se la besara—. Feliz cumpleaños. ¿Sabes que Dorothy ha preparado el pastel? Le dije que te gustaba el bizcocho relleno, pero ella se ha empeñado en hacer un bizcocho de limón.

—Es a usted a quien le gusta el bizcocho relleno —contraatacó Dorothy mientras entraba en la sala de estar— y no es su cumpleaños. Violet es de esas personas que prefiere contrarrestar el dulzor del pastel con algo ácido.

Violet la observó. Dorothy mantenía perdida la mirada a media distancia. Y respecto al bizcocho, estaba en lo cierto.

—Siéntate conmigo un momento, Violet —le dijo su madre—. Pondrás a calentar agua antes de irte, ¿verdad, Dorothy?

Su tono era más tímido que autoritario.

—Aún no me voy. Pero pondré el hervidor.

—Tengo que decirle las cosas con tacto —susurró la señora Speedwell después de que Dorothy saliera—, porque de lo contrario se pone difícil.

—¿Por qué, qué hace?

—¡Se va de la habitación!

Violet se echó a reír.

—No veo qué tiene eso de gracioso —declaró, indignada, la señora Speedwell—. No hay nada peor que la ignoren a una.

—Lo sé.

—¿Qué quieres decir con que lo sabes? ¿Cómo puedes saber por lo que estoy pasando? —Ya



volvía a ser la misma de siempre.

En aquel momento, Violet oyó que la puerta delantera se abría y luego el familiar saludo de Tom. Advirtió que él no sentía la necesidad de llamar a la puerta aunque Dorothy viviera allí.

—¡Feliz cumpleaños, hermanita! —exclamó apareciendo por la puerta seguido de sus dos hijos mayores. Le entregó a Violet un ramo de flores—. Hola, mamá —añadió besando a su madre.

—¡Feliz cumpleaños, tía Violet! —repitieron varias veces Marjory y Edward, brincando a su alrededor como perros ansiosos por salir de paseo.

Evelyn entró, maciza, firme y agotada, con Gladys en brazos. El bebé tenía tres meses y ya aguantaba la cabeza sin ayuda. La pequeña iba vestida de blanco con diversas prendas de punto y lo miraba todo con expresión meditabunda.

—Hola, Gladys —le dijo Violet a su sobrina, mientras le cogía la manita y la sacudía.

Gladys frunció aún más el ceño mientras miraba a su tía. Parecía haber heredado algo del mal genio de su abuela.

Violet se volvió y besó a su cuñada.

—¿Te apetece una taza de té? Dorothy lo está preparando.

Evelyn suspiró.

—¡Oh, sí! Gracias a Dios que tenemos a Dorothy.

Violet comprendió su suspiro. Si una mujer quiere una taza de té, normalmente tiene que preparársela ella misma y de paso ofrecerles también a los que la rodean. No hay nada tan bueno como una taza de té hecha por otra persona.

Marjory se acercó a Violet y le puso la mano sobre el brazo.

—Tía Violet, quiero darte tu regalo ahora.

—Después del almuerzo, Marjory —la corrigió su madre.

—Yo quiero dárselo ahora —repitió Marjory—. Sé que te va a gustar. ¡Lo sé!

Violet se dio cuenta de que, en el último año, su sobrina había adquirido mucha seguridad. El truco era fomentar su nuevo espíritu más que reprimirlo. Se preguntó si podría conseguir que se viniera un fin de semana con ella a Winchester.

—Quizá me podríais dar uno de mis regalos ahora y el resto más tarde —propuso—. Y a ser posible me gustaría que fuera el de Marjory.

—De acuerdo entonces —aceptó Evelyn—. Marjory, está en mi bolso en el pasillo.

Marjory salió corriendo.

—Te diré cuál es mi regalo —anunció la señora Speedwell, adelantándose a Marjory—. Aceite de almendras para la piel. Dorothy me lo fue a comprar a los almacenes Plummers. Yo empecé a usarlo a tu edad y durante unos años el tono de la piel no parecía tan apagado.

—Muchísimas gracias, madre.

Violet miró a Evelyn, y ambas sonrieron.

Marjory volvió con un paquete del tamaño de la mano de Violet, toscamente envuelto en papel marrón. Lo dejó en el regazo de su tía, dando saltitos y mirando a Dorothy, que había dejado la bandeja de té y estaba apoyada en la puerta. Violet sintió una punzada de celos: no esperaba que su sobrina tuviera una relación con Dorothy, pero ambas parecían conocerse. «Si me hubiese quedado cuidando de madre, habría visto más a menudo a Marjory», pensó, y luego decidió dejarlo y concentrarse en su regalo.

Abrió el papel marrón, del que sacó un estuche para agujas, bordado en violeta, rosa y beis, con un dibujo que imitaba la bolsa de limosnas que Violet había cosido. Era como un pequeño libro con páginas de fieltro para clavar las agujas, similar al que Violet le había regalado a Marjory por Navidad.

—¿Lo has hecho tú?

—¡Sí! —exclamó Marjory sin poder contenerse y empezando a brincar—. ¡Tú me hiciste uno y ahora yo te he hecho otro a ti!

—Vale, Marjory, deja de saltar y sé sincera —la regañó Evelyn—. Dorothy te ha ayudado mucho, ¿verdad? Marjory se ha pasado la mayoría de los días aquí, trabajando para tenerlo listo —añadió.

Cuando lo examinó más de cerca, Violet pudo ver lo que había bordado Dorothy y lo que había dejado sin corregir, algunas puntadas sueltas y pequeños enredos para indicar que era obra de Marjory. Alzó la vista hacia Dorothy, que sonreía mirando el fuego, y luego se volvió hacia su sobrina, cuyo rostro brillaba con una satisfacción que Violet conocía muy bien, la de haber hecho algo útil y bonito.

—Me encanta —dijo—. Muchísimas gracias, cariño.

Le dio un abrazo a Marjory.

—Voy a colocar mis agujas enseguida —dijo sabiendo que a los niños les gusta ver resultados directos, y cogió su bolso, del que sacó un andrajoso estuche de agujas.

—¡Así es que tú tenías mi estuche de agujas! —exclamó la señora Speedwell mirando a su hija.

—Sí, madre, me ha venido muy bien, gracias.

Violet pasó las agujas del viejo estuche al nuevo mientras Marjory la miraba, encantada.

—De mayor seré una bordadora —anunció.

—Te presentaré a la señorita Pesel —contestó Violet dejando a un lado el estuche de su madre—. Puesto que eso es lo que hace ella. Incluso enseñó bordado a unas niñas griegas. Y en una ocasión montó en camello —añadió para que la vida de Louisa Pesel resultara aún más exótica y atractiva, por muy lejana que fuera la conexión entre el bordado y los camellos.

—Eso es lo que haré yo. Ya lo he decidido —declaró Marjory, mirando de reojo a su madre y a su abuela, como si esperara que le llevaran la contraria.

Sin embargo, la señora Speedwell no había seguido la conversación entre su hija y su nieta, y Evelyn estaba distraída con Gladys, que protestaba. Marjory miró a Violet, y se sonrieron.

Volvieron a llamar a la puerta y Dorothy fue a abrir. Mientras Violet servía el té, Dorothy regresó acompañada de Gilda. Para sorpresa de Violet, su amiga fue recibida con un saludo informal por toda la familia, por lo que quedó claro que ya la habían visto más de una vez.

—¡Feliz cumpleaños, Violet! —exclamó Gilda—. Espero que te guste el regalo de Marjory. ¿Verdad que lo ha hecho muy bien?

—Sí, es precioso.

Gilda se volvió hacia el hermano de Violet.

—Tom, Joe cree que podría tener algo para ti. Dice que lo llames y te lo explicará.

Al ver la mirada interrogante de Violet, Tom se encogió de hombros.

—Estoy pensando en comprar un coche más grande. Con más espacio para los niños. El hermano de Gilda me está ayudando.

—Ya veo.

Al parecer, Gilda y Dorothy se habían integrado en toda una capa de vida familiar de la que Violet no formaba parte. «Es el precio que tengo que pagar por quedarme en Winchester», pensó, y asintió con la cabeza. Estaba dispuesta a pagarlo.

Dorothy llevaba puesto su abrigo y su sombrero verdes y esperaba junto a la puerta.

—Nosotras nos vamos —dijo Gilda.

—¿Qué vais a ver? —le preguntó Evelyn.

—Las indiscreciones de Eva —dijo Gilda, luego miró a Dorothy y sonrió—. Nos la perdimos cuando la estrenaron.

—Qué suerte tenéis. Algún día volveremos a ir al cine, ¿verdad, Tom?

Dorothy miró a Violet.

—Disfruta de tu bizcocho de limón y de tu tarde. Panem et circenses.

—¡Dios, el latín! —gimió la señora Speedwell—. ¿Qué pensaría Geoffrey?

—Le gustaría —contestó Violet.

—Son unas chicas estupendas —sentenció Tom después de que se hubiera cerrado la puerta.

Violet disfrutó de su pan y su circo. Le ayudó el hecho de que su madre se hubiese ablandado, pues eso la hacía sentirse menos culpable, y le permitía provocarla y mimarla más. Por su parte, la señora Speedwell contó historias sobre otros cumpleaños, e incluso llegó a mencionar a George.

—La primera vez que tu hermano te vio —dijo— se quedó muy decepcionado porque no pudieras ayudarle a apilar bloques. «¡Llévatela hasta que sepa hacerlo!», gritó. Llévatela... —repitió la señora Speedwell riéndose.

Parecía de buen humor y esperó hasta después del almuerzo, el bizcocho, el té y los regalos antes de carraspear.

—Me gustaría decir una cosa.

Violet sujetaba a Gladys mientras tenía a Marjory apoyada en la rodilla. Tía y sobrina estaban deliberando sobre si debían quitarle algo de ropa al bebé, puesto que hacía calor en la habitación y la pequeña empezaba a tener la cara roja. Violet miró a los padres de Gladys: Tom jugaba con Edward a las cartas y Evelyn estaba sentada en el sofá, con los ojos cerrados y los pies en alto.

—Creo que podemos —decidió Violet y empezó a quitarle la chaqueta de punto blanca mientras Gladys la observaba con gesto grave. No lloró, pero alargó la mano y le pellizó la nariz a Violet.

—He tomado una decisión —siguió diciendo la señora Speedwell.

Tom alzó la vista y Evelyn abrió los ojos alarmada.

—He decidido que va siendo hora de que deje esta casa. Es demasiado grande para mí. El próximo verano me mudaré a Horsham con Penelope. Ella necesita mi ayuda. Tiene demasiado trabajo cuidando de su suegra y de todos sus nietos. Mi presencia será inestimable.

Tom, Evelyn y Violet se la quedaron mirando boquiabiertos.

—¡Mamá! ¿Por qué no nos has dicho que te lo estabas pensando? —exclamó Tom—. No hace falta que...

Se detuvo abruptamente al ver que Evelyn negaba con la cabeza.

«Sí que hace falta —pensó Violet—. Hace falta. Qué decisión tan juiciosa. Gracias, tía Penelope». Debería haberse sentido aliviada, pero solo tenía ganas de llorar. Escondió el rostro

en el cuello de Gladys, que olía caliente y ácido.

—¿Qué va a pasar con Dorothy? —preguntó Marjory, de forma sorprendentemente adulta—. ¿Dónde va a vivir?

—No te preocupes por ella —le contestó Evelyn—. Estoy segura de que encontrará algún sitio adonde ir.

—Dorothy ya lo sabe —dijo la señora Speedwell—. Lo he hablado con ella. De hecho, fue ella la que me sugirió esa idea. Es una muchacha sensata. Ella y Gilda están buscando sitios antes de ir al cine.

—¿Te refieres... a un sitio donde pueda vivir Dorothy... en Southampton? —balbuceó Violet.

—Donde puedan vivir las dos. Es bueno tener una amiga tan buena, ¿no crees? Aunque no sé cómo aguantará Gilda tanto latín, ¡de verdad que no lo sé!

No las llamó «odia-hombres» ni las describió como pervertidas. Violet se preguntó si su madre lo sabía.

Se cruzó con la mirada fija de Evelyn. «Ella lo sabe —pensó Violet—, aunque es prudente y no ha dicho nada a nadie, ni siquiera a Tom».

—¿Cómo vivirán? —preguntó, más para sí misma que a su madre.

La señora Speedwell se reclinó en la butaca, satisfecha de ser una fuente de información.

—Están buscando empleo. Dorothy de profesora de latín y Gilda, de contable. Incluso en estos tiempos difíciles, sigue siendo necesario hacer la contabilidad y enseñar a los niños.

—¿Qué pasará con el taller de su hermano?

—Su cuñada tiene intención de ocuparse de la contabilidad. Gilda la llama la «espantosa Olive». Y hace que suene terrible. Gilda dice que lleva vestidos que son demasiado ajustados para una madre. —La señora Speedwell soltó un chasquido de satisfacción.

«Esto es lo que están haciendo Gilda y Dorothy», pensó Violet, al recordar la resplandeciente cara de felicidad de Gilda cuando se marcharon. Y se sorprendió a sí misma cuando pensó «Bravo por ellas». Eso la hizo abrazar a Gladys hasta que la pequeña se echó a llorar.

Violet tuvo que hacer acopio de todas sus reservas de paciencia mientras esperaba a Arthur. Se había traído su bicicleta desde Southampton y le pidió al hermano de Gilda que le hinchara los neumáticos y le engrasara la cadena. Ahora, la bicicleta también esperaba a Arthur en el jardín trasero de la señora Harvey, protegida con una lona de la insistente lluvia de abril.

«Mayo» le había dicho cuando ella le preguntó mientras comían costillas en el restaurante Old Market, donde habían empezado a cenar todas las semanas después de las reuniones de las bordadoras y antes de las campanadas. No le cogía la mano ni la llamaba «cariño», pero no hacía falta. Estar sentados juntos, formalmente, en el restaurante tenía algo de reconfortante, con las servilletas en el regazo, mientras hablaban del menú, de las campanadas que él iba a dar, del bordado que ella estaba haciendo, de la inminente partida de su madre a Horsham («Tienen un conjunto de ocho campanas en la iglesia de St Mary», comentó Arthur) o de los plantones que crecían en su invernadero y que él no tardaría en trasladar al jardín. «Somos como un viejo matrimonio —pensó ella—, pero sin estar casados». Esa idea no la preocupaba lo más mínimo.

Él le dijo que la estaba engordando con las cenas en el Old Market. Tras vivir un año y medio a base de sándwiches de pasta de pescado, berros y Marmite, más que flaca estaba esquelética. Violet estaba agradecida, pero le preocupaba que él no se lo pudiera permitir con su pensión. Sin embargo, aunque se sentía culpable, no podía limitarse a tomar una sopa y un plato principal, y también pedía postre: siempre muy densos, como pastel de manzana o budín de pan y mantequilla, con crema. «Te llenará», le decía Arthur, asintiendo satisfecho. Ella notaba que las caderas empezaban a llenar su falda, que la clavícula se le suavizaba debajo de una capa de grasa y que el vientre se le redondeaba.

Durante el mes que esperó, se mantuvo ocupada. Reorganizó el trabajo de mecanografía que hacía con Maureen a fin de que cada una hiciera lo que mejor se le daba: Violet se encargaba de los informes con largas parrafadas, mientras que Maureen se ocupaba de los impresos complicados que exigían un cuidadoso interlineado. De este modo su producción era tan eficiente que el señor Waterman dejó de quejarse de que tendría que contratar a otra mecanógrafa o de pasar su trabajo al equipo de mecanógrafas de Southampton.

Maureen y su novio, el empleado de banca, habían roto hacía poco y Violet le presentó a Keith Bain. Una noche fueron juntos al cine y después no volvieron a mencionar el nombre del otro.

Las bordadoras trabajaban duro en otro lote de cojines que debían ser bendecidos durante un servicio de presentación de bordados que iba a celebrarse en mayo, en el que se añadirían nueve cojines a los ya existentes. Un miércoles, cuando Louisa Pesel le encargaba más cenefas, ella le pidió bordar fylfots. La señorita Pesel se quitó las gafas y observó a Violet. Estaban junto al armario en la sala de la casa parroquial, rodeadas por el zumbido de las bordadoras que trabajaban y charlaban a su alrededor. Mabel Way revoloteaba cerca de ellas, lista para anotar la

labor que se le asignaba a Violet.

—Estoy satisfecha de los fylfots de Edington en el cojín de Arturo —empezó a decirle la señorita Pesel—. Sin embargo, creo que tal vez ya hemos dejado clara nuestra postura. Se pueden usar otros patrones muy interesantes.

—Quiero hacerlo —replicó Violet—. Esta vez quiero saber lo que estoy haciendo... Lo que significa. Quiero rebelarme con conocimiento, no inconscientemente.

Louisa Pesel sonrió.

—Para usted es importante rebelarse, ¿verdad?

—Sí.

Desde que Arthur le había hablado de Hitler en la capilla de los Pescadores, Violet había ampliado su mundo prestando atención, leyendo sobre él y sobre el partido nazi en los periódicos, escuchando los análisis en la radio, debatiendo las noticias con Arthur en el restaurante. No estaba segura de que Hitler perdurara como dirigente de Alemania: muchos pensaban que era un fanático que estaba teniendo su momento de gloria y que se apagaría para ser reemplazado por otro que intentaría solucionar de forma distinta los problemas económicos de Alemania. Si ese era el caso, los fylfots en los cojines volverían a ser el antiguo símbolo que siempre habían sido.

—De acuerdo —dijo Louisa Pesel—. Hay un cojín que sigue necesitando una cenefa. He estado posponiendo su diseño, puesto que es importante y creo que lo mirarán muchas personas. Estará en el ancho asiento que hay frente al cojín del rey Arturo y el hecho de tener la misma cenefa los uniría aún más.

—¿El Árbol de la Vida? —preguntó Violet.

Era el cojín inacabado que Gilda le había mostrado la primera vez que acudió a una reunión de las bordadoras.

Louisa Pesel asintió.

—En efecto. En cuanto a su simbología, los fylfots también funcionarían bien allí. Pero tendrás que hacer las cenefas rápido para que estén acabadas a tiempo para el servicio.

Se fue al armario, de donde sacó la caja que ponía Modelos, y rebuscó hasta que encontró la estrecha cinta de cañamazo con los fylfots intercalados entre las flores de cuatro pétalos. Violet había utilizado el modelo cuando cosía la cenefa del rey Arturo. La señorita Pesel se la entregó.

—Adelante, rebélese, señorita Speedwell.

Después, Violet se sentó al lado de Gilda y Dorothy. Aunque no solían aparecer juntas en las reuniones, Dorothy había venido desde Southampton con uno de los cojines acabados de los Waterman, para que Louisa Pesel lo inspeccionara, y se quedó a bordar con las demás. Violet no tenía ni idea de cuánto sabían las demás bordadoras sobre el acuerdo. Gilda hacía gala de su habitual animación y les contaba historias a las que tenía cerca, mientras que Dorothy estaba sentada en silencio con su media sonrisa. Las que las rodeaban reían y hacían comentarios y ya no les lanzaban miradas curiosas. Esa crisis parecía haber pasado, mientras la pareja no diera muestras de afecto delante de ellas.

Violet esperó a que acabase la reunión, mientras tomaba un té con Gilda y Dorothy en el Awdry's, para indagar sobre sus planes.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó primero.

—La señora Speedwell ha ido a Horsham para inspeccionar su futuro alojamiento —le

contestó Dorothy—. La acompañé al tren y tu tía la irá a recoger.

—Gracias por sugerirle esa idea. Yo... Todos te estamos agradecidos.

Dorothy se encogió de hombros.

—Es la solución lógica. La señora Speedwell solo necesitaba que le dieran un empujoncito en esa dirección para luego convertirlo en su elección.

—Mientras ella esté fuera, Evelyn, Dorothy y yo estamos revisando la casa entera, ordenando y clasificando —interrumpió Gilda.

—¿Y yo no debería ayudaros?

—Es mucho más fácil si no se está emocionalmente implicado. ¡Dios, Violet, aparte del teléfono y de la electricidad, la casa de tu madre se ha quedado anclada en el año 1894!

—El año en que nací.

—Tardaremos un tiempo en liberarla —dijo Dorothy— pero lo conseguiremos. Aut viam inveniam aut faciam. Aníbal: Encontraré un camino o haré uno.

—¿Sabe mi madre lo que estáis haciendo?

—Sí, y no parece importarle —afirmó Gilda—. Oh, se queja, pero luego no insiste. Dorothy sabe manejarla sin dificultad. Ha tenido más problemas con algunas de sus alumnas que con la señora Speedwell.

Gilda observó a su amiga con admiración.

—¿Y habéis encontrado alojamiento en Southampton?

Gilda y Dorothy se miraron.

—Vamos a vivir en la casa de tu madre, solo hasta que se venda. Creen que una casa se venderá mejor si hay alguien viviendo dentro. La gente no tiene imaginación y las habitaciones vacías les resultan desagradables. Después... bueno, ya encontraremos algo. En cualquier caso, tengo una entrevista de trabajo. Me mudaré dentro de poco. ¿Qué te pasa, Violet?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Violet al comprender que la única amiga de verdad que tenía en Winchester estaba a punto de irse. Se aclaró la garganta e intentó sonreír.

—Yo me fui de Southampton y ahora tú te vas allí.

Gilda se inclinó sobre su taza de té.

—Oh, no te preocupes, seguiré viniendo a Winchester. Una cosa es segura: ¡tengo que controlar a la espantosa Olive para cerciorarme de que no hunde el negocio! Y luego, por supuesto, están las bordadoras. ¿No dijo la señorita Pesel el otro día que teníamos otros tres años de trabajo? Cuando empiece en mi nuevo empleo, no podré venir a todas las reuniones, pero me las arreglaré. Y tú vendrás a vernos, ¿verdad?

Aunque agarró la mano de Violet, miraba sonriente a Dorothy.

—Por supuesto que iré —contestó Violet con rotundidad—. Al fin y al cabo, soy una chica de Southampton y necesitarás a alguien que te enseñe dónde ir de compras.

Por fin, un miércoles durante la cena, Arthur le pidió a Violet que se reuniera con él el domingo a las siete y media de la mañana junto a la tumba de Thetcher, con su bicicleta.

—Sé que es muy temprano, pero es mejor así —se excusó—. En cualquier caso, tiene que hacer buen tiempo para ir en bicicleta.

Violet sabía que no debía pedir más detalles y se contentó con la sorpresa. Solo mientras le esperaba aquella suave mañana de mayo —el sol ya iluminaba la baja torre de la catedral aunque

lo demás seguía en la sombra— cayó en la cuenta de que él se había levantado antes para venir pedaleando desde Nether Wallop. Cuando llegó y después de darse un formal apretón de manos, casi como si fueran extraños —ella preguntó: «¿Adónde vamos?», y él contestó: «Nether Wallop»—, entonces comprendió la fortaleza de su carácter. Arthur había pedaleado veintidós kilómetros para ir a buscarla y luego los dos tenían que volver al lugar desde el que había salido.

Tomaron la carretera que salía de Winchester por el noroeste en dirección a Stockbridge. Como era tan temprano, había poco tráfico y Violet pudo darle tregua a las pantorrillas, que llevaban sin pedalear dieciocho meses. Se tambaleó un poco mientras ascendían por la colina al salir de la ciudad, pero cuando llegaron a un terreno llano, pedaleó más segura de sí misma, siguiendo la espalda recta de Arthur y su ritmo constante. Sospechaba que él iba mucho más lento de lo que estaba acostumbrado. Finalmente, Arthur se apartó y frenó un poco para que ella pudiera alcanzarlo y pedaleara a su lado por la reluciente campiña. El sol había salido desde hacía unas cuantas horas y empezaba a secar el rocío. Más tarde, seguro que haría calor, pero por lo pronto el aire era claro y fresco y el cielo azul blanquecino.

Los campos se acercaban y se alejaban como olas. Algunos terrenos recién arados eran extensiones de tierra oscura y revuelta. Otros empezaban a brotar y cubrían la tierra de un fino vello. Aquí todo era mucho más fresco y verde que en agosto, cuando hizo la caminata hasta Salisbury. Entonces, la tierra era la mujer mayor y juiciosa con el mundo, y también un poco cansada. En mayo era la joven ingenua, abierta a lo que tenía ante sí. «¿Qué mes soy yo? —se preguntó Violet—. Ya no soy mayo, tampoco agosto. Soy julio —pensó sorprendida—. Estoy en mi mejor momento y lista para lo que sea».

—¿Llegaremos a Nether Wallop a tiempo para las campanas? —le preguntó a Arthur, puesto que había adivinado que iban allí, aunque no entendía bien qué pintaba ella en todo eso.

—Debería darnos tiempo —contestó él, aunque aceleró ligeramente—. Nos detendremos a descansar antes de Stockbridge. Por cierto, ¿cómo están las bordadoras? ¿Os bendijeron alguna cosa en el servicio especial de la semana pasada?

—Otra bolsa de limosnas y la cenefa para uno de los cojines acabados.

—¿Qué patrón llevaba?

Violet titubeó.

—Fylfots.

La rueda delantera de Arthur se tambaleó.

—Fue mi acto de rebelión consciente —añadió ella— contra los nazis y todos los que los apoyan. Tal como explicó la señorita Pesel.

—Ya veo —dijo Arthur y tras unos instantes añadió—: ¿Tienes previsto llenar la sillería del coro con fylfots?

—No, solo este. El cojín lleva el dibujo del Árbol de la Vida, y me pareció adecuado. Pero la señorita Pesel y yo hemos decidido que dos cojines así son suficientes; aunque me dijo que se reserva el derecho a bordar ella misma otra de esas cenefas si se siente muy indignada. Sin embargo, espera no tener que hacerlo.

Llegaron a Nether Wallop justo antes de las nueve, Violet estaba algo cansada por el ejercicio y se preguntaba qué dirían los demás campaneros cuando la vieran.

—Bueno, ahora tengo que entrar a hacer los preparativos —explicó Arthur cuando se



detuvieron en el camino que llevaba a la iglesia y se bajaron de las bicicletas—. Propongo que te sientes fuera a escuchar. Después, cuando estemos acabando, hacia menos cuarto, entra en la iglesia y siéntate al fondo a la derecha.

Violet asintió, estaba sudada del paseo, confundida y decepcionada. Tenía la fantasía de tocar las campanas, aunque sabía que era ridículo. En una ocasión, Keith Bain le había dicho que él se había pasado un mes aprendiendo únicamente cómo tirar de la cuerda: el movimiento de dos tiempos era más complicado de lo que parecía. Pero, por lo visto, Arthur la había llevado hasta allí solo para que escuchara.

Él entró en la iglesia y Violet se fue hacia el banco en el que había estado sentada nueve meses antes para escuchar las campanas. Al pasar delante de la pirámide que dominaba el cementerio, hizo una pausa y posó la mano sobre la suave superficie, que el sol había calentado. Veintiocho años antes, su hermano había intentado escalarla. Hacía diecisiete que estaba muerto y Laurence dieciséis. Tal vez, por fin le dejara de doler pensar en ellos. Ella seguía viva y estaba contenta de estarlo. Y su madre: la señora Speedwell también había pasado página, aunque no fuera la misma que Violet, puesto que una madre nunca podría hacerlo. Mientras avanzaba y se sentaba en el banco, las cinco campanas iniciaron su breve escala descendente, y Violet cerró los ojos y volvió el rostro al sol.

A las diez menos cuarto, se levantó y regresó a la entrada de la iglesia atravesando el cementerio: ahora estaba nerviosa y se preguntaba qué pasaría a continuación. ¿Iba a presentarle a su esposa? ¿Se sentarían los dos juntos en una de las hileras de bancos durante el servicio, aguantando las miradas del pueblo? ¿O se irían en sus bicicletas cuando él acabara las campanadas? ¿Qué harían después?

El interior de la iglesia estaba fresco y en penumbra, y no había nadie aparte de los campaneros. Las mujeres habían colocado ramos de flores, habían limpiado los bancos, habían fregado el suelo y habían sacado los devocionarios; y el vicario tenía sus papeles listos en el púlpito.

Los campaneros estaban tirando suavemente de las cuerdas y mirándose unos a otros con una atención especial que Violet no había visto en ningún sitio. Ella se deslizó en uno de los bancos fuera de su vista para no distraerlos, se sentó y escuchó procurando descubrir el patrón siguiendo el movimiento de la campana superior. Era más fácil darse cuenta de lo que pasaba cuando había menos campanas, y logró oír cómo cada una volvía a su lugar original hasta que llegó la última y empezaron a tocar la escala descendente.

—Alto —dijo el jefe y cuatro campanas enmudecieron, solo la tenor continuó, ahora más rápido, su llamada urgente avisando al pueblo de que el servicio empezaría pronto.

Los demás campaneros se marcharon y Violet se mantuvo muy quieta para que no advirtieran su presencia.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Arthur dijo:

—Violet, ven.

Ella se apresuró a ir al campanario donde colgaban cuatro cuerdas mientras Arthur tiraba rítmicamente de la campana tenor hasta su cintura para luego ponerse casi de puntillas.

—¿Ves esa cortina? —le dijo haciendo una seña hacia una cortina desteñida de terciopelo naranja que colgaba en el rincón junto a la entrada al campanario—. Córrela, así no distraeremos a la congregación.

«No —pensó Violet—. Así no me verán». Sin embargo, hizo lo que él le pedía, corrió la cortina para protegerlos de la nave justo cuando se abría la puerta y hacía su entrada el hombre alto y aristocrático con un traje de lana que le había hablado en agosto. No estaba segura de que la hubiese visto.

Se acercó a Arthur.

—Venga —le dijo él—. Voy a enseñarte cómo manejar la cuerda.

Tiró de la cuerda y la dejó subir entre las manos, entonces la detuvo. Se hizo un silencio sorprendente. Violet podía oír a la gente al otro lado de la cortina: la iglesia empezaba a llenarse.

—Ponte delante de mí —siguió diciendo Arthur en voz baja. Ahora estaban cara a cara, con la cuerda colgando entre ellos—. Quiero que tires de la cuerda cogiéndola por el revestido, mientras yo tiro del extremo. Agarra el revestido con las dos manos y colócalas a la altura de la cabeza; así es. Después tira hacia abajo hasta que tengas las manos a la altura de la cintura, luego déjala subir. Yo la controlaré con el extremo de la cuerda, y cuando el revestido vuelva a bajar, agárralo tan pronto empiece a subir de nuevo, y tira una vez más hacia abajo cuando esté encima de tu cabeza. ¿De acuerdo?

—Yo...

—No tenemos tiempo. Tú sígueme y confía en mí. Agarra el revestido y tira de él hasta la cintura —dijo Arthur haciendo una seña hacia la parte con franjas de colores.

Violet respiró profundamente, agarró el revestido con ambas manos y tiró de la cuerda. Por un instante no sucedió nada, aunque ella podía sentir el peso de la campana a través de la cuerda. Era menos pesada de lo que esperaba y tiró demasiado fuerte.

—¡Suéltala! —susurró Arthur. Ella la soltó y vio cómo el revestido subía hacia el techo. Entonces, él añadió—: No mires la cuerda, mírame a mí.

Acto seguido tiró del extremo de la cuerda para que el revestido volviera a bajar.

—Ahora agárralo cuando la tengas encima de la cabeza. Y tira de nuevo. Sigue mirándome.

Ella volvió a tirar y él tuvo que recordarle otra vez que lo soltara y que no mirara la cuerda. Era una curiosa sensación de subir y bajar que exigía una concentración completa para coger el ritmo. Al principio, Violet no lograba controlar la cuerda, que rebotaba en lugar de subir y bajar con suavidad. Arthur tuvo que agarrar varias veces el revestido para corregirlo. Después de algunos minutos ella consiguió coordinar sus movimientos y que el ritmo fuera constante, y descubrió que era más fácil mantener los ojos fijos en Arthur y no pensar en nada más. Él estaba muy cerca de ella, tiraba y la miraba, igual que ella a él. Era una mirada intensa, centrada en la cuerda, en la campana y en el otro. Era un poco como estar en un balancín con alguien, bien equilibrado siempre que cada cual prestara atención a lo que el otro hiciera y al balancín. Durante un rato se sintió en total sintonía con Arthur, la cuerda y la campana.

Estaba tan concentrada en lo que sucedía con la cuerda que tardó unos minutos en ser consciente del sonido de la campana que se oía por encima de ellos, con su singular música. Solo entonces comprendió de la forma más visceral que tirar de la cuerda creaba ese sonido.

—El toque de pecadores —murmuró Violet sonriéndole a Arthur.

Él le devolvió la sonrisa.

—Sí, creo que ya los hemos llamado suficiente. Deja de tirar, y yo me encargaré de silenciar la campana.

Ella no quería parar, pero notaba la presencia de la congregación detrás de la cortina, y sabía

que no podía prolongar esta breve y profunda conexión entre ella, Arthur y la campana. Tiró una última vez del revestido y lo soltó. Arthur alargó los brazos mientras el extremo de la cuerda subía hasta su posición más alta y luego tiró de ella más suavemente, frenando la cuerda y haciendo una espiral mientras recogía la campana, cada vez más rápido hasta que se silenció. Se miraron.

—Gracias —le dijo ella y él asintió.

Echó un vistazo al reloj y se acercó a la pared para coger una larga cuerda de metal que colgaba de un clavo. Se oyó un chirrido y luego la campana empezó a sonar mediante un mecanismo automático, diez repiques.

—Un poco tarde, pero no importa —dijo.

Descolgó una cuerda que tenía un garfio en el extremo y Violet lo ayudó a enrollar los extremos de las otras cuerdas en el propio garfio. Cuando estuvieron todos enlazados, Arthur tiró de la cuerda para subir el gancho, creando una versión simple del candelabro de cuerdas que Violet había visto en el campanario de la catedral.

Detrás de ellos, la congregación empezó a entonar el primer himno.

—Será mejor que salgas ahora —dijo Arthur—. Yo lo haré dentro de unos minutos y me reuniré contigo junto a las bicicletas.

Violet asintió, pero titubeó. Se imaginaba a los fieles con las cabezas giradas en su dirección, observándola mientras salía. «No hemos hecho nada malo», se dijo, aunque tampoco tenía la sensación de ser del todo inocentes mientras tocaban las campanas, estando tan cerca el uno del otro, y tan concentrados en la cuerda, en la campana y en ellos mismos.

Cuando salió de detrás de la cortina para deslizarse por la nave, los fieles miraban al vicario que se encontraba en el púlpito. Solo una persona se volvió cuando ella se dirigía a la puerta: el hombre del traje de lana. Antes de que Violet saliera de la iglesia, sus miradas se cruzaron, y ella sintió la de él como si un cigarrillo encendido le abrasara la piel. «Ahora, el pueblo lo sabrá —pensó—. Y también la mujer de Arthur».

Consideró la posibilidad de decírselo cuando lo vio llegar junto a las bicicletas unos minutos más tarde, pero lo notó tan contento y eufórico que se calló.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó.

—Me ha encantado. Ha sido una experiencia totalmente nueva.

—Es diferente, ¿verdad? Todo lo demás desaparece.

—Ha sido muy inteligente por tu parte hacerme tocar las campanas durante el toque de pecadores.

—Sí. Normalmente, los principiantes vienen a practicar una tarde y luego dejamos que atormenten al pueblo durante unos minutos con sus errores. Pero pensé que un domingo por la mañana podía ser más adecuado para ti. Es más fácil venir aquí y regresar durante el día.

«Sí, y también más fácil esconderme de los demás campaneros y de la congregación», pensó ella. Sin embargo, no estaba enfadada. Era una solución práctica.

No añadió que le gustaría volver a hacerlo, pues comprendía que sería difícil de organizar, o tal vez imposible ahora que el hombre del traje de lana la había visto. Aquella sería su única sesión de campanadas.

Arthur cogió la bicicleta de Violet y se la entregó.

—Podríamos volver a Winchester por la ruta que cogimos antes, pasando por Stockbridge —

dijo—. Pero habrá el tráfico típico de un domingo y no es tan agradable. Hay otra ruta siguiendo unas carreteras estrechas, que atraviesa Broughton y King's Somborne. Es mejor.

—Me encantaría —le dijo ella—. Pero no es necesario que me acompañes todo el camino de vuelta. Además tú llegarías demasiado pronto a Winchester para tocar las vísperas. Estoy segura de que puedo encontrar la ruta. —Se estaba volviendo más formal con él—. Supongo que tendrás otras cosas que hacer hoy, que es domingo.

«Un asado festivo con tu mujer», pensó.

—Esta tarde no voy a tocar las campanas en Winchester. Pero ¿por qué no te acompaño un trozo del camino? Es un poco complicado cruzar el río y llegar a King's Somborne. Una vez que se ha cambiado de carretera es más o menos recto.

—¿Quieres que salga ya y tú me sigues más tarde? —preguntó ella, mientras añadía para sus adentros: «Como si estuviésemos realmente liados».

Arthur sonrió.

—No hace falta, todos los cotillas del pueblo están dentro —dijo señalando la iglesia, donde se habían acabado los cánticos.

Pedalearon hacia el sur, en paralelo al arroyo Wallop, por una carretera por la que Violet había caminado en dirección opuesta el verano anterior. Aunque iban a la misma altura, no hablaban. La euforia que había sentido al tocar las campanas con él se había disipado y había sido reemplazada por una creciente tristeza, como la sensación que tuvo el último día de vacaciones, cuando casi quería que se acabaran para volver a su vida cotidiana y aburrida.

Después de Broughton pedalearon hacia el río Test, por una carretera con curvas y recodos. Luego cruzaron las vías del ferrocarril y ante ellos apareció el mesón John O' Gaunt. El mesonero estaba fuera, regando macetas de pensamientos.

—¡Hola, Arthur! —exclamó y volvió a mirar cuando reconoció a Violet.

Arthur lo saludó con la cabeza, pero no se detuvo. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, soltó una maldición en voz baja.

—Un cotilla que no está en la iglesia —observó Violet.

—En efecto.

—¿Prefieres dar media vuelta?

—No, pero tomaré otra ruta de vuelta, para que no me pare y me pregunte por ti.

No tardaron en llegar a una carretera más ancha que los llevó a King's Somborne, un grupo de casas, un pub y una iglesia. Entonces, Arthur giró hacia una carretera más pequeña y muy pronto las casas desaparecieron y fueron surgiendo setos que bordeaban los campos de cultivo. Se detuvo y Violet se paró junto a él, bajándose del sillín y sosteniendo la bicicleta entre sus piernas.

—Si continuas por esta carretera durante unos once kilómetros, te llevará a las afueras de Winchester —le explicó Arthur—. Allí habrá poco tráfico y es un lugar encantador.

—De acuerdo —dijo Violet sin moverse—. Gracias por regalarme esta mañana. Y por todas las cenas a las que me has invitado. Y por llevarme a ver las campanas de la catedral. Por todo.

Sabía que sus palabras sonaban definitivas. Porque lo eran. Algo en el comportamiento de Arthur dejaba traslucir que ese día era único y que no volvería a repetirse. La había llevado a tocar las campanas y eso era todo. Ahora, él la observaba con gesto impotente, y eso parecía confirmarlo. Le diría adiós y volvería pedaleando a Nether Wallop.

Violet sintió que el abismo se abría en su interior. Podía dejarse arrastrar hacia él o tomar las

riendas. Su acto de rebelión.

Tuvieron que detenerse delante de una barrera metálica que había en el seto y por donde podía pasar un tractor para arar y cosechar. La carretera, los setos y los campos que los rodeaban estaban sumidos en el silencio, expectantes. Violet se bajó de la bicicleta y la dejó apoyada en el seto. Entonces empezó a subirse a la barrera.

—Violet.

Llegó a lo alto y pasó una pierna al otro lado, quedándose a horcajadas, con la falda abombada. Respiró profundamente antes de hablar.

—¿Entrarías conmigo en este campo? Porque yo estoy lista y nunca volveremos a tener esta oportunidad.

Arthur la miraba fijamente.

—Puedes venir conmigo o marcharte —dijo Violet saltando al otro lado de la barrera y alejándose sin mirar atrás.

Había asumido el riesgo; ahora dependía de él decidir si también lo hacía. Echó a andar por la tierra en barbecho cubierta de hierba y de tréboles con la altura perfecta para tumbarse, un manto ni demasiado alto ni demasiado bajo y por ello suave. Mientras esperaba se acordó de todas las personas que no comprenderían lo que estaba haciendo: su madre, Tom y Evelyn, Louisa Pesel, incluso Gilda y Dorothy. Las tuvo presentes y luego las apartó de sus pensamientos. Solo quedaba una persona a la que tener en cuenta. Cerró los ojos y se imaginó a Jean Knight, aquella única vez que la vio, una figura impresionante con el cabello suelto y el rostro acariciado por el sol. «Perdóname —pensó Violet—. Perdóname por construir mi vida sobre las ruinas de la tuya».

Tras un instante, sintió que Arthur estaba de pie junto a ella. Abrió los ojos y se volvió hacia él colocándose cara a cara, como lo habían estado durante las campanadas. Alargó la mano y cogió la de él, mientras él le cogía la otra. Era como un circuito que se completaba para que la electricidad pudiera recorrerlos y conectarlos. Ella la sentía más intensamente en la base del vientre.

Le pidió que fuera el primero en marcharse. Deseaba estar sola en el campo, para recuperarse antes de seguir adelante con su vida.

—Lo siento, Violet —dijo Arthur, poniéndose en pie—. Estas cosas no se me dan bien.

Hizo un ademán con las manos que no solo los abarcaba a ellos y el campo, sino también todas las veces que se habían visto y todas las cosas que se habían dicho y lo que acababan de hacer.

—Mi mujer...

—Lo sé.

Sin embargo, él insistió en continuar.

—Jean ha pasado una mala racha. Me necesita.

—Por supuesto. Pero creo que será mejor que no nos volvamos a ver, ni que tengamos contacto. Es mejor así. —Le temblaba tanto la boca que tuvo que apretar los labios para controlarlos—. Porque de lo contrario es demasiado duro, ahora que hemos...

—Sí. Es lo mejor.

Ese simple asentimiento le rompió el corazón, porque ella quería que le dijera lo contrario. Pero tenía razón, fueran cuales fueran las consecuencias de aquel día. Ambos lo comprendían.

Por un instante, Arthur sostuvo el rostro de Violet entre sus manos, la miró con aquellos ojos

azules y tristes, y sonrió. La besó y luego se fue hacia la barrera y la saltó sin mirar atrás. Cuando él se alejó en su bicicleta, Violet se secó la cara con el pañuelo de Arthur, se arregló la ropa, se quitó la hierba del pelo y empezó a respirar con más calma. Después se puso en pie y miró el campo salpicado de botones de oro, mientras apretaba el pañuelo en la mano. Algunas cosas dentro de ella seguían vibrando, atentas a cualquier posibilidad de cambio y crecimiento.

Mientras guardaba el pañuelo en el bolso oyó el sonido de la barrera y se preguntó por qué volvía Arthur. Se dio la vuelta. No era Arthur. Jack Wells estaba de pie en el peldaño inferior de la barrera. Agarró el de arriba y con un rápido impulso pasó sus piernas al otro lado y saltó por encima, aterrizando con elegancia.

Se quedó mirando fijamente a Violet con sus ojos oscuros y su lenta sonrisa, y el tiempo pareció congelarse. Ella pudo calcular que su granja con la maquinaria oxidada y el maizal por el que la persiguieron estaban tan solo a uno o dos campos hacia el sur. Arthur y las campanas la habían llenado tanto que no había pensado en aquel día de verano ni en la Nochevieja. Había conseguido apartar a aquel hombre de sus pensamientos, hasta ahora.

«No —pensó—. No vas a arrebatarme este día».

—Márchese —dijo antes de que él pudiera hablar.

La sonrisa del hombre siguió creciendo.

—¿Por qué tengo que marcharme?

—Porque se lo he pedido y porque un caballero hace lo que le pide una dama.

—¿De verdad? No lo tengo tan claro. Creo que un hombre puede coger lo que quiera.

Se acercó a ella. Violet retrocedió un paso. Ahora era el momento de pensar con rapidez y claridad. «Lo mejor es no dejarse llevar por el pánico. —Oyó que le decía su padre al oído—. Repasa con calma todas las opciones y elige rápidamente la que te parezca mejor. No te lo pienses demasiado».

Ella escuchó. Arthur se había ido; no había casas cerca y los campesinos no labraban el campo en domingo. Nadie podía ayudarla. ¿Podría hacerlo entrar en razón? Era poco probable a juzgar por los nerviosos encuentros que había tenido con él. ¿Le debía dejar hacer lo que quisiera? Así tal vez resultara menos violento.

No. No podía permitirlo. Después de lo que acababa de suceder con Arthur, no soportaba que él estropeará ese recuerdo. ¿Qué le habían enseñado los últimos dieciocho meses en Winchester? Ofrecería resistencia.

Violet echó un vistazo al contenido de su bolso abierto: el pañuelo de Arthur, su monedero, un lápiz de labios, un neceser, algunos recibos y una larga tira de tela de cáñamo enrollada que estaba bordando para hacer la cenefa del cojín. La había metido en el bolso para tener algo que hacer si debía esperar a Arthur. Al lado estaba el librito de agujas que Marjory le había hecho para su cumpleaños, con varias agujas de bordado —cortas, gruesas y con puntas redondeadas— clavadas en las páginas de fieltro. Consideró la posibilidad de usar las agujas.

Jack Wells dio otro paso hacia ella.

—¿Qué haces aquí solita?

«Así que no me ha visto con Arthur», pensó Violet con alivio.

—Yo... estoy mirando las flores.

—¿Por qué pasas tanto tiempo sola?

—Eso es cosa mía. ¿Qué tiene de malo?

—Una mujer no debería estar sola. Necesita un hombre que la proteja. O podría sucederle cualquier cosa.

—Bobadas —contestó Violet, con repentino enfado. Aquello agudizó su mente—. De todas formas no estamos solos. Hay alguien en la carretera.

Hizo un gesto señalando la barrera. Mientras el hombre volvía la vista, metió la mano en el bolso y abrió el librito, sacó la aguja más grande y la colocó siguiendo el lomo de forma que la punta sobresaliera de uno de los extremos. Después cerró el estuche y lo cogió con el pulgar y el índice por la parte donde estaba la aguja para que no se moviera. Tardó tres segundos en hacer la maniobra completa, justo cuando él volvió la cabeza, molesto.

—Te crees muy lista, ¿verdad? ¿Crees que soy un estúpido? Zorra.

Se acercó tan rápido que Violet no tuvo tiempo de moverse. Cuando la empujó, ella cayó de espaldas al suelo, golpeándose el codo y el hombro. A pesar de eso, logró sujetar el estuche de agujas, aunque no se atrevía a mirar si la aguja seguía en su sitio.

Durante un momento, él se quedó de pie junto a ella, tapando el sol, por lo que Violet solo podía ver su silueta triunfante. Luego se desplomó sobre ella, inmovilizándole los hombros con sus manos. No era alto, pero estaba fibroso y fuerte de trabajar al aire libre, y apestaba a sudor y a cigarrillos y desprendía un penetrante olor a granja. Cuando presionó su entrepierna contra la de ella, lo hizo con rudeza. Violet estaba helada y muerta de miedo.

Aún tenía en la mano el estuche de agujas. Entre los dedos notó el patrón uniforme del cañamazo bordado: las puntadas cuidadosas y complicadas que había hecho su sobrina que la quería. Sentir la seguridad de aquellas puntadas hizo que Violet volviera al presente.

Jack Wells le soltó uno de los hombros para desabrocharse el cinturón. «Ahora», pensó Violet; apretó el estuche de agujas en el puño, alzó el brazo y lo balanceó hacia delante con ímpetu, rezando —mientras le apuñalaba el cuello— por que la aguja siguiera allí y no se hubiera caído.

Él chilló y se apartó rodando hacia un lado, mientras se agarraba el cuello con las manos. «¡Vete!», se dijo a sí misma Violet, levantándose de un salto. Sin hacer caso del dolor en el codo, el hombro y la espalda, cogió el bolso y corrió, primero dando traspiés y después más rápido de lo que nunca había corrido en su vida, ni siquiera de niña cuando la perseguían sus hermanos. Llegó a la barrera y saltó al otro lado. No se volvió a mirar atrás, pues eso la habría ralentizado. Su bicicleta seguía apoyada en el seto. Mientras se acercaba a ella, Violet oyó el sonido metálico de la barrera. Seguro que él estaba subiéndose para saltarla. Tampoco entonces se volvió; rápidamente se subió a la bicicleta y empezó a pedalear con todas sus fuerzas.

Oía sus jadeos, sus maldiciones y sus bramidos, cada vez más cerca, y entonces notó una mano sobre el brazo. Intentó no apartarlo de un tirón, pues eso quizá la hubiera hecho perder el equilibrio. Se limitó a mover con fuerza las piernas en los pedales, sintiendo cómo le quemaban los muslos y cómo él aflojaba a medida que ella aceleraba hasta que la soltó y Violet se liberó.

Pedaleó y pedaleó, con los pulmones en llamas, la mente helada, sin volver la vista atrás, sin bajar el ritmo, subiendo y bajando los pedales hasta poner algunos kilómetros entre ella y el hombre. La carretera estaba vacía y no había granjas cerca, solo campos y bosques que se extendían en la distancia. Al ver lo aislada que estaba agradeció tener allí la bicicleta, un fiel corcel que la alejaba del peligro.

Solo aminó la marcha cuando llegó a una granja que se encontraba en un cruce que llevaba a un pueblo. La granja estaba llena de actividad, no solo había vacas pastando en el prado contiguo y un montón de gallinas picoteando en el jardín, sino también una mujer que vaciaba un cubo en la

hierba junto a una puerta lateral, un hombre sentado en una silla al sol, que leía un periódico, y tres niños que jugaban con una pelota. Un perro saltaba y ladraba alrededor de los niños. La escena que se desarrollaba ante sus ojos era tan cotidiana y tan corriente, después de lo que ella acababa de vivir, que casi se echó a reír de pura incredulidad.

Había perdido el sombrero en el campo y llevaba el pelo revuelto, y el hombre y la mujer la miraban fijamente. Siguió pedaleando. Ahora había más tráfico —la gente volvía de la iglesia o se iba a almorzar con la familia— y Violet intentó no mirar a ninguno de los conductores o pasajeros.

En las afueras de Winchester se detuvo y apoyó la bicicleta en el letrero que anunciaba el nombre de la ciudad, y buscó su neceser en el bolso. Se miró en el espejo, se examinó las enrojecidas mejillas y el pelo enmarañado, los labios mordidos y su mirada de loca, y pensó: «No me servirá de nada empolverarme la cara y pintarme los labios». Se pasó la mano por el pelo intentando atusarlo todo lo posible. Cuando volvió a meter el neceser en el bolso, se dio cuenta de que había perdido el estuche de agujas de Marjory. Seguramente estaba en el campo junto al sombrero, y no volvería a recuperarlo nunca, puesto que Violet no podía regresar allí. Al pensar en el estuche abandonado, se echó a llorar con grandes sollozos. El llanto hacía que todo su cuerpo se estremeciera.

Sin embargo, la tormenta no duró mucho; se había acabado.

Violet encontró el pañuelo de Arthur, se secó los ojos y se limpió la cara. Encendió un cigarrillo, inhaló profundamente y echó el humo hacia un lado. Por un breve instante, consideró la posibilidad de acudir a la policía y denunciar a Jack Wells. Pero eso implicaba tener que explicar a los escépticos policías qué hacía ella sola en un campo y posiblemente involucrar a Arthur en el asunto. No. Se imaginó la aguja clavada en el cuello de Jack Wells, y asintió para sus adentros. Con eso bastaba. «Violet Speedwell —se dijo—, mira lo que has hecho».

Volvió a subirse a la bicicleta y puso rumbo a la ciudad bajando por la colina. Pasó por la estación de ferrocarril, la puerta oeste, enfiló por High Street, y giró a la derecha hacia el cruce de Buttercross para cruzar el jardín exterior. Apenas tenía que pedalear y la catedral la atraía como un imán.

Violet dejó la bicicleta apoyada en un muro, accedió al frío interior y se fue directa por la nave central hasta el coro. Estaba vacío, solo había un sacristán que ponía un mantel y unas velas sobre el altar, en el extremo más alejado del presbiterio, preparándolo para las vísperas. Violet miró las hileras de sillas a izquierda y derecha de la entrada central. A su izquierda estaba el cojín del rey Arturo; a la derecha, el recién acabado cojín del Árbol de la Vida. En ambos se asomaban las filas de esvásticas, aunque no llamaban la atención y había que mirar con detenimiento para verlas.

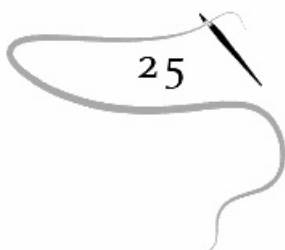
Violet examinó unos instantes los dos cojines y luego eligió uno. Se sentó encima del Árbol de la Vida, el asiento crujió bajo su peso. Cerró los ojos y se contempló a sí misma. Su respiración se había calmado y era casi normal. Le seguía doliendo el codo, pero el dolor del hombro había disminuido hasta convertirse en un dolor sordo. Los muslos estaban tensos del largo y frenético pedaleo. Más tarde, se daría un baño para relajarlos.

En el bajo vientre se sentía dolorida, de Arthur y de la bicicleta. Pero mientras permanecía sentada escuchando su propio cuerpo, se imaginó que sentía una leve punzada. Violet abrió los ojos y los posó en un cojín de uno de los asientos que había frente a ella. Los tonos rojos y amarillo mostaza resaltaban como joyas sobre la oscura madera.

«Ahora empezará —pensó—. Ahora empezaré».







Me gusta viajar en tren. Un tren lo cura todo —dijo Gilda, apartando la vista de la campiña de Hampshire y sonriendo a Violet.

—Sí.

Violet le devolvió la sonrisa, aunque sabía que no podría ocultar su agotamiento. Durante tres meses había dormido tan poco que no comprendía cómo podía seguir en pie.

Dorothy estaba sentada frente a ella con su abrigo verde y su mirada ausente. Violet había elegido un sábado para que pudieran acompañarla; de lo contrario no estaba segura de que alguien más acudiera a la cita. Tom y Evelyn le habían dicho que irían, pero era complicado encontrar a alguien que cuidara de los niños, tanto que Violet sospechaba que ellos mismos habían creado la complicación para tener la excusa de no ir. Esperaba que Marjory, Eddie y Gladys pudieran acompañarlos, pero sabía que no podía pedirle a su hermano que los llevara. De todos los cambios que se habían producido aquel último año, el más doloroso había sido no poder ver a sus sobrinos con regularidad. Seguía confiando en que Tom y Evelyn dejaran de lado sus recelos. Con la ayuda de Dorothy incluso había vuelto a hacer el estuche de agujas que Marjory le había regalado, recreando concienzudamente sus errores, solo por si su sobrina la visitaba algún día y le pedía que se lo enseñara. El mes pasado, Marjory le había hecho una tarjeta de cumpleaños con un esmerado dibujo de unas violetas. Violet se alegró de que Tom y Evelyn estuvieran dispuestos a entregársela. De hecho, Tom sacudía la cabeza mientras le describía lo mucho que Marjory había insistido en que le diera la tarjeta a su tía. «No sé de quién lo ha sacado», añadió.

—¡Mira, St Catherine's Hill! Ya casi estamos —dijo Gilda empezando a recoger sus pertenencias.

Durante un breve instante, Violet se preguntó cómo sería permanecer en el tren y seguir hasta Londres, tal como había sopesado hacer un día de verano casi dos años antes. ¿Habría sido su vida más fácil en una ciudad grande y anónima? Tal vez. Pero en su fuero interno, sabía que nunca se iría de aquí, y la sensación se le pasó.

—Gracias por venir conmigo —dijo.

—¡Faltaría más! —exclamó Gilda—. No nos lo perderíamos por nada del mundo, ¿verdad, Dorothy?

—Per angusta, ad augusta. De las dificultades a la grandeza.

Violet y Gilda ni siquiera intercambiaron una mirada. Violet había descubierto que, después de vivir con ella, una se acostumbraba a oírla soltar frases en latín. Sin duda ella misma tenía rarezas que seguro que volvían loca a Dorothy.

He aquí una rareza. Se acercó al cochecito que estaba frenado junto a la puerta del vagón y echó un vistazo. Iris estaba dormida y llevaba así desde que salieron de casa. Aunque su sueño era una bendición para los demás pasajeros, era probable que se despertara y se hiciera oír más tarde.

No importaba. Violet sonrió mientras contemplaba el milagro de su hija. Por ella, sería capaz de aguantar bastante más que unos lloros.

Aun así, se preparó mentalmente para el paseo que tendría que dar desde la estación, pasando por la ciudad, hasta la catedral. No había vuelto a Winchester desde que su embarazo empezó a ser evidente y perdió su empleo. En cuanto el señor Waterman la llamó a su despacho, un fresco día de octubre, supo que al final él se había percatado de que, simplemente, no estaba engordando. Ella les ahorró a ambos un insoportable interrogatorio sentándose y declarando de inmediato:

—En febrero tendré un bebé. ¿Prefiere que me vaya ahora o en enero?

Al señor Waterman se le salieron los ojos de las órbitas.

—Señorita Speedwell, esto... Yo...

—Tal vez sea mejor que me vaya ahora —decidió ella.

Aunque al decirlo se robaba a sí misma dos meses de sueldo, no podría soportar tanto tiempo el balbuceo y el rostro enrojecido del señor Waterman. Ya tenía que aguantar las miradas de reojo de muchas de las mujeres de la ciudad. La señora Harvey, sin embargo, se había mostrado inesperadamente tolerante. Le confió a Violet que una hija suya tenía un bebé sin estar casada.

—Por supuesto, no puedes quedarte cuando tengas al bebé —añadió—. Esta no es una casa de esas.

Sin embargo, la mayor sorpresa del día en que perdió su empleo fue Maureen, que ya había adivinado que estaba embarazada. Cuando Violet regresó de su reunión con el señor Waterman y le explicó que dejaría pronto el trabajo, su compañera de oficina resopló y dijo:

—Dentro de poco, yo también iré a verlo. Voy a casarme.

—¿Te vas a casar? —Violet intentó no sonar sorprendida, pero durante aquellos meses no había tenido ningún indicio de que hubiera un hombre en la vida de Maureen.

Aquel repentino anuncio no tenía nada que ver con las interminables charlas sobre compromisos y anillos y banquetes de boda que habían mantenido Mo y O justo hacía un año y medio. «Maureen ha madurado», pensó Violet.

—¿Con quién te casas?

—Con Keith, por supuesto —dijo Maureen y, al ver la expresión de sorpresa de Violet, añadió—: ¿Por qué te sorprende? A fin y al cabo, tú nos presentaste.

Violet todavía tenía que acostumbrarse a que alguien llamara a Keith Bain solo por su nombre de pila. Era uno de esos hombres a los que les iba bien un apellido. Y se iba a casar con Maureen. Tal vez eso la suavizara.

—¡Caramba! Enhorabuena a los dos.

—Gracias. Keith me hace reír y pensar. ¡Me muero de ganas de ver la cara del señor Waterman cuando descubra que pierde a sus dos mecanógrafas! Vendrás a la boda, ¿verdad? Puesto que fuiste tú la que nos pusiste en contacto, deberías estar allí. Siempre que... —hizo una seña hacia el vientre de Violet— esto no se interponga.

—Eso espero.

Pero en realidad no lo esperaba. Arthur estaría presente, seguramente como padrino de bodas, y ella sabía que debía evitarlo, igual que había evitado la catedral y el restaurante Old Market los miércoles por la noche y los domingos al mediodía.

Solo una vez se había topado con Arthur. Ella salía de la casa parroquial cuando lo entrevió a través de un grupo de coristas que cruzaban el jardín interior armando mucho barullo. Estaba

apoyado en uno de los contrafuertes de la catedral y era evidente que esperaba poder verla a ella. Violet se detuvo y cuando los chicos hubieron pasado, él la vio y también vio el bulto que surgía entre los pliegues de su abrigo. Se miraron, uno a cada lado del jardín. Violet deseaba, más que nada en el mundo, cruzar el empedrado que los separaba y abrazarlo. Pero no se movió ni él tampoco, confirmando de ese modo lo que habían decidido antes incluso de saber cuáles serían las circunstancias. Después de un momento, Violet le hizo un pequeño gesto de asentimiento y dio media vuelta mientras Arthur sacaba un pañuelo del bolsillo y se secaba los ojos.

Violet no fue a la boda. A finales de diciembre, cuando Maureen y Keith Bain se casaron, ella ya se había mudado de nuevo a Southampton y podía poner como excusa el tiempo y los tobillos hinchados, aunque para entonces, ellos ya debían de haber adivinado el verdadero motivo de su ausencia. No se lo reprocharon. De hecho, los Bain se convirtieron en buenos amigos suyos. La apoyaron durante el embarazo y también cuando nació Iris, hasta el punto de que Violet les pidió que fueran los padrinos de la niña.

Cuando el tren se detuvo, miró el rostro de su hija, que se parecía tanto al de Arthur que a Violet le asombraba que la gente le preguntara quién era el padre. Iris abrió los ojos: profundos, como dos trocitos de zafiro.

—Justo a tiempo —murmuró Violet.

Escondió debajo de las mantas un pequeño cojín con las iniciales ak bordadas en una esquina; lo había hecho con el pañuelo de Arthur.

—Bienvenida a Winchester, pequeña. Sic parvis magna. La grandeza nace de pequeñas cosas.

Gilda y Dorothy no parecían estar nerviosas por pasearse por la ciudad. Desde el momento en que se mudaron a Southampton y empezaron a vivir juntas y a trabajar de contable y de maestra, parecía que los ciudadanos de Winchester estaban aliviados de no tener que meditar sobre la naturaleza de su relación. Ojos que no ven, corazón que no siente; eso le convenía a la ciudad. Mientras paseaban por la High Street, parecían dos amigas que charlaban camino de un bautizo.

Sin embargo, el pecado de Violet era más evidente. Mientras empujaba el cochecito hacia Buttercross, sentía los ojos sobre ella, tal como los había sentido en los últimos meses de su embarazo y los primeros meses de vida de Iris en Southampton. Ahora ya no era tan susceptible, pero seguía siendo un suplicio que le exigía prepararse cada vez que tenía que hacerle frente. Era una gran ayuda tener a Gilda y a Dorothy; ahora ya no caminaban juntas, sino que se habían colocado sin decir palabra a ambos lados de Violet. «Como guardias que me acompañan a una celda», pensó Violet con ironía, aunque también estaba agradecida por ello.

El mejor tónico era mantener los ojos puestos en el rostro de su hija. Iris la miraba con igual intensidad, con sus ojos azules, ante la seria tarea de permanecer viva. El hecho de que su hija dependiera por completo de ella hacía que Violet caminara con el paso ligero y la espalda recta. Fue eso lo que le dio valor para insistirle a su hermano en que ella, Gilda y Dorothy debían vivir en la casa de los Speedwell, en Southampton, en lugar de venderla. Aquella sugerencia había desconcertado a Tom, al igual que la noticia de su embarazo. Pero Violet había cultivado una nueva determinación contra la cual a su hermano le resultaba difícil discutir.

—Voy a tener una familia —le dijo ella— y necesitare una casa familiar. Nuestra madre no volverá a Southampton. Salvo que tú necesites el dinero en algún momento, ¿por qué no podría yo vivir allí?

Gilda y Dorothy apoyaban a Violet con sus sueldos. Puesto que no tenían que pagar un alquiler,

conseguían salir adelante: Violet cuidaba de ellas, de la casa y de Iris. Fue un acuerdo muy revelador y muy debatido a sus espaldas por los vecinos, y más de una vez Violet los había oído murmurar sobre «la casa del pecado». Aunque Tom y Evelyn habían conseguido aceptar el acuerdo entre Gilda y Dorothy, fingiendo que se trataba de una simple amistad, no podían pasar por alto el hecho tangible de Iris y la ausencia de un padre y de una alianza en el dedo de Violet. Aquello no había forma de ocultárselo a sus hijos. Por ello, cuando las visitaban, no traían a los niños, siempre con una excusa preparada: enfermedad, cansancio o un castigo porque se habían portado mal.

Violet sobrellevaba su nueva situación. Dorothy le había enseñado que *Suum cuique*. A cada uno lo suyo. No obstante, se inquietaba, puesto que parecía, como mucho, un acuerdo temporal. ¿Volvería a ser capaz de trabajar? ¿Tendría que pedirle más a Tom y rogar por que fuera misericordioso? Era difícil imaginar esas conversaciones, pero al final tendría que ir a verle y hablarle del futuro de Iris y de ella para que no fuera tan precario.

Mientras cruzaban el jardín exterior, el corazón empezó a latirle con fuerza. Pensaba lo que pensaba de ella la ciudad, le preocupaba más la respuesta de la catedral ante los cambios que había habido en su vida. A lo largo de los siglos, había sido un refugio para muchas personas y también para Violet cuando vivía en Winchester. Ella temía cada cambio, los ojos que la seguían, los comentarios mientras empujaba el cochecito de Iris. ¿Sería esta la última vez que la visitara?

Pero allí estaba Louisa Pesel esperando en el pasillo central. Fue ella la que convenció al deán Selwyn de que permitiera que el bautismo de Iris se celebrara en la catedral. Violet se preguntaba qué le había dicho y si tuvo que sobornarlo con la promesa de un cojín especial en su nombre; pero sospechaba que al deán le había parecido simplemente imposible discutir con la señorita Pesel.

—¡Ah, ya estáis aquí! —exclamó acercándose con una sonrisa—. ¿Y dónde está nuestra pequeña estrella?

Metió la cabeza en el cochecito, como lo hacen las personas que nunca han tratado con bebés, e Iris la observó alarmada. La señorita Pesel le dio unas palmaditas en la mejilla antes de alzarse de nuevo.

—Unos llamativos ojos azules —declaró.

Violet se preguntó si estaría atando cabos sobre quién era el padre de su hija.

Si lo hacía, no lo demostró. En realidad, nunca había hecho ningún comentario sobre el padre o sobre la ausencia de un anillo en el dedo de Violet, pero había dado la bienvenida a Iris con el mismo candor que su sobrina Marjory cuando se enteró de que iba a tener una primita a la que cuidar, la única vez que Tom y Evelyn le habían permitido visitarla.

—Has elegido el nombre más delicioso para ella —siguió diciendo la señorita Pesel—. Como sabes, los iris son mi segundo amor después del bordado. A finales de año, me instalaré en la White House de la Colebrook Street, a un tiro de piedra de aquí, y ya estoy haciendo planes para llenar el jardín de iris. Tienes que traer a Iris para que vea a sus tocayas cuando hayan crecido dentro de uno o dos años. Bueno, ¿vamos?

Las condujo a la nave lateral, pasada la capilla del obispo Edington con sus *fyfots* de alabastro, hacia la capilla de los Pescadores. Con Louisa Pesel de escolta, Violet se sentía más legitimada y capaz de empujar el cochecito de Iris con seguridad a través de la nave.

En la capilla las esperaban los Bain, Maureen con una sonrisa en la cara. También estaban la señora Harvey y, para su asombro, Mabel Way, una de las bordadoras de la catedral. Mabel, que

dos años antes la había mandado callar, justo a la salida de la capilla de los Pescadores. No parecía muy segura de querer estar allí y miraba asustada a su alrededor; tal vez suponía que vendrían más bordadoras aparte de Gilda, Dorothy y la señorita Pesel. La señora Biggins no estaba presente, por supuesto; si bien no podía prohibirle a Violet que asistiera a las reuniones de las bordadoras, había conseguido hacerla sentir tan incómoda que dejó de ir cuando se mudó a Southampton, aunque siguió bordando cojines para la sillería del coro hasta que llegó Iris y su tiempo para ese tipo de cosas desapareció.

Debía de existir un motivo para que estuviera allí presente Mabel Way. Había tantas personas que escondían historias: un marido que se había ido, un bebé sorpresa al que se hacía pasar por hermano o hermana, una pasión equivocada, una mujer perdida. Tal vez, algún día Violet conociera la historia de Mabel. Cómo navegar por la vida cargando con ese equipaje sin que te vuelvas una persona triste, amargada o sentenciosa, ese era el reto. Le hizo a Mabel un gesto de asentimiento para tranquilizarla. Y ella le contestó con una tímida sonrisa.

A pesar de la sorpresa de ver allí invitados inesperados y la emoción de la ocasión, Violet sentía una vaga decepción. En su fuero interno esperaba que Arthur pudiera estar presente, aunque no debiera. Ella se lo había dejado claro y él también.

Saludó a sus invitados, pero entonces Iris empezó a llorar. Violet sospechaba que se trataba de una reacción tardía a la repentina y amenazante cara de Louisa Pesel, y tuvo que atender a su hija, lo que le impidió unirse a las conversaciones. Por fortuna, no importaba, pues la mayoría de los presentes se conocían o eran civilizados, aunque se percató de que tanto Mabel como la señora Harvey se aseguraban de permanecer en el lado opuesto de la pequeña capilla al que estaban Gilda y Dorothy. Era inevitable, ellas podían ser lo suficientemente tolerantes como para acudir al bautizo de la hija de una madre soltera, pero no para aceptar la unión de dos mujeres. A la propia Violet le había resultado desconcertante al principio y entendía su reticencia. Sin embargo, ahora llevaba varios meses viviendo con Gilda y Dorothy y ya no cuestionaba su relación. Para ella, eran como un viejo matrimonio. Al menos Maureen hablaba con ellas; desde que estaba casada con Keith Bain se había vuelto más generosa.

Llegó el vicario de la iglesia de un pueblo cercano; un hombre gris que al parecer era el único vicario de los alrededores dispuesto a officiar ese bautizo, sobre todo porque ello le permitiría decir que había celebrado un servicio en la catedral de Winchester. Empezaron a ocupar sus asientos, Maureen y Keith Bain a ambos lados de Violet como padrinos. Iris seguía llorando y Violet miraba a su alrededor, nerviosa, incómoda por los gemidos de su hija. Tom y Evelyn no estaban allí; no vendrían.

Entonces, Evelyn entró acelerada, sin aliento y como pidiendo disculpas.

—Enseguida comprenderás por qué llegamos tarde —dijo.

Cuando Tom apareció por la puerta llevando a su madre del brazo, Violet estuvo a punto de lanzar un grito.

Desde que se había mudado a Horsham, la señora Speedwell se había negado a ver a Violet. Y ella le había escrito varias veces sin obtener respuesta. Siempre que llamaba por teléfono, su tía Penelope se mostraba cautelosa. «Lo siento, cariño, está durmiendo —le decía—. Será mejor que no la molestemos». Incluso entonces, Violet oía de fondo a su madre haciendo comentarios. Durante una de las llamadas, su tía le susurró: «Yo lo dejaría por ahora, cariño. Estoy segura de que acabará aceptándolo, poco a poco. Siempre le pasa». Violet no tenía ni idea de cómo Tom había conseguido convencer a su madre de que asistiera al bautizo. Pero cuando la vio —la

señora Speedwell parecía más vieja, más pequeña y más lenta, y tenía la cara triste— Violet comprendió lo mucho que deseaba que estuviera allí. Ser madre la había hecho apreciar realmente el vínculo entre padres e hijos. La idea de perder a Iris le provocaba un miedo visceral. Su madre había perdido a un hijo y tenía que seguir viviendo a pesar de ese temor. No era de extrañar que se hubiese vuelto tan amargada.

Violet dejó a Iris con Gilda, que siempre lograba tranquilizar a la pequeña con su repertorio de caras raras, y se acercó a su madre.

—Gracias, Tom —susurró.

Su hermano asintió. Tal vez ese fuera también el inicio del regreso a su vida del resto de la familia.

—Madre —dijo tomando las manos de la señora Speedwell entre las suyas—. Estoy tan contenta de que hayas venido.

Su madre frunció aún más el ceño y retiró las manos.

—No me siento muy bien —se quejó—. No debería haber venido. Tanto viaje para esto.

Miró alrededor de la pequeña capilla con aversión. Quizá Tom y Evelyn la habían forzado a asistir al bautizo con la promesa de que se celebraría en un lugar más grande de la catedral.

—No estoy segura de lo que habría pensado Geoffrey al respecto.

—Es la capilla preferida de papá. Por eso la elegí.

—¡Qué maravilla que haya venido, señora Speedwell! —dijo Louisa Pesel acercándose y tendiéndole la mano—. Todos esperábamos su llegada. Soy la señorita Pesel, jefa de las bordadoras de la catedral. Su hija ha realizado un trabajo excelente con nosotras, estoy segura de que lo sabrá.

La madre de Violet observó el cuello de pieles de Louisa Pesel, su sombrero algo anticuado y su aire de autoridad natural y la saludó con un leve movimiento de la cabeza.

—Encantada de conocerla.

«Ha encontrado a alguien que legitime esta reunión», pensó Violet, escondiendo una sonrisa.

—La relación que tiene un niño con su abuela es sumamente importante, ¿no cree? —continuó diciendo la señorita Pesel—. La mía me enseñó a bordar mi primer dechado. Le debo a ella el trabajo de toda mi vida, de verdad. Venga a saludar a su nieta.

La señora Speedwell dejó que la llevaran hasta Gilda, a la que miró con cierto alivio al ver un rostro familiar. Nadie se había atrevido a explicarle la verdadera naturaleza de la relación entre Gilda y Dorothy; todos habían decidido tácitamente que la noticia del embarazo de Violet ya era suficientemente impactante.

—Aquí está Iris —exclamó Gilda, levantando al bebé—. Ha dejado de llorar, ¡solo para usted!

La señora Speedwell observó a su nieta con ojos críticos.

—¿Lleva el vestido de bautizo de Violet?

—Sí, madre —dijo Violet acercándose.

—Le queda demasiado grande. Pero, bueno, tú eras un bebé grande. Estabas gorda como un pudín de Yorkshire.

Violet cruzó una mirada con Keith Bain, que sonreía por aquella comparación improbable, y le guiñó un ojo. Él se había emocionado cuando ella le pidió que fuera el padrino de Iris.

Iris miraba fijamente a su abuela, con un mohín de disgusto.

—Tiene los ojos de Geoffrey —observó la señora Speedwell.

Los ojos del padre de Violet eran de un azul pálido, no tenían los reflejos de los de Iris, pero Violet no estaba dispuesta a discutir con ella.

—Siéntese, madre, y empezaremos.

A Iris no le agradó el agua que le vertieron sobre la cabeza —ni aunque fuera agua bendita— y lloró durante la mayor parte de la ceremonia, solo se calmó una vez acabada, cuando Violet se la llevó a la capilla contigua, que estaba vacía, para amamantarla. Cuando terminó y su hija dormía en sus brazos, saciada, Violet pudo concentrarse de nuevo en sus invitados. Casi todos estaban alrededor de la señora Speedwell, complaciéndola mientras escuchaban sus historias sobre su nueva vida en Horsham. Dorothy estaba sola e inspeccionaba las vidrieras de Izaak Walton. Maureen charlaba con la señora Harvey. Keith Bain había desaparecido, tal vez para fumarse un cigarrillo.

—Violet, cariño, tienes que venir. Tenemos que enseñarte una cosa.

Louisa Pesel estaba con Gilda y le hacía señas.

La sacaron de la capilla de los Pescadores y, seguidas por los demás, subieron las escaleras hacia el presbiterio. Allí, las sillas estaban expuestas con sus reclinatorios, entre ellos estaban las bellotas cuadrículadas de Violet.

—¡Mira! —dijo Gilda agitando una mano hacia la sillería del coro a su izquierda.

Violet contuvo la respiración. La última vez que había estado allí, meses antes, había veinte cojines en los asientos del coro. Ahora había diez largos cojines de colores deslumbrantes para los bancos. Se acercó para verlos mejor. Cada cojín largo tenía dos medallones históricos con motivos decorativos en azul, amarillo y verde. Había representaciones de Ricardo I y Enrique VIII, de los obispos Edington y De Wykeham, de Carlos I y la destrucción del interior de la catedral por parte de los soldados, durante la Guerra Civil. Incluso había un medallón con el rostro de Izaak Walton. Aún quedaban dos docenas por hacer, pero aquello ya parecía maravilloso.

—¿Sabía usted, señora Speedwell —dijo la señorita Pesel—, que la reina María nos visitó el mes pasado? Está muy interesada en el bordado, y fue un testimonio de las habilidades de las bordadoras de la catedral que quisiera ver nuestra labor con sus propios ojos. Ha sido realmente un punto culminante en mi carrera.

La madre de Violet asintió. Le gustaba la esposa del rey a pesar de que no era lo mismo que la reina Victoria.

Gilda y Dorothy habían asistido a la visita de la reina y le explicaron a Violet todo sobre aquella noche: que el deán asumió el mando y se encargó de guiar a la reina pese a que no sabía nada de bordados, que la reina era mucho más alta que Louisa Pesel, que hacía preguntas bien fundamentadas y que escogió y alabó el trabajo de Dorothy. Violet se alegró al oírlo, le hubiese gustado verlo aunque sabía que no habría podido asistir: Iris era demasiado pequeña para dejarla con alguien y suponía que ella todavía no sería bien recibida por las bordadoras de la catedral. La señora Biggins la habría echado del presbiterio con sus miradas. Confiaba en que algún día no muy lejano, Louisa Pesel sería capaz de amordazar lo suficiente a la señora Biggins para que Violet pudiera volver a bordar con las demás.

Cuando Gilda añadió «Sonaron las campanas para la reina» lanzándole una mirada de complicidad, Violet sintió una opresión en el pecho. Casi nunca hablaban de Arthur, aunque por supuesto Gilda había adivinado de inmediato que él era el padre de Iris. Sin embargo, su amiga no



la había regañado.

Violet estaba contemplando los largos cojines cuando vio una cenefa conocida: una fila de fylfots con flores intercaladas sobre el cojín dedicado al obispo Wodeloke.

—Esa la hice yo misma —dijo Louisa Pesel que estaba a su lado—. No he tenido la oportunidad de hacer un bordado para este proyecto aparte de realizar los modelos para las otras bordadoras. Pero cuando oí que el gobierno alemán prohibía a los judíos ejercer todo tipo de oficios, pensé que me gustaría seguir con nuestra pequeña protesta contra el señor Hitler. Fue una manera muy satisfactoria de canalizar mi indignación. —Observaron la cenefa, que era más prominente que la de los cojines del rey Arturo y del Árbol de la Vida—. Pero creo que con eso ya basta. Hemos dejado clara nuestra postura y quedan muchísimos diseños bonitos en el mundo que podemos utilizar para el resto de bordados.

Violet asintió. Por desgracia, el canciller parecía consolidar su poder en lugar de desaparecer como algunos habían predicho. El fortalecimiento de Alemania debería preocuparla y abrir el abismo en su interior. Pero, a pesar de todos los comentarios a sus espaldas y todas las miradas de soslayo, ella aguantaba porque tenía a Iris. Su hija borraba esa angustia y le daba fuerzas.

En lo más alto empezó a sonar una sola campana, al principio vacilante, como si fuera un error, pero luego con fuerza y urgencia, como el sonido que Arthur y ella habían conseguido juntos en Nether Wallop. El toque de pecadores.

—Es Arthur —susurró Maureen, acercándose a ella—. Keith subió al campanario para decirle que había acabado el bautizo. Es su regalo para Iris.

Violet abrió los ojos de par en par. Las campanas solo sonaban para los servicios de la catedral y para la familia real, no para el bautizo de una hija.

—Pero... ¿qué dirá William Carver? Le prohibirá para siempre que vuelva a tocar.

—Arthur asume el riesgo. Si tenemos suerte, el viejo Carver tal vez no las oiga.

Violet escuchó, recordando aquella mañana en Nether Wallop y todo lo que había sucedido después. Luego contempló la consecuencia de aquel día que yacía en sus brazos. Su hija estaba alerta y mantenía los ojos fijos hacia arriba. ¿Miraba el rostro de su madre o escuchaba la campana de su padre? Cuando Iris esbozó una sonrisa amplia y desdentada, Violet pensó que tal vez estuviera haciendo ambas cosas.

## AGRADECIMIENTOS

El bordado con cañamazo o con tela de cáñamo al que hace referencia este libro es lo que actualmente llamamos «bordado de punto de cruz».

Louisa Pesel existió realmente, así como los cojines y reclinatorios (y fylfots) de la catedral de Winchester; estos siguen utilizándose y uno puede sentarse o arrodillarse en ellos la mayoría de los días. Espero haber honrado la labor y el espíritu de Louisa de una manera que ella y sus descendientes aprobarían. A la hora de escribir este libro he utilizado muchos recursos. He aquí algunos de ellos para quien desee profundizar más.

Louisa Pesel y los bordados de la catedral de Winchester:

La colección de Louisa Pesel en la Universidad de Leeds: <http://library.leeds.ac.uk/special-collections>

Embroideries of Winchester Cathedral de Dorothy Carbonell and Hugh Carey (1982)

Crewel Embroidery in England de Joan Edwards (1975)

Stitched and Woven: The Embroideries of Winchester Cathedral de Sheila Gray (2006)

La catedral de Winchester:

The Cathedrals of England de Harry Batsford y Charles Fry, revisado por Bryan Little (1960)

The Glories of Winchester Cathedral de Raymond Birt (1948) Winchester Cathedral de John Crook (2001)

Campanología:

«The Ringing Men», en Akenfield: Portrait of an English Village de Ronald Blythe (1969)

Discovering Bells and Bellringing de John Camp (1968)

An Elementary Handbook for Beginners in the Art of ChangeRinging a cargo del Central Council of Church Bell Ringers (1976)

Dove's Guide for Church Bell Ringers, sitio web: <https://dove.cccbr.org.uk/>

Bells and Bellringing de John Harrison (2016)

The Nine Tailors de Dorothy L. Sayers (1934)

Las mujeres en la década de 1930:

Diary of a Wartime Affair: The True Story of a Surprisingly Modern Romance de Doreen Bates (2016)

Testament of Youth de Vera Brittain (1933)

The English in Love: The Intimate Story of an Emotional Revolution de Claire Langhamer (2013)

Singled Out de Virginia Nicholson (2007)

Gran Bretaña en la década de 1930:

The Thirties: An Intimate History de Juliet Gardiner (2010)

The Long Weekend: A Social History of Great Britain 1918-1939 de Robert Graves y Alan Hodge (1940)

Quiero dar las gracias a las siguientes personas: A los archiveros y bibliotecarios. Jo Bartholomew de la catedral de Winchester; Suzanne Foster del Winchester College; David Rymill del Archivo de Hampshire, de la Oficina de Archivos de Hampshire; Jill Winder de la colección textil internacional de la biblioteca de la universidad de Leeds que alberga la colección de Louisa Pesel.

A las bordadoras. A las actuales bordadoras de Winchester, que me mostraron su labor y me explicaron los puntos y que ahora están limpiando y reparando los cojines y reclinatorios de Louisa Pesel para que recuperen su lozanía original.

A los campaneros. A los campaneros de la catedral de Winchester, que me permitieron mirarlos mientras tocaban las campanas; y en particular, al capitán del campanario Nick Bucknall y a Colin Cook, que respondieron pacientemente a todas mis preguntas, leyeron los fragmentos de este libro dedicados a la campanología e hicieron las muy necesarias correcciones. (La campanología es un arte muy complejo). También a los campaneros de la iglesia de St Anne's Highgate, por permitirme asistir a un ensayo e intentar tocar una campana. Por último, a mi amiga Catherine Moore, que conoce sus campanas y me hizo entender mejor lo que se siente tocándolas; ella también leyó el manuscrito y me guio en la dirección correcta. Cualquier error que pueda observarse, lo he cometido yo.

A los demás. A Phil Yates, que me proporcionó detalles pintorescos sobre la vida en la década de 1930 en Winchester. A la restauradora textil Jacqui Hyman, por compartir lo que sabe sobre Louisa Pesel. Al guía de la catedral de Winchester Jeff Steers y al sacristán Benedict Yeats. Al personal del equipo de documentación del Instituto de Cine Británico de Londres.

Al resto. A Gemma Elwyn Harris, por darme todo tipo de información sin pestañear ante mis preguntas raras. A mi marido, Jon Drori, por pasear conmigo bajo la lluvia entre Winchester y la catedral de Salisbury, todo por el bien de la investigación.

A mis editoras Suzie Dooré y Andrea Schulz, por aceptar sin reservas a Violet, el bordado, la campanología y a mí misma. A mis revisores Kym SurrIDGE y Rhian McKay por corregir los errores grandes y pequeños. Y a Ore AgbajeWilliams, redactora adjunta de HarperCollins en el Reino Unido, por encontrar con calma el título adecuado cuando el resto de nosotros estaba desesperado. A mis agentes Jonny Geller y Deborah Schneider, por conseguir que el lado empresarial de los libros sea indoloro y el lado creativo sea más divertido.

Por último, quiero dar las gracias a Keith Bain por darme permiso para usar su nombre. Keith adquirió el privilegio de conseguir un personaje con su nombre en una subasta para recaudar fondos para Freedom From Torture, una admirable organización benéfica del Reino Unido que proporciona tratamiento y rehabilitación a los supervivientes de las torturas. Keith apostó

generosamente por mí y por Las mujeres de Winchester; espero que sienta que ha ganado.